

A close-up portrait of a woman with short dark hair, looking slightly to the right. Her face is smeared with blood, particularly around the eyes and mouth. She is wearing a dark, textured, possibly leather or heavy fabric jacket. The background is a plain, light color.

Antonio Calzado

LA MUJERTE ESCARLATA

Y un niño les guiará a través del camino de las sombras

A smaller, semi-transparent image at the bottom of the poster shows a scene from the movie. It depicts several people in a dark, bloody environment. One person in the foreground is shirtless and appears to be in pain or shouting. Other figures are visible in the background, some also appearing to be in a state of distress or conflict. The overall color palette is dominated by dark reds and blacks, consistent with the 'Blood Red' theme.

Lectulandia

Han pasado unos cuatro años desde el inicio de la Plaga Errante. Una joven superviviente (Eva) decide abandonar su grupo para dirigirse a Cíbola, una de las pocas ciudades en poder de los humanos. Allí conoce a un extraño niño (Ismael) que afirma ser un robot y que insiste que ambos deben abandonar la ciudad para dirigirse a un misterioso destino en el Norte, que aún no quiere revelar.

Al fin Eva e Ismael se deciden a abandonar Cíbola, en parte por la insistencia de este y también por el ambiente irrespirable de dictadura que existe en la ciudad.

Lectulandia

Antonio Calzado

La muerte escarlata

ePub r1.0

patrimope 17.09.14

Título original: *La muerte escarlata*
Antonio Calzado, 2012

Editor digital: patrimope
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

La muerte llamaba a las puertas de las casas, y no hubo muro ni barricada capaz de detenerla.

Alejandro Castroguer, *La guerra de la doble muerte*

Al segundo día un barco se me fue acercando más y más, hasta que me recogió. Era el Rachel, vagando siempre a la pertinaz búsqueda de los hijos perdidos, que sólo encontró a otro huérfano.

Hermann Melville, *Moby Dick*

Preludio

Las almas perdidas

La muchacha camina sola entre los árboles, intentando hacer el menor ruido posible, mientras sus ojos vigilan cada palmo de terreno. Viste ropa militar muy gastada, calza unas botas negras y sostiene entre las manos un fusil semiautomático como un ojo que explora siempre por delante de ella, al modo del bastón de un ciego. La muchacha se llama Eva y nació en una ciudad del sur que ya nadie recuerda hace exactamente veinte años. Así que hoy es su cumpleaños, pero ella no tiene forma de saberlo porque cosas tales como los calendarios y las tartas con velas de colores han desaparecido para siempre. Tampoco le importaría mucho de haberse enterado.

La muchacha parece bonita —muy bonita, se hubiese dicho en los tiempos anteriores a la Plaga— pero está terriblemente sucia, aunque no más que otros supervivientes. Conserva, eso sí, el brillo inocente y trémulo de la primera juventud. Sobre todo en los ojos, que ya han visto demasiado y sin embargo no lo suficiente, nunca lo suficiente. Rodea con agilidad el otero cuajado de bayas donde ayer colocó varias trampas, y una sonrisa le ilumina el rostro al descubrir un conejo muerto. Mejor conejo que rata, aunque una rata bien gorda tampoco habría sido despreciada. La muchacha saca un machete de su guerrera y despelleja con una rapidez sorprendente a su pequeña presa, limpiándose después las manos con tierra seca y agujas de pino. Aún sonrío levemente mientras se retira hacia el campamento con los ojos y los oídos bien abiertos, no sea que la sorprendan los Errantes, pensando al mismo tiempo —no puede evitarlo— en lo poco que necesitan algunas personas para ser felices.

La muchacha llamada Eva soñó una vez con ser profesora de literatura inglesa. Y esta es su historia.

* * *

A muchos kilómetros de ese bosque, Robinson acaba de terminarse su tercera lata consecutiva de ravioli al pesto genovese. Y culmina esta singular hazaña con un eructo que resuena como un trueno en el interior del refugio antiatómico, a doce metros de profundidad. Ha calculado, a ojo de buen cubero, que en los enormes sótanos que su padre habilitó como despensas aún quedan otras doscientas latas de ravioli marca Barilla, la mejor pasta italiana del mercado. Y eso sin mencionar las demás conservas y los congelados que aún esperan en la cámara frigorífica, claro está. Por lo que ha visto, ninguna de las latas caducará antes de 2021, así que bien

puede atiborrarse hasta reventar. Como un cerdo, piensa. Porque eso es lo que soy, un cerdo.

Robinson no es ningún cerdo, aunque cierto es que ha engordado unos treinta kilos en los últimos dos años. En realidad ni siquiera se llama Robinson, pero a él le gusta cómo suena y se hace llamar igual que su tocayo Crusoe. Mejor dicho, se haría llamar así en el caso de que hablara con alguien alguna vez, lo cual no sucede nunca. Para bien o para mal, hace años que Robinson vive completamente aislado del mundo exterior. El territorio de fuera perteneció una vez a los humanos y ahora a los Errantes, pero allí nunca hubo nada para él.

Sentado en su butaca favorita y ante una pantalla de televisión apagada, Robinson considera vagamente la idea de masturbarse otra vez. Pero al final decide que está demasiado cansado y que no le apetece. De todos modos hay que pasar el tiempo de alguna manera, así que empieza de nuevo a ensayar sus voces: «Quienquiera que te proponga la oferta de paz, ese es el traidor, Michael», dice con la voz susurrante de Don Vito Corleone. No, no tengo ganas. Qué aburrimiento, qué mierda de vida. Ha agotado sus pasatiempos favoritos, que son por orden de importancia: 1) Dormir. 2) Comer. 3) Necesidades fisiológicas. 4) Ensayar y perfeccionar sus voces. 5) Ver películas normales en el vídeo. 6) Ver películas pornográficas en el vídeo. 7) Masturbarse. 8) Leer algún libro, si le da por ahí. Ya no le apetece hacer ninguna de estas cosas, y se diría que el destino de Robinson consiste inevitablemente en morir reventado como el cerdo que dice que es en la segura intimidad del refugio antiatómico, hoy antierrantes. Y sin embargo, no será así.

Robinson quiso una vez ser escritor, pero nunca llegó a conseguirlo. Por eso y por otras razones mucho más importantes, esta es, también, su historia.

* * *

Muy lejos del refugio antiatómico de Robinson y del bosque donde Eva ha colocado sus trampas, el pequeño Ismael está jugando al ajedrez consigo mismo. Primero mueve las piezas blancas, peón cuatro rey o peón cuatro dama, luego las negras, luego otra vez las blancas y así sucesivamente. De pronto frunce el ceño en un gesto casi invisible de decepción: ha visto mate al rey negro en catorce jugadas, comenzando por el sacrificio de la torre en la casilla seis caballo de dama. Porque Ismael ve demasiadas cosas y eso es un problema. Y no únicamente a la hora de jugar en solitario al ajedrez.

Ismael tiene nueve años y vive en Cíbola, ciudad de supervivientes en pleno corazón del territorio Errante. Levanta la vista del tablero y contempla a la gente ir y venir entre los barracones; muchos con prisa, muchos armados. Nadie le habla ni él dirige la palabra a nadie, e Ismael no se plantea esta cuestión como algo bueno o

malo. Sencillamente se trata de un hecho.

Ismael sabe que ha de mantener la mente ocupada el mayor tiempo posible, aunque por razones muy distintas a las de Robinson. De no ser así, Madre volverá como siempre vuelve y se encontrará las puertas abiertas. Bien es cierto que Madre ignora lo principal, pero aun así es capaz de descubrir muchas cosas y no conviene subestimarla, no sería lógico. A Ismael le gustan cosas tales como las novelas de Sherlock Holmes, los silogismos aristotélicos, el antiguo acelerador de partículas del CERN y el diseño de la nave espacial Soyuz 7. Y jamás se deja llevar por las emociones, porque entre otras cosas ya no es capaz de recordar que una vez las tuvo.

Ismael es un niño que un día, tras un accidente de tráfico, descubrió que era una máquina. Y esta es, por encima de todo, su historia.

I

La ciudad y el refugio

1

Había conocido al chico en Cíbola.

Para el grupo de supervivientes del bosque, Cíbola parecía un lugar mitológico, algo así como una mezcla entre el Paraíso Terrenal y el reino de Camelot, y desde luego nadie estaba seguro de su existencia. Quizá sólo era otra leyenda de la era posthumana, tal como el Libro de Seth o la Reina Escarlata. Pero aquella mañana de marzo ingenua y fragante se toparon con un extraño cartel en la carretera que llenó de asombro a todos los que se molestaron en leerlo:

~~ZUHEROS~~ CÍBOLA 26 Km
SI TIENES UN ARMA Y COMIDA, ERES BIENVENIDO

Es demasiado peligroso, había dicho Gabriel. Para el líder del grupo todo era demasiado peligroso, desde los caminos plagados de Errantes hasta los bosques a los que empezaban a retornar bestias que se creían extintas. Pero en algún sitio había que vivir, así que el grupo se limitaba a vagabundear por los montes recolectando frutos silvestres y colocando trampas para los conejos y las codornices: una vida miserable, a la que el hambre, el frío o las manadas de lobos pondrían fin mucho antes que los Errantes. Porque Gabriel era un jefe prudente; demasiado prudente, en opinión de Eva. Tal vez la palabra apropiada era cobarde, aunque había que reconocer que al menos era un cobarde que sabía dónde esconderse. No habían tenido encuentros graves con los Errantes en los últimos seis meses, lo cual no era obstáculo para que el grupo se viera cada vez más diezmado a causa de las pulmonías, la tuberculosis y la desnutrición.

—¿Por qué no vamos a Cíbola?

—Ni lo sueñes. No sobreviviríamos a veintiséis kilómetros de carretera. Además, no sabemos si ese cartel dice la verdad. Y aunque así fuera, no tenemos armas para todos.

—Dame un fusil y unos cuantos cargadores. Iré a explorar y volveré con noticias.

—Es demasiado peligroso —Gabriel siempre retornaba a su eterna cantinela, como en los estribillos de las canciones antiguas—. Te matarán y nosotros habremos perdido un arma. Olvídalo, Eva.

Eva no lo olvidó, pero con tipos como Gabriel era mejor no insistir: nunca habría comprendido nada. En el fondo, Gabriel representaba, como tantos otros, los estandartes de las viejas creencias que se negaban rotundamente a morir. Porque en su interior, las personas como Gabriel seguían siendo pequeños abogados o pequeños maestros o pequeños comerciantes en sus pequeñas ciudades de provincias, y nunca quisieron saber nada de lo que les había caído encima. El viejo mundo aún no ha muerto, parecían proclamar con cada uno de sus gestos, nosotros somos el viejo

mundo. Y sin embargo, aquello no era más que una triste fantasía infantil, borrada por las hordas incontables de los Errantes. ¿Es preferible morir de tuberculosis, escupiendo los pulmones por la boca durante días? ¿O bien ser despedazado en menos de un minuto por las mandíbulas de los Pellejudos? Un día se lo preguntó a Gabriel y este respondió sin vacilar:

—Prefiero un tiro en la cabeza.

Un tiro en la cabeza; sí, claro, eso sonaba muy digno. Pero... ¿y los que querían vivir?

Aquella noche se habló mucho de Cíbola en voz baja y furtiva alrededor del fuego del campamento, aunque todos tuvieron el buen sentido de no mencionar el menor deseo de probar fortuna allá. Sin embargo, las leyendas sobre Cíbola eran incontables, y no podían por menos que excitar unas imaginaciones ya excitadas por el hambre y las privaciones.

Entre otras cosas, se decía que los habitantes de Cíbola habían llegado a amaestrar Pellejudos, a los que usaban como esclavos o criados. En Cíbola todo el mundo tenía tres o cuatro fusiles, y los niños aprendían a disparar mucho antes que a caminar. Por otra parte, los habitantes de Cíbola comían caliente tres veces al día: no latas de conserva caducadas ni porquerías de los bosques, sino comida de verdad. Macarrones con tomate, por ejemplo. ¿Alguien recordaba todavía el sabor de los macarrones con tomate? No, claro que no. Aquello también pertenecía al mundo de las leyendas.

Claro que no todo eran ventajas: según los rumores, entrar en Cíbola podía resultar bastante difícil y siempre conllevaba un peaje, en la forma de un arma en buen estado o de cierta cantidad de munición. También valían las medicinas — siempre que no estuvieran demasiado caducadas— o unos cuantos bidones de gasolina. Por otra parte, cualquier sospechoso de practicar el culto a Seth era inevitablemente sentenciado a muerte y ejecutado de inmediato. Esto les parecía muy bien a todos los integrantes del grupo salvo a Eva, que pensaba secretamente que ya se habían perdido demasiadas vidas. Pero en su grupo de supervivientes, los sethianos eran aún más odiados que los propios Errantes.

Aquella noche, durante su turno de guardia, Eva robó uno de los tres fusiles Kalashnikov AK-47 que aún conservaba el grupo y una buena cantidad de cargadores. Media hora más tarde caminaba por la oscura cinta en la que se había convertido la carretera del Norte, en dirección a Cíbola. No sentía ningún remordimiento, aunque se prometió a sí misma enviar ayuda a su grupo en cuanto le fuera posible. Desde luego que no tenía ni la menor idea de cómo iba a cumplir esta promesa.

2

Después de su fuga, Eva pasó unos días extrañamente tranquilos. Hasta ahora sólo había encontrado pequeños grupos de Errantes a los que podía esquivar fácilmente, ocultándose en la arboleda o tras un saliente de roca. Es cierto que tuvo que correr en zigzag desviándose del camino un par de veces, pero sus piernas eran jóvenes y siempre lograba despistarlos. Respecto a los Errantes, cualquier cosa fuera de su ángulo de visión o audición parecía no existir para ellos, lo que representaba una gran ventaja. Sin embargo, Eva supuso con razón que sus problemas aumentarían cuanto más se acercara a la ciudad.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó una voz desde la espesura.

Eva dio un salto, asustada. Pero sólo era un chico más o menos de su edad, sentado entre los arbustos como si llevara horas esperándola. De pronto se levantó con una extraña sonrisa, alzando los brazos al cielo con las palmas extendidas: el gesto universal de la paz que jamás había llegado a perderse del todo. Y sin embargo, parapetada tras su fusil, Eva ya había observado la tonalidad levemente purpúrea de la piel y el vendaje mal compuesto en torno al muslo.

—No des un paso más —dijo apuntándole a la cabeza.

—Sí, bueno, me han mordido un poco —el chico sonreía como disculpándose—. Ha sido un solitario, uno de esos cabrones. Lo maté con una piedra, ¿sabes? Sí, aplasté su fea cabeza contra una enorme piedra. ¿Quieres verla?

Eva nunca supo si se refería a la piedra o a la cabeza, y probablemente el muchacho tampoco; sólo sabía que cualquier persona mordida o arañada por un Errante moría inevitablemente en un plazo que oscilaba entre tres y cuatro horas. Y más tarde se levantaba de nuevo sintiendo mucha, mucha hambre. Pero en ese último lapso de vida antes de la muerte y la resurrección aún se podían explorar todas las variedades de la locura.

—Sólo un mordisco, un mordisco muy pequeño, no creo que esté infectado, ¿sabes? Oh, no, seguro que no, ¿sabes? Eres muy guapa. ¿Cómo te llamas? Me encuentro bien, sí, como nuevo, ¿sabes?

—Si das un paso más, te mato —contestó Eva. Un disparo de advertencia corroboró estas palabras, levantando una nubecilla de polvo a los pies del muchacho. De pronto, unas carcajadas incontenibles hicieron que este se doblara en dos como una bisagra bien engrasada. Sencillamente no podía parar de reír.

—¿Crees que me asustas? ¿Lo crees, puta embustera? Escúchame bien: he tenido sueños, he visto lo que vendrá. Veo a Madre en su agujero que late púrpura y escarlata, y por todas partes... ¿sabes?... por todas partes hay curas y monjas jodiendo sin parar...

—Márchate —gimió Eva—. Por favor.

—... jodiendo como bestias. Y yo no voy a ir al infierno sin haber jodido una vez, al menos una vez. ¿Lo entiendes, puta? Y hay voces que me gritan que soy maricón, pero mienten, siempre mienten...

Por lo que más quieras, acaba con esto. Considéralo un maldito acto de misericordia. Dispara, dispárale de una vez. Pero no podía hacerlo. Por increíble que pareciera, aquello era todavía un ser humano.

—¡Madre! ¿Estás ahí? ¡Una sola vez, Madre, con esta puta! ¡Una sola vez!

Corrió hacia ella a toda velocidad, como si estuviera poseído por fuerzas sobrenaturales. En cierto sentido era así, pensó Eva un segundo antes de disparar. El chico fue impulsado hacia atrás como si alguien hubiese tirado de unos hilos invisibles y, tras una grotesca pirueta, quedó inmóvil en el suelo.

Eva se acercó muy despacio, temblando todavía. Cerca de la mano del cadáver vio un pequeño trozo de papel acartonado, tal vez una estampa o un almanaque con la imagen de una paloma blanca:

Seminario Diocesano de San Pelagio

PROMOCIÓN 2013-2014

*Ángel de la Guarda,
dulce compañía,
no me desampares
ni de noche ni de día,
no me dejes solo
que me perdería*

—Ya basta —murmuró a un paisaje de piedras y árboles retorcidos—. Dios mío, acaba con esto. Acaba con esto, te lo suplico.

Eva aún recordaba el mundo anterior a los Errantes. De pronto se derrumbó a los pies del cadáver y allí permaneció abrazada a su fusil, llorando mansamente y sin el menor ruido. Así la encontraron una hora más tarde los hombres de Cíbola.

3

Los hombres de Cíbola eran tres. Al principio, cuando le ordenaron a punta de fusil que se desnudara por completo, pensó que seguramente iban a violarla allí mismo, pero no ocurrió nada de eso. Tampoco hubiese sido tan grave, se diría más tarde. Bastaba con tumbarse de espaldas, abrirse de piernas y esperar con mucha paciencia y no menos asco a que se desahogaran. Porque había cosas bastante peores, como caer con vida en manos de los Errantes.

Sin embargo, los hombres de Cíbola se limitaron a dejar caer varias miradas apreciativas sobre su cuerpo acompañadas de algunos chistes obscenos, antes de bajar las armas y decirle que ya podía volver a vestirse. Una elemental medida de seguridad que Eva aplaudió interiormente, todavía temblando de frío: la habían encontrado al lado de un cadáver infectado y no pensaban correr el menor riesgo. Eran esos detalles los que habían permitido a Cíbola resistir —y en cierta medida, prosperar— durante años, mientras que otros asentamientos caían en manos de los Errantes en cuestión de semanas.

—Así que te llamas Eva. ¿Qué llevas en la mochila, Eva?

—Ocho cargadores de AK-47. Agua, cepos, dos latas de conserva y servilletas de papel.

—Compruébalo, camarada.

Un instante de silencio mientras el hombre rebuscaba en la mochila. Al final pareció quedar satisfecho e hizo un círculo en el aire con los dedos. El que parecía el jefe asintió con la cabeza.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte, creo. No estoy segura. Tal vez veintiuno.

—¿Pensabas dirigirte a Cíbola?

—Sí.

—Por esta carretera no habrías llegado muy lejos. Detrás de esas colinas encontrarás grupos de Pellejudos que salen hasta de debajo de las piedras. Sólo les faltan pancartas para que aquello se parezca a una jodida manifestación.

Los tres hombres rieron a la vez: era un chiste privado, un simple detalle de camaradería. No tenía la menor gracia, pero eso no importaba. Como cualquier superviviente, aquellos tipos sabían que era necesario reír de vez en cuando para no volverse loco.

—¿Qué pasó con tu grupo?

—Los abandoné hace unos días.

—¿Por qué?

—Ellos no querían ir a Cíbola.

—Y tú, ¿por qué quieres ir?

Eva se encogió de hombros. Era una manera como cualquier otra de contestar y así lo entendió el jefe.

—¿je suena de algo el Libro de Seth?

—No —mintió Eva. Lo hizo mirándole a los ojos, con el mismo tono de voz que habría empleado en otro tiempo para decir buenos días. Su interrogador —un cincuentón alto y pelirrojo con una guerrera de camuflaje que decía CCCP— sacó un cigarrillo liado a mano y lo encendió ceremoniosamente con un mechero Zippo.

—¿Qué sabes hacer, Eva?

—Disparar. Soy rápida de reflejos y tengo buena puntería. Yo...

—Sí, ya —cortó impaciente el jefe—. Todo el mundo sabe disparar en Cíbola. ¿Qué más?

—Sé bastante de primeros auxilios. Y algo de cocina. El trabajo duro no me asusta, puedo aprender cualquier cosa. Sé fabricar y poner trampas para los animales y... —por un momento la voz de Eva tembló—. Bueno, también sé...

—Adelante —sonrió el jefe irónicamente—. No seas tímida, ya somos casi de la familia.

—Sé bastante sobre literatura inglesa. Pensaba graduarme en la universidad, precisamente en literatura inglesa.

Hubo un momento de silencioso asombro, antes del coro atronador de carcajadas. Los hombres se retorcían en espasmos de risa incontenible, mientras que el pelirrojo tuvo que apoyarse en su fusil para no caer al suelo. Santo Dios, literatura inglesa, consiguió murmurar al fin.

—¿Qué tiene de gracioso? —preguntó muy seria Eva.

El jardín se parece al del palacio de Versalles, que ha visto sólo una vez en una postal, pero que no ha conseguido olvidar nunca. Y sin embargo, este tiene aún más flores y está rodeado de manzanos, unos manzanos enormes como palmeras que ofrecen su sombra al paseante, como una leve caricia de frescura bajo el sol abrasador. A un extremo de la verja puede leerse un cartel que dice:

HOY, LITERATURA INGLESA.

—Todo ocurrió por culpa de vuestra estúpida tendencia al gregarismo; nunca habéis sabido vivir fuera de la manada. Si se os coge uno por uno, no valéis nada. Aún menos que los Errantes.

—Eso no es justo —protesta Eva.

Robert Louis Stevenson se encoge de hombros, antes de dar una larga calada a su cigarro puro. El sombrero de copa y la levita negra le dan cierta apariencia de enterrador, que contrasta penosamente con la verde luminosidad del jardín.

—Fue por culpa del egoísmo —interviene con exaltación Charles Dickens—. Jamás pensasteis en los niños que se morían de hambre. Son los niños de otros, decíais, ¿qué nos importa? El único camino verdadero es el socialismo.

Stevenson y Edgar Poe intercambian risas y patadas bajo la mesa, como dos colegiales que acaban de escuchar una grosería. Al mirarlos, ni siquiera Eva puede evitar una sonrisa.

—Déjalo ya, Charles —dice con severidad un digno *Sir Arthur Conan Doyle*—. Nos tienes aburridos con tanto costumbrismo. —Y añade en voz baja, dirigiéndose a Eva—: Desde que se hizo marxista, no hay quien le soporte.

—¡Rojo! —se burla Edgar Poe con un gesto obsceno.

—¡Tú ni siquiera deberías estar aquí! ¡Estúpido yanqui borracho!

—¡Callaos todos! —ruge *Sir Arthur*, golpeando la mesa con toda la fuerza de su autoridad—. Quisiera que, para variar, tomásemos el té como personas civilizadas. No olvidéis que tenemos una invitada... Por cierto, Tolkien se retrasa, como de costumbre.

—Estará en misa, comiéndose al párroco —dice Stevenson, y esta vez todos se echan a reír, incluido el severo y adusto *Sir Arthur Conan Doyle*. La tarde cae lentamente sobre un césped cortado al milímetro, salpicado de caléndulas y siemprevivas.

—¿Es esto todo lo que hacéis? —pregunta Eva—. ¿Tomar té y decir un montón de tonterías en medio de un prado?

—Del jardín de la Reina de Corazones, querida —rectifica gentilmente Robert Louis Stevenson, sin dejar de mover la cucharilla dentro de su taza. Un tintineo

agradable de cascabeles, una canción melancólica que le recuerda a su hogar.

—Ahí fuera hay un mundo que agoniza —dice al fin—. ¿No os importa?

—¿Cómo habría de importarnos, querida? —observa melancólicamente *Sir Arthur*—. Estamos muertos.

—¿Y los Errantes?

—Admirables —interviene por vez primera el taciturno Oscar Wilde, con la vista clavada en los puños color escarlata de su espléndida camisa de seda—. Hay cierta grandeza clásica en ellos, a la manera grecorromana. La decadencia corporal...

—Un momento, Oscar. Deja que yo informe a la señorita del auténtico estado de las cosas —corta impaciente Dickens—. Los Errantes son los Espíritus de las Navidades Perdidas.

—No lo entiendo.

—No les hagas caso, jovencita —murmura la única mujer sentada a la mesa con Eva, una señora de melena blanca y cara alargada—. No son más que hombres. Y ni siquiera eso: son fantasmas de hombres.

—¿Por qué no te das otro paseo hasta el arroyo, Virginia querida? Ya sabes, como en los viejos tiempos —replica mordaz Charles Dickens, y después se vuelve hacia Eva en tono confidencial—: Te decía que los Errantes son los Espíritus de las Navidades Perdidas.

—Sigo sin entenderlo.

—Es muy fácil: ya no habrá más Navidades pasadas, ni presentes, ni futuras, nunca más. Tan sólo el hambre de los Errantes que buscan una presa. Que te buscan a ti, pequeña.

Un silencio. Ahora todos los rostros están vueltos hacia ella, con la misma sonrisa siniestra que va ensanchándose cada vez más. *Sir Arthur* se relame y traga saliva una y otra vez sin el menor disimulo, un lobo disfrazado con chalina y bombín que observa a Caperucita. Robert Louis Stevenson acaba de arrancarse con un chasquido el meñique izquierdo y, tras mojarlo en el té, se lo mete en la boca y lo mastica lentamente sin dejar de sonreír. Eva se levanta, aterrorizada: todos los rostros muestran ese horrible tinte púrpura o violáceo que en su corazón ha bautizado como la Muerte Escarlata. Es la marca de los Errantes.

—Nosotros somos Ellos. Ese es el secreto de Seth.

—Ellos somos Nosotros. Ese es el secreto de Seth.

—¿Creéis que servirá?

—No sé. Un poco flaca.

—Pero es joven. Carne joven, sangre joven.

Se acercan y la rodean tambaleantes, torpes, implacables. Ella los mantiene a raya enarbolando una vieja silla de jardín, como un domador a los leones de un circo. Pero aquello ya no puede durar mucho, y el círculo se estrecha cada vez más.

—Por favor —suplica entre lágrimas—. No, por favor.

—No quiero mentirte, pequeña. —La cara de *Sir Arthur* es ya un amasijo de gusanos que se retuercen sobre dos filas de dientes triangulares—. Te dolerá, sí. Te va a doler mucho, pero sólo por unos momentos. Y después...

—Después serás como nosotros por voluntad de Madre, nuestra querida Reina de Corazones —continúa Poe—. Y Madre dice... ¿qué es lo que dice Madre, estimados colegas?

—¡QUE LE CORTEN LA CABEZA! —gritan todos a la vez.

La silla se ha evaporado en el aire al mismo tiempo que los monstruos se abalanzan sobre ella. Un último pensamiento absurdo: una melé de rugby. Quisiera recordar a sus padres por última vez, pero ya es demasiado tarde. Porque ahora las manos ávidas como garras le destrozan el cuerpo y unas mandíbulas en forma de sierra se han cerrado ya en torno a su cuello. Y lo último que escucha antes de morir es el crujido de las vértebras estallando en su garganta, como huesos de pájaros.

—No quiero locos en mi grupo, y mucho menos estúpidos —rugía el pelirrojo—. Si vuelves a gritar, te dejaré aquí, en mitad de la nada. Eso si no les doy a mis hombres permiso para disparar, y alguno lo está deseando. ¿Entendido?

—Lo siento —murmuró Eva aún con la voz pastosa—. Tuve una pesadilla.

—Me importan una mierda tus pesadillas, has estado a punto de echarnos encima a todos los Pellejudos de la zona. Hemos tenido suerte, muchísima suerte —añadió mientras se secaba el sudor de la frente—. Ahora debemos marcharnos, este lugar ya no es seguro. Gracias a ti.

Eva no respondió, ni siquiera para disculparse de nuevo. En este mundo, las disculpas eran tan inútiles como las cabinas de teléfonos o los autobuses urbanos. Levantaron rápidamente el campamento y, quince minutos más tarde, ya estaban de nuevo en camino con las primeras luces del amanecer.

Caminaron durante toda la jornada. Habían abandonado la carretera, y ahora el pelirrojo les guiaba a través de frondas llenas de espinos o antiguos caminos de ganado, dando vueltas y más vueltas pero sin perder nunca el rumbo, como si tuviera una brújula en la cabeza. A veces se adelantaba para explorar y desaparecía durante una o dos horas. Los otros aprovechaban estos intervalos para compartir unos trozos de pescado en salsa y conversar en voz muy baja, apenas inteligible. Nadie le ofreció comida ni le dirigió la palabra durante todo el trayecto. No puedo reprochárselo, pensó Eva. Yo habría hecho lo mismo.

Hacia el mediodía, el pelirrojo dio orden de detenerse. Se hallaban en lo alto de una loma salpicada de olivos salvajes, desde donde podía verse a lo lejos una parte de la carretera. A una señal del jefe, todos se agacharon quedándose inmóviles tras una hilera de troncos, como estatuas que se mimetizan de forma natural con el paisaje. Los hombres acariciaban sus armas o hablaban con ellas moviendo muy lentamente los labios, sin pronunciar una sola palabra.

—Está ahí delante. Un Gusano, y bien grande.

No era necesario que nadie respondiera. El coro de gemidos había comenzado grave y monótono como el zumbido de un abejorro, pero ahora crecía y crecía cada vez más, una horrible plegaria interpretada por millares de voces muertas. Eva se acurrucó en posición fetal y con los ojos muy cerrados tras un tronco caído, intentando ocupar el menor espacio posible. ¿Cuántos eran? ¿Centenares, tal vez miles? OOOGGGGHHHEEEEEAAAAAGGG...

—Mierda —susurró el tipo que miraba por los prismáticos—. Esos idiotas van a atraerlos hacia aquí.

—No tendrán tiempo para eso —murmuró el pelirrojo.

Estas palabras la desconcertaron de tal modo que se atrevió a echar un vistazo por

encima del tronco. Mucho más tarde intentaría sin éxito describir lo que vio:

¿Habéis contemplado alguna vez el paso de una plaga de langostas? Y sin embargo, las langostas vuelan o por lo menos saltan; de ahí esas nubes pardas arrastradas por el viento. Pero los Errantes ni siquiera corren. Ellos sólo caminan o reptan, a veces unos sobre otros aplastándose entre sí en un amasijo informe de piernas, brazos y cabezas que se mueven espasmódicamente, como las excrecencias de un monstruo abisal. Tampoco son válidas las comparaciones acerca de multitudes en estadios o vagones del metro en hora punta. No, no se trata de algo tan sencillo como una muchedumbre que se agolpa en un espacio demasiado pequeño. Los Errantes ya no tienen conciencia ni de su propio cuerpo y no saben diferenciarlo del de los demás. Sólo una cosa conocen o, mejor dicho, sienten: el Hambre. El Hambre nace de sus bocas y ni siquiera es necesario tener estómago para sentirla. Por eso, no les importa pisotearse unos a otros o trepar sobre una pila de cuerpos utilizando huesos rotos o cuencas vacías como asidero, por eso sus cabezas decapitadas siguen entrechocando los dientes en busca de carne viva. Nadie cree que puedan sentir dolor: sólo tienen hambre. Y cuando se agrupan en un espacio relativamente reducido —un túnel, una carretera estrecha— dan la impresión de ser más que nada un gigantesco ciempiés multiforme que se retuerce en millares de segmentos. Por eso la expresión del pelirrojo —«un gusano y bien grande»— era perfectamente adecuada.

Eva jamás los había visto en tal cantidad; el grupo más numeroso que se había visto obligada a esquivar constaba de unos cien individuos, aunque desde luego no se detuvo a contarlos. Pero aquí mismo, ante sus ojos, habría unos cinco o seis mil, sin contar con las legiones que aún quedaban por desfilar. Ahora empezaba a comprender vagamente a los sethianos, en cierto modo el Gusano emanaba poder, una suerte de hipnosis colectiva que obligaba a la voluntad a hacer un esfuerzo suplementario para no abandonar el escondite y correr con júbilo al encuentro de sus fauces. Los gemidos, pensó, representaban en realidad una llamada en un lenguaje que nadie podía entender, pero que no por eso resultaba menos convincente. Fue entonces cuando vio el vehículo de los fugitivos.

Un todoterreno gris metálico bajaba derribando arbustos y a punto de derrapar por la loma; el que conducía debía de ser un piloto excelente o bien un loco con la suerte del diablo, ya que parecía increíble que el vehículo aguantara sobre sus cuatro ruedas después de tales giros en zigzag. Pero ¿por qué esos estúpidos enfilaban ahora directamente hacia la carretera? Eva tuvo una fugaz visión de su infancia, en la que un avión se estrellaba desde distintos ángulos de cámara contra un gran edificio sobre un fondo de cielo increíblemente azul. ¿Eran sethianos? Parecía poco probable, y menos aun después de ver el cañón inconfundible de un M-16 disparando cortas ráfagas desde la ventanilla del copiloto. La solución al misterio no se hizo esperar.

En la cima de la colina habían aparecido docenas, tal vez centenares, de Errantes

como espantapájaros en movimiento que extendían los brazos hacia abajo, en dirección al vehículo que descendía a trompicones por la loma. Los tipos del todoterreno se habían topado con un pequeño rebaño campo a través y —humanamente, estúpidamente— optaron sin saberlo por huir en la peor dirección posible: hacia la carretera. Habían escapado de una pata del ciempiés sólo para encontrarse con la cabeza, y ahora estaban acorralados. Eva lo veía todo desde su improvisado escondite como si se tratase del rodaje de una película, casi esperando que de un momento a otro una voz gritara: «¡Corten!». Y entonces todo el mundo se relajaría y algunos hasta harían bromas o encenderían cigarrillos. Se incorporó levemente, sin darse cuenta de lo que hacía.

—No, pequeña —dijo la voz del pelirrojo. Una mano firme la tomó por el hombro obligándola a agacharse de nuevo—. No podemos hacer nada.

—Hijos de puta —murmuró el hombre de los prismáticos.

—Ya basta. Silencio todo el mundo.

No parecía una orden muy necesaria, ya que los Errantes no dejaban oír otra cosa más que su macabra canción de cuna. Había que tener mucha sangre fría para no moverse, para transformarse en una piedra tras la fila de árboles achaparrados sin ceder a la tentación de echar a correr; bien en dirección contraria a la de los Errantes o simplemente hacia ellos. Acabar con todo, sí, qué maravillosa posibilidad. Pero, por supuesto, ninguno de ellos consideró seriamente la idea. Al fin y al cabo, eran supervivientes.

El todoterreno gris chocó de repente contra un olivo y se detuvo, tras un último estremecimiento mecánico. De inmediato se abrieron las puertas delanteras, y un hombre y una mujer saltaron desde el interior como impulsados por muelles, huyendo en direcciones opuestas. La mujer tenía un subfusil Uzi en cada mano y disparaba sin dejar de correr contra la masa de Errantes que se acercaban desde la carretera: imposible fallar, pero también muy difícil acertar en la cabeza para que no volvieran a levantarse. Tras unos metros, el tipo había comprendido por fin la inutilidad de correr y ahora se atrincheraba un tanto absurdamente tras un montículo de tierra seca como si temiese el fuego enemigo, sin dejar de disparar su M-16. Bonnie y Clyde, pensó Eva. Bonnie y Clyde estaban perdidos, pero se defendían con valor, y que ese valor fuese sólo un último fruto de la desesperación no tenía la menor importancia. La distancia se fue convirtiendo en un círculo de diámetro cada vez más estrecho; quince metros, diez, seis. El tío había agotado las municiones, y ahora se abalanzaba sobre las filas de Errantes enarbolando el fusil como si fuese un garrote. Eso fue lo último que vieron de él.

Increíblemente, Bonnie aún resistía y, según los Errantes se acercaban, su precisión con las armas parecía cosa de magia. Ya había tumbado a seis o siete de certeras ráfagas en la cabeza pero, como todo el mundo sabe, lo peor no es la primera

línea sino los que vienen detrás. Retrocedió unos pasos, tiró una de las Uzi y se metió el cañón de la otra en la boca, la mano libre aferrando con fuerza una medalla que llevaba colgada del cuello. Después, un disparo semejante al crujido de una rama seca, casi ahogado por el coro de gemidos. Un segundo más tarde, Bonnie había desaparecido bajo una maraña de cuerpos hambrientos.

—Ya está —murmuró el pelirrojo, y fue como si se hubiese quitado un peso de encima. En realidad todos habían sentido lo mismo.

Permanecieron allí más de dos horas en silencio y aguantando como podían las ganas de orinar, mientras las filas de Errantes más alejadas se reintegraban al Gusano y este proseguía su marcha arrasadora e inalterable. Poco a poco, los gemidos fueron haciéndose más lejanos e irreales, como un mal sueño que se resiste a marcharse, hasta que por fin todo quedó en silencio. Pero el pelirrojo aún esperó a que el sol descendiera un poco más en el horizonte antes de dar la orden de reemprender el camino.

6

Los dos tipos que acompañaban al jefe se llamaban Juan y Jorge; el pelirrojo —que no quiso decirle su nombre de momento— se refería a ellos como a una sola unidad funcional a la que denominaba JJ.

—No sé qué haría sin ellos. Son mis dos ojos, mis dos oídos, mis dos brazos y mis dos piernas.

—Y tus dos cojones —dijo Juan o Jorge. Todos se rieron a la vez, incluida Eva: tras la escena de la carretera, los hombres de Cíbola habían suprimido tácitamente la ley del silencio que pesaba sobre ella. Nada como la contemplación de la muerte en directo para olvidar viejas rencillas.

—¿Quién gobierna en Cíbola?

—A veces el azar. Otras, la necesidad. Y siempre Alexei Ivanov.

—¿Qué clase de tío es ese Alexei?

—Ya lo conocerás —dijo el pelirrojo—. Un hijo de puta de categoría.

Volvieron a reír: se reían de cualquier cosa, hasta de las insignificancias, sobre todo de las insignificancias. Tampoco carecían de humor negro: Jorge había encontrado unas bragas rosas en el interior del coche abandonado y se las había puesto en la cabeza a modo de sombrero. A Eva el detalle le pareció de un mal gusto espantoso, pero no tardó en comprenderlo: los muertos, muertos estaban. En cuanto a los tipos de Cíbola, se habían retorcido de risa sin el menor escrúpulo.

El resto del viaje fue tranquilo, casi apacible. Una bonita caminata por el campo, de no ser por los esqueletos calcinados de los coches y los enjambres de moscas que revoloteaban sobre restos o manchas imposibles de identificar. Y al día siguiente llegaron por fin a las tapias de ladrillo de Cíbola, tan impresionantes a su manera como los muros de Troya.

—Las leyes son muy simples —le dijo el pelirrojo nada más entrar en la ciudad—. Pena de muerte para todos los delitos graves. Pena de destierro para todos los delitos leves. Es el Consejo y en última instancia Alexei los que deciden la gravedad en cada caso. Pórtate bien, trabaja duro y tendrás comida y seguridad, incluso algunos cigarrillos de vez en cuando. Intenta jodernos y acabarás como esos. ¿Lo has entendido?

Estaba señalando un enorme roble al lado de la verja de entrada, con tres cuerpos balanceándose como sacos de la rama más gruesa. Al pie del árbol un enorme cartel en mayúsculas:

SOMOS TRAIADORES QUE HAN CONSPIRADO PARA LOS SETHIANOS

Eva se estremeció, aunque llevaba demasiado tiempo sobreviviendo para permitir que alguna emoción aflorara a su rostro. El cadáver de la izquierda ya no tenía ojos: los cuervos se habían alejado prudentemente ante la llegada del grupo, pero no tardarían en volver.

—¿Y mi fusil?

—Yo me lo quedaré. En Cíbola no está permitido llevar armas, salvo a los milicianos de la Guardia. Si quieres tu fusil, tendrás que ganártelo. Bien —añadió señalando a la derecha—, allí podrás darte una ducha y comer algo. ¿Ves aquellos barracones? Te espero dentro de una hora en la puerta del viejo ayuntamiento.

—No sé dónde está...

—Pregunta —concluyó el pelirrojo, marchándose con sus hombres sin más explicaciones.

Eva miró a su alrededor, algo desorientada. La ciudad de Cíbola parecía una de esas urbes imaginadas por los arquitectos de hace un siglo y que jamás llegaron a construirse: milimétrica y rectilínea, perfecta sobre el plano. Por todas direcciones asomaban hileras de barracones de ladrillo, formando avenidas paralelas y equidistantes entre sí. Aquí y allá se veían grupos de personas que transportaban material en carretillas, o conversaban entre sí entrando y saliendo de los barracones: nadie parecía ocioso. No vio un solo anciano o niño a la entrada de Cíbola, y tampoco los echó de menos.

Echó a caminar, sintiéndose de pronto mortalmente cansada. La mochila a su espalda pesaba como plomo, pese a que había sido desvalijada metódicamente de todos los cargadores. Observó que algunas personas la miraban con cierta curiosidad, pero nadie le dirigió la palabra: algo así como una cuarentena para los recién llegados, pensó. A sus pies, una larga explanada de tierra batida la condujo hacia la parte primitiva del asentamiento; aquí sí se veían fachadas blancas de cal y alguna

fuente de vez en cuando, en callejuelas estrechas y retorcidas como una maraña de dedos. Aquello le gustó; había comenzado a sentirse algo agobiada por la geometría un tanto absurda a la entrada de Cíbola.

En ese momento vio a un niño de unos ocho años —el primero en toda la ciudad— sentado sobre un montón de ladrillos al lado de la explanada. Estaba totalmente inmóvil y con las piernas cruzadas, un pequeño Buda meditando sobre la impermanencia. Este pensamiento la hizo sonreír y se sentó a su lado, sintiendo las agujetas como alfileres clavados en sus piernas.

—¿Cómo te llamas?

El niño le sonrió sin decir nada, tendiéndole una tarjeta del grueso mazo que llevaba en la mano, del mismo modo que un prestidigitador que saca la carta exacta de la baraja.

*¡Hola! Me llamo Ismael Torres Ruiz
y mi dirección es:
Ronda de los Robles, 9 1º-2 14001, Córdoba.
Padezco Síndrome de Asperger.
Por favor, si me ves solo en la calle,
llama al teléfono:
957327110412
o bien al: 091/092
Por favor, que alguien me lleve a casa.
¡Gracias!*

—¿Es que no sabes hablar? —preguntó Eva, y el chico se encogió de hombros—. De acuerdo. A mí me gusta el silencio.

Al cabo de un rato, Eva se levantó y continuó caminando con paso cansino hacia los barracones. Tardó algún tiempo en percatarse de que el niño la seguía a pocos metros, los grandes ojos grises clavados como imanes en su mochila con fijación matemática, esa que sólo él era capaz de tener. Eva se volvió un par de veces para decirle que se volviera a su casa, o con su grupo, o donde quisiera. Pero el chico no hizo el menor caso y continuó siguiéndola como una pequeña sombra, desvalida e implacable al mismo tiempo.

Así fue como Eva conoció a Máquina. Y desde entonces nada, nada fue igual que antes.

Robinson echa un último vistazo a las cintas antes de decidirse: viejos armatostes de plástico con las letras VHS, que Dios sabrá lo que pudieron significar en su época. Elige finalmente Animadoras en celo, descartando con pesar Las alegres orgías del granjero II y Criadas para todo. Tracy Lynn haciendo de animadora le parece una razón más que suficiente para decidirse.

Un vídeo Sony VHS, con sus botones de REW, PLAY, FFWW e incluso aquel rojo de REC, que serviría para grabar de la tele si la tele todavía emitiera algo. La sala se parece bastante a cualquier comedor de una familia bien situada, salvo por dos detalles fundamentales: la ausencia casi absoluta de objetos decorativos y la total ausencia de ventanas. En lugar de estas, se han instalado unos respiraderos casi invisibles en el techo que seguramente comunican con tuberías enrejadas y siempre a oscuras. Un mundo subterráneo que Robinson imagina lleno de ratas y hojas muertas, y del que no quiere saber nada. Basta con revisar los generadores y estar pendiente de que los respiraderos no se atasquen, porque el solitario y austero hogar de Robinson se halla a una profundidad de doce metros bajo tierra.

El búnker, lo llamaba en broma al principio. Más tarde, cuando la Plaga se extendió y la televisión dejó de emitir para siempre, Robinson se dio cuenta de la exactitud de esta palabra aunque, por lo demás, ya no estaba para muchas bromas.

El vídeo ronronea como un gato satisfecho mientras advierte de los peligros de las copias ilegales en base al artículo 270 del Código Penal, condena de uno hasta cuatro años de prisión. Robinson vuelve a posar la vista en el revólver de su padre, siempre al alcance de la mano, con el tambor tan lleno de balas como el de Clint Eastwood en El bueno, el feo y el malo, aunque siempre le gustó más Lee Van Cleef. Ya no recuerda la época en que la inercia empezó a presidir todos sus actos y, en el fondo, no le importa un carajo.

Un vídeo Sony VHS, piensa por enésima vez. Su padre era todo un clásico, como su colección de películas de cine negro que hay en el almacén. Nada de reproductores DVD, Blu-ray o cualquier otra pamplina por el estilo. «No los entiendo ni quiero entenderlos», decía el viejo, poniendo así punto y final a la conversación. Un hombre de convicciones firmes, sí señor. Había encargado la construcción del refugio antiatómico —así lo llamaba, refugio antiatómico, valiente gilipollez— a principios de los ochenta, por temor a la guerra nuclear que inevitablemente provocarían los rojos. Cuando los rojos y la guerra nuclear se fueron juntos a paseo, el viejo continuó dilapidando el enorme patrimonio familiar —ganado con tanto esfuerzo a base de herencias— para perfeccionar y «modernizar» el refugio: ahora el Enemigo ya no eran los rojos, sino los terroristas islámicos. Si en los días de la Plaga no hubiesen existido terroristas islámicos, entonces los crueles enemigos bien habrían podido ser

los zulúes, los esquimales, los vegetarianos o los de Albacete. Porque lo esencial era disponer de un Enemigo del que defenderse a toda costa; que dicho Enemigo fuese real o imaginario no tenía la menor importancia. Y es que el padre de Robinson sacaba de este delirio una energía extraordinaria: lo mismo que otros que en momentos de desánimo piensan en sus amigos o en sus familias o en sus novias, el viejo se sentía extrañamente confortado sólo de imaginar el terrible poder de sus enemigos. Después de todo, eran los únicos que le daban una razón para vivir, aunque nunca imaginó de dónde vendría por fin el auténtico desastre.

Robinson vuelve a prestar atención a la pantalla, aunque esta parte ya la conoce: el autobús de las animadoras se despista en una carretera secundaria y acaba en un poblacho de mala muerte, donde sólo hay un montón de tíos musculosos que se pasan la vida jugando al baloncesto. «Qué calor tan horrible», dice Tracy con su adorable voz de pito. «Chicos, ¿os molesta que me quite la camiseta?». Por supuesto que a nadie le molesta, y menos que a nadie a Robinson, que ya ha comenzado a masajearse la entrepierna como un violinista que comprueba meticuloso las cuerdas de su instrumento. Pero de repente un pensamiento parásito le desconcentra por completo: ¿Dónde estará ahora mi padre? Qué fastidio, igual que si un idiota le preguntara la hora a Karpov mientras este medita la jugada decisiva. Pero la pregunta no quiere marcharse, y todo lo más rebota aquí y allá en las paredes de la mente de Robinson como una pelota de *ping-pong*. Pues dónde va a estar; de viaje con los Errantes, como todos los demás. Tambaleándose y gimiendo con un andrajoso traje de chaqueta sobre el pellejo escarlata, mirando sin ver, chasqueando los dientes, hambriento, siempre hambriento. Fíjate, papi, ahora ya no hay enemigos. Sólo comida, si eres capaz de atraparla.

Aún recuerda la amarga disputa del último día, esa misma que paradójicamente le salvó la vida. Era junio y hacía un calor espantoso, pero curiosamente a nadie se le ocurrió quitarse la camiseta. Su padre le reprochaba una vez más su falta de perspectivas, su indiferencia casi metafísica ante cualquier clase de esfuerzo. Te han suspendido otra vez todas las asignaturas. Dime, ¿qué piensas hacer con tu vida? Si Robinson se hubiese dignado responder, lo habría hecho con una sola palabra: nada. El viejo apagó la televisión, en la que un presentador informaba un tanto confusamente de ataques en el norte, de muertos que parecían volver a la vida. El gobierno hablaba de falsos rumores y recomendaba a la ciudadanía mantener la calma por encima de todo, puesto que la situación... ¡Chack! El chasquido del televisor al apagarse hizo aterrizar de nuevo a Robinson en el peor de todos los lugares posibles: la realidad. Una lástima, porque en verdad habían empezado a interesarle las noticias procedentes del norte. Pero allí estaba su padre como un cancerbero a las puertas del infierno, vomitando reproches con la fuerza de una ametralladora. Entonces tuvo una idea.

Robinson se rindió. Mejor dicho, Robinson —entonces aún no se llamaba así, debían de llamarle de otro modo— fingió rendirse, y lo hizo con la convicción y el aplomo del mejor de los actores. Porque igual que su padre sacaba fuerzas para resistir de sus múltiples enemigos imaginarios, Robinson vivía de las mentiras. Cualquier cosa que lo alejara de la vida era lo que le permitía sobrevivir y, desde que tenía memoria, se había dedicado a construir su propio acuario a medida y a base de mentiras, que se adaptaba a su carácter como un guante a la mano. Envidiaba sobre todo a los hikikomoris japoneses, aquellos chalados —¡o genios!— que se encerraban durante años en una habitación con un montón de videojuegos para no hablar nunca con nadie. Dadas sus circunstancias, tal sueño no era posible. Pero uno podía ir acercándose a él a base de mentiras, falsas promesas y no menos falsos gestos de arrepentimiento. Era una receta poco menos que infalible.

Así que inclinó la cabeza con un suspiro y prometió a su padre que estudiaría en firme durante todo el verano, a fin de aprobar las asignaturas suspensas en la convocatoria de septiembre. A estas alturas ni Robinson ni su viejo podían saber que ya no habría exámenes ni ninguna otra cosa en el mes de septiembre. De hecho, ni siquiera habría septiembre y... ¿a quién le importaba eso? A Robinson no, desde luego. Mucho más tarde pensaría que la Plaga Errante había representado para él casi el cumplimiento de un deseo: algún remoto dios hikikomori se habría apiadado de él enviando a los Errantes. Cuando pensaba en estas cosas se reía o lloraba, según tuviera el día.

Pero aquella tarde en el domicilio familiar el padre había bajado los ojos, sólo por un momento. Un gesto casi imperceptible, pero que no pasó desapercibido al poderoso sexto sentido de Robinson. Por supuesto que el viejo continuaba bombardeándole con sus reproches, pero ahora se parecía más bien a un soldado que dispara sus últimos cartuchos antes de la retirada. No cabía duda: el viejo estaba empezando a aflojarse y el contraataque no se hizo esperar. Robinson se disculpó, rogó, gimió, pidió mil veces perdón, hizo propósito de enmienda y, sólo cuando el viejo terminaba de aplacarse, soltó su pequeña bomba.

Robinson le pidió a su padre las llaves del refugio antiatómico: aquel era el sitio ideal para enclaustrarse como un monje durante todo el verano y preparar los exámenes con absoluta concentración, le explicó. El refugio disponía de cámaras frigoríficas con comida suficiente para años, luz eléctrica y agua corriente gracias al arroyo cercano, calefacción, aire acondicionado y los enormes generadores con sus grupos electrógenos que lo hacían todo posible, ocultos como los magos de los cuentos. Además, el refugio se hallaba convenientemente lejos de cualquier lugar habitado: en medio de un espeso bosquecillo de alerces, camuflado como un simple cobertizo de leñador. De modo que allí Robinson estudiaría como un poseso, noche y día, lo que hiciera falta; nada ni nadie lo iban a apartar de sus recién descubiertas

responsabilidades. Al fin tuvo que ahogar una sonrisa mientras su padre le tendía las llaves entre escéptico y esperanzado. Mi padre, el único animal que tropieza mil veces en la misma piedra, pensaba. Así terminó la discusión.

Ese mismo día, horas más tarde, Robinson aterrizaba al volante de su Ford Fiesta en el discreto caminito de tierra que llevaba a la entrada del complejo subterráneo: una simple cabaña de madera con una trampilla en el suelo, oculta bajo la alfombra. Llevaba consigo una mochila con un ordenador portátil, un saco de dormir, varias botellas de *whisky*, unas latas de Seven Up, un manoseado ejemplar de bolsillo de Robinson Crusoe y veinte películas pornográficas en formato VHS, elegidas al azar unas horas antes en un comercio regentado por ciudadanos chinos; de los apuntes y libros de la universidad no había el menor rastro.

Y lo que Robinson menos podía imaginarse, durante su primer y triunfal descenso al refugio antiatómico, era que no iba a salir de allí durante años.

De pronto me doy cuenta, al oír el sonido de su voz, de que es ella: mi programadora. La sigo lentamente manteniendo la distancia, no quiero asustarla; hay algo en mí que asusta a las personas. No sé exactamente lo que es: hay demasiadas cosas que no sé y esa es justamente la señal más clara de que necesito ser reprogramado. Pero no todavía, no antes del viaje. Después, cuando los sueños hayan cesado, sí.

Se vuelve y me dice que no la siga, que me marche. No hay ira en sus palabras, sólo cansancio. Reconozco la ira, he aprendido a detectarla en todas partes. No hay ira en ella, pero sí ignorancia, porque aún no sabe que es mi programadora. ¿Es un ser humano o es algo como yo? No hay muchos como yo, y quizá ya no quede ninguno.

Mi apariencia externa es frágil y desvalida, ya que fue diseñada para despertar en los humanos el llamado instinto de protección. No sé exactamente qué significa esto, pero está inscrito en mis circuitos de memoria y por lo tanto debe ser cierto. Sin embargo, la gente no se me acerca mucho. Tal vez porque no soy lo suficientemente mimético, debido a un error de programación. La gente en Cítola desconfía de mí, tengo que disimular. Y no perderla de vista.

Soy parte de un experimento que quedó sin terminar cuando llegaron los Errantes y por eso estoy confuso; no me gusta el desorden ni la confusión. No he sido informado de mis objetivos y ahora debo descubrirlos por mí mismo, si es que puedo. Quizá la programadora me ayude antes o después del viaje. Aquí todos temen a los Errantes, es lo único que tienen en común. Eso y el recelo hacia mí. Yo soy inmune a los Errantes, pero no a la confusión.

En algún momento mis creadores cometieron un error, o bien no pudieron terminar su trabajo a causa de los Errantes. No lo sé. Lo único que puedo asegurar es que mi funcionamiento no es absolutamente correcto, aunque puedo disimularlo bastante bien. Eso me recuerda algo.

Una vez vi una película de televisión en compañía de mi madre. Es decir, de la mujer que decía ser mi madre de acuerdo con los parámetros del experimento. La película trataba sobre una máquina con apariencia de niño que quería ser un niño de verdad, o sea, humano. Aquella película no me gustó y pensé que la máquina era estúpida o estaba mal diseñada. ¿Quién querría ser humano? Sus mentes oscilan de un lado a otro sin que puedan controlarlas a causa de algo que llaman «emociones». Y estas «emociones», dicen, pueden ser buenas o malas, agradables o desagradables. Y van y vienen porque sí, por pura casualidad. ¿Qué lógica tiene esto? Y luego sus cuerpos envejecen y mueren, y los que son atacados se convierten en Errantes y se devoran unos a otros. Yo temo más a los humanos que a los Errantes. Los Errantes comen porque tienen hambre; ellos son lógicos, a su manera.

Pero lo que más me molestó fue que, al terminar la película, la mujer que decía

ser mi madre comenzó a llorar y me abrazó y me dijo que yo conseguiría ser un niño normal, y que lucharíamos juntos contra el maldito Asperger —tardé algún tiempo en enterarme de que esa es una enfermedad que dicen que tengo—. Y yo sonreí y asentí porque eso era lo que se esperaba de mí, pero en realidad estaba muy molesto porque no me gusta que me toquen. Y al contrario que esa estúpida máquina de la película, yo no quiero ser humano por nada del mundo.

Eva cruzó el pasaje entre dos barracones como si flotara entre las nubes, sin darse cuenta aún de la presencia del niño a pocos pasos de distancia. Había podido ducharse e incluso cambiarse de ropa: una especie de milagro en mitad del infierno en el que sobrevivían tras la aparición de los Errantes. Si ahora tuviese un poco de maquillaje y una barra de labios podría parecerme a una mujer, pensó con una sonrisa.

Torció a la izquierda del último barracón, en dirección al casco viejo. Había algunos locales que mostraban extraños carteles colgando de las paredes, como impresiones *déjà vu* o reminiscencias de vidas anteriores. «TABERNA DEL CIERVO BLANCO», «PANADERÍA», «CARPINTERÍA». A la salida de la calle vio lo que debía de ser un antiguo palacete, con docenas de bombillas de colores unidas por cables y que ahora estaban apagadas, pero que de noche lo harían parecer una especie de verbena multicolor: «JODE A UNA ERMOSA CHICA POR 20 NUEVOS RUBLOS. RUVIAS, MORENAS, PELIROJAS». A su lado, una modesta construcción con una inverosímil cruz de madera sobre el tejado de uralita: «IGLESIA EVANGÉLICA Y PENTECOSTAL DEL ÚLTIMO DÍA». A esta altura, Eva ya se había dado cuenta de que el niño continuaba siguiéndola, pero prefirió fingir ignorancia, o mejor, indiferencia. Ya se cansaría, tarde o temprano.

Unos tipos con brazaletes azules y armas automáticas la condujeron al interior de la casa que lindaba con el viejo ayuntamiento. Atravesó un patio lleno de macetas, paredes recién encaladas, fotografías en blanco y negro de hombres y mujeres que parecían fantasmas a punto de salirse de sus marcos. Vio rastrillos, hoces, guadañas, todo un catálogo de aperos de labranza salidos del siglo XIX. Y sobre todo armas: fusiles de asalto apilados en los rincones, unos frente a otros al modo de haces de estacas; cajas de municiones usadas como improvisados taburetes. Aquello parecía un cruce entre el museo etnográfico y un arsenal del ejército. Se trataba nada menos que del cuartel general de Alexei Ivanov —alias Alexei el Rojo, Alexei el Sargento o Továrich Alexei— desde donde gobernaba Cíbola con mano de hierro envuelta en un guante de seda.

—Así que eres tú quien manda aquí —sonrió Eva—. Debí haberlo supuesto.

—Siéntate, querida —dijo gentilmente el pelirrojo devolviéndole la sonrisa—. Puedo ofrecerte un té, aunque lamentablemente no disponemos de pastas. Más tarde quizá podamos hablar de literatura inglesa, pero por ahora quiero saber cuál es tu primera impresión sobre Cíbola.

—Me parece bien. Salvo por las horcas.

—Sabía que dirías eso. Lamentablemente, son los mejores instrumentos de que dispongo para el mantenimiento del orden público. Miguel —dijo a un joven que permanecía a su lado tan inmóvil como una estatua—, ¿te importaría traernos té de

azahar para la señorita y para mí? Los demás podéis marcharos, no os necesitaré de momento. Gracias, gracias, gracias.

Los hombres de la guardia abandonaron la sala en completo silencio. Mientras tanto, Eva empezaba a intuir que por debajo de la aparente frivolidad de Alexei — literatura inglesa; gracias, gracias, gracias— existía un control absoluto de la situación y, sobre todo, una voluntad de acero. La misma que durante años le había permitido conservar Cíbola como una isla de resistencia en medio de un océano de muertos vivientes. Decidió que, pasara lo que pasara, no cometería el error de subestimarla: Alexei podía enviarla a la horca con la misma sonrisa gentil con que la invitaba a una taza de té.

—Eres muy bonita. Podrías ganar mucho dinero en nuestro pequeño burdel. ¿Te interesa la oferta?

—No, gracias. No sabía que usarais dinero aquí.

—Pues claro que sí. ¿Qué te crees que somos? ¿Salvajes?

Sin esperar respuesta, Alexei comenzó a teclear en un ordenador portátil que había sacado como por arte de magia de debajo de la mesa. Ahora parecía algo preocupado, aunque Eva jamás supo si aquel gesto era auténtico o sólo una pose más para la galería.

—A ver que tenemos aquí... —dijo con aire pensativo—. Agricultura. ¿Sabes algo de agricultura?

—No.

—Pero sabes disparar, ¿no es cierto?

—Sí.

—Tendremos ocasión de averiguarlo —dijo Alexei con una sonrisa mientras escribía algo en la hoja de una libreta—. Acabo de asignarte al servicio de escolta de la Unidad Agrícola Número 2. Preséntate mañana por la mañana al supervisor en el barracón 21 con esta nota. Se llama Ernesto Márquez, tiene un genio de mil demonios y será él quien te diga en qué consiste tu trabajo. ¿Alguna pregunta? No, claro. ¿Tienes ya dónde dormir?

—No.

—Puedes quedarte aquí temporalmente. Hay muchas habitaciones vacías, escoge la que prefieras; encontrarás colchones, sábanas y mantas en el almacén de atrás. — Le entregó el papel con un sello en tinta roja que representaba una estrella de cinco puntas llena de adornos y filigranas. Un símbolo casi imposible de falsificar, pensó Eva.

—Gracias —respondió—. Pero me pregunto por qué haces todo esto por mí.

—Podría decirte que hago lo mismo por todos los forasteros amistosos, pero no tardarías en descubrir que no es cierto. Así que te contestaré con sólo dos palabras: literatura inglesa.

Alexei se echó a reír en el mismo momento en que aparecía Miguel con la bandeja de servir el té. El muchacho lo hizo lenta y ceremoniosamente, como si se hubiera escapado de algún viejo grabado japonés. Más tarde se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, a los pies de Alexei.

—Delicioso —murmuró este tras el primer sorbo—. El viejo aroma de al-Ándalus escondido en una simple taza de té. Y una pregunta más, mi joven amiga: ¿qué sabes del Libro de Seth? Por cierto, preferiría que esta vez no me mintieras.

Eva se ruborizó hasta la raíz del cabello. Un recuerdo inoportuno llegó de pronto a su mente: su primera regla la misma mañana en que cumplía trece años, precisamente al comenzar una clase de literatura.

—Sólo he oído rumores, como todo el mundo —murmuró con la vista clavada en el suelo—. Por lo que yo entiendo, es una especie de biblia para los sethianos. He oído decir que consideran a los Errantes unos ángeles vengadores que nos envía la ira de Dios, o algo por el estilo. Por lo tanto...

—Por lo tanto —cortó secamente Alexei—, la única manera de purgar nuestros pecados consiste en arrojarnos a los brazos de los Pellejudos, sumándonos así a los ejércitos de Dios. Es una idea tan estúpida que no me extraña que haya tenido éxito, tal como están las cosas. Personalmente puedo respetar que en determinadas situaciones límite —¿se dice así en español?— el ser humano busque consuelo en la religión, como otros se enganchan al alcohol o a la heroína. Es decir, no lo respeto, pero me es indiferente. Sin embargo, ninguna secta de las que han surgido como hongos en los últimos tiempos es tan destructiva y a la vez tan poderosa como la de los sethianos.

»Adán y Eva tuvieron tres hijos: Caín, Abel y Seth. Nosotros, hijos de Caín, somos culpables en esencia del crimen de nuestro antepasado en la persona de Abel, el favorito de Dios. Precisamente para castigar nuestras maldades nació Seth, el Tercero o el Vengador, como ellos lo llaman. ¿Adivinas quiénes son los hijos de Seth?

—Los Errantes.

—Por supuesto. Pero curiosamente los sethianos no se conforman con engrosar sin más las filas de los ángeles vengadores. Si así fuese, el problema se resolvería por sí mismo. Lo que en realidad pretenden es arrastrarnos a todos —a todos los supervivientes— a ese mismo destino. Según ellos, sólo de este modo conseguiremos alcanzar la Misericordia de Dios: cuando ya no quede un solo ser humano vivo sobre la faz de la Tierra.

—Pero no lo entiendo —repuso Eva—. ¿No había nacido Seth para vengarse de nosotros? Lo que nos ofrecen, a su retorcida manera, es el Paraíso. No tiene ninguna lógica.

—¿Conoces alguna religión que la tenga? —preguntó Alexei—. Si Dios no nos

libra de nuestros salvadores, lo haremos nosotros mismos.

—Entonces, ¿esos tres de la verja...?

—Sí. Se infiltran en la ciudad como refugiados y, una vez dentro, cometen sabotajes o convencen a algunos infelices para que se sumen a las filas de los Errantes. En una ocasión, estuvieron a punto de abrir la puerta del Este a una manada de Pellejudos, y sólo pudimos evitarlo por pura suerte y en el último momento. Hacía ya tiempo que no intentaban entrar en la ciudad, pero nunca se puede bajar la guardia. Por lo demás, son tan estúpidos que siempre logramos cazarlos antes de que puedan hacer daño. Bueno, casi siempre.

Eva apuró el último sorbo de su taza. Aquel té le hablaba de un mundo donde la gente desayunaba tostadas con mantequilla antes de ir al trabajo o a la oficina del paro, según los casos. En aquel lugar imaginario no había horcas, no había Errantes y el Libro de Seth no existía porque nadie iba a molestarlo nunca en escribirlo. Se obligó a prestar atención a las palabras de Alexei; escapar de la realidad era tan tentador como peligroso.

—Se les reconoce por su modo de hablar, incluso de mirar: jamás te miran a los ojos si pueden evitarlo. Algunos son buenos actores y logran pasar desapercibidos por un tiempo, pero al final siempre son descubiertos. Y entonces acaban como alimento no para sus queridos Errantes, sino para los cuervos. En el árbol de la horca.

—Pero... ¿también se ejecuta a los que aún no han hecho nada? Quiero decir que, si se les detiene antes de que puedan causar daño...

—El castigo para los sethianos en Cíbola es siempre la muerte y no hay excepciones —cortó fríamente Alexei. Después la miró con media sonrisa y el tono de la voz se hizo más amable—. Aún conservas la manera de pensar de antes de la guerra, mi joven Literatura Inglesa. Lo respeto profundamente, puedes creerlo, y... por qué no decirlo, me gusta. Pero estamos en guerra, y supongo que comprendes que no voy a arriesgar la seguridad de mi ciudad a cambio de la vida de uno o mil de esos lunáticos.

—Sí, lo entiendo.

Hubiera querido decir algo más, pero no encontró las palabras adecuadas. Decirle que ya se habían perdido demasiadas vidas, que el de Alexei era precisamente el viejo modo de razonar. Porque los Errantes nunca se mataban entre sí; ese era un privilegio exclusivo de los humanos antes, durante y seguramente después de la guerra, si es que para entonces todavía quedaba alguno. Sin embargo no dijo nada: no deseaba enemistarse con la máxima autoridad en Cíbola y, por otra parte, aquello no era de su incumbencia. Además, la presencia de Miguel, inmóvil y con la mirada perdida a los pies de Alexei, no contribuía precisamente a tranquilizarla.

—Hay algo que me gustaría saber —dijo finalmente—. Un niño rubio de unos ocho o nueve años me ha seguido por toda la ciudad hasta aquí, y me ha dado un

papel con una dirección y unos números de teléfono. ¿Podrías decirme algo más de él?

—Ah, ese —rezongó Alexei en un tono tan despectivo que sorprendió a Eva—. Es nuestro chalado particular: el tonto del pueblo, podría decirse. Por lo que creo, su nombre es Ismael, pero él prefiere que le llamen Máquina, aunque rara vez habla con alguien. Se figura que es un robot o algo por el estilo. Te daré un consejo: no te acerques demasiado a él. No me inspira confianza.

—¿Por qué? Sólo es un niño.

Alexei se quedó pensativo unos segundos antes de responder.

—Porque cuando lo miro a los ojos, no sé lo que piensa.

El supervisor Ernesto Márquez era un sesentón de melena canosa, con la cara tan llena de estrías que recordaba a uno de esos mapas antiguos de los museos. Su despiadada franqueza era al mismo tiempo su mayor virtud y su mayor defecto.

—Espera a que se acerquen hasta diez metros; entonces dispara. Y sobre todo, no malgastes municiones.

—¿Y si son muchos?

—Aquí tenemos un refrán: «Si son más de siete, le das a la alarma y que el culo te pete». Eso último quiere decir que empieces a correr. ¿Hay más preguntas?

—No.

—Menos mal.

Los campos de cultivo se encontraban en un valle situado a medio kilómetro del norte de Cíbola. La tarea de Eva, y de los otros once encargados de seguridad, consistía en patrullar el perímetro de la zona fronteriza, eliminando a cualquier Errante o grupo aislado que traspasara los límites marcados. Salvo si venían en manada, en cuyo caso, y según el refrán, lo mejor era salir por piernas y no parar hasta las murallas. El jefe de esta cuadrilla de auténticos especialistas era aquel viejo *hippy* malhumorado, que en una vida anterior había sido pintor expresionista y administrativo en la empresa de aguas de Sevilla. Como no se fiaba de Eva, la hizo disparar un par de veces contra un montón de latas vacías.

—No está mal —dijo al fin—. Ya veremos de lo que eres capaz contra un blanco en movimiento.

Aquella era su particular manera de felicitarla; Eva suspiró y no dijo nada. En los campos se cultivaban toda clase de hortalizas —lechugas, tomates, zanahorias...—, aunque la mayoría de los cereales brillaban por su ausencia: demasiado complicados y demasiado costosos. Así, el arroz, por ejemplo, era un sueño inalcanzable, pero nunca faltaba una parcelita donde crecían verdes y lozanas las hojas del tabaco. En esta zona, Eva creyó ver un grupo de plantitas de hojas simétricas y alargadas que crecían casi con disimulo en un rincón. Al comentárselo inocentemente al supervisor, este respondió en su tono habitual que las chicas curiosas y estúpidas harían mejor en estarse calladitas, bien calladitas.

Aparentemente, Ismael había dejado de seguirla a todas partes. En un principio esto la alivió, para acabar convirtiéndose con el paso de los días en una secreta decepción. Sin embargo, el niño se las apañaba siempre para encontrarse con ella en cualquier lugar de Cíbola. Y cada vez que volvía a verlo se sorprendía a sí misma anhelando en cierto modo ese silencio tenaz y orgulloso. Había intentado varias veces hablar con él, sin demasiado éxito: el niño se limitaba a irse por la tangente con la habilidad de un tenista que devuelve todos los golpes. O bien se mantenía en un

silencio absoluto, mirándola sin pestañear desde sus grandes ojos de gato. Había algo inquietante en esa mirada, un brillo inexplicable para ella.

Intentó sonsacar alguna información sobre el chico a la gente de Cíbola, pero nadie pudo decirle gran cosa. Por lo visto, había venido con un grupo procedente del oeste hacía dos o tres años, pero no tenía ningún vínculo familiar con ellos. Ismael dormía cada noche en una casa diferente, y las almas caritativas de Cíbola se lo pasaban de mano en mano como uno de esos regalos de compromiso que nadie quiere conservar. No jugaba con los demás niños y siempre estaba solo.

Por las noches, Eva se marchaba agotada a la casa de Alexei; el trabajo era poco exigente en el sentido físico, pero a cambio precisaba de una atención constante. Bastaban unos segundos de distracción para que los Errantes se te echaran encima como lobos, aunque ella podía pasar semanas enteras sin ver a uno solo. Paradójicamente esto era peor que un goteo continuo: la tensión se relajaba, los músculos se dormían. Entonces llegaba de repente un grupo de cinco o seis y uno no sabía reaccionar, igual que un conejo cegado por la luz.

El sector que le habían asignado, la frontera entre las tierras de cultivo y un espeso bosque de encinas que se extendía más allá de la vista, era de una extensión de unos sesenta metros de tierra cuidadosamente despejada. En cierto sentido, aquello se parecía a un videojuego monstruoso: los Pellejudos salían del bosque —porque siempre salían del bosque— como si fueran generados a partir de la nada por un programa informático. Se acercaban a ella con los brazos extendidos, como sonámbulos de hace un siglo. Y siempre con esos andares torpes y pesados, implacables, en una precisa línea recta de la que sólo podía desviarles un disparo certero. Pese a las instrucciones del supervisor, Eva prefería esperar hasta los seis o siete metros antes de disparar si el grupo no era muy numeroso. Usaba balas dum-dum con una pequeña carga explosiva y un fusil Hechler-Koch de alta precisión. Y naturalmente, siempre tenía a mano la pistola Beretta que le había entregado como préstamo el supervisor, por si acaso. Las dum-dum eran una munición tan valiosa como escasa, y no se podían desperdiciar. Pero Eva siempre tuvo mucho cuidado: en este juego no existían otras dos vidas de repuesto. Y el Game Over significaba algo mucho peor que la muerte.

Los guardias de Alexei se sonreían al verla entrar en la casa contigua al ayuntamiento, pero ella se limitaba a saludarlos con absoluta cortesía. Probablemente pensaban que era la amante del jefe. Esto no era cierto —aunque sí lo era que habían tenido algunas sesiones de sexo tranquilo en los primeros meses, cuando ella se sentía más sola—, porque uno de los recuerdos del Viejo Mundo que los Errantes se habían encargado de barrer era precisamente el concepto del amor romántico. No era que la idea conllevara burlas o la sonrisa sarcástica del que se cree de vuelta de todo: sencillamente se había vuelto incomprensible, como debió de serlo para los pobladores del antiguo Egipto. Los vínculos afectivos rara vez coincidían con los sexuales: los matrimonios —porque en Cíbola seguían celebrándose matrimonios— servían fundamentalmente para reforzar alianzas entre dos clanes, y eran decididos al fin por los jefes de dichos clanes tras arduas negociaciones en las que el romanticismo brillaba por su ausencia. No era extraño, y tampoco reprochable, que una persona buscara compañía sexual en cualquier sitio menos en su casa, sin que

ello significara una merma del cariño que sentía hacia su pareja o parejas. La poligamia —y su versión femenina, la poliandria— no causaban ya el menor asombro, aunque ahora eran bastante más flexibles que en sus versiones anteriores a la Plaga. Así, uno de los grupos sociales más estimado y de mayor prestigio era el de las prostitutas, sólo por debajo de los guardianes del primer rango.

De este modo, el hombre de la era postapocalíptica había aprendido por fin a separar sus emociones de sus deseos. Dicha perspectiva del asunto evitaba confusiones y, sobre todo, simplificaba al máximo la vida, en una época en la que todos los esfuerzos eran pocos para sobrevivir a los únicos depredadores que la humanidad había conocido en toda su historia. En el caso de Eva, hay que decir que consideraba a Alexei un tipo bastante atractivo a pesar de su edad —o tal vez a causa de ella— y un compañero de cama aceptable, aparte de un buen camarada cuya amistad valía la pena conservar, aunque sólo fuese por consideraciones egoístas. Estos eran, más o menos, sus sentimientos hacia él. Ni siquiera lo consideraba el mejor jefe posible, aun reconociéndole méritos tan importantes como su aguda visión táctica y su inagotable fuerza de voluntad. Por más que se mirara, no había en todo esto un solo gramo de romanticismo, y ni Eva ni Alexei lo necesitaban. En cuanto a este, solía pensar en ella como en una especie de hija adoptiva —lo que no excluía algún que otro incesto ocasional— que había conseguido divertirse en un primer momento con aquella suprema tontería de la literatura inglesa; en detalles como estos advertía Alexei la fragilidad esencial de Eva por debajo de la coraza que, de forma inevitable, cualquier superviviente lleva siempre cosida a la piel.

Alexei presumía de conocer el corazón de las personas mediante un simple vistazo, y había mucho de verdad en esa aparente jactancia; de hecho, era uno de los principios básicos que le habían permitido situarse —y lo que era más importante, mantenerse— como el líder de Cíbola desde su fundación. Y en Eva veía, sobre todo, ese fondo de inocencia que enmarcaba cada uno de sus gestos al modo de una pantalla de cine donde se exhiben cientos de películas, pero que, al terminar la función, continuará siendo inmaculadamente blanca. A Alexei no le importaba que ella vistiera siempre aquella horrible ropa militar llena de remiendos, o que a veces dejara caer exabruptos que hubiesen hecho enrojecer a una legión de camioneros. Y eso sin mencionar su pericia con el Hechler-Koch, ante la que un francotirador de la vieja Guardia Roja se habría sentido muy avergonzado. Porque todo aquello no era más que pura fachada, la línea de defensa obligatoria desde que llegaron los Errantes.

Lo cierto era que a Alexei le fascinaban las personas inocentes por dos razones: porque sabía que él no lo era y porque a veces llegaba a dudar de que tales personas existieran realmente en el mundo. Por eso la llegada de Eva había supuesto para él casi una revelación: debía protegerla a toda costa. Más que por afecto por simple sentido común, como un ecologista de los antiguos tiempos hubiese protegido a un

ejemplar de una especie en vías de extinción. Por lo demás, el interés sexual de Alexei hacia Eva era más bien escaso; no es que no fuese atractiva, pero las había mil veces más sofisticadas y espectaculares que ella entre las profesionales del burdel. Además, y aunque la bisexualidad de Alexei había oscilado a lo largo del tiempo de un extremo al otro, últimamente prefería sin duda a los hombres. Con más de cincuenta años cumplidos, pensaba, ya no era de esperar un nuevo desplazamiento del péndulo. Prefería a los jóvenes de la guardia como Miguel o Marcos, que solían entregársele con cierto fervor religioso pintado en el rostro. Y aunque el sexo con Eva resultaba muy satisfactorio, para Alexei ella simplemente no valía lo que un hombre.

Alexei era un tipo curioso, incluso para estos tiempos. Antes de la Plaga había sido soldado, trompetista, pintor de brocha gorda, barrendero en el parque zoológico de Moscú y, por último, guardaespaldas de un pez gordo de la mafia rusa con residencia en Marbella. Nacido en Leningrado a principios de los sesenta, su historia daba comienzo realmente cuando se alistó, o más bien lo alistaron a la fuerza, en el tercer regimiento de la Caballería Motorizada de la Guardia Soviética. Al principio todo fue bien, con comida aceptable y abundante vodka en la cantina que se intercambiaba por vales del ejército, sistema este que Alexei había transplantado a Cíbola prácticamente sin cambiarle una coma, a modo de dinero de curso legal. Pero cuando más a sus anchas se encontraba —incluso le habían ascendido a sargento, sin otro mérito en su haber que el de emborracharse una noche con el comandante— les llegó la orden de partir a Afganistán.

La guerra había corrompido a todos, y Alexei no iba a ser la excepción. Y no obstante, solía pensar que aquellos años fueron necesarios para purificarlo de sus taras juveniles y endurecerlo, prepararlo en suma del mejor modo posible para convertirse en el líder que al fin estaba destinado a ser. Y sin tener razón, la tenía. Había visto a hombres mejores que él meterse una Tokarev en la boca y apretar el gatillo; nunca pensó que aquello fuese un absurdo, sino simplemente una consecuencia de la lógica de la guerra.

Él mismo había estado a punto de hacerlo, antes de escapar de milagro de varias emboscadas muyahidines, cuando los enviaban a explorar territorio enemigo sin cobertura de ningún tipo, a veces incluso sin planos, a la buena de Dios o de algún asno del Estado Mayor de la Stavka. Y si había aprendido algo de toda aquella mierda, fue gracias al enemigo, por supuesto: sólo el enemigo te enseña sus puntos fuertes, sólo el enemigo te enseña tus puntos débiles. En cierto modo, los muyahidines —entonces aún no se les llamaba talibanes y en Occidente estaban considerados como unos héroes— eran asombrosamente similares a los Errantes: jamás pedían tregua ni capturaban prisioneros. Ese era su punto fuerte: en el fondo no querían tanto ganar la guerra —objetivo secundario— como destruir por completo al enemigo. Disponían de una reserva inagotable de fe en la victoria del mismo modo

que los Errantes no podían dejar de sentir hambre, y eso era lo que los convertía a ambos en enemigos formidables. Era necesario sacar provecho de esas y otras amargas lecciones, porque Alexei siempre supo que aquellos años infernales en las montañas de Kandahar habían sido su mejor escuela para lo que vino después.

En los últimos días Robinson había caído en el solipsismo.

Esa era la elegante manera que tenía de decirse que se estaba volviendo loco. Aunque todo el mundo se entregue en un momento dado a especulaciones filosóficas —es gratis y hace que el tiempo pase—, cualquiera puede salir de ellas mediante un simple salto mental o una llamada de la realidad. Sin embargo, él ya no se veía capaz de saltar, ni mentalmente ni de ningún otro modo. Y por lo demás, la Realidad y Robinson nunca hicieron buenas migas. La imagen que tenía de sí mismo era la de un coche incapaz de moverse en medio de un barrizal. Las ruedas aún giran, sí, pero ¿con qué objetivo? En la ciénaga de la vida de Robinson no había ningún lugar adonde ir.

Porque esos lugares no existen.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Nada existe fuera de tu mente. Ni siquiera tus pensamientos.

—Entonces, ¿no hay un mundo real por encima del refugio?

No existe mundo ni refugio. Nada existe, salvo el Creador de Pensamientos.

(Estos «Pensamientos» iban en todos los casos con mayúscula inicial. Robinson no tenía idea de por qué, pero siempre se los imaginaba así).

—Entonces, ¿todo es tan irreal como un sueño?

El Creador de Pensamientos juega a descubrirse a sí mismo a través de los sueños.

(Aquello parecía complicado, así que Robinson no quiso meterse en profundidades. En lugar de ello volvió a insistir en un viejo tema).

—Yo percibo constantemente la realidad por medio de mis sentidos. ¿Cómo es posible que nada exista?

Tu mente existe. Tu mente crea ilusiones. Y después se engaña a sí misma creyendo que percibe la realidad.

—Entonces, tú tampoco existes.

No en el exterior. Yo soy un simple nudo de tus Pensamientos.

—Y según tu teoría, los Errantes tampoco son reales.

Nunca han existido, ¡oh, Robinson!

—Ni los Errantes, ni la salsa boloñesa, ni la península de Indochina, ni el Lazarillo de Tormes, ni las dos trilogías de La guerra de las Galaxias, ¿no es eso?

Ni el voleibol ni los elefantes indios ni los libros de jardinería ni la NBA ni las películas de Tracy Lynn ni la torre inclinada de Pisa, ¡oh, Creador de Pensamientos! Y así con todo lo que crees percibir...

—¿Sabes lo que te digo? Que te jodan.

Que te jodan a ti, Robinson.

Todas las mañanas —o lo que él creía que eran mañanas, en un mundo donde la luz natural simplemente no existía— le abrumaba el mismo pensamiento: Estoy volviéndome loco. En cierto sentido lo interpretaba como una buena señal, porque ningún loco de verdad piensa que esté enloqueciendo. Lo peor sucedía cuando expresaba su alivio en voz alta y gesticulando exageradamente ante un espejo: aquello sí que era en verdad una mala señal.

—Así que te llamas Ismael.

El niño sonrió, y aquello fue como si se encendieran dos diminutas estrellas bajo sus párpados. Era tan raro verle así que Eva pensó de inmediato en el cometa Halley: podías vivir setenta años sin verlo una sola vez.

—Me llamo Máquina, pero tú puedes llamarme Ismael.

—¿Y qué quieres de mí?

—Debes acompañarme al norte. —La miraba fijamente mientras decía estas palabras, como si sopesara su auténtico valor. Un montón de procesadores resolviendo inexplicables ecuaciones en lenguaje binario, pensó Eva con una sonrisa.

—¿Cuántos años tienes, Ismael?

—Nueve años, siete meses y doce días. ¿Vendrás conmigo al norte?

—Eso depende —respondió ella en tono de broma—. ¿Nos casaremos al final del viaje, como en las películas románticas?

Ismael pareció reflexionar detenidamente sobre esta cuestión.

—Como quieras —concedió de mala gana—. Pero no tendremos relaciones sexuales. No me gusta que me toquen.

Eva fingió no haber oído eso y formuló rápidamente otra pregunta:

—¿Por qué te llamas Máquina?

—Porque soy una máquina. ¿De qué depende que vengas conmigo al norte?

—En primer lugar, ni siquiera sé para qué quieres ir allí.

—Es un secreto —repuso el niño con una lejana solemnidad—. No puedo revelarlo todavía.

Eva encendió un cigarrillo liado a mano —porque ya no existían de ninguna otra clase— y miró pensativa al horizonte; el cielo azul parecía recién lavado, como si perteneciera a un mundo todavía por descubrir. Aquí estoy sentada en el suelo con mi amigo Esquizofrenia esperando el final o el principio de algo, como siempre. Porque siempre ha sido así, incluso antes de que llegaran los Errantes. Le ofreció el cigarrillo al chico y ambos se lo fumaron a medias, enfrascados en sus propios pensamientos.

—Entonces, ¿vendrás conmigo?

—No.

—¿Por qué no?

Eva sonrió para sus adentros: Ismael era incansable. Pero había una chispa de grandeza en su locura, algunas señales del hombre que hubiera podido llegar a ser en un mundo diferente. Precisamente por eso, decidió no mentirle: desde siempre había considerado las mentiras piadosas como una de las peores formas de enmascarar la crueldad. Era una de las pocas convicciones de Eva que habían logrado sobrevivir tras la llegada de los Errantes.

—Porque no se me ha perdido nada en el norte —respondió al fin—. Estoy bien aquí, en Cíbola; probablemente es el único lugar seguro en mil kilómetros a la redonda. Ahí fuera no hay más que hambre, frío y manadas de Errantes ansiosos por cazarnos. Además...

—Además, piensas que estoy loco.

Hubo un largo silencio antes de que Eva se decidiera a contestar.

—Sí, así es —dijo al fin—. Pero no lo tomes a mal: estar loco es una bendición en estos tiempos. Posiblemente más de uno quisiera estar en tu lugar.

—Esperaré a que cambies de idea. No respecto a mí, sino al viaje.

—No lo haré.

—Esperaré diez años si hace falta.

Y Eva supo que lo decía completamente en serio. Entonces Ismael se echó al hombro su vieja mochila de escolar —que llevaba siempre encima y cuyo contenido nunca mostraba a nadie— y se marchó, sin despedirse y sin mirar atrás.

—He enviado un grupo de exploradores a la última posición conocida de tu antiguo grupo —dijo Alexei—. Llevan comida y medicinas en abundancia. Espero que consigan traerlos sin demasiados problemas.

—Gracias —sonrió Eva—. Pero me pregunto por qué haces esto.

—¿El qué?

—Arriesgar a tu gente para salvar a la mía.

—Todas las vidas son importantes. ¿No fuiste tú quien dijo eso?

Respuesta de político hábil, se dijo Eva; Alexei no había alcanzado su posición de líder en Cíbola sin buenos motivos. En cuanto a eso de que todas las vidas eran importantes, cierto era que ella lo había pensado muchas veces. Pero no recordaba habérselo dicho a nadie, y menos aun a Alexei. ¿Sería cierto lo de su sexto sentido para averiguar los pensamientos? Todo el mundo hablaba de eso en Cíbola y, en principio, Eva pensó que se trataba de meros rumores, quizá propagados por el propio Alexei para aumentar su influencia. Aunque tal vez hubiese algo de cierto en todo ello.

—Sean cuales sean tus motivos, gracias otra vez por tu generosidad.

—Dáselas a los exploradores, si es que vuelven —respondió secamente Alexei—. O a sus familias, si no regresan. Yo no arriesgo nada.

Eva comprendió que había tocado un punto sensible y guardó silencio, avergonzada de pronto y sin saber por qué. Mientras tanto, el máximo dirigente de Cíbola había servido dos vasos de *whisky* hasta la mitad y le tendió uno.

—Desgraciadamente no es vodka, pero sobreviviremos a eso. Salud.

—Salud.

—Hay consideraciones estratégicas de por medio, naturalmente —dijo él tras apurar medio vaso de un solo trago—. Por si no lo has notado, la ciudad está quedándose cada vez más despoblada. Demasiadas casas vacías, y una escuela primaria que tan sólo recibe a catorce alumnos. La gente ya no quiere tener hijos, cosa bastante comprensible en estos tiempos. Pero si no repoblamos desde ahora, de aquí a una temporada —quizá años, quizá décadas— ya no podremos resistir el empuje de los Errantes. De Cíbola no quedará más que un montón de ruinas para que esos Pellejudos se paseen a sus anchas.

—Nunca te rindes, ¿verdad? —sonreía Eva—. Nunca dejas de maquinare.

—Esta ciudad es todo lo que tengo. Antes de la guerra te hubiese contestado de otro modo, pero ¿quién era yo antes de la guerra? Otro jodido veterano de Afganistán, en un país que ya no entendía y en una época que se había ido a la mierda junto con mi juventud. Después vine a España para no morirme de hambre y trabajé como un mulo en empleos que nadie quería, por un sueldo de miseria. Seguía

muriéndome de hambre, aunque eso sí, más lentamente. Al fin tuve un golpe de suerte y me contrataron como guardaespaldas de Gennadi Berezovsky, honrado comerciante moscovita que se pasaba la mayor parte del año tostándose al sol en Marbella. Los negocios de Berezovsky eran básicamente la heroína —que compraba en Pakistán a los mismos guerrilleros a los que habíamos combatido—, el tráfico de armas y la prostitución. Esto habría significado para mí un brillante futuro como matón a sueldo... de no ser porque antes llegaron los Pellejudos.

»Ya conoces la historia: en menos de un mes, el mundo entero se había ido a la mierda. Cuando yo llegué aquí encabezando un pequeño grupo de supervivientes, me encontré con un pueblo vacío. No sé qué demonios les habrían prometido para que se largaran todos a la vez, pero lo cierto es que no vimos un solo cadáver ni un solo Errante, lo cual era una bendición. Los que integraban mi grupo eran gente sencilla, acostumbrada a vivir tranquila y sin la menor idea de armas o entrenamiento militar, pero yo sabía perfectamente dónde se encontraban los arsenales secretos de Berezovsky. El cual, por cierto, espero que haya reventado como el gran puerco que es. —Alexei rio entre dientes y apuró su *whisky* antes de continuar—. Fue al entrar por vez primera a este pueblecito insignificante cuando tuve algo así como una revelación: aquel sería el germen de la resistencia, el punto a partir del cual volveríamos a conquistar el mundo. No soy tan imbécil como para creerme mis propias fantasías, pero eso no impide que disfrute de ellas de vez en cuando. Todo el mundo tiene sus debilidades.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Eva.

—Prosperamos. Contra todo pronóstico, sacamos fuerzas de donde no las había y plantamos cara a los Errantes. Claro que si ellos tuviesen medio cerebro, ya nos habrían barrido hace años, pero por suerte no es así. Hasta ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que esos hijos de puta han comenzado a aprender.

La consulta del último psicólogo, poco antes de la llegada de los Errantes. Yo lo recuerdo todo, porque no me está permitido olvidar. La conversación fue exactamente así:

—¡Hola, Ismael! Tu madre me ha contado maravillas de ti.

(Silencio).

—Yo me llamo David Perea y soy tu...

—Mi terapeuta, ya lo sé, señor.

—Lámame sólo David, por favor. (Pausa, ordena unos papeles). Dime, ¿te gusta jugar?

—Depende.

—¿A policías y ladrones, por ejemplo?

—Al ajedrez y al go.

—Ya. (Pausa larga). Por lo que veo, no te gustan demasiado los juegos en los que hay movimiento...

(Silencio. Eso no ha sido una pregunta y, por lo tanto, no hay obligación de contestar. Por lo demás, este hombre es estúpido, aunque probablemente eso no sea culpa suya. Habla como si las piezas del ajedrez y del go no se movieran).

—¿Y dibujar? ¿Se te da bien dibujar?

—No.

—Pero ¿te gusta?

—Me es igual.

—¿Te importaría hacer unos dibujos para mí?

—No.

—De acuerdo. (Saca unos folios y una caja de lápices de colores). Quiero que hagas tres dibujos diferentes. En primer lugar, una casa; dibújala como tú quieras. Después un árbol y, por último, una familia, ¿vale? Casa, árbol y familia, por ese orden.

(¿Por qué lo repite todo? Debe pensar que soy idiota, así que me limito a asentir con la cabeza. Acabemos de una vez).

—Te dejaré solo un momento mientras haces los dibujos, ¿vale? (Un alivio imprevisto, me encanta estar solo y desde luego que no me lo esperaba). Si necesitas algo, no tienes más que golpear la puerta, yo volveré muy pronto, ¿de acuerdo?

(Sale de la consulta forzando una sonrisa, y yo me enfrasco en los dibujos para acabar pronto y poder irme cuanto antes. Pese a todo, me siento bien, y más ahora que me ha dejado en paz por un rato. Y lo cierto es que me gusta dibujar. No lo entiendo, tendré que averiguar por qué le he mentado. Un débil olor a tabaco desde el otro lado de la puerta. Me levanto en completo silencio y pego la oreja a su superficie

de madera. Oigo cuchichear a mi madre y al terapeuta, aunque no llego a entender la conversación; hablan muy bajo, tan sólo cojo alguna expresión suelta de vez en cuando como personalidad esquizoide, diagnóstico diferencial, capacidad de o aún es demasiado pronto para. Me vuelvo a mis dibujos, cada vez más aburrido de estar allí. Pero me esmero con ellos, como si fuese a guardarlos para toda la vida. Tres minutos y medio más tarde regresa el psicólogo, con su bata blanca aún impregnada del olor del cigarrillo).

—¿Has terminado, Ismael?

—Sí.

—Déjame verlos. (Una pausa muy larga). Vaya, son muy... bonitos (dice ahora sin sonreír y con la cara repentinamente muy pálida). Interesantes, eso es. Me gustan mucho, sí, están muy bien, pero que muy bien. (Se retuerce sobre la silla como si tuviese muchas ganas de ir al lavabo, observando mis dibujos una y otra vez. Noto algo nuevo y extraño en él, pero ha dicho que le gustan, así que no debería haber ningún problema. Y eso me alegra, porque ya tengo ganas de marcharme a casa y que me dejen en paz de una vez por todas).

Eva no podía dejar de darle vueltas a la idea de que los Pellejudos estaban comenzando a aprender, y tampoco Alexei quiso darle más explicaciones. ¿Es que no te has dado cuenta? Tú trabajas al otro lado de las murallas. Bueno, lo cierto era que no le pagaban para observar, sino para cargárselos. Un vale de cien nuevos rublos por día, un sueldo astronómico dados los cánones de Cíbola que no sabía en qué gastar. Por desgracia, hacía tiempo que no se organizaban viajes de vacaciones a las playas del Caribe.

—Algo he visto, pero...

Pero siempre pensó que no eran más que casos aislados. Tal vez individuos excepcionalmente despiertos en su vida anterior que habían conservado un pálido reflejo de sus habilidades. Como ese que se agachó para coger una piedra y tirársela, una piedra que pasó a más de diez metros de su cabeza... Nada muy alarmante al fin, pero cabía preguntarse a qué distancia pasaría la próxima piedra. Por no mencionar el caso de dos que se fingieron muertos en el límite mismo de las tierras de cultivo. Parecía un chiste, muertos vivientes que se fingen muertos del todo para dejar acercarse a la confiada presa. Claro que ella era demasiado cauta para caer en una trampa tan obvia, pero, por burdo que fuese el intento, ya contenía en sí mismo una semilla de inquietud.

¿Hasta dónde serían capaces de llegar? Sin embargo, Eva seguía manteniendo que aquello no eran más que casualidades, que los Errantes no podían sufrir mutaciones genéticas por la sencilla razón de que no nacían, y que Alexei haría bien en guardarse su propia paranoia para otra ocasión más favorable. El máximo líder de Cíbola sonrió para sus adentros al oír aquello: Eva era la única persona en toda la ciudad que podía hablarle de ese modo sin temor a las consecuencias.

—Como quieras —dijo con sorna—, sigue soñando a tus anchas, Literatura Inglesa. Pero no olvides mis palabras. Algún día aprenderán a manejar armas de fuego, y a partir de ese día nosotros seremos los Errantes.

Más tarde, ella se había marchado a dar una vuelta por la ciudad. Al día siguiente era domingo, la verja estaría cerrada y nadie iría a trabajar a los campos, gracias fuesen dadas al Cielo. Después se dio una ducha, se cambió de ropa y, como no se le ocurría otra cosa, acabó en la taberna del Ciervo Blanco tomando una taza de té tras otra.

En Cíbola el consumo de alcohol estaba teóricamente prohibido para todos... aunque Alexei y su guardia pretoriana solían hacer secretas excepciones para aliviar un poco la terrible carga del mando, le había llegado a decir el jefe con una sonrisa cínica a la vez que desarmante. Bueno, así eran las cosas, y Eva supo, sin que nadie tuviera que decírselo, que sería mejor no comentar nada de lo que veía a diario en el cuartel general al lado del viejo ayuntamiento. Por alguna razón que no alcanzaba a imaginar, se había convertido en una especie de protegida —o mascota— del jefe, y esta situación no le desagradaba del todo. Ahora la vida era más tranquila y confortable de lo que había sido jamás. Y sin embargo...

Miró a su alrededor; la gente que entraba o salía de la taberna la saludaba cortésmente o intercambiaba unas frases triviales con ella, pero nadie quiso sentarse a su lado. No es que le molestara la soledad. Pero prefería la de los bosques o las carreteras abandonadas antes que la de aquella taberna llena de abstemios a los que jamás iba a conocer. Imaginaba que era la incomprensible predilección del jefe hacia ella lo que marcaba las distancias, pero esto sólo era una parte de la verdad.

Lo cierto era que los honrados ciudadanos de Cíbola —antiguos oficinistas y vendedores de seguros reconvertidos a la fuerza en artesanos o agricultores— sólo en rarísimas ocasiones veían al enemigo cara a cara: no eran combatientes y no lo necesitaban. Ya habían visto muerte y horror suficientes para cien vidas como las suyas, y sólo pensaban en su ciudad como el último refugio posible contra la Plaga: una especie de limbo —o jaula, según la lengua viperina del supervisor Márquez— en el que poder vivir olvidándose incluso de la existencia misma de los Errantes. Para ellos, Cíbola no era tanto un lugar físico como un estado mental: significaba nada menos que la seguridad que ansiaban por encima de todo. Eva pensó que si Alexei soñaba con reconquistar el mundo a partir del único foco conocido de resistencia, bien podría seguir durmiendo: los habitantes de Cíbola eran mentalmente incapaces de dar un paso más allá de las murallas. La ciudad era como el palacio del Príncipe Próspero en el cuento de Edgard Poe, y afuera sólo estaba la Muerte Roja. O la Muerte Escarlata, por expresarlo de una forma más exacta.

Pero hasta Cíbola necesitaba defender sus murallas de la amenaza cotidiana: por eso existían los exploradores y, sobre todo, los vigilantes. Y no obstante, estos grupos eran vistos en cierta medida como aves de mal agüero, cuya sola presencia —la de Eva, por ejemplo— les recordaba día tras día a los vecinos de Cíbola lo que más

deseaban olvidar. Pensó en lo que podría suceder si durante un día —¡un solo día!— los guardianes de la ciudad descuidasen sus labores. «Y entonces las tinieblas y la Muerte Roja lo dominaron todo».

No obstante, Eva no les culpaba por pensar de ese modo y, en cierta medida, le daban lástima: habían creado una triste fotocopia de sus vidas anteriores y se refugiaban en ella, incapaces de sobrevivir de otra manera. Ella no era así y, curiosamente, el chico tampoco. Pensó que se había acordado de él por pura casualidad, como si todo lo que nos ocurre en la vida no fuera en el fondo casualidad, y de algún modo se sintió conmovida al descubrir que le echaba de menos. En aquel momento su presencia silenciosa hubiese sido la mejor de las compañías.

De repente vio a su supervisor sentado a solas en un rincón, mientras miraba atentamente dentro de su taza de café, como si quisiera discernir un misterioso futuro escondido entre los posos. No había intimado en absoluto con el canoso y huraño Ernesto Márquez, pero le gustaba su brutal franqueza, tan fuera de lugar en una ciudad donde el mero hecho de mencionar a los Errantes se consideraba un signo de pésima educación. Márquez alzó la vista y le dedicó una mueca retorcida, como si sintiera dolor de muelas cada vez que sonreía. Eva le hizo un gesto para que se sentara a su lado: al fin y al cabo eran dos apestados, y ella necesitaba desesperadamente a alguien con quien hablar.

—¿Cómo va eso?

—De mierda —respondió el supervisor en su línea habitual—. No veo el momento de volver al trabajo. ¿Tú no te aburres?

—Depende.

—¿De qué pende? —respondió Márquez, al tiempo que hacía un gesto obscuro con ambas manos. Rieron los dos a la vez; una camaradería de trincheras imposible de entender para el resto de los parroquianos—. He oído decir que te has hecho muy amiga del ruso. ¿Qué tal es en la cama?

—Has oído demasiado —respondió ella con cautela.

—Como quieras. También he oído decir que le gusta más la carne que el pescado, no sé si me entiendes. Claro que eso no es asunto mío. Pero la verdad es que cada vez me gusta menos ese pequeño Stalin de baratillo.

Eva fingió no haberlo oído. Las desavenencias entre Márquez y Alexei eran del dominio público, aunque ella nunca le había escuchado expresar su desaprobación de un modo tan contundente.

—Ya va siendo hora de que deje el mando —añadió el supervisor—. Lo único que ha conseguido es convertir a los habitantes de esta ciudad en un rebaño de borregos.

—Creo que te equivocas.

—Es posible. Todo el mundo lo hace, ¿no? Pero comprendo que no quieras hablar

de eso. ¿Y qué me dices del otro, del niño loco que dice ser una máquina? Creo que te ha adoptado o algo por el estilo.

Eva sonrió para sus adentros. Nunca lo había visto desde ese punto de vista, pero ahora comprendía que esa era la expresión exacta. Ismael no quería ser su amigo ni su admirador, simplemente la había adoptado.

—Es un niño muy especial.

—De eso no me cabe la menor duda —comentó con sorna el supervisor—. ¿Cómo puedes soportarlo?

—Por Dios, Márquez. Sólo tiene nueve años.

—Por eso mismo me lo pregunto. ¿Te lo imaginas cuando tenga veinte?

Eva lo pensó por un momento y comprobó que era incapaz de hacerlo. Al fin decidió que ese era otro de los misterios de Ismael que le gustaría averiguar algún día. Pero hacer planes a largo plazo en el mundo de los Errantes era tan absurdo como esperar que volvieran los concursos televisivos o las hamburguesas de McDonalds. Se vivía al día, sencillamente, dando gracias a Dios o al azar por haber sobrevivido otra jornada más. Y cuando uno sabía que iba a morir, su único deseo era no volver a levantarse convertido en un Errante.

—Al menos el chico es más soportable que toda esta banda de gallinas mojadas —concedió el supervisor, con una mirada de desprecio que abarcó toda la taberna—. ¿Te los imaginas delante de los Pellejudos?

—Puede que algunos de ellos te sorprendieran.

—Y puede que no. Creo que ni siquiera distinguirían a un Albino de cualquiera de nosotros.

Los Albinos no eran más que otros Errantes iguales que los demás, pero sin las clásicas manchas púrpura o escarlata en la piel. Este fenómeno sucedía con muy poca frecuencia —en un caso de cada doscientos, como máximo— y realmente no tenía la menor importancia, ya que existían otros mil signos característicos para distinguirlos de las personas. Bastaba con observar sus andares, sus ojos faltos de brillo o los harapos apestosos que solían llevar, por no mencionar su peculiar olor o la boca siempre entreabierta en busca de carne viva. Así que la observación del supervisor no era más que otra de sus tantas exageraciones. Respecto del fenómeno de los Albinos, nadie se había molestado en buscarle una explicación: había cosas mucho mejores en las que perder el tiempo.

—¿Crees que pueden aprender? —preguntó Eva a bocajarro—. Me refiero a los Errantes.

Márquez se rio como si hubiese escuchado el mejor chiste de toda su vida. Después encendió un cigarrillo, tomándose todo el tiempo del mundo antes de responder.

—Más que estos —dijo, mirando a los parroquianos de la taberna del Ciervo

Blanco— seguro que sí. Seguro.

«Estoy solo. Completa y absolutamente solo. Desesperadamente solo».

Robinson dejó de escribir por la sencilla razón de que no se le ocurría nada más. Bloqueo creativo del masturbador solitario, se dijo regodeándose una vez más en la autocompasión. Después relejó la línea con cierto detenimiento: repetitiva, tediosa y con demasiados adverbios terminados en mente. Si esto era lo que iba a quedar para la posteridad, la posteridad podía llevarse una gran mierda.

Había encontrado el cuaderno de anillas en uno de los cajones, bautizándolo un tanto pomposamente como DIARIO DE LA DESESPERACIÓN. En aquel momento no pensaba usarlo como ejemplo y testimonio ante unas más que improbables generaciones futuras; simplemente se le ocurrió que escribir de vez en cuando le ayudaría en su ocupación principal o única, la de pasar el tiempo. Y en esto llevaba parte de razón, aunque nunca llegó a imaginar que el tiempo pasara tan despacio. El tiempo lleva mucho tiempo, pensó, y aquella frase le pareció tan ingeniosa que estuvo a punto de plasmarla en el papel. Pero no lo hizo: se había propuesto ser tan metódico y ordenado en el asunto del cuaderno como su tocayo y antepasado espiritual Robinson Crusoe. Aunque al menos él veía la luz del sol desde su jodida isla desierta, pensó melancólicamente. Así es más fácil ser optimista.

«Supongo que nadie leerá estas líneas...».

Afortunadamente para ellos, dijo una vocecita burlona dentro de su cerebro. Robinson la hizo callar enérgicamente y continuó escribiendo. No quería perder la concentración.

«... pero a pesar de todo, hago constar que comienzo este diario el día 13 de abril, a las (miró el reloj) tres horas y cuarenta y cinco minutos, no sé si del día o de la noche. La situación es la siguiente...».

Aquí pensó vagamente en describir el refugio antiatómico con todas sus instalaciones, pero aquello no sería más que una pérdida de tiempo. Los misteriosos habitantes del futuro —a los que se imaginaba invariablemente con cascos blancos y túnicas del mismo color— ya lo averiguarían por sí mismos, si alguna vez le encontraban. Y si no, ¿qué más daba? Qué aburrimiento, es sólido y tiene su propio olor, como amoníaco. Súbitamente malhumorado, arrojó el bolígrafo sobre la mesa y estuvo a punto de arrancar de cuajo la primera página del manuscrito para hacerla pedazos. Pero un segundo más tarde volvía a escribir:

«La situación es la siguiente: estoy jodido».

Así es, se dijo satisfecho. A rose is a rose is a rose. Concisión y claridad por encima de todo, las mejores cualidades a las que debe aspirar el joven escritor. Recordó que en una vida pasada había soñado vagamente con convertirse en novelista, como si aquello tuviera hoy alguna importancia. A no ser, claro está, que

alguno de sus libros llegara a convertirse en un éxito de ventas entre los Errantes, el único público disponible en todo el universo. Las delicias del gourmet, lo titularía. ¿Y por qué no? ¿Acaso no vendieron en su momento y como rosquillas tipos como Dan Brown o Ken Follet a un público supuestamente más exigente? Los Errantes eran el filón de oro aún sin descubrir dentro del mercado editorial.

La ironía, pensó una vez más, la defensa del débil. Un día u otro tendré que salir de aquí si no quiero volverme completamente loco. Pero siempre encontraba motivos para aplazar esta decisión sin atreverse a descartarla del todo, como si se tratara del último comodín de la baraja. Recordaba muy bien la historia de aquellos infelices aplastados por el peso de sus propios deseos concedidos; había soñado tantas veces con algo como esto que nunca imaginó que al final iba a acabar prefiriendo el infierno que reinaba a doce metros de altura, en la superficie. Entonces... ¿qué hacer?, se preguntó en voz alta. ¿Qué hacer, qué hacer, qué hacer? Pero nadie le respondía.

Tres días más tarde los Errantes atacaron en masa. Eva fue la primera en verlos desde su promontorio de vigilancia al lado de las rocas, sin necesidad de usar los prismáticos: podían ser cientos o miles. O tal vez millones, si era que el bosque continuaba vomitándolos como a un hervidero de gusanos. Ni siquiera pensó en disparar; sencillamente hizo sonar el silbato con toda la fuerza de sus pulmones y echó a correr en dirección a la ciudad, tambaleándose bajo el peso de sus armas. A lo lejos empezaron a escucharse los primeros disparos aislados. No perdáis el tiempo, idiotas. Corred ya hacia la verja o será demasiado tarde.

A su espalda se oyeron súbitamente unas explosiones tan ridículas que parecían de juguete, ahogadas por el paso de miles de cuerpos en marcha. Los terrenos adyacentes a las tierras de cultivo habían sido talados en dirección al bosque, y estaban sembrados de minas antipersona, cuyo estallido recordaba lejanamente al de las palomitas de maíz en un horno microondas. No es que las minas acabasen con los Errantes —de hecho, casi nunca lo hacían—, pero al menos amputaban brazos y, sobre todo, piernas, lo que en teoría dificultaba la marcha del Gusano. En la práctica, aquello era tan efectivo como arrancar un puñado de hojas del Amazonas.

—¿Qué haces aquí? ¡Corre!

Un novato aún más joven que ella... ¿quién diablos lo habría destinado al servicio exterior? Para colmo de males, el chico había cometido el mismo error que la mujer de Lot varios milenios atrás: había mirado al Gusano demasiado tiempo antes de salir corriendo y ahora se hallaba inmóvil, convertido en una estatua de sal.

—No... puedo...

—¡Sí que puedes! —gritó ella, abofeteándolo varias veces. No sirvió de mucho; allí seguía temblando y babeando como una esponja y sin embargo incapaz de moverse, como si estuviese pegado al suelo mediante raíces.

Eva miró hacia atrás, hacia las primeras oleadas de Errantes que cada vez se acercaban más. Un escalofrío de terror subió por su espina dorsal para estallar justo delante de sus ojos. No, así no. Morir de cualquier otra forma, pero así no.

—¡Muévete, maricón! —le gritó en los oídos al tiempo que le propinaba un empujón brutal. El muchacho se inclinó como un péndulo y sin embargo no llegó a caer, mientras los gemidos de los Errantes que divisan una presa iban creciendo en intensidad y ahogaban el murmullo de la lluvia, que había comenzado a caer a cántaros.

No había duda, el chico estaba clavado. En la jerga de los supervivientes, esto significaba que era absolutamente necesario abandonarlo a no ser que se quisiera morir junto a él. Por suerte, era un fenómeno psicológico bastante infrecuente, pero había personas —normalmente muy jóvenes y muy impresionables— que se

quedaban literalmente paralizadas al ver por primera vez a un gran Gusano avanzando implacable y poderoso hacia ellas. Una lástima porque era demasiado crío para morir así, pero al menos Eva aún podría escapar si se daba prisa. Tal vez tuviera que liquidar a tres o cuatro de los más adelantados, pero con un poco de suerte no tendrían tiempo de completar el cerco.

Se había alejado unos pasos cuando un rayo estalló en el cielo súbitamente, como una llamarada de luz azul. Y entonces se detuvo, tan clavada de pronto en medio de la lluvia como aquel novato estúpido. Porque no era justo, pensó. Nada lo era en este mundo, pero en realidad no pensaba tanto en una muerte horrible como en el hecho de que las últimas palabras que escucharía el chico en toda su corta vida fueran precisamente muévete, maricón. De pronto, un estallido ensordecedor la cubrió de barro derribándola en el suelo: los artilleros de Cíbola estaban usando fuego de mortero, bastante más letal y efectivo que las minas antipersona. Eso sólo podía significar dos cosas: o que su posición ya estaba rodeada o que no iba a tardar en estarlo. En todo caso ya no había mucho que perder, y tal vez el barro le concediera una oportunidad. Nos salvaremos los dos o ninguno.

Al volver junto al muchacho ya se había desembarazado del estorbo del fusil y sólo conservaba la Beretta enfundada al cinturón. Otro rayo se hizo pedazos en el cielo, creando unos breves segundos de amanecer. Instintivamente, Eva supo que tendría que hacerle daño, todo el daño posible. Y si aun así no reaccionaba, el único gesto de misericordia a su alcance sería meterle una bala en la cabeza. Así que tomó al muchacho por los hombros como quien se dispone a besar a un amante, al tiempo que le estrellaba la rodilla entre las piernas con todas sus fuerzas. El chico gimió encogiéndose sobre sí mismo como un muñeco de trapo, aunque al menos Eva había conseguido que dejara de mirar a los Errantes. Pero el cerco se iba estrechando cada vez más.

Sacó la Beretta cargada con balas dum-dum del cinturón y disparó tres veces contra el más próximo, una especie de espantapájaros con cresta mohicana y una profética camiseta con el lema NO FUTURE. Dos de las balas se perdieron bajo la lluvia y la tercera impactó en el collar de perro del Pellejudo, decapitándolo instantáneamente. Pensó que la cabeza aún seguiría viva un tiempo, antes de ser aplastada por la marea que llegaba desde el bosque.

—¿Dónde estoy?

—¡Corre! ¡CORRE!

Tiró de él con todas sus fuerzas hasta ponerlo de pie y entonces ya no fue necesario nada más: el muchacho miró un segundo a su alrededor y echó a correr como un gamo, afortunadamente en dirección a la verja. Eva le seguía a corta distancia, disparando a ambos lados sin apuntar y cambiando el cargador mientras corría. Los dos estaban gritando, pero no se daban cuenta.

Subieron la colina entre chapoteos, bombardeados sin piedad por gruesos goterones helados que hacían que la ropa pesara como plomo. Cada paso representaba un terrible esfuerzo: las botas se clavaban en el fango y no querían salir, los gemidos de los Errantes crecían cada vez más convirtiéndose en palabras susurradas... Deteneos, no podéis escapar, seréis puros como nosotros, seréis muchos. Eva sabía que, si aquello duraba un poco más, aún tendría tiempo de volverse loca, antes de morir y ser devorada por miles de bocas en medio del barrizal.

Y sin embargo seguían corriendo hacia la cima de la colina, luchando a cara de perro por cada palmo de terreno. En un chispazo de lucidez, Eva comprendió que el barro y la lluvia eran sus aliados: si a ellos les entorpecían en cada movimiento, ¿qué no estarían haciendo con los andares vacilantes y algo cómicos de los Pellejudos? Casi sintió ganas de reír: aquello tenía mucho de película muda. Los Errantes caían y se levantaban, avanzaban dos metros patinando en el barro y volvían a caerse. Sólo faltaba un tío con bigote y bombín que les estrellase tartas en la cara. El muchacho había llegado por fin a la cima de la colina y entonces se detuvo en seco, como si se hubiera topado de pronto contra un muro invisible. Eva lo comprendió inmediatamente: estaban rodeados.

¡Tan cerca! A menos de cincuenta metros de la verja, qué mala suerte. Si no me hubiese parado a recoger a este imbécil... Sintió cómo la mano del chico tomaba la suya y no tuvo fuerzas para rechazarla, porque al fin y al cabo ya nada tenía importancia. Y en su corazón Eva sabía que si lo hubiese abandonado a su suerte en aquel agujero, tampoco ella se habría salvado. Daba igual que lograra al fin atravesar las murallas de Cíbola para vivir uno o diez años más; de algún modo extraño que no llegaba a comprender, lo sabía perfectamente.

—Lo siento —susurró el muchacho con voz temblorosa—. Gracias por intentarlo.

Apenas entendió sus palabras entre el rugido de la tormenta y los gemidos informes de los Errantes que se acercaban en un círculo casi perfecto, aún más borrosos y fantasmales bajo la tromba de agua. Pensó que aún tenía dos cargadores completos. ¿Por qué no intentar abrirse paso a tiros hasta Cíbola, de todos modos? ¿Es que había ya algo que perder? Pero al instante comprendió que eso era imposible y casi sonrió ante su propia ingenuidad. En cierto modo era como Alexei, incapaz de rendirse aunque todo estuviese perdido. Y quizá por eso los dos se habían llevado tan bien. Adiós, jodido pelirrojo ruso, te echaré de menos.

—Bonnie y Clyde —dijo en voz alta.

Un sollozo del muchacho como única respuesta, mientras las hordas de Errantes se acercaban a trompicones, chapoteando en el barro. Vio a un tío con una guerrera verde oliva y las piernas amputadas hasta la cintura que avanzaba impulsándose con los brazos. ¿Cómo se podía luchar contra eso? La guerra, si es que la hubo, se había perdido hace mucho tiempo. Y los últimos focos de resistencia como Cíbola sólo

conseguirían alargar un poco más la agonía del *homo sapiens*. Los Pellejudos no se rendían jamás, no pactaban condiciones, no daban tregua ni solicitaban un armisticio. Y por encima de todo, eran muchos. Ni rápidos ni fuertes ni ágiles ni inteligentes, pero sí muchos, muchos, muchos.

Ya nada se podía hacer, salvo morir lo más rápidamente posible. Comprobó que la Beretta aún contenía tres balas, más que suficientes para ellos dos. El muchacho se había arrodillado en el barro como si rezara a un dios desconocido, el mismo que ni siquiera le había permitido llegar a la mayoría de edad. Eva alzó el arma lentamente apuntando a su cabeza y un segundo antes de que disparara, el mundo entero explotó.

—Fuego de mortero en el perímetro B12 —dijo Alexei—. Intenta abrir una brecha.

—Si ella está allí, le caerá justo encima. Y si no, es una pérdida de tiempo y de munición.

—Haz lo que te ordeno.

El mejor artillero de Cíbola —Manuel Márquez, de cuarenta y siete años y hermano menor del supervisor Ernesto Márquez— no tardó más de diez segundos en preparar el proyectil. Hay tipos que han nacido con un don, se dijo Alexei. Aparte de ser feo como el diablo y tener el mismo humor de perros que su hermano, Dios nos ha dado lanzagranadas sólo para gente como él. Un zumbido penetrante desde la atalaya y el proyectil que cae en medio de un mar de Pellejudos, haciendo saltar por los aires brazos y cabezas como si fueran confeti.

—Tres más, en intervalos de veinte segundos. Y luego ocúpate de la primera línea.

Se alejó por la pasarela a cinco metros de altura pensando que ya había hecho todo lo posible, intentando acallar los remordimientos por haber enviado a una novata a un trabajo tan peligroso. ¿Y qué? Esto es la guerra y en la guerra hay muertos. Pero te echaré de menos, Literatura Inglesa. De repente se volvió con rabia al niño, que no dejaba de seguirle como un perrillo faldero desde que comenzó el ataque.

—Estoy desperdiciando a mi mejor artillero por ti —le susurró desde muy cerca—. Si ella no vuelve, tú la seguirás.

La primera imagen que le vino a la mente fue la de un terremoto. Después pensó en un rayo que había caído justo sobre su cabeza, un poco de misericordia divina para abreviar el final. La onda expansiva los había arrojado a ella y al muchacho tras un desnivel de terreno que actuó providencialmente como barricada ante el segundo impacto. Por un momento la lluvia se convirtió en barro, acompañada de un extraño granizo hecho de dedos, piel y jirones de carne destrozada. Entonces vio la brecha a través de una cortina de agua que parecía querer inundar el mundo entero: un pasadizo abierto por las explosiones de no más de diez metros de ancho, en medio de la muchedumbre de Errantes.

—¡A la izquierda! ¡Corre!

A estas alturas el chico ya no necesitaba que se lo repitieran. Corrieron como posesos mientras resbalaban una y mil veces en el barro, avanzando con la torpeza de una pesadilla. También los Errantes patinaban y caían en el lodazal, a veces en posturas que habrían resultado divertidas en cualquier otra situación. Pero la brecha había comenzado a cerrarse de nuevo.

Quince metros, doce, diez. Sólo era cuestión de saber quién llegaba primero al mismo punto determinado. Se podía reducir todo esto a una función matemática, pensó Eva, una ecuación con dos incógnitas de distancia y velocidad. Me pregunto por qué se le ocurren cosas como esta a la gente que está a punto de morir. Una nueva explosión más lejana, un dato irrelevante para la resolución de la fórmula. Mientras tanto, Eva decidía ayudar un poco a las matemáticas vaciando su penúltimo cargador a menos de tres metros del grupo que avanzaba por la derecha. Dos Pellejudos bien seleccionados cayeron al suelo con las cabezas reventadas, sobre todo para entorpecer aún más la marcha de los que venían detrás. En ese momento sintió un desgarramiento en el hombro izquierdo y pensó que la habían mordido, pero al volverse vio durante un momento la rama de un árbol arrancada de cuajo en la mano del Errante. Sin embargo, no tenía tiempo para pensar en eso, ni en ninguna otra cosa que no fuera correr.

Llegaron a la cresta de la colina un segundo antes de que los dos apéndices del Gusano se cerraran para engullirles. Ahora tenían el camino libre —siempre que las balas procedentes de Cíbola no los abatieran en plena carrera—, pero la adrenalina se iba agotando por momentos y el cansancio les agarrotaba los músculos como si fueran de plomo. Eva miró hacia atrás con odio, mientras sus manos colocaban instintivamente el último cargador de la Beretta: aquellos bichos no se cansaban nunca. Daba igual que en vida hubiesen sido unos holgazanes o los más diligentes trabajadores, la muerte los había igualado como si salieran de una cadena de montaje. Les habían quitado todo lo superfluo —inteligencia, recuerdos, emociones— para

dejarlos sólo con el Hambre y aquella maldita persistencia suya que únicamente terminaba con una bala en la cabeza. Mientras tanto, Eva y el muchacho seguían corriendo hacia la verja agitando los brazos frenéticamente, un intento desesperado de no servir como blanco a los tiradores de Cíbola. En ese momento se abrieron las puertas, y un Land Rover con blindaje casero a base de placas de metal se abrió paso hacia ellos bajo la lluvia.

—¡Mira! —gritó el chico con una sonrisa triunfal—. ¡Estamos salvados!

No todavía, encanto, tendremos que correr un poquito más. Ahora nada se oía, salvo el repiqueteo constante de las armas de Cíbola acompañando a la lluvia y a los gemidos monótonos de los Errantes. La banda sonora de mi vida, pensó Eva mientras exigía un último esfuerzo a sus piernas agotadas. Pero entonces sintió que algo se le rompía dentro del pecho y cayó al suelo, incapaz de moverse. Lo último que vio antes de perder el conocimiento fue el semicírculo de Errantes que se acercaban extendiendo los brazos hacia ella, como los tentáculos de un solo ser.

—Porque son precisamente eso, tentáculos.

—No lo entiendo.

Habían subido al autobús de la línea 2 en la plaza de Colón, como hacían todos los días para ir y volver del colegio. Nadie hubiese podido imaginar a la mujer en la que más tarde se convertiría mirando a aquella niña con trenzas y una mochila cargada de libros a la espalda, que caminaba de la mano de su padre hasta la parada del autobús.

—Como en los viejos tiempos, ¿verdad?

Eva sonrió. El autobús estaba medio vacío, cosa que agradeció ante la perspectiva de un montón de oficinistas cargados de sueño y de estudiantes ruidosos, apretándose unos contra otros en la misma lata de sardinas. Se sentaron cerca del conductor, su padre con la vista clavada en la ventanilla y una leve sonrisa en los labios.

—Estoy orgulloso de ti.

—Bueno —respondió ella—, ya sabes que eso me importa una mierda.

—Sí. Y también sé que ni tu madre ni yo te hemos enseñado nunca a decir esas palabras.

Ambos se sonrieron con la misma complicidad de siempre. Era increíble que el viejo mundo aún existiera, aunque casi siempre oculto por los velos de la memoria. Pero allí estaba, exactamente tal como ella lo recordaba. Quizá un poco más desvaído, con menos color, igual que una prenda que ha pasado demasiadas veces por la lavadora. Y sin embargo era el mismo, no cabía duda de eso.

—El problema es que parecen muchos, pero son uno solo.

—¿Los Errantes?

—Así es. ¿Has leído Moby Dick?

—Sí.

—Olvídate de la ballena por un momento. ¿Recuerdas al kraken?

Eva lo recordaba, pero muy lejanamente. Era una especie de enorme monstruo marino, quizá un pulpo o un calamar, con docenas de tentáculos que podía hundir los barcos como si fuesen de papel. Se preguntó dónde encajaría la historia escrita por Hermann Melville en medio de sus problemas.

—Toda célula tiene un núcleo, un punto vital —dijo su padre—. En los Errantes ese punto es el cerebro.

—Pero los Errantes no están vivos...

—Eso es lo que tú crees. Encuentra el núcleo que los une y acabarás con ellos.

—¿Y dónde está ese núcleo?

—No lo sé. Pero te diré algo: no está en Cíbola. Y escucha al Niño Máquina. Sabe más de lo que él mismo cree.

—¿No puedes decirme nada más, papá?

—No sé nada más. Ni siquiera recuerdo lo que acabo de decirte. ¿Dónde estamos?

El autobús se había detenido en medio de una calle cubierta de neblina. La enorme compuerta se abrió en un torrente de suspiros hidráulicos y varios pasajeros descendieron, arrastrando los pies y sin mirarse. Parecían terriblemente cansados.

—Pobres tipos —dijo el padre de Eva—. Aún les queda un largo camino antes de volver a casa.

—¿Es a mí? ¿Me estás hablando a mí?

Robinson mira de soslayo a lo que queda del espejo con una sonrisa desconfiada; su imitación de Travis Bickle en *Taxi Driver* sería cada día más perfecta y digna de admiración, si aún conservase algún sentido.

—Pues tiene que ser a mí. Aquí no hay nadie más que yo.

Qué gran verdad, piensa Robinson sin dejar que eso le desconcentre. Y un segundo más tarde... ¡BANG! Ahora inclina la cabeza modestamente hacia un coro de aplausos imaginarios, se deja caer sobre el sofá y permanece allí un buen rato, hasta que le entran ganas de mear. Se le ocurre la idea de hacérselo encima, pero piensa en la humedad y en la incomodidad y decide que esa va a ser la siguiente fase, la última con un poco de suerte. Así que se levanta de mala gana y orina abundantemente en un rincón. Hace varios días que no funciona la calefacción, así que el chorro humea vapor como si estuviera a punto de hervir. Eso le divierte durante unos instantes.

—He visto naves en llamas atacadas más allá de Orión y rayos C brillando en la puerta de Tannhäuser. Todo eso se perderá en el tiempo como una meada en la lluvia... —dice subiéndose la cremallera.

El refugio se ha convertido en un estercolero. Por todas partes hay latas vacías y restos de comida que se pudre apaciblemente en medio de un hedor indescriptible. En los últimos días han aparecido los insectos, tan cuidadosamente mantenidos a raya todos estos años. Afortunadamente, son sólo hormigas que caminan en una escrupulosa fila india hacia los platos sucios, cogen trocitos de espagueti de lata o se saludan cortésmente entrechocando sus antenas. Robinson las observa con la curiosidad de un recién nacido, preguntándose cómo ha podido vivir hasta ahora sin ellas.

—Usted no es un soldado —le dice a una hormiga solitaria con la voz de Marlon Brando en *Apocalypse Now*—. Usted sólo es un chico obediente... que mandan los tenderos... a cobrar la factura.

Desde hace unos días Robinson evita los espejos. Mejor dicho, los evitaría si aún conservara alguno porque los ha destruido todos, incluso el que le servía habitualmente para su imitación de Robert de Niro en *Taxi Driver*. Sabe perfectamente la imagen que le devolverían y no quiere verla más. Hay dos formas de escapar, piensa: la pistola y el exterior. Las dos tan lejanas como Australia o la puerta de Tannhäuser. Imposibles para mí.

Lo he intentado, de veras que lo he intentado. Incluso he pedido ayuda a Dios, ese magnífico sindicalista que trabajó durante seis días para descansar por toda la eternidad. Y sin embargo... ¿cómo explicar esto? Robinson sabe que es una locura,

pero aun así está convencido de que fue él mismo, involuntariamente, el que provocó la llegada de los Errantes. Vaya disparate. ¿O no?

Ya no recuerda cómo empezó todo. Debió de ser unos días antes de enterrarse aquí de por vida, seguramente tras haber discutido con alguien. Pero ni siquiera eso era necesario. Bastaba con caminar, simplemente caminar por la calle, las manos en los bolsillos, la mirada fija en una baldosa, en la siguiente, en la siguiente. Y así y todo ir observando de reojo, de medio lado se dice; nunca una mirada directa, uno no debe exponerse a las provocaciones. Y los ves.

Aunque no quieras verlos, los ves. No sólo eso: los vigilas, aunque ellos no se den cuenta de nada; siempre has sido un cero a la izquierda, ceniza de cigarrillo o rastro de meada perdiéndose bajo la lluvia. Ahí están: los Errantes. Y parecen felices, los muy cabrones. Van en grupos, siempre en grupos, pero lo peor son las parejitas cogidas de la mano.

Son gregarios, no soportan la soledad. Incluso los que caminan solos van hablando por sus iPods o Blackberrys o sus manos libres y gesticulando para que los vean, pedazo de gilipollas. De vez en cuando un solitario que siempre mira al suelo, como él mismo. Pero el hermano, si es que lo es, tampoco quiere familiaridades que le darían tanto asco como a Robinson y se pierde rápidamente en la noche. Así que vuelven las risitas de los adolescentes, las motos a toda hostia, los tubos de escape que le revientan los tímpanos. Los suyos, los de Robinson, porque a los Errantes no parecen molestarles. De vez en cuando pasan algunos muy serios, enfrascados en conversaciones que deben parecerles muy profundas: que si la crisis, que si el paro, que si adónde vamos a ir a parar. Estos son a su manera los más patéticos de todos.

Pero lo peor, repito, lo peor es esa impronta de felicidad forzada irradiando desde todo el rebaño, salpicándole sin cesar. No importa que trabajen catorce horas al día o que no traguen a su jefe, a su mujer o al tío o tía que nada quiere saber de ellos: son los *homo sapiens*, los Reyes de la Creación. Y al mismo tiempo son los Errantes. Les importan una mierda los negritos de Etiopía, los hambrientos de Haití o los del terremoto de China y, por supuesto, les importa una mierda Robinson. Digámoslo otra vez, regocijémonos en ello: Robinson les importa una puta mierda. Sí, señor.

Así las cosas, ¿qué tiene de raro aquello en lo que se han convertido? Antes comían carne de vaca en hamburguesas, ahora la carne es humana y está viva. Robinson los mira una y otra vez, aliviado en parte por ese odio que da sentido a su vida. Tomarlo así, bocanada a bocanada, hasta que el globo se hinche demasiado y termine estallando; qué maravilla sólo de imaginarlo. Y comprende perfectamente y sin la menor sombra de duda a tipos como Charles Whitman o los dos pirados del instituto Columbine, precursores de una nueva Era. Y él haría lo mismo si tuviera cojones, pero por ahora se conforma con maldecir entre dientes. Y entonces llega la frase que lo cambiará todo y Robinson apenas se da cuenta, porque de lo importante

en la vida jamás nos damos cuenta en su momento, eso es matemático, y la dice así, sin más, y diez segundos después ya se le ha olvidado:

Dios, haz que los muertos se levanten y devoren a los vivos.

Y ya está: el mundo se va al carajo porque a alguien se le olvidó apagar la luz, o un pájaro se cagó donde no debía, o a Robinson se le ocurre decir en voz alta una frase que seguramente ni siquiera es suya; la habrá leído en alguna novela de Alejandro Castroguer, su autor de ficción favorito. O puede que la haya sacado de cualquier película, Amanecer de los muertos o algo por el estilo. Pero Dios no ha olvidado la frase, Dios no olvida fácilmente. Y como en el fondo Dios es un cachondo y le gustan los cabroncetes como Robinson, pues va y se dice a Sí Mismo: ¿Y por qué no? Ya les mandé tigres y leones y acabaron muertos o en el zoo. Que se coman ahora unos a otros. Robinson tiene razón, hacen demasiado ruido. Y Dios culmina su monólogo con una expresión de una repugnancia tal que Robinson se ve incapaz de reproducirla y al final acaba llorando y retorciéndose en el suelo como un gusano partido por la mitad porque él no quería eso, no lo había dicho en serio. Y en este momento sólo desea no volverse loco y suplica y suplica y vuelve a suplicar. Pero ahora no al Dios grande sino al pequeñito, ese que hablaba del amor y que nació en un establo con una vaca y un burro, y al que nunca le dejaron hacer nada.

Eva se despertó en una cama cómoda y acogedora, abriendo sin ganas los ojos para descubrir al pequeño Ismael sentado a sus pies. Y un poco más lejos se adivinaba el contorno en sombras pero inconfundible de Alexei, con medio cigarrillo en la boca. Volvió a cerrar los ojos.

—Vamos, despierta.

—Dejadme dormir.

—Ya dormirás más tarde. Tenemos que hablar.

Había empleado su mejor tono de comandante en jefe, ese en el que se mezclaban a la perfección unas gotas de indulgencia con la autoridad más absoluta. Y Eva no tuvo más remedio que obedecer, dedicándole la mejor de sus sonrisas burlonas. A una señal de Alexei, el niño abandonó la habitación, silencioso como un gato.

—Lleva aquí dos días, y no se ha movido de tu lado en todo ese tiempo. Y tampoco se ha molestado en abrir la boca, cosa que le agradezco.

—¿Llevo aquí dos días?

—Unas vacaciones por cuenta de la casa, digamos. Has estado muy cerca de morir, Literatura Inglesa. O de algo mucho peor que la muerte.

—¿Y el muchacho? —Eva se incorporó súbitamente, recordando—. El que venía conmigo, ¿qué ha pasado con él?

—Lo despedazaron los Errantes —dijo Alexei con un gesto torvo—. O eso debería haberle ocurrido, si hubiese justicia en el mundo. El muy imbécil se pasa el día contando la historia al que quiera escucharlo, con algunas variantes que supongo que se inventará sobre la marcha. Ya he tenido que echarlo tres veces de aquí.

—¿Cómo acabó todo?

—¿Cómo crees tú? ¿Piensas que si hubiéramos perdido estaría aquí de charla contigo? Conseguimos que el Gusano se desviara lo justo para no aplastarnos: ahora se arrastra hacia el sur y ojalá se hunda en el mar. Pero no contemos con ello... —De repente, la expresión tranquila y algo paternalista de Alexei enrojeció de cólera—. ¿Cómo pudiste ser tan estúpida? Arriesgarte de ese modo... ¿Quién te creías que eras, la heroína de una novela rosa?

—Había otra vida en juego, además de la mía.

—¿Y qué? —tronó Alexei—. Un novato inútil que se queda clavado como una estaca en cuanto ve a su primera horda de Errantes. Es duro decirlo, pero no hubiese significado una gran pérdida. ¿Y en qué coño pensabas ti, Superchica? Maldita sea, logramos sacaros de aquel hoyo de puro milagro. ¿Acaso dos muertos son mejores que uno?

—Pensé que, si lo dejaba allí —dijo Eva muy despacio—, yo tampoco lograría salvarme. Quizá sí escapar, pero no salvarme. No me preguntes qué significa, yo

tampoco lo entiendo.

Permaneció unos instantes en silencio, sin resistirse a la tentación de volver a cerrar los ojos. Entonces se desperezó lentamente y a placer sin importarle la presencia del hombre, estirando todo el cuerpo bajo las sábanas. Al abrir los ojos se encontró con la mirada sardónica de Alexei, incapaz de seguir enfadado con ella.

—No me disgusta lo que acabo de ver. ¿Me harías un sitio a tu lado en la cama?

—¿Derecho de pernada con tus subordinados, comandante? Creí que ya habíamos superado esa época.

—Pues a mí me gusta. Me pone cachondo eso del derecho de pernada, aunque no tengo ni idea de lo que significa. ¿Qué te parece mi proposición?

—¿Y qué pasa con tus jóvenes y guapos oficiales? —preguntó Eva con una sonrisa—. ¿Ya te has olvidado de ellos?

—Cada cosa a su debido tiempo, Literatura Inglesa. Tú sabes perfectamente que soy un hombre del Renacimiento.

Mucho más tarde le contó cómo se había desarrollado la batalla, que para el Gusano probablemente sólo consistió en un pequeño obstáculo muy fácil de vadear. El momento más grave ocurría cuando un grupo muy numeroso lograba derribar la alambrada del noreste, muy cerca del arsenal.

—Tuvimos que contenerles con lanzallamas. Pero la maldita lluvia nos perjudicaba. Fue una suerte que estuviesen tan apiñados...

Fue la única penetración importante en Cíbola y costó dieciséis muertos, algunos a consecuencia de heridas de balas disparadas desde la segunda línea de defensa. Tres miembros de la Guardia que Eva conocía de vista habían abandonado sus posiciones, huyendo despavoridos ante el empuje de los Errantes. Tras la batalla, uno de ellos constaba como desaparecido y los otros dos permanecían en los calabozos, en espera de un juicio militar por cobardía ante el enemigo.

—¿Vas a ahorcarlos?

—Seguramente debería. Pero, después de todo, hemos vencido y me siento magnánimo. Me contentaré con un exilio a perpetuidad.

—Eso equivale a una sentencia de muerte —observó Eva—. Han vivido aquí desde la fundación de la ciudad.

—Ellos se lo han buscado.

Eva quiso decir algo más, pero al final se contuvo y guardó silencio. Mientras tanto, Alexei le acariciaba los pechos suavemente, narrándole los acontecimientos de dos días atrás con una voz tranquila y monótona. Como si hubiesen ocurrido hacía mil años y en el otro extremo del mundo.

—Di orden a la primera línea de que tiraran sólo a los que venían de frente en línea recta; los que se desviaban ligeramente en diagonal no eran disparados. Mi esperanza era cambiar levemente el rumbo del Gusano, ya que es imposible detenerlo. Pero incluso modificar su rumbo, por poco que sea, es tan difícil como querer cambiar el curso de un río con las manos desnudas. Tuvimos mucha suerte de no hallarnos exactamente en su punto de mira: nos alcanzaron de refilón, si se dice así en español. Y es por eso por lo que estamos vivos.

Ella lo comprendió perfectamente: si el Gusano hubiese embocado directamente hacia Cíbola, hoy no quedarían de ella ni las cenizas. Pero una de las pocas cosas que aún se le debían agradecer a Dios era el hecho de que los grandes Gusanos fuesen ciegos. Unos cuantos miles o docenas de miles de Errantes —las antenas del Gusano— marcaban el rumbo desde la vanguardia, desviándose de cuando en cuando de la ruta prevista sin razón aparente, en lo que sólo podía interpretarse como un mero mecanismo de azar. Este enigma se había analizado durante años sin que nadie pudiese encontrarle una explicación satisfactoria. Había cientos de teorías, por

supuesto, cada una de ellas más estafalaria que la anterior. Pero la única certeza era que no se sabía nada: rara vez es posible prever la dirección que tomará un Gusano. Sin embargo, algunos supervivientes —niños y ancianos en su mayoría— tenían una cierta intuición para predecir con alguna exactitud el paso de la marea escarlata, sin que ellos mismos pudieran explicar cómo lo hacían. Estos individuos —brújulas, en la jerga de los supervivientes— eran muy valorados dentro de cada grupo, pero ni siquiera ellos podían garantizar un porcentaje absoluto de aciertos. Y cuando un brújula fallaba en sus predicciones, las consecuencias sí que eran muy fáciles de prever.

Dadas estas circunstancias, Eva dudaba mucho que los tiradores de Cíbola hubiesen conseguido desviar el rumbo del Gusano y Alexei lo sabía perfectamente. Sin embargo, no podía dejar de jactarse discretamente de la habilidad de sus tiradores —entrenados por él mismo, subrayaba—. Era un rasgo relativamente infantil de su carácter, que salía a la luz de vez en cuando para la secreta diversión de Eva. Pero tales minucias no podían enmascarar la verdad desnuda: Cíbola había sobrevivido de puro milagro al paso del Gusano, una vez más. Casi era para volver a creer en Dios.

—La herida que tienes en el hombro ha sido causada por un palo —continuó Alexei—. Un palo afilado. Afortunadamente no es grave, pero vimos a otros con estacas o barras de metal en las manos. Muy pocos, muy aislados, pero los vimos. ¿No te dice eso nada?

—Cuéntame cómo conseguisteis sacarnos de allí —dijo Eva, que no tenía ganas de hablar de ciertos temas—. ¿Qué ocurrió después de que yo me desmayara?

—Me resulta algo difícil, porque ni yo mismo consigo explicármelo. Pero creo que es justo que sepas que fue ese Ismael el que te salvó la vida. Sí, el loco ese que se cree una máquina. ¿Qué te parece?

»Yo me encontraba disponiendo a los tiradores al lado norte de la atalaya: los dividía por parejas, veteranos y novatos, unos en pie y otros rodilla en tierra. Ya en aquel momento sabíamos que nos enfrentábamos al Gusano más grande que jamás hubiésemos visto y, desde luego, no las tenía todas conmigo. Las noticias que trajo el último explorador tampoco contribuyeron precisamente a mejorar mi humor: las tierras de cultivo estaban siendo arrasadas, y tú habías sido vista por última vez inmóvil junto a otro idiota en mitad de la tierra de nadie, mientras los Errantes os cerraban el cerco por ambos lados. El explorador no comprendía por qué no intentabais escapar, y yo tampoco. Esas eran las noticias, aparte de que desde el bosque llegaban cada vez más y más Errantes. Sí, iba a ser una fiesta de las buenas.

»Debes disculparme, Literatura Inglesa: en aquel momento te di por muerta. Te di por muerta, lo pasé mal y me olvidé de ti en menos de diez segundos, porque tenía una batalla que librar. En eso estaba cuando noto que me tiran de la manga por detrás, y adivina quién es: el loco ese que no levanta tres palmos del suelo, mirándome con

cara de profeta Isaías o Malaquías. Y antes de que me pregunte a quién voy a empapelar por haberle dejado subir a la atalaya, va y me dice con esa voz de viejo que tiene que tú estás rodeada en el perímetro B12 y que ordene bombardear la cota para abrirte una salida. Le pregunto que si se ha vuelto loco, aún más de lo que está, y me responde con toda tranquilidad que no, que no está loco en absoluto y que puede demostrarlo, que haga bombardear la zona inmediatamente porque esa es tu última posibilidad.

»¡Bombardear la zona! Como si yo tuviese cohetes Katiusha o el morro de un B-52 asomando del bolsillo. Pero bueno, teníamos los lanzagranadas. No presumas antes de tiempo, Literatura Inglesa; no lo hice por ti. En realidad ya te daba por muerta, y pensé que, en el mejor de los casos, sólo alcanzaríamos a estropearles el festín a los Pellejudos. Por sí sola esa ya era una buena razón, pero había otra más: quería tranquilizar mi conciencia en el caso de que aparecieran trozos tuyos a medio comer cuando registráramos la zona. Disculpa la crudeza de mi lenguaje, pero es así como lo pensé.

Permanecieron en silencio unos momentos, dando vueltas una y otra vez a la misma pregunta. Al fin fue Eva la que se decidió a hablar:

—¿Cómo es posible que el niño supiera exactamente cuál era mi posición?

—Eso tendrás que preguntárselo a él, porque la única respuesta que tiene para mí es encogerse de hombros. Le he amenazado de mil maneras distintas y todo le da igual. Me mira con cara de cordero degollado y se encoge de hombros, eso es todo.

Eva sonrió para sus adentros; habría dado una fortuna, no por ver la cara de Ismael, sino la de Alexei durante los «interrogatorios».

—¿Qué puedo decirte? —continuó este con aire pensativo—. Es prácticamente seguro que te ha salvado la vida y se lo agradezco, pero cada vez me gusta menos ese crío. Créeme, he conocido a muchos chalados en mi vida, pero este se lleva la palma.

—Creí que estabas curado de espantos —repuso Eva—. ¿Qué es lo que tanto te repele de él?

—No sabría decírtelo. Pero hay en él algo antinatural, como si al final su historia fuese cierta y se hubiese convertido en una máquina auténtica. Además, me pone nervioso y no sé cómo tratarlo. Creo que la palabra que busco es «frígido», ¿se dice así en español? Puede que parezca un poco fuerte para aplicársela a un niño de nueve años, pero es así como lo veo.

—Alguien ha tenido mucha suerte de no ser tu hijo.

—Déjate de monsergas: soy un soldado, no una niñera ni un psiquiatra. No lo entiendo; ¿por qué le proteges a cada momento?

—Quizá porque me ha salvado la vida. ¿Te parece una razón suficiente?

—Nada de eso, antes también le defendías a toda costa. ¿Por qué?

Eva se quedó un buen rato pensativa antes de responder:

—Porque no le gusta a nadie —dijo al fin—. Porque no es más que un niño. Y porque siempre está solo.

Dos semanas más tarde, la ciudad había recobrado una cierta apariencia de normalidad, aunque el recuerdo del ataque tardaría aún mucho tiempo en borrarse. De una u otra manera, todos eran conscientes de la suerte que habían tenido, y los más realistas —los pesimistas, en opinión de Alexei— pensaban sin decirlo en voz alta que, tarde o temprano, la suerte se agotaría. Un asentamiento permanente ofrecía múltiples ventajas, pero la idea de docenas, quizá centenares, de Gusanos deambulando al azar por lo que en otro tiempo se conoció como la Península Ibérica era demasiado abrumadora. Mientras tanto, Alexei había ordenado reforzar las defensas en el sector norte y noreste, los puntos más vulnerables. Pero en ausencia de materiales adecuados en muchos kilómetros a la redonda, los parapetos de madera o ladrillo eran como ramitas que pretendieran detener el empuje del mar.

Alexei se daba cuenta perfectamente de esto, pero una de las razones que lo mantenían al frente de Cíbola era precisamente su incapacidad crónica para desanimarse. Vale, podemos estar condenados, pensaba. ¿Acaso no lo está el mundo entero? ¿Y es que al final no vamos a morir de todos modos? Filosofía de andar por casa, no demasiado profunda pero sí efectiva, y la única posible para sobrevivir en estos tiempos. Y si hemos tenido suerte muchas veces, ¿por qué no vamos a seguir teniéndola? Nadie podía ni quería rebatir esto.

Pero si bien el futuro de Cíbola no parecía muy prometedor, lo cierto es que más allá de sus murallas ya no existía ningún futuro. Los exploradores —aquellos que conseguían volver— informaban de un número cada vez mayor de Errantes merodeando por bosques y caminos. ¿Cómo era posible? Sin la menor inteligencia ni habilidad, y sin la capacidad de reproducirse salvo a través de seres humanos, aquella especie parecía por lógica condenada a la extinción. Pero, si las noticias eran reales, no sólo aumentaban en número, sino que además habían comenzado a adquirir ciertas habilidades básicas de ataque y defensa cada vez más inquietantes.

Por lo que respecta a Eva, había sido relevada del servicio exterior por tiempo indefinido. Era algo que íntimamente agradecía, aunque se creyese en la obligación moral de exponer unas poco convincentes protestas ante Alexei que no fueron escuchadas. Oficialmente, la habían separado del servicio por su conducta «temeraria y poco juiciosa» el día del gran ataque, lo que era en realidad una recompensa disfrazada de castigo. Pero le resultó divertida la retorcida manera que utilizó Alexei para imponer sus designios; pensó que si Cíbola lograba sobrevivir diez o quince años más, su burocracia no tendría nada que envidiar a la del antiguo Kremlin.

Sin embargo, otras medidas impuestas por Alexei eran cualquier cosa menos divertidas: un antiguo integrante de la Guardia —un tal Guillermo Montes— había sido detenido, juzgado y ejecutado en la horca en un plazo de cuarenta y ocho horas.

Se le acusó formalmente de poseer un ejemplar manuscrito del Libro de Seth, además del intento de extender secretamente su venenosa doctrina entre los oficiales más jóvenes. Lo cierto era que Montes negó hasta el final todas las acusaciones, al contrario que la mayoría de los sethianos, que una vez descubiertos solían exhibirse como orgullosos mártires de su causa. Y no sólo eso: además, la supuesta copia del Libro de Seth no llegó a aparecer nunca. Eva no sabía si dar por cierto el rumor ultrasecreto de que el verdadero delito de Montes había sido el intento de organizar una conspiración de oficiales con el objetivo primario de derrocar a Alexei. Y un buen día se lo preguntó, directamente y con la más absoluta ingenuidad.

—¿Quién te ha contado eso?

—Nadie —respondió ella, poniéndose inmediatamente en guardia. En realidad había sido Ernesto Márquez, su antiguo supervisor—. En todo caso no voy a decírtelo —añadió.

—No abuses de tu buena suerte, Literatura Inglesa. Cada uno de nosotros tiene su propio destino... —murmuró Alexei, poniendo un súbito punto y final a la conversación.

En todo caso, aquella misteriosa respuesta había sido lo suficientemente clara como para destruir de un solo golpe toda la ingenuidad de Eva. Se preguntó cuántos sethianos auténticos habrían sido ahorcados en los últimos años.

A los pocos días se mudó a una enorme casa vacía en el extremo sur de la ciudad. Lo hizo sin dar explicaciones a nadie y mucho menos a Alexei. Algo se había roto definitivamente dentro de ella, dejándole el estómago lleno de vidrios puntiagudos. Quizá fue el último lazo que la unía a un pasado remoto e inocente, en el que todavía se podía confiar en los amigos: lo que la Plaga Errante no había podido destruir nunca lo había aniquilado Alexei con una sola frase. Aquel día, Eva se despidió definitivamente de su infancia.

Más tarde, en la soledad de la vieja casona, se preguntaba una y otra vez cómo había podido ser tan estúpida. Sólo ahora se daba cuenta de que Alexei la había utilizado como espía sin que ella lo sospechara en ningún momento, dejándole caer preguntas que parecían casuales y sin importancia —«¿y qué opina tal persona de tal asunto?»— y aguardando sus respuestas con un gesto de aparente desinterés. Afortunadamente, ella se había reservado las opiniones más afiladas hacia el gobierno de Alexei, entre ellas las del eternamente malhumorado supervisor Ernesto Márquez. Pero eso no borraba el hecho de que al menos media docena de personas estuviesen ya bajo sospecha por su culpa, y no era de descartar que de un momento a otro se desencadenase una purga. Cuando esta palabra vino a su mente estuvo a punto de vomitar y supo que, tarde o temprano, tendría que marcharse de la ciudad: al menos los Errantes no se ahorcaban unos a otros.

Pero lo que más le dolía no fueron tanto los hechos como la seguridad de que el

afecto de Alexei había sido sincero y todavía lo era. La mejor prueba de esto fue cómo había respetado su decisión de marcharse a vivir al otro extremo de la ciudad, sin formular una sola pregunta ni interponer el menor obstáculo. ¿Era posible, se preguntaba Eva, sentir un profundo cariño hacia alguien y, al mismo tiempo, utilizarle sin escrúpulos para fines egoístas? Seguramente la respuesta de Alexei hubiese sido que no sólo era posible, sino además muy recomendable. Una especie de apoteosis del pragmatismo que le permitía mantener su posición frente a toda amenaza, utilizando hasta sus sentimientos para mantenerse en el poder. ¿Eso quería decir que dichos sentimientos eran falsos? No, nada de eso; eran auténticos y eso era lo que convertía a Alexei en un tipo doblemente peligroso. El mentiroso que se cree sincero es el más difícil de cazar. Pero esto no cambiaba el hecho de que ella se sintiera profundamente traicionada. Eso era lo que en verdad la hería, porque no llegaba a comprender la doble cara de Alexei, su falta ya no de rectitud, sino de coherencia. A pesar de su notable madurez acelerada por los Errantes, Eva aún era demasiado joven para entender los infinitos matices del gris; para ella la vida se componía exclusivamente de trazos blancos y negros. Resultaba curioso pensar que era precisamente esta faceta de su carácter —la inocencia primaria, casi animal, a veces obstinada hasta el absurdo— la que había cautivado por completo a Alexei, aunque él jamás llegó a decírselo.

Sea como fuere, Eva decidió al fin aislarse por completo. Había vivido mucho tiempo sola como para asustarse de eso, aunque la misma razón le aconsejaba no subestimar el poder corrosivo de la soledad —del que Robinson, a doce metros bajo tierra, le habría podido hablar largo y tendido, y de hecho lo haría unas semanas más tarde—. De modo que, incluso habiendo reducido su círculo social al mínimo imprescindible, aún conservaba la amistad de su antiguo supervisor —que sin embargo ya no expresaba en voz alta sus críticas— y del misterioso Niño Máquina, también llamado Ismael.

Ismael solía pasarse por las tardes, siempre con un minúsculo regalo —una naranja, un puñado de nueces, un brillante trozo de cuarcita— que le entregaba con la misma emoción del que rellena un formulario ante una ventanilla. Más de una vez, Eva le preguntaba con una sonrisa por el motivo de tanta generosidad.

—Eres una mujer. A todas las mujeres os gustan los regalos. A ti te gustan los regalos.

Y era cierto, aunque lo hubiese dicho sin el menor amago de una sonrisa. Fríamente, con la impaciencia del que explica cosas que ya deberían estar sabidas. Porque si A es mayor que B y B es mayor que C, entonces... ¿para qué decir más? Y luego se sentaba muy quieto con los ojos clavados en cualquier punto del patio, y Eva sabía que estaba resolviendo jeroglíficos matemáticos o problemas de ajedrez. Esa era su compañía o su falta de compañía, y ninguno de los dos necesitaba nada más. Pero a pesar de todo, ella seguía sintiendo una inmensa curiosidad.

—¿Cómo supiste de mi posición exacta el día del ataque? —le preguntó a bocajarro en la primera ocasión que tuvo, y el niño se encogió de hombros. A estas alturas, Eva ya lo conocía lo suficiente como para saber que aquello significaba «no quiero responder», así que no volvió a insistir en el tema. Pero aún había otras preguntas que le bullían en la mente: ¿Por qué me salvaste la vida?

—Te necesito para viajar al norte. No puedo viajar contigo si estás muerta.

Como siempre, lógica aplastante; la marca de la casa. Ella intentó abordar el asunto desde otro ángulo.

—Pero tal vez lo hiciste porque sientes algo de simpatía o amistad hacia mí...

Ninguna respuesta. Eva había olvidado que Ismael sólo contestaba preguntas directas, de esas que se escriben con sendos signos de interrogación a los lados. Y naturalmente, sólo cuando le venía en gana.

—¿Es así, Ismael?

—Yo no tengo sentimientos. No los necesito.

—Entonces, y si no tuvieses planeado viajar al norte conmigo... ¿me habrías dejado morir allí?

El chico se encogió de hombros, y Eva encendió un cigarrillo y se lo pasó tras darle un par de caladas. No volvieron a tocar ese tema nunca más.

Robinson se despertó de repente, descubriendo que lo habían enterrado vivo. Pateó desesperado una superficie lisa y fría que sin duda era la tapa del ataúd. Le habían cruzado los brazos sobre el pecho poniendo entre ellos un crucifijo, un gélido trozo de metal sin ningún significado.

—¡Socorro! ¡Aún estoy vivo!

La voz rebotó en ecos tras la oscuridad de los corredores mientras Robinson lograba incorporarse con el crucifijo en la mano. De pronto, una especie de pestillo metálico cedió bajo sus dedos y hubo una explosión que bien podía haberle roto los tímpanos, seguida tan sólo del silencio. Encendió la luz ya completamente despierto, jadeando como un perro. El disparo se había empotrado en el cabecero de la cama, dejando un agujero lleno de estrías en la madera. Robinson calculó que la bala habría pasado a dos o tres centímetros de su cráneo. Arrojó el arma lejos de sí en un gesto automático, como si fuera un escorpión salido de entre las sábanas. Los oídos le zumbaban cada vez con mayor fuerza, y se preguntó si habían empezado a sangrar. Miró el revólver en el suelo caído entre un montón de ropa sucia, un pequeño animal agazapado en espera de otra oportunidad. La próxima vez no fallaré, parecía decirle con su diminuta sonrisa metálica. Porque...

—... no debes temer a la muerte —completó Robinson—. Tú ya estás muerto desde hace mucho tiempo.

Cerró los ojos, intentando recordar su verdadero nombre. Era una especie de juego —¿puedo o no puedo?— para forzar el transcurso del tiempo una vez más. Y sin embargo, ni siquiera estos trucos surtían ya efecto. Descubrió sin el menor asombro que ya no recordaba nada de su antigua vida: ni su nombre, ni sus padres, ni su casa, absolutamente nada. Sí conocía, por ejemplo, el nombre de su ciudad o la ubicación de su barrio. Pero este era un conocimiento estrictamente mental al que no se le podían poner imágenes ni sensaciones, como si no fuera con él: uno puede saber que Hiroshima está en Japón sin haber visitado nunca ese país. Porque aquella vida se había terminado para siempre, hasta en el recuerdo.

Sólo ahora lo veía perfectamente claro. Siempre demasiado tarde, siempre cuando ya no es posible rectificar nada, *a posteriori* que dirían algunos pedantes. Porque Robinson —claro que desde el principio se llamaba así, ¿qué mierda importaba el nombre del otro?— se había enterrado a sí mismo en el búnker de su padre, había escenificado su propio funeral por propia voluntad y ahora... ¿ahora qué? Allí estaba a doce metros bajo tierra, soñando que lo habían enterrado vivo y en parte era verdad, salvo que el enterrador había sido él mismo. Pero como siempre, era necesario descargar la culpa sobre los demás. ¿Y cuál era el siguiente paso?

Abrió los ojos, y el revólver aún le esperaba paciente en medio de un montón de

ropa sucia. Sin pensarlo en absoluto —estas cosas se hacen sin pensar o no se hacen—, apoyó el cañón en su sien derecha y volvió a cerrar fuertemente los ojos.

Venga, vamos allá. ¡Ánimo!

Es sólo un segundo. Menos de un segundo.

Sé valiente, una sola vez. Acaba con honor.

Se imaginó la trayectoria perfectamente rectilínea de la bala atravesando el cráneo, reventando arterias y esparciendo masa encefálica. No sabía muy bien dónde encajaba el honor en semejante porquería de sangre y sesos, pero la frase quedaba fantástica. Y si el cerebro había sido la causa de sus desdichas, parecía lógico que reventara el primero. Justicia poética o algo por el estilo.

Estás pensando demasiado. ¡Aprieta el gatillo!

¡Vamos! No tienes tiempo de cascártela por última vez. ¡Dispara!

Venga venga venga venga venga...

Robinson apartó el arma de su cabeza muy lentamente, como si pesara una tonelada. No tienes lo que hay que tener, pedazo de maricón, ya os decía yo que... Estuvo contemplando el revólver sobre la mesa durante lo que le parecieron horas, soportando insultos y amenazas de la tribu aposentada en su cabeza, que seguramente tendría el plan de escapar a través del túnel abierto por la bala. Ya ni siquiera las criaturas imaginarias querían saber nada de Robinson, por no hablar de las reales, si era que todavía quedaba alguna. Pero sólo había un modo de averiguarlo.

—No puedo —dijo en voz alta.

Hace medio minuto ibas a volarte los sesos. ¿Qué tienes que perder?

(Estos debían de ser los de la tribu vecina, pensó Robinson. Quizá los Morlocks o los Chicago Bulls).

—Es demasiado tarde —dijo con una paciencia infinita—. Debí haberlo intentado hace años. Pero qué más da.

Robinson, te contaré un secreto: hasta los muertos pueden volver a la vida.

—Sí, claro —sonrió—. Los Errantes.

No los Errantes sino tú, Robinson. Tú ya estás muerto. Tú.

Se sentó en el suelo —una alfombra de cáscaras de pipas donde sobresalían algunas colillas— y, enterrando la cabeza entre las manos, se entregó de nuevo a sus cavilaciones. Por suerte para él, no tardó ni diez minutos en dormirse de nuevo.

Al despertar se sentía un poco mejor, aunque vaya uno a saber por qué diabólico conjuro las cáscaras de pipas habían logrado introducirse bajo su camiseta, provocándole un picor atroz. Como si un millar de liliputienses hubieran intentado clavarle pequeñas estacas a un vampiro gigante. Este rasgo de humor, aunque bastante malo, le alentó en cierta medida. Porque no se trataba de hacer chistes, eso era lo de menos. Si había que sobrevivir —y este concepto aún continuaba bajo observación—, uno debía ser capaz de reírse de la primera tontería que se le ocurriera. Era una forma como cualquier otra de resistir.

Resistir... Ya había perdido la cuenta del tiempo que llevaba haciéndolo. Quizá habría que contarlos desde antes de su nacimiento, en vidas anteriores que seguramente le habían traído de la mano hasta este curioso karma. Esta ocurrencia le hizo sonreír, y no pudo por menos que recordar el sueño que había tenido hacía dos minutos o dos horas, reclinado igual que un faquir en sus clavos en forma de cáscaras de pipas Don Simón, que son más ricas que el jamón. Porque en el sueño sí había tenido valor para apretar el gatillo, y no sólo eso: además había disfrutado de una excelente panorámica de sus sesos estallando contra la pared como huevos escalfados, chorreando sangre y líquidos encefálicos y, de paso, dejando la pared todavía más puerca de lo que estaba, lo que ya era difícil pero se podía, se podía. Y ahí comenzaba el sueño propiamente dicho:

Robinson se hallaba en el cielo, suspendido entre las nubes. Debían de ser las doce del mediodía o así porque el sol brillaba en todo lo alto molestándole en los ojos, y lamentó no haberse traído sus gafas oscuras Ray-Ban, qué lástima, con lo bien que le sentaban. Delante, una gran puerta brillante con destellos metálicos que atravesaban las nubes y se perdían en el azul color celeste, por supuesto, del cielo. Un cielo demasiado perfecto y predecible, quizá un poco aburrido. Naturalmente, Robinson sabía que aquella era la Puerta del Paraíso. En parte por la ambientación celestial —nubes vaporosas, cielo azul y toda esa mierda—, y también por la placa que coronaba la parte superior de la verja, en la que podía leerse: «PUERTA DEL PARAÍSO».

De pronto, un tío con barba y una gorra de béisbol clavada hasta el entrecejo le pidió la documentación, pero Robinson no la llevaba encima. Observó que el barbudo tenía una placa prendida sobre su camiseta de los Freak Brothers que decía: SAN PEDRO.

—Pues qué bien, otro más. Dame tu nombre, joder.

—Robinson.

—¿Robinson qué más? ¿Robinson Crusoe? ¿Robinson Picha Floja? ¿Qué más?

—Robinson sin más, sólo es un apodo. Es que no consigo recordar mi verdadero

nombre...

El tío se encogió de hombros, componiendo una expresión tan perfecta de Ese No Es Mi Problema que Robinson se sintió angustiado. ¿Es que no iban a dejarle entrar?

—¿Causa de la muerte? Bueno, supongo que te mataron los Errantes, como a todo el mundo...

—No. En realidad fue un suicidio. Me suicidé.

—Vaya, esto se pone mejor a cada momento —dijo San Pedro con una sonrisa sarcástica—. Bien, ¿qué es lo que has hecho mayormente durante tu vida, Robinson? Sé breve, por favor.

Cascármela, pensó automáticamente. Pero intuyó que esa no era la clase de respuesta que uno le daría a San Pedro, así que optó por una salida menos comprometedora:

—No gran cosa. Sinceramente, yo...

—Mira —interrumpió San Pedro sin dejar de mirar sus papeles—, yo no tengo ningún Robinson Sin Más en mis registros. Lo del suicidio nos importa una mierda, pero sin el nombre no podemos hacer nada. Lo siento y gracias por haber venido, ¿vale?

—¿Y qué hago yo ahora?

—Tío, ese es tu problema —resopló San Pedro cada vez más impaciente—. Yo en tu lugar me llegaría al Infierno, a ver si allí tienen tus datos. Es por ahí abajo, ¿lo ves?

Robinson miró en la dirección señalada y lo que veía le heló la sangre: legiones enteras de Errantes se arrastraban entre los escombros en busca de carne viva. Los orgullosos edificios, símbolos del poder humano, se habían derrumbado o se consumían entre las llamas, y ahora sólo podían escucharse los gemidos ansiosos de los Pellejudos entremezclados con los gritos de dolor y pánico de sus víctimas indefensas, tantas de ellas inocentes. Vio que ninguna ciudad o páramo o bosque o sendero o desierto estaba libre de la Plaga: la Era del Hombre había terminado y ahora el mundo no era más que un cadáver que se pudría devorado por millones de gusanos. Pero aquello no era en realidad el Infierno, se dijo cayendo en la cuenta. Aquello era...

—Sí, tengo entendido que han cambiado de local últimamente —dice San Pedro, como si contestara a una pregunta no formulada por Robinson—. Y se acabó la charla, colega.

—¡Un momento! Estoy empezando a recordar...

—¡A tomar por culo! —grita San Pedro al tiempo que le propina una tremenda patada en las posaderas. Entonces Robinson pierde el equilibrio de una vez por todas, cayendo a plomo hacia abajo, y junto a él cae su nombre recién recordado como la sombra de un pájaro abatido en pleno vuelo. Y mientras cae está viéndolo todo, absolutamente todo, justo delante de sus ojos. Y descubre que los Errantes

representan sólo una ínfima parte al lado de la miseria universal que el buen Dios reparte gustoso por los siglos de los siglos, amén. Y ya no puede olvidar nunca más los gritos de los niños asesinados, de las mujeres violadas, de los hombres hechos pedazos por una causa justa. Ve guerras, epidemias, hambrunas, crímenes cada vez más atroces, cámaras de torturas, alambradas de espino, campos de exterminio, violaciones en masa, esclavos cargados de cadenas, infanticidios, abusos de todo tipo y asesinatos legales en nombre de Dios o de la justicia. Y de repente sabe, sabe con total certeza, pobre Ícaro de alas rotas, pobre hombre triste, que desde el principio ha estado escondiéndose de los seres humanos y no de los Errantes. Y que el descenso al refugio antiatómico es sólo el símbolo de lo vivido hasta entonces, y que se repetirá sin cesar hasta que un ataque al corazón o una bala en la cabeza pongan fin a la comedia. Porque...

Robinson, hasta los muertos pueden volver a la vida.

¿En serio? Me gustaría creerte. ¿Pero cómo es posible estar tan ciego, esconderse tanto tiempo de uno mismo?, se pregunta mientras el suelo aparece cada vez más cerca y un viento helado le silba en los oídos con la fuerza de un ciclón. ¡Apartad de mí todos esos malditos espejos!

Los muertos, Robinson. Los muertos pueden volver a la vida.

Ojalá, ojalá sea así. Porque Robinson también está muerto, Robinson fue el primero, Robinson que no tiene cojones de matar o de matarse y sin embargo no le faltan ganas. Y en ese momento hay una explosión de luz azul que no ha visto jamás y de repente aparece en el suelo del sótano, acurrucado sobre un montón de cáscaras de pipas como un monstruoso feto al que han arrojado a destiempo en mitad de un vertedero. Y en cierto sentido es así, Robinson lo sabe, pero eso no es lo importante. Porque ahora ha recuperado su nombre y... pueden volver a la vida... y él sabe. O no sabe y qué coño le importa, pero sabe que se marchará muy pronto del refugio de su padre para morir en cualquier otro sitio, para morir vivo, sobre la tierra, como nunca lo ha estado antes, nunca. Porque al final Robinson ha decidido creer que hasta los muertos pueden volver a la vida.

En Cíbola los días se sucedían iguales unos a otros y con desesperante lentitud: incoloros, inodoros e insípidos. Eva estaba cada vez más impaciente: había solicitado tres veces su reingreso en el servicio del exterior, y por tres veces le fue denegada su petición. Cuando insistió en hablar personalmente con Alexei, le dijeron que este se encontraba demasiado ocupado para recibirla. Sólo a partir de ese momento supo con total certeza que era una apestada.

Poco a poco, la atmósfera iba volviéndose cada vez más irrespirable. Por toda la ciudad habían empezado a aparecer carteles previniendo del peligro mortal que entrañaba el culto a Seth y animando a todos los ciudadanos a que denunciaran cualquier «conducta irregular» por parte de sus vecinos. El supervisor Márquez había sido cesado de su cargo sin motivo aparente y ahora permanecía encerrado en su casa día y noche, en una especie de limbo legal que se parecía demasiado al antiguo arresto domiciliario. Por otra parte, el número de milicianos del primer rango —la guardia personal de Alexei— se había multiplicado por cinco en el último mes. En cuanto a este, apenas salía del cuartel general y, desde luego, ya hacía tiempo que había suprimido sus patrullas en el exterior. Los jefes de los clanes que habían mostrado cierta oposición hacia él fueron detenidos en una sola noche, bajo la acusación de alterar el orden público. Cuando tres días más tarde fueron puestos en libertad, todos ellos coincidían curiosamente en haber cambiado de forma radical sus puntos de vista, que ahora se parecían de manera asombrosa a los del propio Alexei. Nadie salvo su guardia pretoriana veía jamás al líder de Cíbola. Y a pesar de eso, daba la impresión de que estaba en todas partes.

Qué te ha pasado, ruso, pensaba Eva a menudo presa de una incurable tristeza. Y mientras tanto, acariciaba más y más la idea de abandonar Cíbola, de marcharse a cualquier otro lugar. ¿Por qué no al norte, como tanto insistía el chico? A fin de cuentas daba lo mismo: tanto el norte como el sur, el este y el oeste estaban plagados de Errantes. Pero siempre había algo que la detenía justo antes de decidirse. Ella no lo sabía, pero ese algo era el recuerdo del antiguo Alexei.

Ismael solía distraerla de estos pensamientos. Las visitas vespertinas del Niño Máquina se habían convertido en una costumbre, y muy rara era la tarde en que sus misteriosas ocupaciones, de las que no hablaba con Eva y seguramente con nadie, le impedían visitarla. Como todos los niños y por muy máquina que fuese, Ismael era un amante de la rutina y Eva descubrió que tampoco a ella le disgustaba en exceso. De hecho, en esas pocas tardes solitarias en las que Ismael no aparecía, era cuando ella se sentía vulnerable de un modo extraño, como si se contemplase desnuda ante un espejo y comprendiese al fin la insignificancia de su vida en un mundo de depredadores. Porque al final todo se reducía a eso: los Errantes le habían arrebatado

su juventud y terminarían por quitarle la vida, seguramente más temprano que tarde. Era raro morir de una enfermedad grave en estos tiempos —más normal era hacerlo de frío o a consecuencia de la desnutrición— y, desde luego, era prácticamente imposible morir de viejo. A veces, como pasatiempo, le gustaba imaginar lo que habría sido de ella si no hubiesen llegado los Errantes.

Había sido una niña estudiosa, más tímida que realmente introvertida. Una hija única largo tiempo deseada que todavía hoy recordaba a sus padres con una nostalgia nebulosa e inconcreta, como si los viera a través de un vidrio empañado. Recordaba perfectamente, eso sí, la última frase que oyera decir a su padre mientras desayunaban un día cualquiera, uno de esos del montón, de los que pasan sin que nadie se dé cuenta y que no suelen dejar el menor rastro en la memoria. Estaban viendo las noticias matinales en la tele, casi a punto de salir, él poniéndose el abrigo para hacer cola un día más en la oficina del paro; su madre que ya se había ido porque llevaba fregando escaleras en un edificio de oficinas desde las siete de la mañana, así era la vida. Y en ese momento, un avance informativo que habla de extraños asesinatos en Asturias, Cantabria, Castilla y León, posibles casos de locura colectiva, unidades móviles desplazadas hasta el lugar de los hechos, se baraja la hipótesis de, atención, compañeros, veo aviones Phantom volando a muy baja altura. Comunicado urgente del Ministerio del Interior, del Ministerio de Defensa, de la Presidencia del Gobierno: la ciudadanía no debe alarmarse, simples maniobras militares de rutina. Y entonces las imágenes desenfocadas de tres figuras que avanzan a pasos vacilantes, torpes, como refugiados de una guerra atroz. Y no se ve mucho más porque un soldado ha tapado el objetivo de la cámara y grita que te tumbes en el suelo, cabrón, desconecta eso, deja de grabar o te pego un tiro. Y una voz de mujer que gime y dice Dios mío, Dios mío, están vivos, cómo pueden estar vivos. Y entonces la pantalla se vuelve gris y lo último que oye Eva —Eva que es una cría, que aún no ha empezado a vivir, que sólo tiene dieciséis años— es un tableteo a ráfagas que le recuerda un poco a los pájaros carpinteros de los documentales de la 2. Pero claro, allí no hay pájaros carpinteros.

—Qué raro es esto, ¿no, papá?

—Sólo otra película de terror más —responde su padre con la voz aburrida del eterno escéptico—. Ya no saben cómo vendértelas. ¿Te importa poner una lavadora antes de irte, chiqui?

Siempre le decía eso de chiqui aunque ella ya había cumplido los dieciséis; porque tú eres mi chiqui y lo serás siempre, y mamá es mi reina y tú mi princesa chiquita. Y después un beso en la mejilla que ninguno de ellos podía imaginar que era el último, todo ese amor tirado por el desagüe, perdido para siempre. Y luego ella que apaga la tele y en la cocina pone el programa de ropa blanca, el detergente y un tapón de suavizante. Y ahora está en Cíbola, la escena vista desde una distancia de siglos u

océanos; ella está en Cíbola y lo que más le duele es precisamente eso: que de todo aquel amor frágil y candoroso lo último que puede recordar es sólo aquella tontería de la lavadora.

Ismael vino aquel día un poco más tarde de lo habitual, con un tablero roñoso lleno de cuadrículas y dos bolsas de plástico. Sin decir nada, puso el tablero sobre la mesa y anunció con toda solemnidad que iba a enseñarla a jugar al go.

No tenemos piezas blancas y negras pero esto servirá, dijo señalando las bolsas. Una de ellas contenía garbanzos. La otra, lentejas.

—Nunca me has contado cómo te crearon, Máquina.

—Eso no te importa —respondió él sin la menor señal de agresividad, simplemente señalando un hecho obvio—. Al contrario que en el ajedrez, en el go empiezan jugando las piezas negras. Pon una de las piezas donde tú quieras.

Eva, que no había oído hablar del go en toda su vida, colocó un garbanzo en el centro del tablero.

—Es preferible jugar al principio en las esquinas —dijo Ismael—, porque el objetivo del juego consiste en rodear el máximo espacio posible, y esto es más fácil en los bordes del tablero. También se pueden capturar piezas, pero para eso tienes que rodearlas por completo... ¿Vendrás conmigo al norte?

Era ya casi de noche cuando Ismael se marchó con su tablero de go bajo el brazo. Sabía que ahora no iba a poder dormir y tampoco tenía ganas de cenar, así que se preparó una taza de té y se sentó en la silla de camping que tenía siempre a mano, al lado de la puerta. La perspectiva de la calle, aunque ahora estuviese desierta, le daba cierta ilusión de compañía y desde luego que era preferible a la austera lobreguez del caserón. De vez en cuando pasaban algunos vecinos, y aunque todos le deseaban las buenas noches con cortesía, ninguno de ellos quiso detenerse un momento a conversar con ella. Una apestada, se dijo de nuevo. Aunque siempre había fingido reírse de esta situación, en el fondo la soledad empezaba a pesarle como una tonelada de piedras.

—Hola —dijo una voz en la oscuridad, y Eva echó mano inmediatamente a la pistolera—. ¡No, no te asustes! ¿Te acuerdas de mí?

—Eres tú el que debería estar asustado, novato —dijo ella con una sonrisa.

A la débil luz de la lámpara de aceite, el muchacho parecía aún más patéticamente joven que el día del ataque del gran Gusano. Llevaba entre las manos un paquete mal forrado en papel de colores que mecía de un lado a otro, como si quisiera dejarlo en algún sitio y no supiese dónde. Eva volvió a calcularle mentalmente unos diecisiete años, ni uno más.

—Siéntate. ¿Te apetece un té?

—Yo... vale —dijo con timidez—. He venido a darte las gracias por...

—Sí, ya lo sé. Échale un poco de azúcar, si no, no hay quien se lo trague.

Permanecieron unos instantes en silencio; Eva con los ojos cerrados para disfrutar del tibio aire de la noche sin pedirle nada más al mundo, gozando a pesar de todo del lujo de estar viva, de no ser una Errante. Sin embargo, y aunque la timidez del chico le resultaba divertida, al final decidió echarle un cable por pura misericordia. No estaba bien hacer sufrir a las pocas visitas que tenía.

—¿Cómo te llamas?

—Andrés. Y tú eres Eva.

—Eso dicen —sonrió ella.

—No sé si lo sabes, pero... ya eres algo así como una especie de leyenda en esta ciudad —balbuceó el muchacho—. Por lo menos para mí y para muchos otros.

—No tengo ni la menor idea de lo que me estás contando, chico.

—Bueno, no es fácil de explicar. Te hablo de mí y de mis amigos, de prácticamente toda la gente joven de Cíbola. Ellos ya saben que me salvaste la vida el día del gran ataque y muchos piensan... pensamos...

—¿Sí?

—Pues que una mujer fue capaz de hacer algo que Alexei y su guardia no

tuvieron cojones de... Perdón, quise decir...

—Sería mejor que te guardaras esas opiniones para quien quiera escucharlas —cortó Eva, de pronto mortalmente seria—. A mí no me interesan.

—Lo siento —murmuró Andrés bajando la vista.

Eva lo observó con fijeza, tratando de discernir si era sincero o tan sólo otra marioneta guiada por las hábiles manos de Alexei para hacerla hablar más de la cuenta. Cada vez más irritada, decidió que aquello no era de su incumbencia.

—Sólo quiero decirte —continuó el chico rápidamente— que si alguna vez nos necesitas, te seguiremos hasta el final. Y hablo en nombre de muchos.

—¿Por qué iba yo a necesitar a ninguno de vosotros?

—No lo sé —respondió azorado—. Para nada, quizá. Sólo quería que lo supieras.

—Muy bien, ya lo sé. ¿Y qué más?

—Nada. Sólo que...

—¿Sí? Procura no pensártelo tanto. No tengo toda la noche.

—Que eres la mujer más bella que he visto en toda mi vida.

Un instante de asombro, antes de que Eva empezara a reírse a carcajadas: este era el tipo de imprevistos que la hacían sentirse desarmada. Ahora no le cabía duda de que el muchacho era sincero —aquella ingenuidad lo demostraba— y todo su mal humor desapareció en menos de un segundo. Pensó, con cierta nostalgia, en que algo parecido debió de sentir Alexei cuando ella le soltó aquella suprema tontería de la literatura inglesa. Mientras tanto, Andrés había empezado a encogerse sobre la silla como si quisiera desaparecer, las mejillas encarnadas igual que dos cerezas. Eva no pudo reprimir otra carcajada, sin saber a ciencia cierta si se reía de sí misma o del chico.

—Será mejor que cambiemos de tema —dijo con una sonrisa—. ¿Qué llevas en ese paquete?

—Es un regalo. Un regalo para ti.

—Vaya. ¿Puedo verlo?

Eva deshizo el envoltorio torpemente cubierto con cintas de colores —¿de dónde las habrá sacado?, se preguntó secretamente halagada— y extrajo un ejemplar de bolsillo de Moby Dick, de Hermann Melville. Era tan raro ver libros en estos tiempos que casi tuvo miedo de abrirlo, como si temiese que se le deshiciera entre las manos. Literatura inglesa, se dijo una vez más con una indecible nostalgia. En todo caso, era un regalo digno de un rey.

—¿Lo has leído?

—Sí. Pero me encantará volver a leerlo. Gracias.

—Gracias a ti por salvarme la vida —replicó él resueltamente.

Eva se inclinó para besarlo largamente en los labios, saboreando su boca como si fuese fruta fresca. Después de esto sólo falta que me denuncien por corrupción de

menores, pensó divertida al comprobar que, tras la sorpresa inicial, el cuerpo del muchacho reaccionaba de la forma correcta. Lo llevó dentro de la casa sin que mediara una palabra más entre ellos, si no era en forma de besos y caricias. Pero ni siquiera esta sesión de sexo improvisado, por dulce y gratificante que fuese, era lo que ella iba buscando. En realidad quería gozar de un placer aún más profundo: el anhelo de sentir a su lado, cálida y palpitante, la vida que había arrancado de las manos a los Pellejudos.

Otras veces le daba por pensar si merecía la pena. ¿Qué era lo que tenía que merecerla? La gente no se hacía estas preguntas, se limitaban a sobrevivir y así era la vida. Nadie tenía ya esperanzas en un futuro mejor: les bastaba el presente y si acaso un minúsculo trocito de futuro como las migas de una tarta, negro o blanco, mejor o peor, qué más daba, nadie se fijaba ya en esas cosas. Luchaban por sobrevivir como si el mero hecho de hacerlo fuese algo importante. A pesar de todo, el hombre seguía sin querer darse cuenta de que su tiempo había acabado, y sus modales continuaban pareciéndose a los de un aristócrata del siglo XVIII con peluca y rapé: los reyes de la creación. «Sí, es posible que ahora nos vaya mal, se trata de algo pasajero, una circunstancia eventual que tanto puede durar un siglo como cien. Pero somos civilizados, hechos a imagen y semejanza de Dios —¡sea por siempre bendito y alabado!— y sobre todo, sobre todo, no nos comemos los unos a los otros». Bueno, los Errantes tampoco lo hacían. Se limitaban a comerse a los humanos.

En todos los largos años de guerra, nadie había visto nunca a un Pellejudo que matara a otro. Ni siquiera que se peleasen entre sí. Básicamente parecía que se ignoraban, salvo para crear grupos que tarde o temprano se unían entre sí para formar un gran Gusano. No tenían líderes, no los necesitaban. Eran, curiosamente, libres; más de lo que jamás hubiese soñado serlo cualquier superviviente. No temían al frío ni al calor, ni a la lluvia, ni a los insectos, ni a las enfermedades. No les importaba el pasado ni el futuro; estaban totalmente desprovistos de vanidad, de ambición, de tristeza, de miedo. Tal vez y a su manera eran ahora más felices que cuando vivían. Y ni siquiera podían morir, porque ya estaban muertos. En cuanto a los humanos...

Eva no tenía ni una sola razón para amar a la humanidad y, de hecho, no lo hacía. Lo único que lograba fascinarla de los hombres eran esas nebulosas posibilidades — ¿qué habría sucedido si...?— que los Errantes, seres absolutamente predecibles, parecían tener negadas por definición. Porque en el comportamiento humano siempre existía una incógnita, una X en la ecuación, que no se podía explicar del todo acudiendo a los viejos argumentos de la genética o el medio ambiente, y esto era lo que realmente la intrigaba. Veía a las personas como trozos de arcilla a medio modelar que, con el tiempo, podrían tomar tanto la forma de un fusil como de un poema de amor, quién sabe qué caminos en el laberinto insondable de las posibilidades. No sabía si esta «forma», que jamás era definitiva, venía determinada en última instancia por Dios o por la sociedad o por los cromosomas o el libre albedrío o cualquier otra cosa, pero todo eso le importaba muy poco. Que se ocupara otro de las causas; a ella le bastaba con asombrarse ante los efectos e intentar comprenderlos en alguna medida. Por eso, y sin tener la menor razón para amar a la humanidad, la muerte violenta de otro ser humano la llenaba de un sentimiento de

inutilidad tal que en ocasiones llegaba hasta la náusea física. Se sentía no tanto triste como ofendida, igual que cuando era niña y estuvo toda una mañana construyendo un castillo de arena en la playa para que luego otro crío al que no conocía de nada acabara pisoteándolo, sólo por darse el gusto de verla llorar. Ya a esa edad comprendía perfectamente que el castillo como tal era lo de menos ante la perversa inutilidad de la acción: el niño no lo había hecho a cambio de una recompensa o porque deseara construir en ese lugar, lo había hecho simplemente porque sí. Desgraciadamente, la infinita gama de posibilidades del hombre no excluía de ningún modo la crueldad.

En cuanto a la muerte violenta —al asesinato, por decirlo de un modo más preciso—, para ella significaba simplemente el final de todos los caminos. La gente tiende a ver su propia vida en forma lineal y, en cierto sentido, determinada. Pero ese modo de pensar era un residuo del mundo anterior a los Errantes, como cenizas que no terminaban de dispersarse. Porque la seguridad se había convertido en un lujo que nadie estaba ya en condiciones de adquirir. Se vivía a cada minuto, dado que en los sesenta segundos siguientes ya podías estar muerto. Y no sólo a causa de los Errantes.

Eva había visto a gente de su antiguo grupo morir de apendicitis, de tuberculosis, incluso de gripe en los inviernos más duros. En lo que se refería a los Pellejudos, el simple hecho de encender una cerilla o hacer ruido al caminar podía convertirse en una cuestión de vida o muerte. Pero dado que siempre estaban a punto de morir, amaban la vida más de lo que jamás hubiera soñado cualquier habitante del mundo antiguo. Por eso se les llamaba, con absoluta propiedad, supervivientes.

Los supervivientes eran distintos. En cierto sentido, tenían tan poco que ver con la humanidad anterior a la Plaga como con los Errantes, igual que tres especies que por caprichos de la evolución adquieren una forma similar sin compartir genes comunes. Ciertamente era que los supervivientes compartían la capacidad de pensar, sentir y actuar con los hombres anteriores a la Plaga, pero en ellos se había desarrollado hasta un grado superlativo. Los supervivientes eran más en todo: más crueles, más generosos, más coléricos y más valientes. Y sobre todo autosuficientes. No tenían reglas sociales ni códigos de conducta universalmente aprobados. No veían la televisión, no visitaban a curas ni a psicólogos, no hacían terapia de grupo y nadie les decía lo que era adecuado hacer. Debían improvisar a cada instante.

Por eso los intentos como Cíbola estaban condenados a largo plazo, puesto que no representaban más que un absurdo intento de volver al pasado. A pesar de sus fantasías, las intenciones de Alexei habían comenzado por el camino correcto, cuando soñaba con convertir Cíbola en el foco a partir del cual se iniciaría la reconquista del mundo. Pero más tarde sintió demasiado miedo de perder su pequeño reino y, en consecuencia, Cíbola siempre estaba a la defensiva, aguantando como podía las embestidas de los Errantes y convirtiéndose poco a poco en una mala copia de

cualquier pueblo anterior a la Plaga. Las antiguas jerarquías se habían restablecido bajo formas ligeramente distintas, sólo porque Alexei no quería o no podía pensar de otra forma.

¿Por qué permanecer siempre a la defensiva?, se preguntó Eva. Debía de haber otros emplazamientos como Cíbola, era de sentido común, y el único problema consistía en comunicarse con ellos. ¿Por qué no unirse y atacar? No elegir siempre la huida o limitarse a resistir sin esperanzas, sino atacar. ¿Y cómo reaccionarían los Errantes? Estaban acostumbrados a la eterna fuga, todo lo más a un combate desigual y sin esperanza contra presas ya acorraladas. Podríamos formar nuestros propios Gusanos, pensó cada vez más excitada. De acuerdo, eran pocos. Pero tenían las armas y sobre todo la inteligencia. No se trataba de acometer heroicidades: sólo de hostigar a los pequeños grupos, de ganar aunque fuese nada más que diez metros de terreno tras cada golpe de mano. Entonces sí sería en verdad una guerra, en lugar de este lento exterminio sin esperanzas. Y al menos, moriríamos con honor.

Recordó como en un sueño la frase de Andrés, mientras sentía la fragancia de su joven cuerpo todavía pegada a la piel: Si nos necesitas, te seguiremos hasta el final. Un tanto melodramática como correspondía a sus diecisiete años, pero a pesar de todo... Por un momento acarició la idea y después la desechó, avergonzada. No podía ni quería entrar en conspiraciones palaciegas. Era una superviviente nata y, en consecuencia, una individualista. Y por si fuera poco, Alexei había sido su amigo. Aún lo era, en lo que a ella concernía.

Pensó una vez más en todas las vidas que se habían perdido, en la inmensa variedad de posibilidades arrojadas al desagüe, y la sola idea de una conspiración casi la hizo vomitar. No, nada de eso. Ya había visto demasiada sangre en su corta vida y ni siquiera le gustaba derramar la de los Errantes, negra como carbón y espesa como aceite. Buena suerte, deseó mentalmente a Andrés y a sus compañeros, pero no contéis conmigo. Yo no sirvo para esto.

En ese momento vio una silueta oscura que corría hacia su portal y se estremeció de miedo sin saber por qué. No tardó en reconocer a su antiguo supervisor, apoyado por fin en la baranda mientras intentaba recuperar el resuello.

—No le digas a nadie que he estado aquí —resopló jadeante Ernesto Márquez—. Han detenido al Niño Máquina. Pensé que debías saberlo.

La Errante no levanta la cabeza al escuchar los pasos de Robinson en la carretera. Permanece inmóvil y de espaldas a él, un poco inclinada hacia abajo, como si el arcén se hallase sembrado de piedras preciosas. La impaciencia es difícil de reprimir, pero Madre lo exige así.

—¡Hola! ¿Hola?

Si no te mueves no se dará cuenta, no hasta que sea demasiado tarde. Las palabras son largas cadenas grises y escarlatas que salen como tentáculos de la mente de Madre para inundar su no-mente. Es agradable, aunque no sabría decirlo porque ha olvidado el lenguaje. No importa. Todo lo que debe hacer es mantener a raya el Hambre sólo por unos segundos. Aunque unos segundos pueden pasar en siglos.

—¡Hola! ¿Necesitas ayuda?

Todo es buena voluntad en la mente de Robinson; ha descendido a su propio infierno para emerger de nuevo a través de una deslumbrante luz azul que quiere ofrecer al mundo. Al igual que todos los iluminados, Robinson está ansioso por compartir su Verdad. Pero el mundo nada sabe ni quiere saber de redenciones.

—Llevo tres días sin ver a nadie. No tengas miedo, no te haré daño.

Ha estado a punto de añadir ven conmigo, te protegeré, me enamoraré de ti, tendremos hijos, envejeceremos juntos. Después de tantos años de soledad, ahora pretende pasar del cero al infinito. Ha sido la piel pálida de la muchacha la que le ha engañado. Se la imagina suave y delicada porque aún no la ha visto de cerca, y cuando lo haga, será demasiado tarde. Robinson no sabe nada de la existencia de los Albinos, los que por un azar desconocido no presentan en la piel la tonalidad purpúrea de sus hermanos Errantes. Pero el Hambre no entiende de esas diferencias.

—¿Cómo te llamas? Yo... ¡Dios!

Dios no aparece por ninguna parte cuando las mandíbulas de la mujer se cierran con un chasquido de tiburón a escasos centímetros de su brazo izquierdo. Robinson retrocede unos pasos balbuceando incoherencias y finalmente cae de culo en la cuneta. Una postura algo grotesca para un iluminado, mientras la mano libre busca desesperadamente el revólver. La muchacha —es joven, debía de ser joven cuando la mataron— se le acerca gimiendo con los brazos extendidos. Lleva encima los restos de un uniforme de cajera de unos grandes almacenes, con su tarjeta de identificación aún prendida en la blusa: Le atendió Rocío Castro, gracias por su visita. Robinson mira como hipnotizado la herida en el cuello que deja al descubierto sus vértebras cervicales, los dientes negros que se acercan, se acercan. Al fin consigue encontrar el revólver y dispara tres tiros a menos de dos metros de distancia, fallándolos todos. Se revuelve como una culebra y consigue retroceder unos metros porque ahora no hay luces azules ni cielo ni infierno, sólo el ansia desesperada de sobrevivir. Pero el

Hambre no es menos poderosa, y Robinson siente cómo la garra de aquella criatura que una vez fue Rocío Castro le sujeta por el tobillo con una fuerza sobrehumana, arrastrándolo hacia ella como un saco. No tiene tiempo de desesperar ni de encomendarse a Dios, porque en ese mismo instante recuerda que aún le quedan tres balas en el revólver.

Robinson levanta el arma. Con una sangre fría que jamás hubiese soñado tener, se deja arrastrar un poco más hasta alcanzar la distancia precisa. Y sólo entonces introduce el cañón por ese abismo negro plagado de dientes y aprieta el gatillo. Rocío Castro se queda un momento inmóvil, como si acabara de recordar algo sumamente importante, y al final se derrumba entre las piernas de Robinson que se revuelve asqueado ante esa horrible parodia de una felación. A duras penas consigue salir de la cuneta y ponerse de pie, con la pistola en la mano y la mochila todavía a la espalda; sólo entonces se permite el lujo de respirar y contemplar su obra.

Lo primero que siente es una alegría tan salvaje que le llevaría a danzar alrededor del cadáver, entonando gritos de guerra. Después llega la ira, y Robinson se ve a sí mismo golpeando con una piedra el cráneo de la Errante hasta convertirlo en una papilla negruzca. Pero estas emociones se van muy pronto y sin dejar rastro, arrastradas por el viento. Así que lo único que hace es sentarse en el arcén con los ojos muy abiertos, murmurando palabras y frases que no entiende, tal vez una oración. Y en ese momento comienza a llover muy débilmente, y Robinson piensa que aquello es como si el cielo llorara al fin por todos los muertos, los suyos y los nuestros.

Casi se había hecho a la idea de pasar la noche a la intemperie cuando descubrió la casa. Por un momento pensó en pasar de largo, en volver a la seguridad del refugio antiatómico y del antiguo Robinson. Pero eso no era posible, entre otras cosas porque ya no sabría cómo encontrar el camino de vuelta.

Se detuvo, considerando con detenimiento la situación. Había planeado de un modo borroso encontrarse con personas —personas vivas; mujeres vivas, preferiblemente— y llevárselas de vuelta al refugio, donde todos juntos podrían pensar con tranquilidad en la próxima jugada. Esa era la teoría. La realidad era que Robinson había estado vagando como un sonámbulo durante varias horas después de su encuentro con la Errante y había acabado por perder todo sentido de la orientación. Sí recordaba haber atravesado un bosquecillo de pinos, y luego un puente de hierro forjado que le pareció el esqueleto de un dinosaurio y que le llevó a otra carretera, donde vomitó copiosamente apoyado en un poste del tendido eléctrico. Esto pareció devolverle por fin a la realidad, aunque ya era demasiado tarde: Robinson no sabía si aquella era la misma carretera de antes. Y aunque así fuese, no tenía ni idea de a qué altura se encontraba. De modo que atravesó una larga hilera de coches abandonados —donde vio el hueco de un retrovisor relleno de ramitas y con tres diminutos huevos blancos— y se alejó campo a través, con destino hacia lo desconocido. Un impulso imposible de desobedecer le decía que debía abandonar la carretera cuanto antes.

Continuó caminando con su mochila a cuestas. Vio árboles y más árboles, zanjales, socavones, un ilegible cartel de PROHIBIDO EL PASO ante una verja derribada, un caracol que se pasea pensativo sobre una lata de Coca-Cola oxidada, que le mira desde las antenas de sus ojos como al último representante de una especie a punto de extinguirse. ¿Qué falta en este paisaje?, se pregunta Robinson. Nada, no falta nada. La naturaleza sigue su curso sin preocuparse de mí o de los Errantes. Fue entonces cuando descubrió la casa semiculta entre una maleza increíblemente densa, como si a su paciente manera vegetal se hubiera propuesto cubrirla por completo y hacerla desaparecer. Un momento después escuchó unos ladridos ásperos que parecían venir desde el interior de la casa, y se estremeció.

Calma, se dijo Robinson mientras sacaba el revólver, sintiéndose de repente un poco estúpido. Porque los ladridos habían cesado tan bruscamente como comenzaran y ahora no se oía ni se veía nada, salvo las primeras estrellas encendiéndose una a una como lamparitas en el cielo. Pese a todo, aún esperó un buen rato antes de esbozar una sonrisa y guardarse el revólver. Entonces oyó el rumor inconfundible de patas tamborileando a su espalda, y Robinson sólo tuvo tiempo de volver la cabeza antes de caer derribado.

Había llegado a ver al perro, un pastor alemán o quizá un mastín, galopando

como un endemoniado antes de estrellarse contra él como una bomba de dientes y babas. Tendido en el suelo, trató desesperadamente de protegerse la garganta a la vez que luchaba por quitárselo de encima, intentando anticipar dónde iría la primera dentellada. Pero entonces sintió como si le pasaran por la cara una esponja húmeda y áspera, y notó las patas golpeando sobre su pecho en un frenético redoble de tambor. El perro se alejó unos pasos de Robinson con medio metro de lengua colgando de las mandíbulas, y ladró rápidamente en todas direcciones, como un pregonero anunciando su discurso. Pero él no tuvo tiempo de levantarse antes de que el animal se le volviera a echar encima, lamiéndole la cara y las manos como si Robinson mismo se hubiese convertido en un helado de hueso.

—Te llamaré Viernes —dijo, sin poder dejar de reír.

La casa estaba vacía, pero pasó algún tiempo antes de que Robinson reuniera el valor suficiente para comprobarlo. Y tal vez no lo habría hecho sin el silencioso mandato de Viernes, tironeándole de la manga tras despachar en un tiempo récord tres latas de *corred beef*. Y luego inmóvil ante él con esa mirada fija que sólo tienen los niños y los animales, esa mirada ante la que no puedes mentir. De mala gana y empuñando el revólver, dejó que su nuevo amigo le guiara hasta la casa.

El sendero desaparecía a intervalos invadido por mil especies distintas de maleza, pero para Viernes esto no significaba ningún contratiempo. De vez en cuando se detenía a otear el horizonte en la postura de un lebre, completamente inmóvil y con una pata delantera levemente flexionada, como si se preparara para saltar. Pero entonces volvía a relajarse y se limitaba a husmear entre los hierbajos, o a soltar un chorrito de orina en el tronco de algún árbol antes de reemprender la marcha. Otras veces miraba a Robinson como si quisiera convencerse una vez más de su existencia. O quizá sólo le animaba sin palabras a caminar más deprisa.

Para mí ya está claro quién manda aquí, pensó él con una sonrisa. Viernes poseía un tamaño y una corpulencia que recordaban a los míticos San Bernardos —seguramente había más de uno entre sus antepasados—, aunque su aspecto era sobre todo el de un pastor alemán particularmente grande y robusto. En suma, una mole de ochenta kilos de peso y casi dos metros de alzada que le podía haber desgarrado la garganta en menos de un segundo. Pero por suerte no había sido así, y Robinson se abstuvo de sacar alguna conclusión filosófica del asunto. Eran tan inútiles como aburridas.

Le había calculado unos cinco años de edad —en realidad eran ocho, pero esto sólo lo sabría más tarde— y le sorprendió lo bien alimentado que estaba. Posiblemente una dieta a base de ratas, conejos, lagartos y algún pájaro despistado le resultaba bastante más nutritiva que el pienso proporcionado por sus últimos dueños. El pelo era muy corto y negro, salvo algunas vetas pardas en el lomo que, a cierta distancia, producían el efecto de un café con leche recién derramado. Pero lo más sorprendente eran los dos abismos negros que tenía por ojos —negro de espacio exterior, pensaría más tarde Robinson—, y sin embargo brillantes: unos ojos que parecían leer sus pensamientos y ante los que se sentía secretamente inclinado a obedecer. Al fin y al cabo, se dijo, el perro había sobrevivido a la Plaga durante largos años sin ningún refugio subterráneo. No cabía duda sobre cuál de los dos estaba más capacitado para sobrevivir.

La puerta estaba cerrada. Robinson dio la vuelta a la casa precedido a poca distancia por Viernes, hasta que este se sentó ceremoniosamente ante una ventana de gran tamaño con fragmentos de vidrio en los bordes. Probablemente esa era la

entrada habitual del perro, aunque Robinson hubo de estar un buen rato apartando cristales antes de decidirse. En ese intervalo pensó más de una vez en la comodidad del refugio, y la idea de intentar el retorno —preferiblemente con el perro, pero también solo si no había más remedio— osciló una y otra vez en su mente como el péndulo de un reloj. Y sin embargo, el regreso ya no era posible: aparte de que recordara o no el camino, aquellos fragmentos de cristal se parecían demasiado a los espejos que él mismo había destrozado en el refugio.

El salón de la casa parecía limpio y ordenado, salvo por la tenue capa de polvo que cubría todos los muebles, y a la que la última luz de la tarde prestaba un tono gris apagado, casi melancólico. Era indudable que ningún Errante había profanado jamás este cementerio. Porque eso es lo que era, pensó Robinson al descubrir el esqueleto plácidamente tendido en un sofá de tres plazas, como si descansara tras un duro día de trabajo. El cadáver, reducido ya a pura osamenta, vestía camisa blanca y pantalones vaqueros, con unas zapatillas de deporte de las que llegó a ver la marca —Adidas— antes de descubrir un montón de cajitas de cartón y envases plateados en el suelo al lado del sofá. Se agachó y cogió una de las cajitas ante la mirada impasible de Viernes.

LUMINIL 100

20 comprimidos.

Fenobarbital, lactosa y otros excipientes.

Con receta médica. Vía oral. MANTENGA LOS MEDICAMENTOS FUERA DEL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Robinson pensó en registrar los bolsillos del cadáver, pero una sensación a mitad de camino entre la repugnancia y la angustia pudo más. No nos asustan tanto los muertos como la ropa que llevan puesta, ese estúpido remedo de vida. Cerca del sofá había una mesa camilla con una jarra vacía y un vaso. Al lado del vaso, un cuaderno de anillas en cuya cubierta Shaggy y Scooby Doo escapaban a toda prisa de algún monstruo de dibujos animados; al pie de la portada alguien se preguntaba en mayúsculas: ¿QUIÉNES SON LOS LOCOS?. Las letras estaban tan marcadas que habían llegado a rasgar las piernas de Shaggy, a modo de cuchilladas.

Robinson abrió el cuaderno. Pero antes de que pudiera comenzar a leer, un gemido lastimero le hizo desviar la mirada hacia las escaleras que conducían a la planta superior. Allí estaba Viernes, con sus grandes ojos negros clavados en él. Sin decir una palabra, Robinson dejó el cuaderno sobre la mesa y se encaminó muy despacio hacia las escaleras, considerando si debería sacar de nuevo el revólver. Sin embargo, Viernes, que ya había subido hasta el segundo tramo de peldaños, parecía tranquilo. Aunque no dejaba de gemir muy suavemente, como si temiese despertar a

alguien que dormía en la planta superior.

—Está bien, chico. Vamos allá.

Arriba, una oscuridad absoluta campaba por sus respetos seguramente desde hacía años, y Robinson no pudo evitar pensar en las cámaras funerarias de los antiguos egipcios. Una ocurrencia inoportuna que, sin embargo, le hizo recordar la linterna que guardaba en el bolsillo de la cazadora: de repente un rayo de luz iluminó la figura de Viernes como si fuese la esfinge más misteriosa del mundo. Más allá una repisa con figuras de porcelana, un cuadro representando barcas varadas en la playa, un perchero, el pomo de una puerta, la rendija de oscuridad que salía de la puerta entreabierta. Robinson la empujó muy suavemente.

Su mano izquierda buscó frenéticamente un interruptor antes de darse cuenta de que, por más que lo pulsara, no iba a encenderse ninguna luz. De pronto, el foco azul de la linterna enfocó algo que le pareció en principio la soga de una horca, pero que en realidad no era más que la cinta de una persiana. Dio un tirón brutal y las últimas luces de la tarde inundaron de pronto la habitación.

Sobre la cama descansaba el esqueleto de una niña —debía de ser una niña, a juzgar por el vestidito malva— rodeado de peluches y muñecas de trapo. Alguien la había arropado hasta la cintura y, en medio del montón de huesecillos que había al final de su manga, aún sonreía a Robinson un pequeño Winnie the Pooh lleno de polvo. Con ayuda de la linterna, vio un pequeño orificio estriado en la sien derecha, y observó que aquel lado de la almohada presentaba unas pequeñas manchas oscuras que bien podrían ser sangre seca. Pero qué sabía Robinson. Sólo tenía ojos para Pluto o Garfield o la princesa Cinderella, como si debiera defenderse de sus mudas acusaciones. Sobre la mesita de noche, al lado de un despertador que se había parado a las tres quince en la barriga del pato Donald, vio una fotografía enmarcada: una niña risueña de unos tres o cuatro años abrazando a un cachorro con uno de esos collares de cartón que impiden que se rasquen tras las orejas. Había algo cómico y triste a la vez en la expresión del animal, como si él también quisiera sonreír pero no pudiera hacerlo por alguna misteriosa razón. A esas alturas, quizá Viernes ya era capaz de intuir lo que iba a suceder.

—Lo siento. Lo siento mucho, amigo.

Ni el más leve sonido de respuesta desde el otro lado de la puerta; tal vez el perro se había embarcado en otra de sus misteriosas expediciones de caza. Robinson se acercó a la cama y los crujidos bajo sus suelas se le antojaron disparos en aquel silencio helado. El suelo estaba cubierto de huesos de pequeños animales, pájaros, ratas y lagartijas. Bajo la silla, un objeto redondeado que identificó de inmediato como el cráneo de un conejo. Retrocedió asqueado, dándose cuenta por primera vez del hedor que presidía aquella improvisada cripta.

Entonces escuchó de nuevo el redoble de las patas de Viernes subiendo las

escaleras. El perro traía algo en la boca, pero Robinson no pudo verlo con claridad hasta que lo depositó con infinito cuidado a los pies de la cama, gimiendo suavemente. No era más que el cuerpecillo inerte de una ardilla decapitada, algo no necesariamente más repugnante que algunas otras cosas vistas con anterioridad. Pero para Robinson, la ardilla sin cabeza significaba la gota que vino a colmar su particular vaso. Así que se marchó de la habitación a toda prisa y, por fortuna, pudo apoyarse en la barandilla del rellano antes de empezar a vomitar.

Eva llegó a plena carrera hasta el cuartel general, preguntándose en qué momento la detendrían. Nadie lo hizo, pero los milicianos de guardia se negaban a dejarla entrar.

—Solicita una entrevista mañana por la mañana. Ahora lárgate.

—¿Es que ya no os acordáis de mí?

—Claro que nos acordamos. Tú eres la puta que ya no interesa a nadie.

Había sido Miguel, su algo aniñada cara de Apolo luciendo una sonrisa triunfal. El otro guardia miraba incómodo al suelo, quizá intentando demostrar que la cosa no iba con él, mientras escarbaba la tierra con las botas. Eva sintió un acceso de furia que reprimió pensando en el niño y después volvió a hablar, con los ojos clavados en Miguel.

—Déjame entrar.

—No.

—Por favor.

—Lárgate.

—Debo hablar con Alexei. Entraré por la fuerza si es necesario.

—Inténtalo, vamos —dijo el joven oficial alzando su fusil—. Dame sólo una jodida excusa.

—¿Dónde está el niño?

—En la celda de los traidores. Allí le verás muy pronto, antes de que os ahorquen a los dos.

Eva guardó silencio: resultaba imposible razonar con los autómatas de Alexei. En cuanto al otro guardián, no era más que una figura decorativa. Pero Eva ya no tenía tiempo para sentir compasión. Ni siquiera rencor hacia Miguel, que ya se comportaba a todos los efectos como primer lugarteniente a falta de la insignificancia del nombramiento oficial. Yendo aun más lejos, Eva incluso podría haberle advertido de que su posición era ahora más peligrosa que nunca, que Alexei buscaba precisamente comprobar si se extralimitaba en sus funciones para derribarlo a la misma velocidad con que lo había encumbrado. No lo hizo: todos sus pensamientos estaban centrados en el Niño Máquina y el futuro de Miguel en la jerarquía de Cíbola no le importaba lo más mínimo. Así que compuso trabajosamente su mejor cara de humildad, mirándole con un temor que no era del todo fingido.

—Por favor, Miguel, te lo suplico: déjame entrar.

—Voy a contar hasta diez. Si no te has largado para entonces, te mato. Uno, dos, tres...

—Por Dios —intervino tímidamente el otro guardia—. Para ya, tío, esto es una locura...

—... seis, siete —Miguel amartilló el fusil y apoyó el cañón en el pecho de Eva,

justo a la altura del corazón—, ocho...

—¡DEJADLA ENTRAR! —rugió una voz desde el interior.

Por un momento todos se quedaron inmóviles como los personajes de una fotografía. La voz era más ronca y malhumorada de lo que ella recordaba, pero inconfundible de todos modos: el viejo tono de mando de Alexei, imposible de desobedecer. Miguel apartó el fusil de mala gana, mascullando insultos en voz baja. Y al fin Eva pudo atravesar el largo pasillo en sombras que tan bien conocía, preguntándose una vez más si Miguel habría tenido el suficiente valor o la suficiente insensatez como para disparar. Sonrió para sus adentros: claro que sí, sin la menor duda, por supuesto.

Se hallaba recostado en un sillón con orejeras, casi desparramado, como si se hubiese quedado dormido en una extraña postura que sin embargo era la más cómoda posible. Ni siquiera levantó los ojos al oír acercarse a Eva. Registradla fue todo lo que dijo, fiel a su nuevo estilo lacónico. Cuatro manos la cachearon rápidamente, como en las antiguas películas policíacas. No había el menor amago de erotismo en esta situación y ni siquiera de prepotencia: Eva no tardó más de un segundo en comprender que hasta los guardias personales de Alexei estaban aterrorizados.

—No lleva nada.

—Está bien, dejadnos solos.

Los guardias salieron con los ojos fijos en el suelo ajedrezado y Alexei se echó a reír de repente, como si hubiese recordado un chiste especialmente divertido. Después sacó un botellín de su guerrera y echó un largo trago, tan largo que ella pensó que no terminaría nunca.

—Hace tiempo que no te veíamos por aquí —dijo al fin—. ¿Puedo saber a qué debo el placer de tu visita?

—Déjate de mierdas conmigo, Alexei. He venido a llevarme a Ismael.

—También hace tiempo que no consiento que nadie me hable en ese tono. ¿No lo sabías?

—Pues jódete, tovarich.

Alexei volvió a reírse, esta vez con más ganas. La estrategia de Eva no era tan suicida como podría parecer a primera vista: lo único que pretendía era revivir el más mínimo atisbo de complicidad que aún pudiera existir entre ellos. Desde aquella tontería de la literatura inglesa, supo que Alexei la tenía por una especie de extraña criatura, quizá procedente del espacio exterior, que debido a su exótica rareza podía permitirse ciertas libertades. Entre ellas, la de hablarle con absoluta sinceridad sin temor a las consecuencias. Eva ignoraba por completo las razones que impulsaban a Alexei a adoptar esta extraña benevolencia, pero deseaba aprovecharlas del mejor modo posible.

—La ley del más débil —dijo al fin él con cierta melancolía, resumiendo en cinco palabras todos los pensamientos de Eva—. Hubo un tiempo en el que tú y yo éramos buenos amigos.

—Sí.

—Y sin embargo, te marchaste sin la menor explicación. Todavía me pregunto por qué.

—Lo sabes perfectamente.

—Ya, no te gustan las horcas. ¿Crees que a mí me gustan?

Eva no respondió a eso. Hubo un largo silencio en el que notó una extraña

sensación de *déjà vu*, como si ya hubiera participado muchas veces en esa misma conversación. Pero ahora el destino de Ismael bailaba como una moneda en el aire, y ella supo que aquella conversación sería la última.

—No puedo entregarte al chico —dijo de pronto un sombrío Alexei—. Ha sido juzgado y condenado por conspiración en favor de los sethianos.

—¿Quién le ha juzgado? ¿Tú?

—Mis guardias recibieron un soplo de alguien de su barracón —prosiguió él, ignorando el reproche—. Le registraron y acabaron por encontrar en su mochila un ejemplar manuscrito del Libro de Seth. Está ahí, sobre la mesa. Por si quieres verlo.

Eva se acercó y vio un montón de hojas de papel de ínfima calidad, aparentemente en un desorden absoluto. Las primeras palabras estaban escritas en mayúsculas, con una caligrafía temblorosa e infantil que reconoció al instante con un escalofrío: GLORIA A LOS HIJOS DE SETH, SEÑORES DE LA TIERRA MANCHADA POR LA NEGRA ESTIRPE DE CAÍN... O mucho se equivocaba o aquella era la letra de Ismael.

—Es una trampa —dijo intentando que su voz pareciera convincente—. Alguien ha debido esconderlo en su mochila.

—Es inútil que sigas defendiéndolo. En cuanto le atrapamos, lo confesó todo sin ahorrarse un solo detalle. Ni siquiera tuvimos que interrogarlo.

—¿Le habéis pegado? —preguntó Eva muy pálida.

—No, no fue necesario. Ya te lo he dicho: confesó al instante y por su propia voluntad. Nos dijo que estaba preparando la llegada clandestina de otros sethianos con el fin de cometer acciones de sabotaje que, si hubiesen tenido éxito, nos habrían dejado indefensos y a merced de los Errantes. Eso es más o menos lo esencial.

—¿Tú te crees una palabra de todo eso?

—No, claro que no —respondió pensativo Alexei—. Creo sencillamente que el chico quiere morir. Y que esta es la forma que ha escogido para hacerlo.

Siguió un largo silencio que ni siquiera enturbiaron los ruidos de Cíbola, tan lejanos como si procedieran de otro planeta. El chico quiere morir, pensó Eva una y mil veces. Nunca, ni siquiera en sus más descabelladas fantasías, se le había pasado esa idea por la cabeza. A lo lejos graznó un cuervo y Eva se estremeció, recordando el roble de los ahorcados. Pero Alexei no daba muestras de haber oído nada, hipnotizado por sus propios pensamientos.

—Creo que puedo presumir de no dejar que me engañen fácilmente —prosiguió en un tono de voz cada vez más monótono—. Desde que le eché la vista encima supe que mentía. Es posible que haya tenido algún contacto con los sethianos en otra época. Pero está claro que eso, si es que ha sucedido, terminó hace bastante tiempo, probablemente mucho antes de su llegada a Cíbola. En cuanto a esto —añadió señalando el montón de papeles al extremo de la mesa—, es la colección de disparates más grande que he visto en toda mi vida. Tenemos en custodia varios

ejemplares auténticos del Libro de Seth y no se corresponden en nada. Creo que lo escribió para proporcionarnos una prueba material de su culpabilidad. En cuanto al sabotaje y todo lo demás, no creo ni una sola palabra.

—¿Pero por qué iba a hacer todo eso? —preguntó Eva—. ¿Y por qué querría morir?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Cree que es una máquina, está completamente loco. ¿Qué podemos esperar de eso?

—Ya lo sé... ¿Qué piensas hacer con él?

—Muy sencillo: ha confesado sus delitos de traición y, en consecuencia, mañana por la mañana será ejecutado en la horca.

—Pero... acabas de decir que...

—¿Y qué importa lo que yo haya dicho? Es la ley. La ley se hace para que todos la cumplan, incluido yo.

—No puedo creer... Es una broma, ¿verdad? Otra vez tu jodido humor ruso. ¿O es que te has vuelto aún más loco que él?

—No es ninguna broma. Ismael confesó sus delitos ante cinco de mis oficiales. ¿En qué posición quedaría yo si me limitara a pasar por alto este asunto?

Así que era eso, se dijo amargamente Eva. Alta política, la marca de la casa. No puedo dar a mis hombres una impresión de debilidad, le había dicho Alexei varias veces en los buenos tiempos. Sin pararse a pensarlo, Eva avanzó hacia él con los ojos convertidos en dos rescoldos de fuego.

—Alto ahí, camarada —repuso él con una extraña sonrisa—. Ya veo que esta opción no acaba de satisfacerte. En ese caso y teniendo en cuenta nuestra vieja amistad, te ofrezco una segunda alternativa: el exilio.

—¿Prefieres que sean los Errantes los que te hagan el trabajo sucio? Tiene nueve años, no sobrevivirá ni un día fuera de las murallas.

—Tal vez, salvo que vaya acompañado por alguien que sepa cuidar de él. En todo caso, esa es mi última oferta. ¿Qué te parece?

Eva permaneció un momento en silencio, reprimiendo una sonrisa. De pronto había tenido la extraña certeza de que todo aquello encajaba como un guante en los planes de Ismael. El Niño Máquina había jugado fuerte y al final ganaba la partida, con una paciencia y una habilidad dignas del mejor jugador de go. Aquella mala copia del Libro de Seth había sido su última pieza en el tablero, y ahora su anhelado viaje al norte iba a convertirse en una realidad. Porque si debían marcharse... ¿qué importaba el camino? Ese pequeño cabrón nos ha utilizado a todos.

—¿Por qué tanta generosidad, Alexei?

—Ya te he dicho que lo hago en nombre de nuestra vieja amistad... Por otra parte, reconozco que los ánimos andan algo revueltos, y que la ejecución pública de un niño de nueve años no contribuiría precisamente a aumentar mi popularidad. Y eso

sin mencionar que su muerte en la horca te convertiría en mi enemiga mortal. Ya que no pude conservar tu amistad, deja que al menos no me haga merecedor de tu odio.

—Vas a librarte de nosotros a muy bajo precio —sonrió Eva.

—Tú no estás obligada a marcharte. Si lo haces es por tu propia voluntad.

Como si pudiese elegir, pensó ella. Los lazos, los malditos lazos. Los creía muertos y enterrados desde que perdiera a su familia al inicio de la Plaga, pero por lo visto se aferraban a la vida con la ciega persistencia de los Errantes. ¿Y qué ocurriría ahora?

—Partiréis mañana por la mañana —continuó Alexei—, con provisiones suficientes para dos semanas. Después de eso os las tendréis que arreglar solos. Puedes llevarte tus armas; daré órdenes al encargado del arsenal para que te entregue dos bolsas completas de municiones. Entiendo que no es mucho para un viaje al exterior, pero dadas las circunstancias, es lo máximo que puedo ofrecerte.

—Eres muy generoso.

—Ningún precio sería lo suficientemente alto para librarme de ese pequeño monstruo. Pero a ti sí te echaré de menos, Literatura Inglesa. Aunque si he de serte sincero, prefiero que te marches. Me habría gustado tenerte a mi lado y conservar nuestra amistad, sobre todo en los tiempos que se nos avecinan. Pero dado que eso no es posible, es mejor que nuestros caminos se separen cuanto antes. Buena suerte.

—¿Y el chico?

—Lo enviaré a tu casa esta misma noche con una escolta; sabes que puedes confiar en mi palabra. Te aconsejo que procures descansar todo lo que puedas, quién sabe cuándo volverás a dormir en una cama. Y una cosa más: la sentencia de destierro será dictada a perpetuidad. Eso quiere decir que si Ismael vuelve a aparecer alguna vez por Cíbola, será ejecutado en el acto. Tú puedes regresar cuando quieras. Pero si le tienes en alguna estima, no se te ocurra volver con él.

—Lo comprendo. Gracias y adiós.

Eva se dio la vuelta para marcharse. Ya enfilaba el pasillo cuando la detuvo la voz de Alexei, en un tono de decepción que nunca había escuchado antes.

—¿Eso es todo? ¿Gracias y adiós? ¿No hay nada más?

—¿Qué más quieres oír, Alexei? ¿Qué te gustaría que te dijera?

—En qué me he equivocado, por ejemplo.

—Yo no estoy capacitada para hablar de esas cosas —dijo con una sonrisa humilde—. Nunca he sido una líder, ni me gustaría serlo.

—Déjate de rodeos y contesta a mi pregunta.

Hubo un largo silencio mientras Eva escogía las palabras adecuadas. Probablemente aquella era la tarea más difícil a la que se enfrentaba desde su llegada a Cíbola, incluida la batalla del gran Gusano. Pero si algo tenía claro era que Alexei se merecía una respuesta, fuese o no de su agrado.

—Mi primer día en la ciudad —comenzó a decir muy lentamente— me sorprendieron varias cosas. Ya hemos hablado de las horcas, pero ahora me refiero a detalles como el burdel al lado de la iglesia o la presencia de milicianos armados por todas partes...

—Nunca me pareció que el burdel ofendiese tu dulce sensibilidad —interrumpió sarcástico Alexei—. ¿O tal vez fue la iglesia?

—Ninguno de los dos; me importa muy poco el modo en que la gente se gane la vida. Lo irónico del caso es que Cíbola me pareció desde el principio una copia bastante mala de cualquier ciudad anterior a la Plaga...

—Sí, ya me lo figuro. La electricidad, por ejemplo, es un lujo que sólo podemos permitirnos con cuentagotas. Me temo que los grandes carteles de neón aún tardarán un tiempo en llegar.

—¿Ves como no me entiendes? No se trata sólo de los avances materiales, sino de la mentalidad. Si la civilización tecnológica del siglo XXI cayó en menos de un mes bajo el empuje de los Errantes... ¿cuánto tiempo podrá resistir tu pequeña ciudad?

—Llevamos haciéndolo durante bastante tiempo, según creo. Y no parece que estés en condiciones de dictarme lecciones acerca de la supervivencia.

—No lo hago —repuso Eva—. Me has pedido mi opinión y te la doy, sólo eso. Pero tú mismo has reconocido que las cosas son cada vez más difíciles, y que sobrevivimos al último ataque más por casualidad que por cualquier otra cosa. Te diré más: creo que a Cíbola la ha salvado hasta el momento su propia insignificancia. Y creo que en el fondo tú lo sabes y por eso permaneces siempre a la defensiva, negándote a la posibilidad de ganarles terreno a los Errantes o de contactar con otras colonias.

—Eso no es cierto. Los exploradores...

—¡Venga, Alexei, dejémonos de comedias! Hace ya mucho tiempo que has renunciado a enviar patrullas de exploradores. Todavía recuerdo cuando me dijiste que habías enviado a una de ellas para contactar con mi antiguo grupo. Aquello me intrigó en su momento, al menos lo suficiente como para investigar un poco. Y como ya suponía, jamás existió dicha patrulla salvo en tu imaginación.

—Quien te haya dicho eso es un embustero.

—No, camarada, eres tú quién miente. Puede que yo no sea muy lista, pero al menos no soy ciega ni sorda. Y la gente habla; a veces sin darse cuenta, a veces mucho más de lo que les gustaría a sus jefes. De todos modos, lo sé y es inútil que lo niegues: no enviaste ninguna expedición para rescatar a mi antiguo grupo. Y no lo hiciste porque en realidad no quieres más gente en Cíbola. Bastante trabajo te cuesta controlar a los que ya tienes aquí. Sin embargo, si llegan de uno en uno y te caen en gracia por cualquier motivo, entonces no hay problema. ¿Pero treinta de una vez? No, de eso ni hablar.

—Estás formulando acusaciones muy graves —dijo cada vez más pálido Alexei.

—No son acusaciones, ni graves ni leves. No soy juez ni fiscal y no sé si queda alguno; los Errantes se los comieron, seguramente. Sólo te doy mis opiniones porque has sido tú el que ha preguntado. Pero si prefieres que me calle...

—Continúa.

—En cuanto a Cíbola... ¿qué puedo decirte? Tus guardias controlan más los movimientos de los ciudadanos que los de los Errantes. Has convertido a la ciudad en tu pequeño reino, a imitación de cualquier otro anterior a la Plaga. Lo de menos es el burdel y la iglesia... ¡Dios, si es que llegaste a reinventar el dinero! ¿Qué será lo siguiente? ¿Bancos, compañías de seguros, créditos hipotecarios? No has renovado absolutamente nada, Alexei, y por eso Cíbola caerá tarde o temprano. Y tú caerás con ella, pese a tus sueños de grandeza.

—Son palabras muy duras —replicó Alexei mortalmente serio—. Ten mucho cuidado, Literatura Inglesa. Hay una línea que ni siquiera tú puedes cruzar.

—¿O qué? ¿Mandarás que me ahorquen como a tus enemigos políticos, bajo el falso pretexto del culto a Seth? Sé que no lo harás. Porque soy la única persona en esta ciudad que aún puede hablarte con franqueza, y tú lo sabes. Y también soy el espejo donde aún puedes contemplar lo que eras antes de convertirte en un... político. —La última palabra iba tan cargada de desprecio que a pesar de todo Alexei no pudo evitar una sonrisa—. En el fondo tú y yo no somos tan distintos. Después de todo, hemos sobrevivido a los Errantes, y eso une más de lo que separa.

—Por fin una buena noticia —replicó irónicamente el líder de Cíbola, sintiendo cómo su cólera se disipaba por momentos: le era tan imposible seguir enfadado con ella como aterrizar de un salto sobre la luna—. Así pues y según tu experta opinión, ¿qué puedo hacer para mejorar humildemente mi espantosa estrategia?

—Muy sencillo. Abandona el poder.

—Me temo que harán falta algo más que tus palabras para conseguir eso.

—Te digo lo que pienso, como he hecho siempre contigo. Y tampoco creo que tu estrategia haya sido mala del todo. El solo hecho de sobrevivir durante tanto tiempo a los Errantes ya dice mucho en tu favor y en el de Cíbola. Y sin embargo, te obstinas en la vieja idea de resistir a toda costa... Una vez me dijiste que mi modo de pensar era típico de la era anterior a la Plaga. Yo creo que es justamente al contrario.

»En ese viejo mundo que ya nunca volverá, la gente sólo sabía hacer bien como máximo una sola actividad: era lo que llamaban su trabajo. Había millones de desempleados cuyas habilidades se perdían lastimosamente. Incluso los militares, los únicos que en teoría pudieron hacer frente a las masas de Errantes, se hallaban prisioneros de sus propias ideas de guerras convencionales contra objetivos humanos. Pero los Pellejudos tienen muy poco de humanos.

»Después de todo, casi podemos disculpar a los antiguos: los pobres no tenían

manera de saber lo que se les venía encima. Pero nosotros no tenemos esa excusa, nosotros conocemos perfectamente al enemigo. Y sin embargo, mira lo que ocurre en Cíbola: la décima parte de la población está formada por milicianos armados, más preocupados de detectar traiciones reales o imaginarias que de combatir a los Errantes. Y el resto de los ciudadanos se dedica sobre todo a la agricultura o la artesanía, sin haber visto un Errante desde que llegaron a Cíbola y procurando fingir entre ellos que los Pellejudos no existen, como si así pudieran borrarlos realmente del mundo.

—¿Y entonces qué? —gruñó Alexei—. ¿Pretendes que militarice a toda la población?

—De ninguna manera —respondió Eva—. Eso sería cometer el mismo error que en los días antiguos: la especialización. Observa a tus propios guardias; ¿crees que sabrían freírse un huevo o sembrar un campo de zanahorias? Es posible que disparen muy bien, pero en realidad no sirven para nada más.

»Lo que intento decirte es que tus ciudadanos, les guste o no, también son supervivientes. Y un superviviente es ante todo un camaleón: debe cambiar de color según las circunstancias. El auténtico superviviente no es un especialista en nada y, sin embargo, sabe un poco de cada cosa. Y ante todo, ha aprendido a valerse por sí mismo, a no depender de nadie. El día que enseñes a tus campesinos a disparar y a tus guardias a recoger la cosecha habrás dado un gran paso en la dirección correcta.

—Eso es imposible se mire por donde se mire —replicó Alexei—. No son superhombres y tienen sus limitaciones, igual que nosotros.

—Tú eres quien marca esas limitaciones. Naturalmente que no son superhombres, ¿quién los necesita? Ya tuvimos demasiados héroes en otro tiempo. Pero si les enseñas a valerse por sí mismos, perderán el miedo. Y si pierden el miedo... ¿quién sabe lo que serán capaces de hacer? Recuerda, Alexei: hablamos de personas que han sobrevivido a la mayor catástrofe en la historia de la humanidad. No son tan débiles como parecen.

O como a ti te gustaría que fueran, estuvo a punto de añadir. Pero se contuvo a tiempo, quizá adivinando los pensamientos de Alexei: Si pierden el miedo, lo primero que pondrán en cuestión será mi liderazgo. Sin embargo, Eva no deseaba de ninguna manera que la conversación continuara por esos derroteros. Lo último que necesitaba Cíbola era una guerra civil, con los Errantes esperando por añadidura ante las murallas. Y en cualquier caso, ya se habían perdido demasiadas vidas.

—No te digo que no aproveches los talentos especiales si los encuentras —continuó—. Si uno de tus guardias es a la vez tu mejor tirador, deberías mantenerlo en su puesto. Pero la mayoría aprenderán todo lo que se les enseñe y lo aprenderán bien, porque fueron lo bastante listos o fuertes como para sobrevivir a los primeros días de la Plaga. Estás desperdiciando un potencial humano incalculable, Alexei; te

dedicas a convertir a tus ciudadanos en tímidos habitantes de un mundo que ya no existe y que nunca volverá. Pienso que todos deberíamos aprender algo de la guerra.

—Supongamos —dijo Alexei con una sonrisa indulgente— que tienes razón. Es mucho suponer, pero hagamos un esfuerzo de imaginación. ¿Y después qué? ¿Cuál, en tu infinita sabiduría, debiera ser el siguiente paso?

—En primer lugar —respondió Eva, pasando por alto el sarcasmo—, es vital para Cíbola conseguir contacto con otros emplazamientos. Y no me vengas con que no existen a una distancia razonable; no podéis ser tan únicos, si me permites decirlo. Se trata de buscarlos en serio, no de enviar patrullas de exploradores que parten como mucho una vez al año, con órdenes de no alejarse más de treinta kilómetros de las murallas. Ya sé que es arriesgado, pero sobre esto los antiguos tenían una frase muy cierta aun cuando nunca supieron aplicarla: la unión hace la fuerza.

—Y en segundo lugar...

—Atacar. Sin piedad y sin vacilaciones. Atacar siempre.

En ese momento, un mensajero de la guardia entró a toda prisa en la sala. Petrificado ante el comandante en jefe, el hombre esperó sus instrucciones tan tenso como un gato al acecho. Al fin Alexei le susurró algo inaudible y el mensajero volvió a partir tan veloz como había llegado.

—¿Ocurre algo? —preguntó Eva.

—Nada de tu incumbencia —sonrió él—. Dices que debemos atacar...

—Eso es.

—¿Sabes por qué tengo tanta paciencia contigo? Acabo de descubrirlo: eres la única persona en Cíbola que sabe hacerme reír.

—Yo no le veo la gracia, Alexei.

—Porque no la tiene, pero aun así yo se la veo. ¡Atacar! Vives en un mundo de fantasía, Literatura Inglesa. ¿Pretendes que lance a mi gente en estampida sobre la tripa del primer Gusano que aparezca? ¿Y por qué no los armo con palos y piedras? Podría atarles una mano a la espalda para que así la lucha resultara más emocionante...

—Ahórrate tus sarcasmos. Eso no es lo que yo estoy diciendo y lo sabes. Hablo de ataques relámpago en puntos clave, de golpear muy rápidamente y desaparecer. De ganar un poco de terreno en cada acción, aunque sólo sean unos metros. Y si los Errantes son capaces de pensar en algo, que sepan que no serán siempre ellos los perseguidores. ¿Es que no te acuerdas de Afganistán? Tú mismo me lo contaste, la táctica de guerrillas...

Inmediatamente supo que había cometido un grave error: no debió haber mencionado Afganistán delante de Alexei, era algo así como mentar la soga en casa del ahorcado. Sin embargo, cuando el comandante entraba en vena comunicativa gracias al alcohol, podía hablar durante horas de aquella guerra olvidada. Y a la segunda botella comenzaba a soltar largas parrafadas en ruso, que naturalmente nadie entendía. Pero esto sucedía muy raras veces incluso en los buenos tiempos, y por lo general Alexei evitaba el tema, o simplemente ponía punto y final a la conversación si a alguien se le ocurría ingenuamente sacarlo a la palestra. No había que ser ningún genio para intuir que había perdido algo más que a unos cuantos camaradas de armas en aquella masacre, de la que sólo informó en su día la agencia TASS mediante boletines llenos de audaces retiradas y brillantes repliegues.

—Lo que quería decirte es que...

La llegada del mensajero interrumpió su torpe intento de arreglar la situación. Venía acompañado de Ismael, el cual se frotaba los ojos de vez en cuando como si acabara de despertarse. Probablemente era así, y Eva admiró una vez más la sangre fría del Niño Máquina: algo tan insignificante como una condena a muerte no podía

alterar sus rutinas cibernéticas. Pequeño cabrón, pensó secretamente complacida.

—Entonces —dijo Ismael sin sonreír, con sus grandes ojos clavados en ella—, ¿por fin nos marchamos al norte?

Partieron a la fría luz del amanecer sin que nadie se molestara en despedirles, ni siquiera un grupo de milicianos enviados para velar al pie de la letra por el cumplimiento de la ley. Eva no olvidaba las últimas palabras de Alexei, justo antes de abandonar el cuartel general en compañía de Ismael: Has hablado con sinceridad y te lo agradezco. Pero tus ideas no son bienvenidas aquí y, en consecuencia, tú tampoco. Desde hoy, la sentencia de destierro que pesa sobre Ismael se extiende también a ti. Será mejor que no regreséis ninguno de los dos. Eva no respondió, comprendiendo demasiado bien la inutilidad de hacerlo.

Pese a todo, se sentía bien. Una extraña euforia, que en parte la asustaba, se había apoderado de ella al despedirse por última vez de los muros de Cíbola. Porque una vez más la vida se convertía en un papel en blanco o en un pasaporte hacia lo desconocido, en lugar de la asfixia cotidiana tras la relativa seguridad de las murallas. Se sentía libre, aunque esta palabra había perdido todo su significado tras la Plaga y ella misma no habría sabido cómo definirla. Pero no importaba; aquí el aire era más fresco y la vista abarcaba distancias que le parecían infinitas, imposibles de concebir para los habitantes de la ciudad. Sin embargo, supo mantener a raya esta inesperada euforia. El mundo entero era territorio enemigo y ella lo sabía perfectamente.

Llevaba consigo la Beretta con balas dum-dum y el viejo Kalashnikov AK-47, un recordatorio constante de su antiguo grupo al que finalmente no pudo enviar ayuda. La mochila pesaba como una losa, bien provista de municiones y latas de comida, además de su ejemplar de Moby Dick, un pequeño botiquín —regalo de su antiguo supervisor Ernesto Márquez—, botellas de agua, el saco de dormir y la tienda de campaña. Al menos Alexei no se había mostrado mezquino en cuanto a las municiones. Siempre se había mostrado orgulloso de cumplir su palabra, independientemente de las circunstancias.

El niño caminaba a su lado en silencio, absorto en sus pensamientos. También él llevaba su mochila de colegial a la espalda y, salvo por las armas, cualquier persona anterior a la Plaga habría podido pensar en una joven madre y su hijo camino de una excursión campestre. En realidad, no sabían a dónde iban, salvo por las referencias obsesivas de Ismael a lo que él denominaba el norte, como si el norte fuese un punto concreto del mapa con su latitud y longitud en cifras exactas. Y sin embargo bastaba con eso, al menos en principio. Por otra parte, Eva sabía que las posibilidades de encontrar otro asentamiento al estilo de Cíbola eran mínimas, si no inexistentes. Bueno, ¿y qué? Ya había tenido suficiente ciudad como para el resto de su vida.

—¿Eres un sethiano?

—Sabes que no. Monté toda aquella estúpida historia para que nos marchásemos de una vez.

—Fue muy arriesgado. Y no demasiado honesto conmigo.

—Es posible, pero funcionó.

—Llevo en la mochila un libro que se titula Moby Dick —dijo Eva tras un silencio—. Su protagonista se llama igual que tú, Ismael. ¿Te gustaría leerlo?

—Preferiría que me lo leyese tú.

—Vale —respondió ella, dándose cuenta una vez más de que, como de costumbre, accedía a sus deseos normalmente sin pensarlo. Eso fue todo lo que hablaron durante las primeras horas de marcha, mientras las murallas de Cíbola se iban empequeñeciendo en la distancia, convirtiéndose en una diminuta mancha gris a la que ninguno de los dos volvió la vista.

II

El camino de los errantes

1

—Maldita sea, estate quieto. Presta atención, ¿quieres? Así es, buen chico.

Viernes devoraba ruidosamente media lata de corned beef• era la única manera de que parase un poco con sus enloquecidas cabriolas. Robinson se concentró, sabiendo que el instante de paz no duraría mucho. El cielo era un manto plomizo y melancólico que se extendía en todas direcciones, más allá de la vista.

—Se dedican a bombardear aldeas y hospitales —dijo con una voz que pretendía pasar por la de Marlon Brando—. Pero no permiten que los chicos escriban «joder» en los aviones porque es de mala educación. ¿Qué te ha parecido, eh?

Viernes soltó un breve ladrido que sonó aprobatorio, o al menos eso quiso pensar Robinson. Un momento después, el perro emprendía otra de sus carreras sin sentido hasta desaparecer tras unos arbustos, como si el mero hecho de mantenerse quieto y sentado pudiese hacerle explotar como una bomba. Tanta energía malgastada, solía pensar Robinson jovialmente. Sin embargo, no acababan de gustarle estas excursiones improvisadas en las que podía perder de vista al animal durante más de una hora, el mismo intervalo de tiempo que se pasaba preguntándose si volvería. Pero, al menos de momento, Viernes estaba resultando tan fiel como un dolor de muelas. O de cabeza, teniendo en cuenta los conciertos de ladridos imposibles de acallar.

—¿Es usted un asesino? —preguntó el coronel Kurtz.

—Soy un soldado —respondía la voz resuelta de Martin Sheen.

—Ni lo uno ni lo otro. Es usted un chico obediente... que mandan los tenderos... a cobrar la factura.

Cada vez lo hago mejor, pensó íntimamente complacido. No tenía muchos entretenimientos, y aquel paisaje lunar a ambos lados del asfalto cuarteado de maleza se le antojaba más hostil que la jungla de Vietnam. Aunque aquí, precisamente aquí, no eran muy necesarios helicópteros arrojando napalm a los sonos del The End de los Doors. Todo era tan árido como en el desierto del Sáhara, y las pocas huellas humanas que veía de vez en cuando —postes telefónicos inservibles, carcasas de coches abandonados, desperdicios de toda clase— sólo servían para potenciar esta desolación.

—¡Charlie no hace surf.! —gritaba un Robert Duvall cada vez más enfadado.

¿Dónde se habrá metido el puñetero perro?, se preguntó Robinson, volviendo súbitamente de la guerra del Vietnam. Tendría que estar bien lejos si no conseguía verle en medio de una llanura tan plana como una pista de tenis. Pero bueno, ya regresaría. Siempre acababa regresando. Debí haberme quedado en la casa, era lo más prudente.

—¡Yanqui, te mataré! ¡Jódete, yanqui!

Y toda la escena con música de Jimi Hendrix; Purple Haze, seguramente. Pues vaya con la puñetera Apocalypse Now, no se la podía quitar de la cabeza. ¿Por qué no pensar en otra más agradable, una de James Stewart, por ejemplo? Qué bello es vivir o Historias de Filadelfia... ¿Salía James Stewart en Historias de Filadelfia? Esa cuestión le entretuvo durante un par de minutos.

—¡Viernes! ¿Quieres más comida? ¡¡Viernes!!

Nada, el perro parecía haberse evaporado. Robinson se sentó sobre un jalón de piedra al lado de la cuneta y abrió su penúltima lata de *corred beef*. A partir de mañana la alimentación iba a ser un auténtico problema, por no hablar del agua potable. Como si adivinara estos pensamientos, Viernes apareció de repente con un conejo entre las mandíbulas y lo depositó en el suelo ante Robinson, al modo de una ofrenda.

—Buen chico —murmuró este, asqueado.

Siempre le habían dado asco los bichos muertos, incluso cuando los veía en la carnicería colgados de ganchos como ridículas estolas de visón. Y a este habría que despellejarlo, destriparlo... Se le revolvió el estómago, y pensó en agarrarlo con las puntas de los dedos y arrojarlo lo más lejos posible, aprovechando que Viernes se había embarcado de nuevo en otra de sus expediciones. Lo que hizo fue coger el pequeño cuerpecillo peludo y meterlo en una bolsa de plástico de unos grandes almacenes, todo ello a la mayor celeridad posible. Después cerró la bolsa doblándola muchas veces, pensando que con un poco de suerte la sangre no mancharía por dentro la mochila.

2

Dos horas más tarde encontró un arroyo semioculto entre la maleza. Hacía ya tiempo que había decidido abandonar la carretera —¿para qué sirven las carreteras en estos días?— y el premio fue tan agradable como inesperado. El arroyo caía sobre unas piedras al modo de una cascada —unas cataratas del Niágara a la medida de los liliputienses, pensó— y a Robinson ni siquiera se le pasó por la cabeza la posibilidad de que el agua no fuese potable. Bebió a placer junto a Viernes y llenó todas las botellas, lamentando haber economizado tanto sus reservas de líquidos babeados y recalentados.

Eran las cinco de la tarde, y pronto habría que buscar un sitio donde dormir. La casa de campo donde encontró a Viernes habría sido un refugio magnífico, de no ser por los cadáveres —el de la niña, sobre todo el de la niña— y las anotaciones en el cuaderno de Scooby Doo. Ya había pasado allí una noche, receloso hasta de su propia respiración; al final se vio obligado a marcharse a la mañana siguiente sin haber podido pegar ojo, afortunadamente en compañía de Viernes. Porque sin saberlo él mismo, Robinson temía más a los espíritus que a los Errantes. Y jamás hubiese podido dormir en aquella casa.

En medio de la noche, le había parecido oír ruidos de pisadas en la planta de arriba y risas infantiles. El chasquido de una comba o de una pelota al tocar contra el suelo tres veces, toc, toc, toc. Robinson encendió la linterna, pero no se atrevió a subir. En lugar de eso, se dispuso a leer el cuaderno a la luz azul del foco. Lo abrió cerca del final, y bastaron unas pocas líneas para que se le quitaran definitivamente las ganas de seguir leyendo: Debo acabar con mi pequeña antes de que caiga en sus manos inmundas. Le cantaré Cumpleaños feliz y la mataré con el martillo cuando sople las velas de su tarta, así no se dará cuenta. Señor, dame fuerzas para hacer lo que debo hacer. Qué amargo es tu cáliz, Señor.

3

—Quiero que te quede bien claro desde el principio que aquí mando yo. Iremos al norte porque no tenemos ningún otro sitio adonde ir. Pero durante el viaje harás todo lo que yo diga, ¿entendido?

Ismael asintió levemente y sin mirarla, con indiferencia. El horizonte era poco más que una línea coronada por jirones de nubes anaranjadas y violetas, justo allá donde se perdían las ruinosas vías del tren. Empezaba a anochecer y muy pronto habría que marcharse al refugio, era lo más prudente. Los Errantes eran especialmente activos durante la noche, quién sabía por qué.

—Me prometiste que me leerías Moby Dick —dijo Ismael, con ese gesto de lejanía absoluta que sólo él podía llegar a tener—. Léeme un poco ahora.

—¿Te parece que este es un buen momento para leer?

—Sí. Aunque sólo sea el principio. Por favor.

Eva sonrió, resignada. ¿Por qué diablos le habría dicho al chico que su nombre era el del protagonista de un libro? En fin, ya no tenía remedio. Abrió el pequeño volumen y comenzó a leer a las últimas luces de la tarde:

—Llamadme Ismael. Hace unos años y encontrándome sin dinero en el bolsillo, se me ocurrió subirme a un barco para ver la parte acuática del mundo. Pero no como pasajero, desde luego, sino como un simple marinero de proa. Esto resulta al principio un poco desagradable, ya que es necesario saltar de un lado a otro como cigarra en prado de mayo y lo marean a uno con órdenes y tareas nada simpáticas, pero con el tiempo se acostumbra uno... Deberíamos irnos a dormir, marinero.

—Sólo un poco más.

Eva suspiró con un gesto que en otro lugar y tiempo habría parecido melancólico, pero que ahora sólo expresaba un profundo cansancio. Comprobó las armas por enésima vez: la Beretta semiautomática y el Kalashnikov con su cargador en forma de cuerno de chivo, que seguramente la haría parecer una joven partisana de Hollywood acechando en el bosque a las patrullas alemanas. Este pensamiento la hizo sonreír y, sin apenas darse cuenta, acarició la cabeza del niño. Ismael retrocedió al instante, como picado por una avispa.

—¿Moby Dick? —preguntó conciliadora, dándose cuenta inmediatamente del error. A Ismael no le gustaba que lo tocaran.

—Sí. Moby Dick.

—Vale. Sólo diez minutos y nos vamos, ¿eh?

»Y por supuesto, porque se empeñan en pagarme mi trabajo, mientras que el pasajero no cobra y además debe abonar su propio billete. Y no sólo eso, me gusta el aire puro y el ejercicio saludable. Digamos que el marinero de proa recibe un aire más puro que los oficiales...

Aquella primera noche fuera de Cíbola no usaron las tiendas de campaña. Habían descubierto un refugio, un simple cobertizo con tejado de uralita retorcido por el sol; algún jefe de estación se resguardaría allí de la lluvia en días antiguos y mejores. A duras penas iban a caber ella y el chico, embutidos en sus sacos de dormir. Pero siempre sería menos arriesgado que pasar la noche a la intemperie.

Compartieron una lata de sardinas en escabeche, que el niño apenas probó. Después ella salió a hacer una última ronda mientras las estrellas aparecían tímidamente en el cielo, como si alguien encendiera una a una las velas de una enorme catedral. Podía descubrirse cierta belleza en todo esto, pensó, ahora que el hombre había sido destronado. El cielo era más limpio, y hasta las ruinas de las grandes ciudades se cubrían melancólicas de hiedra y plantas trepadoras, como las estatuas de un jardín abandonado. Y por encima de todo, el silencio. Un silencio denso y sobrenatural que le había hecho imposible dormir las primeras noches, rota por el miedo, la pena y, sobre todo, por sus vanas esperanzas. Después había acabado por acostumbrarse a él, y ahora incluso le gustaba. Nunca en la Era del Hombre había existido ese silencio, pesado e inmóvil como una montaña.

De pronto escuchó los gemidos. No demasiado lejos, a unos treinta metros en dirección a las vías poco más o menos. Había comenzado esa misma tarde con una menstruación especial mente dolorosa y se preguntó, más en serio de lo que imaginaba, si podían oler su sangre. Maldijo en voz baja mientras sacaba la pistola enganchada al cinturón; por supuesto, era necesario investigar aquello. Parecían pocos y, con un poco de suerte, tal vez pasaran de largo. Mejor no sueñes, chica, acabó por reconocer amargamente. Te han jodido. Al menos los gemidos venían desde la dirección opuesta al cobertizo. Y eso significaba que Ismael estaba a salvo, de momento.

Sólo eran dos, comprobó con alivio, un hombre y una mujer. O eso habían sido antes de su primera muerte, que seguramente ni siquiera llegaron a comprender. El tío llevaba todavía una corbata púrpura grotescamente anudada sobre los jirones de una camisa manchada de sangre seca, y se balanceaba dando ridículos saltitos, como si se hubiese subido a un carrusel invisible. La mujer vestía un chándal raído sobre una camiseta en la que aún podía leerse «I LOVE NEW YORK»; de fondo, la Estatua de la Libertad y las Torres Gemelas del World Trade Center, que ya tampoco existían. Seguramente la tipa fue una solterona que se pasó toda la vida comiendo patatas fritas mientras veía sus programas de chismes en la televisión. Y qué más da. ¿No fueron importantes todas las vidas? Eso creí una vez. ¿Lo sigo creyendo?

La vieron a unos diez metros de distancia, justo cuando el sol se ocultaba tras las colinas como un gigantesco ojo que se cierra. Unos pocos pasos más, producto de la

inercia, y los gemidos que se extinguen un momento, como si sus dueños se vieran obligados a acallarlos para analizar la situación. Naturalmente, Eva sabe que eso no es cierto: los Errantes no piensan de ninguna manera, ni siquiera como lo haría un ratón o una lagartija. Los ha observado dirigirse en línea recta hacia un barranco para despeñarse tras un vuelo en picado, como si el suelo continuase indefinidamente bajo sus pies. Y después, con los prismáticos, ha visto moverse los pedazos en el fondo del precipicio. No son cosas que se olviden fácilmente.

—OOOOODUGGGGHHH... EEEEEAAAAAGGGHHH...

¿La sirena de un barco, el aullido de un perro, la respiración jadeante de un asmático multiplicada por mil? Todo eso se pregunta en menos de una décima de segundo. Pero sabe que es imposible compararlo con ningún otro sonido, el grito de los Errantes que divisan una presa. Se dirigen hacia ella torpemente, con las manos extendidas como si caminaran por la cuerda floja. O más bien como si pretendieran abrazarla, consolarla, decirle que por fin ha vuelto a casa. Son los primeros que ve desde que abandonaron la ciudad, esta mañana. Ni un solo día he podido descansar de ellos, ni uno sólo. Y por si fuera poco, estoy sangrando como una cerda.

—Lo siento —dice Eva en voz alta.

Suena un disparo, y la cabeza del tipo de la corbata estalla literalmente como una calabaza. Buenas amigas las viejas dum-dum, con sus estrías muy marcadas y una diminuta carga de nitroglicerina en el extremo. Capaces de matar a un elefante de un solo disparo, si todavía quedaran elefantes. Eva cuenta los pasos —uno, dos, tres— que da el cuerpo decapitado antes de derrumbarse y después apunta a la mujer, a unos seis metros de distancia. Bastante menos que la distancia mínima de seguridad, según su supervisor en Cíbola. Pero eso ya pertenece al pasado.

—¿Eva?

Un solo segundo de distracción y la bala que amputa el brazo derecho de la mujer a la altura del hombro. Mierda, qué desperdicio y sólo tengo cuatro cargadores. En un movimiento reflejo se interpone entre la Errante e Ismael, disparando de nuevo. Esta vez no hay dudas, y el cuerpo embutido en un chándal se derrumba sobre un montículo de tierra.

—¿Dos? ¿Sólo eran dos?

Eva se vuelve hacia el niño con una expresión de rabia mal contenida, pero está demasiado cansada como para gritarle. Además, no serviría de nada.

—Te acabo de decir que no salgas del refugio hasta que yo no haya vuelto. ¿No me entiendes? ¿Cuántas veces tengo que repetir las cosas para que te entren en la cabeza? ¿Eh, cuántas?

El niño se encoge de hombros. Es un gesto tan natural en él como rascarse una oreja o acurrucarse para dormir. Eva preferiría que se asustara, que se pusiera a llorar o que intentara plantarle cara con una actitud desafiante. Pero no, siempre el eterno

encogimiento de hombros como un tic que se repite a intervalos exactos de cronómetro. El jodido síndrome de Asperger, si alguien sabe qué significa eso.

—Esto no es Cíbola. ¿Es que quieres que te maten? ¿O prefieres que me marche y te deje solo? ¿Es eso lo que pretendes?

—Tú no harás eso —dice muy serio el chico.

—¿Ah, no? ¿Y cómo lo sabes?

—Porque me quieres.

La noche ha caído casi de puntillas en la estación abandonada, llenando el cielo de estrellas. Eva comprueba una vez más su arma recién disparada y enciende un cigarrillo de marihuana. Lo tenía reservado para la tranquilidad del refugio, pero está claro que este lugar ha dejado de ser seguro. Habrá que caminar una vez más en la oscuridad, como decía aquella vieja canción folk.

—Anda, vámonos —dice conciliadora. El chico vuelve a encogerse de hombros con su eterno gesto de indiferencia y Eva recurre una vez más a un viejo truco que siempre funciona—. ¿Cuánto es quinientos setenta y dos multiplicado por doscientos noventa y uno?

—Ciento sesenta y seis mil cuatrocientos cincuenta y dos.

—Elévalo al cuadrado.

Un segundo de vacilación antes de responder. Pero de repente, la cara de Ismael se ilumina como si fuera la de un niño normal, que acaba de soplar las velas de su tarta de cumpleaños.

—Veintisiete mil setecientos seis millones doscientos sesenta y ocho mil trescientos cuatro.

—Vale. Ahora súmale trescientos veinte y divídelo por novecientos treinta y ocho.

—Veintinueve millones quinientos treinta y siete mil quinientos noventa y nueve, coma, ochocientos doce.

Las voces se van perdiendo en la distancia, medidas por el murmullo de un viento frío. Si el cadáver del tío de la corbata aún tuviese ojos, habría podido ver las dos siluetas que se alejan como sombras diminutas en la oscuridad de la noche. Eso y los raíles cubiertos de hierba seca y matorrales, ya inútiles para siempre.

—Esto es la hostia, Viernes.

Le dolía todo el cuerpo, como si las raíces del castaño donde habían pasado la noche le hubiesen pegado una paliza mientras dormía. El perro no le dedicó el menor gesto de compasión, mientras levantaba la pata dejando caer minúsculos chorritos aquí y allá.

—Anda, vámonos. Hoy nos espera otra buena caminata.

Robinson no se daba cuenta de la suerte que había tenido al pasar la noche al raso sin más contratiempos que sus molestias musculares. Como llevaba día y medio sin ver el menor rastro de Errantes, su mente empezaba a acariciar la idea de que tal vez se hubiesen esfumado sin más. Nada podía ser más ingenuo que esto, y hasta un novato como Robinson debería ser consciente de ello.

Caminaron toda la mañana bajo un cielo gris que de vez en cuando dejaba caer, a modo de limosna, unos pálidos rayos de sol. Era aquel un paisaje de parcelas agrícolas abandonadas —en eterno barbecho, precisó Robinson sonriendo ante su propio ingenio— donde los maizales y los girasoles supervivientes habían crecido hasta alcanzar formas grotescas en medio de un mar de malas hierbas. Pero por desgracia todas las mazorcas que encontró, salvo tres, estaban podridas. Y no se atrevió a internarse en el maizal, una espesa selva de dos metros de altura donde podía ocultarse cualquier cosa.

A ambos lados se veían establos o cobertizos, sin el menor rastro reciente de seres humanos o de Pellejudos. Sin embargo, Robinson no quiso aventurarse a explorarlos: ya había tenido suficientes sorpresas en los últimos días. No obstante, consideró que tarde o temprano tendría que arriesgarse. O eso, o zamparse el conejo que aún guardaba en la mochila y que ya empezaba a oler mal.

Mientras tanto, Viernes lo miraba sin cesar con sus grandes ojos interrogantes y él no sabía qué contestar. Por fin empezaba a comprender lo mal preparado que estaba para sobrevivir en un mundo sin videojuegos ni hornos microondas. Pero no quería dejarse llevar por el pesimismo. En algún lugar, pensaba, ha de haber seres humanos y tarde o temprano los encontraré, sólo es cuestión de seguir buscando. Él no se rendiría como el tío aquel de la casa, el antiguo dueño de Viernes. Volvió a erizársele el pelo al recordar el diminuto esqueleto en la planta de arriba, rodeado de muñecos. Era mejor no pensar en esas cosas.

A mediodía hizo un alto bajo un solitario eucalipto, dejando a Viernes enfrascado en sus eternas correrías por los alrededores. Olió el conejo por segunda vez y, acto seguido, lo arrojó todo lo lejos que pudo conteniendo las náuseas. Lo peor era que el olor había infectado toda la mochila. Bueno, pues que se fuera al diablo. Pensó vagamente en masturbarse —no se le ocurría nada mejor—, y ya tenía desabrochada

la bragueta cuando vio unas manchitas oscuras moviéndose por la ladera, a una distancia que le pareció de varios kilómetros. Dejando inmediatamente de lado todo pensamiento lascivo, Robinson sacó los prismáticos de la mochila y se pasó un buen rato intentando enfocar lo que había visto.

Allí estaban. Un grupito de unos diez o doce Errantes avanzando en su peculiar estilo de hormigas epilépticas. En fila india, como si formaran parte de la cola de un banco que milagrosamente se ha puesto en marcha de una vez. Los contempló un buen rato a través de los prismáticos, secretamente fascinado. Qué ridículos parecían a una distancia segura, como payasos sin gracia en un circo de mala muerte. Ya bajaba los prismáticos cuando observó algo.

—Hostia. No puede ser.

No demasiado ingenioso, pero no se le ocurrió nada mejor. Porque en ese momento había visto cómo el que iba en cabeza —un calvo rechoncho al estilo de Homer Simpson, con pantalones vaqueros y una camisa que debió de ser blanca en algún momento— levantaba los brazos, recordándole inevitablemente al árbitro que señala una falta en un partido de fútbol, y todos los demás se detenían al mismo tiempo. Ni unos bailarines perfectamente sincronizados en su coreografía lo hubiesen hecho mejor.

—¿Qué mierda...?

Así permanecieron, inmóviles, espantapájaros en mitad de la nada, hasta que Homer extendió de nuevo los brazos, esta vez en dirección al eucalipto donde había instalado Robinson su puesto de observación. De inmediato, la comitiva se puso otra vez en marcha, ahora en línea recta hacia él.

—Me cago en Dios —murmuró Robinson, olvidando por un momento sus revelaciones místicas—. Esos cabrones lo saben. Saben que les estoy mirando.

Bajó los prismáticos y el grupo de Errantes se convirtió de nuevo en una manchita borrosa y medio enterrada en la distancia. Al paso que iban y teniendo en cuenta el terreno que les separaba, no llegarían hasta dentro de un par de horas como mínimo. Pero claro, tampoco era cuestión de quedarse a esperarlos. Miró a Viernes, que ahora jadeaba al pie del árbol con su habitual medio metro de lengua fuera.

—¿Has visto eso, chico? —le preguntó—. Será mejor que nos vayamos. Este ya no es un buen lugar para nosotros.

* * *

—¡Ahí le tenéis! —clamaba Peleg dando zancadas por la cámara—. Ya lo oís, figuraos. ¡Cuando creíamos que el barco se iba a hundir de un momento a otro! ¡La Muerte y el juicio Final! ¡Vamos! Con los tres palos derribados y las olas barrenándonos de popa a proa. ¿Pensar entonces en la Muerte y el juicio Final? No

había tiempo para acordarse de eso; en lo que pensábamos Acab y yo era en la vida y en la manera de salvar a la tripulación, en cómo aparejar bándolas y llegar al puerto más próximo; en eso pensaba yo...

Es verdad, se dijo Eva: nadie piensa en esas cosas cuando aparecen los Errantes. Sólo quieres huir, desaparecer, poner la mayor distancia posible entre ellos y tú, en eso se resume la historia. Y no caer en la trampa de pensar, porque eso es lo que te paraliza. Igual que un conejo sorprendido por los faros de un coche, pensar es lo que te convierte en una presa fácil.

—¿Vas a seguir leyendo?

—Estoy algo cansada. ¿Qué tal si lo dejamos para mañana?

—Bueno —dice magnánimo el chico—. Vamos a dormir, entonces.

Por favor, que alguien me lleve a casa, recuerda de nuevo Eva. La llanura vista de repente como el mar oscuro en el que navega el Pequod, donde se ocultan monstruos que ya no recuerdan haber sido humanos. Las colinas son olas... ¿qué esconden las colinas? Y sin embargo ahora todo es silencio y oscuridad, la pálida luz de las estrellas difuminada dulcemente entre las nubes. Por favor, que alguien me lleve a casa. Por favor, que alguien me lleve. Por favor.

—Eh, Máquina.

—¿Sí?

—¿Cuándo te convertiste?

—No entiendo la pregunta —y sin embargo, Ismael ha desviado la vista y Eva juraría que se ha ruborizado, si tal cosa fuese posible en él—. No sé qué quieres decir.

—¿Cuándo te diste cuenta de que eras una máquina?

—Un año antes de la Plaga. Hubo un accidente.

—Cuéntamelo.

—¿Por qué?

—Tú cuéntamelo.

Un largo silencio, tenuemente suavizado por el susurro del viento entre los pinos. Por fin, el niño comienza a hablar con su voz átona de siempre:

—Construyeron una máquina idéntica a un niño humano —dice como si recitara—. El objetivo del experimento era doble. Por un lado querían observar la reacción de los humanos ante la máquina y si esta era capaz de engañarlos, haciéndoles creer que se trataba de un niño auténtico. Este primer objetivo obtuvo un éxito completo. En segundo lugar, deseaban estudiar las reacciones no contaminadas de la propia máquina.

—¿No contaminadas?

—La máquina nunca debía saber que lo era. Esto fue lo que falló, por culpa del accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—Una noche, la mujer que decía ser mi madre según los parámetros del experimento conducía su automóvil por una carretera secundaria. Yo iba en el asiento de atrás. Un conductor borracho empotró su coche contra el nuestro a más de cien kilómetros por hora. Mi madre, la que decía serlo, murió en el accidente o eso me dijeron.

—¿Y tú?

—Estuve ingresado varios meses en un hospital. Lo tenían todo bien planeado, sabían perfectamente cómo reaccionar ante un imprevisto. Después me dijeron que me habían extraído dieciocho esquirlas metálicas del cerebro. Eso no era cierto, por supuesto.

—Así que fue en el hospital donde descubriste que eras una máquina...

—Sí, justo al recobrar la consciencia. El accidente debió de tener como principal consecuencia la destrucción de mis circuitos inhibidores de memoria. Hasta entonces yo había creído ser un niño humano. Sólo a partir de ese momento supe la verdad.

—Estás más loco que una cabra, Ismael. Lo sabes, ¿verdad?

—Esa es sólo tu opinión. Muy respetable.

6

Durante días estuvo preguntándose si sería verdad lo del accidente. Porque, pensó, muy bien pudiera ser sólo otra pieza más de su fantasía alucinatoria. Una pieza importante, sin duda el eje de toda la historia: sin el accidente de tráfico, a Ismael se le venía abajo toda su construcción mental igual que un castillo de naipes. Sin embargo, también podría ser cierto; ella misma había observado en Cíbola algunas extrañas cicatrices en la cabeza del niño, visibles sólo cuando tenía el pelo muy corto.

De todos modos, y según la particular versión de Ismael, el accidente no había dejado de tener otras secuelas. No tardó en comprobar que había perdido docenas de otras «áreas operativas de memoria a largo plazo», como él las denominaba. Resultaba vagamente escalofriante oír expresarse en estos términos a un crío de nueve años, pero en un mundo plagado de muertos vivientes ya pocas cosas podían sorprenderla. Lo cierto era que Ismael había olvidado por completo la identidad de sus creadores, tanto si estos pertenecían a la CIA, al Mossad, al MI-5 o a la grandísima puta que los parió a todos. Además, era consciente de que le había sido encargada alguna misión importante que, sin embargo, no podía recordar, y debido a todas estas razones necesitaba ser reprogramado. ¿Y por qué no se había hecho ya? Bueno, la aparición de los Errantes había dado al traste con todo lo que había en el mundo. Y por supuesto, con el experimento.

En cierto modo, pensó Eva, casi se podía admirar la paciencia y el ingenio que había empleado durante años para completar hasta el último detalle de su fantasía. Había rellenado todos los huecos de su pasado con la perseverancia de una hormiga que acumula provisiones para el invierno. Y todos los fragmentos encajaban con precisión matemática: su «madre» simulada, el accidente de tráfico, la llegada de los Errantes... hasta la realidad se afanaba por hacer más verosímil la historia de Ismael, la máquina a la que le gustaba que le leyeran Moby Dick. O puede que simplemente fuese su modo de decir que no le gustaba el mundo. Ni antes el de los humanos ni ahora el de los Errantes.

En cualquier caso, siempre encontraba explicación para todo. ¿Las necesidades fisiológicas? Sí, puesto que la imitación había de ser lo más fiel posible respecto del original. ¿Y el hambre o la sed, más concretamente? Bien, la comida era transformada por sus procesadores internos en la energía eléctrica necesaria para el buen funcionamiento de la unidad —es decir, de Ismael— y otro tanto ocurría con el agua. Más tarde, el material inservible era expulsado bajo la apariencia de orina o heces, ya que la imitación debía ser perfecta. Eva nunca se molestó en rebatir estos argumentos tan absurdos como de alguna manera brillantes, al menos para la mente de un crío de nueve años. ¿Para qué intentarlo? No hubiese conseguido nada y, en todo caso, Ismael parecía sentirse mejor creyendo su propia fantasía.

—Ya sé que no me crees —le dijo una vez con toda la seriedad del mundo—. Un día te demostraré que digo la verdad.

El tono de la voz no admitía réplica. Aquellos fueron días extraños, en los que zigzaguearon rumbo al norte a la velocidad de un caracol, alimentándose de frutos silvestres y de lo que caía en las trampas de Eva, reservando las provisiones de Cíbola sólo para casos de extrema necesidad que nunca llegaron a producirse. En este aspecto, Eva poseía unas cualidades de superviviente nata que un pobre diablo como Robinson, por ejemplo, jamás hubiese llegado ni a soñar. Aparte de su habilidad como cazadora, tenía un sexto sentido para tomar decisiones rápidas que era prácticamente infalible: tanto si se trataba de distinguir las bayas comestibles de aquellas que producían fuertes diarreas, de encontrar agua en mitad de un bosque o, simplemente, de elegir por puro instinto la ruta menos poblada de Errantes. En cuanto a estos, Ismael no parecía tenerles ningún miedo. «Los que me asustan son los vivos», había llegado a decirle más una vez. Pensándolo bien, parecía lógico que una máquina no tuviese nada que temer de los Errantes.

Y otro misterio era la meta en sí del largo viaje. Estaba claro que se dirigían al norte, sí, pero ¿a qué norte? ¿Al de la península, al del continente? ¿Pensaba Ismael poner fin al trayecto cuando llegaran a Groenlandia o al Círculo Polar Ártico? El norte era un término de una imprecisión tal que acabó por no significar absolutamente nada. Y sin embargo, les bastaba para continuar un día tras otro aquella marcha sin demasiado sentido, guiados por el imán de una brújula o por la Estrella Polar.

El paisaje se iba volviendo cada vez más boscoso, cuestión que a Robinson no le desagradaba en absoluto. Ciertamente era que, con tantos árboles, los Errantes tenían más oportunidades de acercarse sin ser advertidos. Pero eran tan estúpidos que ni siquiera sabrían aprovechar esa ventaja, y el ruido acabaría por delatarlos a kilómetros de distancia. Por otro lado, a Robinson le encantaba sentirse como un personaje de El Señor de los Anillos.

—¡Cuidado, Viernes! ¡Llegan los Jinetes Negros!

Aquello resonó en el silencio del bosque como si lo hubiese gritado a través de un megáfono, de modo que se obligó a guardar silencio. No era cuestión de atraer merodeadores. La cautela era la primera ley si uno pretendía sobrevivir. Ya que al menos había logrado aprender eso, haría bien en aplicarlo, pensó.

Porque las cosas no iban ahora tan mal. Como es cierto que el hombre propone y Dios dispone, Robinson se había encontrado con una especie de milagro al borde de un camino de tierra. Se trataba de una furgoneta abandonada con un hermosísimo letrero que decía ULTRAMARINOS TOLEDANO S.L., y abarrotada hasta arriba de latas y latas de comida. Robinson se echó a la mochila no menos de veinte latas de ensalada china antes de que unos ruidos extraños tras la espesura le aconsejasen una discreta retirada. Bueno, la prudencia ante todo, y mejor ensalada china que conejos putrefactos. Al menos por unos días, se dijo muy satisfecho de sí mismo.

Dos horas de camino más tarde, llegó a sus oídos el sonido más fantasmal que uno pueda imaginarse en medio de un bosque: un sollozo. ¿Lo era en verdad? Por un momento pensó en la posibilidad de que Viernes hubiese tenido un mal encuentro durante su última excursión, y sintió que algo se le congelaba en el pecho. Pero aquello, pensó asombrado, se asemejaba más bien a un lamento humano, y procedía de un macizo de brezo a unos veinte metros de distancia como máximo. Justo allí donde el camino se perdía entre una desgarrada maraña de helechos.

Se acercó sigiloso, empuñando el revólver. Pensó en llamar a Viernes, ese inoportuno explorador que le fallaba en el peor momento posible, pero eso habría significado alertar automáticamente a lo que quiera que estuviese tras los arbustos. Se detuvo un instante a considerar la situación, aguzando los oídos. El sombrío silencio del bosque cayó sobre él como una tonelada de plomo y acabó diciéndose que tal vez no fuese nada, al fin y al cabo. La soledad, la imaginación o la sugestión pueden provocar ruidos donde no los hay, pensó con sobrada lógica. Pero en ese momento los sollozos se escucharon de nuevo, desgarradores e inconfundibles.

Era una voz de mujer, sin duda, y Robinson no había oído nada más triste en toda su vida. Se acercó aún más, con la pistola colgándole de la mano como si fuera una bolsa del supermercado y la sonrisa más ingenua del mundo pintada en la cara,

internándose en una espesura verde que tenía algo de telaraña. Si tras el brezal se encontraba un Errante al acecho, Robinson moriría degollado antes de darse cuenta. Pero era probable que el mismo Dios que protege a los borrachos y los niños velara también por él.

—Joder —fue todo lo que se le ocurrió decir.

No había duda, su repertorio de expresiones de sorpresa iba ampliándose por momentos. La muchacha lo miraba aterrorizada desde el suelo, encogida en una posición fetal que se le antojó de pronto sutilmente erótica. Desechando en el acto estos pensamientos como el nuevo *Sir Lancelot* en el que se había convertido, se limitó a tenderle la mano amistosamente.

—Tranquila, no te haré daño. —Ella no respondía, los ojos fijos en el revólver. Robinson se dio cuenta y lo guardó ostentosamente en el cinturón—. ¿Ves? No hay nada que temer. ¿Cómo te llamas?

—Lau... Laura.

—Qué nombre tan bonito —sonrió él. Esto no podía fallar, lo había visto en cientos de películas y siempre funcionaba—. ¿Estás sola?

—Sí. Ellos...

La muchacha rompió a llorar de nuevo mientras Robinson aprovechaba para dedicarle una larga mirada apreciativa, procurando no detenerse más de la cuenta en el pecho y en los muslos. Volvió a pensar que era bellísima, no tanto como Charlize Theron o Scarlett Johansson pero casi, casi. Podía tener veinte o veintidós años, podía no tener edad, un ángel enviado por Dios para curar las heridas de la Tierra. Casi temió que se desvaneciera ante sus ojos.

—Ellos mataron a mi novio. Lo devoraron... justo delante de mí. Aún puedo oír sus gritos... ¡Dios mío!

Fantástico, se dijo Robinson, conservando pese a todo el buen sentido de no decirlo en voz alta. Los llantos y temblores de la muchacha se redoblaron tras la horrenda revelación, así que tomó una manta de la mochila y se la echó por encima con toda la delicadeza posible.

—Bueno —dijo adoptando un tono paternal—. Lo siento mucho, Laura, de verdad, pero creo que tal vez yo pueda ayudarte. Ahora tranquilízate y cuéntame lo que ocurrió.

—Tenemos... teníamos un refugio a poca distancia de aquí, una cabaña bastante escondida. Esta mañana, Víctor y yo salimos a comprobar las trampas que habíamos colocado ayer y entonces apareció un grupo de esos... de esos monstruos, como si hubiesen salido del mismísimo infierno. Yo pude escapar, pero él cayó al suelo y entonces... ¡Dios mío!

—Ya me hago una idea —dijo Robinson con rapidez, deteniendo justo a tiempo otra crisis de llanto—. Escucha, tengo algo de comida. ¿Crees que será seguro ir

ahora mismo a tu cabaña?

—Sí, está bastante alejada de donde ocurrió... aquello —la chica se estremeció—. Pero aún no sé ni cómo te llamas.

—Robinson.

—Gracias por ofrecerme tu ayuda, Robinson.

Le ofreció una primera sonrisa triste, que tuvo más impacto en él que cualquier otra visión mística revelada con anterioridad. Avergonzado hasta de avergonzarse, Robinson bajó la vista con la candidez de un colegial.

—Tú también estás solo, ¿verdad? Tan solo como yo.

—Sí —murmuró él. Estaba tan hechizado por el sonido de aquella voz que hasta se había olvidado de Viernes, y cuando lo recordó ya era demasiado tarde—. Toda mi vida he estado solo.

Idiota, no seas tan melodramático, lo echarás todo a perder. Pero a ella pareció emocionarla aquella última frase de telenovela. Quizá porque no era más que la verdad, a pesar de su apariencia. O tal vez...

—Lo sé —susurró ella dulcemente—. Lo veo en tus ojos, esos ojos tan tristes. No te preocupes, ya no volverás a estar solo nunca más.

Un momento, rebobina. ¿Qué es lo que me he perdido? Todo va demasiado deprisa, es demasiado...

—¿Sabes por dónde empezaron a comerse a mi novio? —dijo Laura jovialmente—. ¡POR LA POLLA!

... demasiado perfecto para ser real...

Vio la sombra tras él e intentó volverse, demasiado tarde. El dolor llegó como un rayo estallando en mitad de su cerebro. Y entonces, sin tiempo para maldecir o sentirse aliviado, Robinson se sumergió como si fuera de plomo en una perfecta inconsciencia.

—Le has dado muy fuerte. Yo creo que te lo has cargado.

—¡Que no, joder! Le tomé el pulso hace veinte minutos.

—Vuelve a comprobarlo.

Un gruñido de malhumor y Robinson que escucha estas palabras más lentamente de lo normal, como un disco pasado a muy pocas revoluciones. Se resiste a abrir los ojos, pero la luz anaranjada metida dentro de los párpados le dice que el sol está justo enfrente de él. Demasiado lejos, sin embargo.

—Vivito y coleando —dice una voz masculina—. El muy cabrón se hace el dormido.

—Déjalo. Aún no es la hora.

—Yo sé lo que tengo que hacer. ¡Eh, mamón, despierta! ¡Joder! Un instante de paz, el fuego se apaga tras sus párpados reemplazado por una apacible penumbra gris. Abre los ojos y descubre frente a él a un ángel envuelto en luz dorada. Pero al instante le asalta la duda: ¿los ángeles dicen «joder»?

—Míralo. Igualito que un conejo.

—Ya está bien, Víctor. Ten un poco de decencia.

La palabra le suena tan extraña a Robinson como si procediera del espacio exterior. Y sin embargo es la voz de la bella Laura, piensa sorprendido. Un momento después descubre que está esposado por la espalda al tronco de un árbol, como si lo hubiera abrazado del revés mientras su cabeza late igual que un corazón. A duras penas consigue murmurar algo que nadie entiende.

—¿Qué ha dicho?

—¿Y qué importa? —dice Víctor desdeñoso—. Acabemos de una vez.

La muchacha suspira acuclillándose ante Robinson y le pasa un trapo húmedo por el pelo, un trapo gris de puro sucio. Cuando lo retira, el trapo es rojo y tiene cuajarones que se asemejan a gigantescas cagadas de mosca. Hace ya un rato que Robinson lo comprendió todo, al menos lo esencial, y les escupiría a la cara si pudiese hacerlo. Al menos de ese modo mataría dos pájaros de un tiro, mostrándoles su desprecio al tiempo que se libera de ese asqueroso sabor en la lengua, dulzón y metálico a la vez. Pero no hay nada que hacer con la boca convertida en un montón de arena.

—Sí, sería mejor terminar de una vez —suspira ella resignada—. No tiene sentido hacerle sufrir más.

—¿Y si lo dejamos para esta noche? —sugiere el ángel del infierno, cambiando súbitamente de opinión—. Pensándolo bien, cuanto más tardemos en matarlo, más tardará en pudrirse.

Hasta ahora Robinson ha creído que comprendía la situación, pero sólo entonces

se da cuenta de hasta qué punto lo ha llevado su estupidez. Suponía que estos dos iban a robarle las herramientas y la comida, pero nunca imaginó que él también formaría parte del menú. Se sacude desesperadamente, sin conseguir otra cosa que una intensa oleada de dolor en las muñecas.

—Venga, tío, no te lo tomes así —dice Víctor súbitamente apiadado—. Si ni siquiera te vas a enterar.

—Este mundo es muy duro —susurra Laura, con la humildad del que reza con fervor una oración—. Sólo queremos sobrevivir.

—Tengo un refugio. Un refugio seguro.

—¿Qué dices? Habla claro, hombre, para que te entendamos.

—Algo sobre un refugio, creo.

—¿Estás segura?

Robinson no se molesta en aclarar sus dudas. Ahora un trozo de nube ha ocultado el sol por un momento, lo que le permite hacerse una panorámica más completa de la situación. Se halla en medio de un prado rodeado de bosque, esposado por la espalda al único árbol de la llanura, un abedul tan solitario y orgulloso que parece que se hubiera peleado con todos los demás. De improviso recuerda una vieja viñeta de Mafalda: ¿Y a vos no se te ocurrió nunca consultar a un psicoanalista? Pero no es momento de hacer chistes, y menos cuando se pregunta por el número de desgraciados que habrán compartido el mismo destino en el mismo árbol que él. A pocos metros puede verse un perímetro de tierra rodeado de vallas metálicas. Algo más allá y medio tapado por la vegetación, el tejado de lo que parece una cabaña de madera con una estúpida veleta en forma de gallo. Ni el menor rastro de Viernes. Teniendo en cuenta que a Robinson lo cazaron ayer por la tarde y que el sol ya ha sobrepasado el cenit, eso quiere decir que el animal no ha dado señales de vida casi en un día entero. A no ser que...

—Mi perro —dice estúpidamente, con las lágrimas a punto de saltar—. ¿Dónde está mi perro?

—Ah, vale —exclama jovialmente Víctor, sacando el revólver de Robinson de la mochila—. Tuve que cargármelo con esto, ¿sabes? Se acercaba más de la cuenta y no me pareció muy amistoso. Así que pum, pum; ya lo tenemos en la nevera. Lo siento, tío —añade con mal fingido pesar—, ya te lo imaginas: era él o nosotros.

—Hijos de puta...

—¡Te vas a tragar esas palabras, cabrón!

—¡No, Víctor! —interviene Laura súbitamente.

Demasiado tarde: la bota impacta como la coza de un caballo en el plexo solar de Robinson, haciéndole vomitar un manantial de bilis y ácidos. Por un momento piensa que se ahogará, hasta que una última arcada le libera de la asfixia dejando paso al dolor en estado puro.

—Por favor, déjalo ya —implora la muchacha—. Ya es suficiente, no le pegues más.

—Está bien. —Víctor respira profundamente para tranquilizarse, pero algo en su mirada le dice a Robinson que las cuentas aún siguen pendientes—. Porque tú me lo pides. Ven, dejémosle solo un rato. Tiene mucho en qué pensar.

Los dos se alejan cogidos de la mano, un gesto que a Robinson le parece aún más irreal que todo lo que ha visto hasta entonces. Pero ya nada puede sorprenderle. Y menos aún, su propia muerte. Como si leyera sus pensamientos, Víctor se vuelve por última vez:

—Nada personal, tío. Pero si crees en Dios, será mejor que le reces cuanto puedas. Antes de que anochezca estarás muerto.

Hay veces en que la vida nos regala eso que se suele llamar un golpe de suerte. No suceden con frecuencia —de hecho, no suceden casi nunca—, pero es precisamente eso lo que los hace más valiosos. Así pensaba Eva tras abrir pistola en mano la portezuela trasera de la furgoneta y encontrarse dentro algo así como un millón de latas de comida en conserva.

Ojalá no estén demasiado caducadas, pensó automáticamente. Miró las fechas de unas cuantas latas y sonrió con aprobación. Ensalada china, perfecto. Carne de membrillo, calamares en salsa americana, bonito del norte, melocotones en almíbar. La furgoneta abandonada al borde de un camino rural lucía un gran letrero a los lados: ULTRAMARINOS TOLEDANO S.L. Eva no tenía mucha idea de lo que significaba eso de ultramarinos, pero la palabra le sonaba misteriosa y evocadora, como un cuento de Las mil y una noches.

—Chico —dijo a Máquina—, creo que acaba de tocarnos el gordo.

—¿Qué? No lo entiendo.

Eva no se molestó en explicárselo. En vez de eso, continuó examinando las latas metidas en cajas de madera, seleccionando sólo aquellas con fecha de caducidad más lejana. En lugar de abarrotar su mochila con lo que más estaba a mano —las latas de ensalada china— procuró hacer una selección lo más variada posible. Nada demasiado dulce ni demasiado salado, había que tener en cuenta la sed más que el hambre.

—Fíjate, alguien ha estado aquí hace poco. Mira las huellas en el barro y esas cajas rotas. Ahí faltan muchas latas.

Vaya con el pequeño Sherlock Holmes, no se le escapaba una. En cuanto a Eva, se había dado cuenta de todo eso nada más abrir la portezuela, pero no se molestó en mencionarlo. ¿Qué tenía que ver con ellos? No obstante, no sería mala idea estar algo más alerta los próximos días. Muchos supervivientes eran más peligrosos que los propios Pellejudos.

—¿Qué es eso?

—No lo sé.

Un gruñido constante y bronco desde la espesura, como un motor que no termina nunca de arrancar. Eva sacó la pistola y agarró instintivamente al chico por el hombro intentando hacerle retroceder, pero Ismael se revolvió, librándose sin contemplaciones de su mano. Eva alzó el arma sin saber adónde apuntar.

—¿Qué mierda...?

—Silencio —ordenó Máquina. Ante los ojos aterrorizados de Eva, el niño echó a andar resuelto hacia el islote de arbustos. Si sentía algún miedo no lo demostraba. Antes de que ella pudiera reaccionar, los gruñidos cesaron tras un murmullo de hojas

agitadas y ramas que crujen. Después, el silencio.

—¿Qué era eso?

—No lo sé, pero volverá —dijo Ismael, con la vista clavada en los arbustos—.
Estoy seguro de que volverá.

El sol ya descendía por la ladera cuando ella regresó, sosteniendo algo de forma cilíndrica en la mano. Conmocionado a partes iguales por los golpes, la sed y varias horas de luz cegadora, Robinson decidió de inmediato que aquello era un cuchillo o un hacha: por fin iban a terminar de un solo golpe todas sus tribulaciones. Pero en realidad no era más que una botella de plástico.

—Anda, bebe un poco.

Del otro ni rastro, al menos de momento. Robinson aplicó sus labios resecaos a la botella y sorbió con precaución, esperando en cualquier momento paladear el agrio sabor de la orina. Pero aquello no era más que agua. Y agua fresca, por añadidura. Se aferró a la botella con los labios como un recién nacido al pecho de su madre.

—Más despacio, vas a ahogarte.

Que te jodan, puta. Pero este era un pensamiento automático, un producto más que nada de la inercia; en realidad se sentía casi agradecido. El agua fresca resbalando por su garganta le hizo olvidar por un momento las esposas, los golpes, el perfume combinado de orina, vómito y heces que emanaba de su cuerpo, la muerte de Viernes y su propia muerte. En ese momento Laura retiró la botella y Robinson maldijo en vano. Habría bebido hasta reventar —no se le ocurría mejor modo de morir—, pero todo lo bueno termina. Así que un segundo después el odio ya había regresado, radiante y poderoso como el sol.

—Te has bebido más de un litro —murmuró ella a modo de excusa, y Robinson forzó una sonrisa torcida. Tendría que jugar bien sus cartas, si era que aún le quedaba alguna—. Escucha, tenemos que hablar antes de que vuelva Víctor. Antes hablaste de un refugio seguro, ahora quiero saber más sobre eso.

—¿Por qué tendría yo que...?

—Porque si no, te mataremos. Y luego nos comeremos tu carne.

Había que reconocer que el argumento era convincente. Robinson hizo una pausa teatral de tres segundos antes de volver a hablar, esperando acrecentar en lo posible el interés de su interlocutora.

—No está lejos de aquí. Es un refugio antiatómico subterráneo, a unos doce metros de profundidad. Hay generadores que proporcionan electricidad y agua corriente. Una gran cámara frigorífica con comida para años...

—¿Y esperas que me lo crea?

—No está lejos —repitió Robinson—. Podríamos llegar en tres o cuatro días.

Solamente había omitido el insignificante detalle de que ya no tenía ni la menor idea de cómo encontrar el refugio. Pero al ver el gesto de desdén en la cara de la muchacha, comprendió que nunca le creerían y que su suerte estaba echada. Paradójicamente, la realidad era demasiado bella para ser aceptada. Para dos

supervivientes que habían comenzado a practicar el canibalismo, la idea de un refugio semejante debía de significar ciencia ficción de la peor especie, y Robinson se maldijo una vez más por no haber sabido inventar una mentira más creíble que la verdad.

—¿En serio esperabas engañarme con eso? Me parece que un Errante se te ha comido el cerebro. —Aquello pretendía ser un chiste y Robinson se estremeció—. No te culpo por mentir, ¿sabes?, yo en tu lugar habría hecho lo mismo. Claro que me hubiese inventado algo menos ridículo. Energía eléctrica y cámaras frigoríficas, vaya, vaya...

—Te juro que es cierto —gimió desesperado—. Sólo tenemos que ir allí y comprobar...

—Déjalo ya —cortó Laura abruptamente. Después la voz se hizo más dulce, quizá un poco más triste—. La hora se acerca. Sólo quería decirte que... en fin, nada.

Permanecieron unos instantes en silencio mientras Robinson rumiaba desesperadamente cualquier posibilidad, por inútil que pareciera. El refugio había fallado; ¿por qué no apelar a la misericordia? Intuyó que no serviría de mucho, pero no se le ocurría nada mejor.

—Es horrible que os veáis obligados a esto —murmuró en un tono adecuadamente comprensivo—. ¿Por qué no cazáis o cultiváis la tierra? No lo entiendo.

—Claro que no lo entiendes. Este lugar es especial por muchas razones.

—Sigo sin entender.

—¿Y quién dice que has de entender? Vivimos en un mundo extraño. Y esta región ya lo era antes de la llegada de los Errantes. Nadie conoce los motivos, si es que existen. Pero los animales huyeron de estos bosques desde hace décadas. ¿Has oído cantar a un solo pájaro desde que llegaste aquí?

»En cuanto a la tierra, apenas da frutos. ¿Crees que no lo hemos intentado? No sé si se debe a la contaminación o a alguna otra cosa, nadie sabe nada en estos tiempos. A duras penas conseguimos sacar de vez en cuando una miserable cosecha de patatas o de zanahorias.

»Dicen que fue por el pantano. Hace unos cincuenta años, construyeron muy cerca de aquí una presa que debía abastecer de agua a toda la comarca, y que ahora sólo nos sirve a nosotros. Al poco tiempo de inaugurarse la presa, comenzaron a suceder cosas extrañas en las aldeas cercanas: suicidios y asesinatos sin explicación, casos de locura colectiva aún más incomprensibles. Poco a poco, la población comenzó a marcharse y, mucho antes de la Plaga, todas las aldeas de la zona estaban ya deshabitadas. Ahora sólo quedamos Víctor y yo.

—Pero ¿por qué no os marcháis vosotros también? Si no hay caza y no merece la pena cultivar la tierra, ¿qué sentido tiene permanecer aquí?

—Hay algo a nuestro favor —respondió ella con una extraña sonrisa—, y es que los Errantes jamás vienen a este lugar. Víctor sale a veces de la comarca para conseguir comida y lo ha observado. Es algo muy peligroso, porque los Errantes tienen mucha hambre más allá de las colinas. Pero es como si existiera una especie de frontera invisible en el límite mismo de la comarca que ellos jamás atraviesan. Han intentado atrapar a Víctor muchas veces, pero al llegar a la cima de la colina sencillamente se detienen o cambian de dirección, como si de pronto no le vieran o le hubiesen olvidado. Esta tierra está maldita hasta para ellos. Y así, nosotros pagamos con hambre nuestra momentánea seguridad. Por eso, cuando nos encontramos con alguien como tú, no podemos dejarle escapar.

¿Sabes por dónde empezaron a comerse a mi novio? ¡Por la polla! Robinson volvió a estremecerse de miedo y de frío a la vez que recordaba. Debe de ser el agua, el agua del pantano lo que les vuelve locos. No probaré ni una gota más. De inmediato se dio cuenta de que el pensamiento era absurdo: en todo caso, ya no se le presentaría ninguna otra oportunidad de beber.

—Preferiría que no me guardases rencor, pero en el fondo me da lo mismo lo que pienses —dijo ella con total sinceridad—. Estamos hambrientos y tú eres comida, es así de simple.

—Lo que más siento es lo de mi perro —dijo él sin alejarse mucho de la verdad—. ¿Por qué teníais que matarlo?

—El perro también es comida. Necesitamos reservas, no pasa mucha gente por estos lugares.

Robinson fingió no haber oído la última frase; acababa de ocurrírsele una idea tan absurda que bien podría dar resultado. De todos modos, no arriesgaba gran cosa.

—Pobre Viernes —dijo con gesto apesadumbrado—. Era el galgo más rápido de toda su camada.

—Bueno, olvídale. Los galgos nunca sirvieron para nada.

Hubo un largo silencio en el que Robinson intentó disimular la esperanza que ya empezaba a florecer en algún lugar de su cerebro. Pero no tardó en volver a estrellarse de nuevo contra una realidad dura como el cemento. Vale, estaba claro que estos dos habían mentido, porque ni siquiera llegaron a ver a Viernes. Hasta ahí genial, ¿y después qué? Viernes llevaba ya casi dos días sin dar señales de vida. Quizá había tenido un mal encuentro con los Errantes, o puede que con otros cabrones como estos. O más fácil todavía: el perro se había acabado aburriendo de Robinson y se había marchado sin más. Y en todo caso, no volvería.

—¿Estás preparado, compadre? —dijo una voz masculina—. Ha llegado la hora.

Víctor había aparecido de pronto con media sonrisa en los labios y un martillo en la mano, un martillo del que Robinson pudo incluso leer la etiqueta de la marca, True Temper, antes de mearse otra vez en los pantalones. Víctor dio un corto beso en los

labios a la bella Laura y se quedó mirando muy atentamente al prisionero, como si acabara de descubrir una nueva especie de insecto.

—¿Tienes algo más que decir? Unas últimas palabras, si quieres.

—Que termines pronto —gruñó la voz pastosa de Robinson—. Y que os jodan a los dos.

—Tomo nota —sonrió Víctor, mientras comenzaba ya a balancear el True Temper—. Inclina un poco la cabeza, así será más fácil para todos.

Aquello le recordaba a Robinson las vacilaciones preliminares de los fotógrafos. De pronto, Laura intervino inesperadamente:

—¡Espera! Falta el último deseo.

Víctor la miró con una expresión de fastidio que quizá hubiese tenido gracia en otras circunstancias. Tiró el martillo al suelo como si fuese un juguete y él, un niño enfurruñado.

—¡Maldita sea! Esperaba que esta vez se te olvidase.

—Ya sabes que tiene derecho —sentenció ella imperturbable.

—¡Está bien, está bien! Malditas mujeres y quien las inventó, ¿no te parece, compadre? —Nadie le rio la gracia y Víctor tampoco lo esperaba, así que sacó de su camisa un objeto rectangular que Robinson no tardó en identificar como una prehistórica cajetilla de tabaco—. Ya ves, he venido preparado. Marlboro Lights, nada menos. ¿Te apetece uno, compadre? Aún podemos esperar un poco.

—No fumo —mintió Robinson.

—Yo tampoco, por eso te lo ofrezco —continuó Víctor con un genuino buen humor—. Pero si no quieres fumar, entonces creo que...

—Quiero verle las tetas a tu putita. Es mi último deseo.

A esto siguió un silencio de muerte, mientras Robinson cerraba los ojos. Aún tuvo tiempo de preguntarse si sentiría dolor cuando su cráneo estallara en mil pedazos, pero la única respuesta a su pregunta fue un coro de carcajadas. Abrió los ojos: aquellos dos se reían como dementes, apoyados el uno en la otra para no caer al suelo.

—Pero... ¿será cabrón el compadre? ¿Pues no ha dicho que...? —Las carcajadas le impidieron seguir y así continuaron ambos un buen rato; sólo les faltaba aplaudir a dúo para que aquello fuese igual que El club de la comedia—. Joder, tío, eres un cachondo. Un cachondo mental —remachó Víctor con los ojos llenos de lágrimas. La expresión parecía directamente salida de 1980, pero nadie se lo hizo notar.

Mientras tanto, Laura había dejado de reírse y ahora miraba a Robinson con un extraño brillo en los ojos.

—¿Y si se lo concedemos?

—¿Qué?

—Es su último deseo. Deberíamos concedérselo.

—¡Pero qué zorra eres! —exclamó Víctor riendo de nuevo—. Mira, se me acaba de ocurrir algo mucho mejor... A ti también te gustará, bocazas. Vamos a echar un polvo aquí mismo, justo delante de ti.

—¿Pero qué dices? —gritó Laura, súbitamente poseída de una santa indignación—. ¿Te has vuelto loco? No cuentes conmigo.

—Hace quince segundos querías enseñarle las tetas...

—Eso no tiene nada que ver, porque...

Qué bonita pelea matrimonial que me concede unos segundos más de vida, pensó Robinson cada vez más aburrido. A estas alturas, ni siquiera le extrañó su propia indiferencia: sencillamente había perdido todas las esperanzas, por lo que no tenía sentido preocuparse por nada más. En el fondo, no le sorprendía descubrir esta oculta veta de estoicismo a las puertas de la muerte, la última capa de su particular cebolla.

En ese momento divisó un puntito negro en la ladera de la colina tras la que ya se ponía el sol. Al principio lo tomó por un simple peñasco no visto anteriormente. Un segundo más tarde observó cómo el peñasco se desplazaba dando grandes rodeos y se detenía de vez en cuando, acercándose con sigilo para no ser advertido.

Viernes.

Podía ser. Y podía ser cualquier otra cosa, incluso —lo más probable— una alucinación. Pero el poder de la esperanza siempre es grande por pequeña que esta sea, y Robinson sintió su cuerpo tensándose en el abedul como si lo hubiesen conectado a una torre de alto voltaje. Del estoicismo y la indiferencia que tanta dignidad hubiesen conferido a sus últimos momentos no quedaba ya ni rastro. Y ahora el punto negro se había convertido en una manchita, un pequeño borrón de tinta oscura que se acercaba, se acercaba...

—¡Eh, gilipollas, que te estoy hablando!

—¿Qué?

—Al final hemos decidido que hace demasiado frío para follar aquí. Tendrás que conformarte con verle las tetas a mi novia.

—Claro —dijo mecánicamente Robinson.

—¿Qué pasa, tío? Parece que estás en la luna. ¿Prefieres que te pasaporte ya?

Di algo, imbécil. Provócalo. Tienes que atraer su atención a toda costa, atraer su atención...

—Creo que se ha quedado mudo —sonrió Laura.

—¿Sabes, Víctor? —dijo Robinson ignorando el comentario—. Pienso que mejor prefiero ver tu polla. Me encantan las cosas pequeñas y flojas.

Laura soltó unas risitas, pero se contuvo al ver la cara de su compañero.

—Tío, eso no ha tenido ni puta gracia.

Víctor se acercó mortalmente serio y le cruzó la cara con dos sonoras bofetadas mientras Robinson se reía para sus adentros: aquellos dos idiotas no habían dejado de

mirarle un solo instante. Vivir en un territorio libre de Pellejudos les había hecho bajar la guardia y volverse confiados; ojalá lo pagasen caro. En cuanto a él, sólo disponía de una oportunidad.

—¡¡AAAAAAGGH!! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡SOCORRO, ME ESTÁN MATANDO! ¡¡NOOOOOOOO!!

—¿Qué le pasa a este tío? —pregunta Laura—. Sólo han sido dos hostias.

—¡¡EEEEAAAAAAGH!! ¡NO, POR FAVOOOR! ¡¡UUAAAAAGGG!!

—Me aburre —dice sombrío Víctor, inclinándose para recoger el martillo—. Será mejor que terminemos de una vez.

En ese momento, escucha el gruñido que anuncia la muerte tras él y apenas tiene tiempo de volver la cabeza antes de ser literalmente arrollado por un proyectil hecho de garras y dientes. En un acto reflejo intenta recuperar el martillo, justo en el instante en que las poderosas mandíbulas de Viernes se cierran en torno a su muñeca sacudiéndole con fuerza. A continuación, y como si todo aquello no fuesen más que escenas de una película mal montada, Víctor se ve a sí mismo contemplando el muñón de su brazo que sangra a chorros, igual que esa fuente de su infancia donde el agua cambiaba de colores. Apenas tiene tiempo de sentir dolor o miedo, y ni siquiera ha terminado de gritar cuando las fauces del perro le aplastan la garganta, rompiendo sus vértebras cervicales con un crujido de ramas secas.

Víctor está muerto antes de caer al suelo. Está muerto incluso antes de agitarse en dos o tres espasmos finales que le sacuden todo el cuerpo, y que recuerdan inevitablemente el aleteo de una gallina decapitada. Y Robinson se ríe. Todavía esposado al árbol y con las muñecas laceradas, Robinson continúa riéndose, pero no demasiado alto: no quiere distraer a Viernes en su majestuoso delirio de furia homicida. La emoción del triunfo es tan grande que ni siquiera se le ocurre que el animal podría volverse contra él, enloquecido por el sabor de la sangre. Más bien se regodea, pensando que ahora que el cabrón del martillo ha sido tan bien despachado —¿eh, compadre?—, ya sólo queda la estúpida putita. Una presa fácil para Viernes, paralizada por el terror.

—Por favor —llega a gemir ella—, haz que se pare.

¿Estúpida? ¿O tal vez más lista de lo que parece?, se pregunta Robinson. La tía se ha quedado tan quieta como aquella otra guarra de la Biblia que miró a una estatua de sal o algo por el estilo. Y Viernes que no se decide a atacar; la acecha a unos tres metros de distancia, enseñando los dientes y sin parar de gruñir o de blasfemar en el idioma de los perros. Robinson observa las patas traseras del animal encogidas en una semiflexión que anticipa el salto mortal. ¿Y qué sucede? ¡Nada! ¿Qué coño le pasa a Viernes? Es hora de terminar un trabajo tan bien empezado.

—Por favor —repite Laura con los ojos llenos de lágrimas.

—Enséñame las tetas —sonríe perversamente Robinson.

El chirrido de sierra mecánica de Viernes es la mejor banda sonora a su último deseo. La chica se quita la camiseta muy lentamente, mirando al perro al acecho y sin dejar de sollozar un solo instante. Está un poco flaca pero tiene unas tetas bonitas, incluso con esta mierda de luz. Firmes y redondas, no tan grandes como las de Tracy Lynn pero bueno, bueno. Una repentina idea, o más bien una consecuencia inevitable de lo que acaba de ver, le ilumina de pronto el cerebro en un relámpago que luego se desvanece. Estaría bien, sí, pero es demasiado complicado. Y la venganza no admite demoras.

—Por favor... dile que se marche. Por favor...

—Mátala, Viernes.

—¡No! —solloza Laura—. Yo no quería hacerte daño. Fue Víctor el que...

—¡Mátala, Viernes!

Por supuesto que el perro no le obedece, aunque Robinson, sugestionado por las súplicas de la chica, ha llegado a creer que sería así. En realidad, Viernes ni siquiera sabe que se le está ordenando algo, en el supuesto de que se sintiera obligado a acatar instrucciones de Robinson, cuestión como mínimo dudosa. Estoy olvidando algo muy importante, algo vital, clama una voz en el desierto en el que se ha convertido la mente de Robinson. Nada, que no consigue recordarlo. Todo va demasiado deprisa o demasiado despacio, y el odio largamente acumulado no le permite ver más allá.

—¡Mátala! —grita con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Mata a esa jodida puerca!

El perro no se inmuta. Pero es este último aullido de Robinson el que quiebra por fin los nervios de la muchacha, que echa a correr entre gritos de pánico. Es esa estúpida carrera sin esperanza, y no las palabras de Robinson, la que dispara el muelle cada vez más tenso en el que se ha convertido Viernes. Con la pericia del depredador nato, salta sobre ella y la derriba antes de que consiga dar tres pasos, ignorando los bonitos pechos que tanto excitaron la imaginación de Robinson. Pero a Viernes todo esto le trae sin cuidado y sus mandíbulas sólo buscan la garganta, la forma más segura y rápida de dar muerte a una presa. Y en menos de diez segundos todo ha terminado.

—Buen chico —dice Robinson entrecerrando los ojos.

De repente toda la tensión ha desaparecido como por arte de magia. Y ahora Viernes vuelve a ser el cachorrito de ochenta kilos que conoció en las cercanías de la casa abandonada, la lengua rasposa que le humedece las mejillas, que le limpia los surcos de sangre propia manchándole seguramente con sangre de la chica recién degollada. En ese instante Robinson sufre una punzada de arrepentimiento: tal vez ella no debió morir así. Quizá sólo era una pobre muchacha inocente y manipulada por el sádico del martillo. Sí, pero también era una asesina y una caníbal. Es posible, pero la necesidad obliga a las personas a comportarse de maneras muy extrañas.

Estate quieto, Viernes, qué pesado eres, te quiero, jodido, pero ojalá no la hubieses matado. Al menos no tan pronto, antes de que yo pudiera pensar con claridad. Pobre chica, suerte que la cosa ha sido rápida pero aun así... Y de repente, todas estas disquisiciones tan humanitarias como ridículas —porque es muy fácil sentir compasión ahora con la chica muerta delante de él, muy inútil, muy estúpido— desaparecen de su mente en menos de lo que dura un parpadeo. Y esto es así porque por un momento ha desviado la vista de las cabriolas de Viernes, y de pronto ve el llavero asomando del bolsillo del hijoputa de Víctor —este sí que se lo merecía, el muy cabrón— y sabe que lo que necesita está justo ahí, a unos tres metros de distancia que, dadas las circunstancias, lo mismo podrían ser tres kilómetros o tres años luz: la llave de las esposas.

—Mierda —dice Robinson en voz alta y clara.

Por su parte, Viernes, libre como un pájaro, se ha sentado sobre sus cuartos traseros mirándole con esa dulzura incondicional que sólo tienen los perros grandes y peligrosos cuando se hallan frente al amo. Mierda, repite Robinson. Y Viernes inclina levemente la cabeza una y otra vez, como si asintiera.

No puedo hablar, es así de sencillo, ni siquiera debo pensar demasiado. Todo ha de permanecer bien oculto o Madre lo descubrirá. Y si Madre lo descubre, ya no habrá sitio en el mundo para seres como yo.

Madre quiere más comida y yo se la he prometido. Tantea mi mente con sus tentáculos rojos, no se cansará jamás. A veces le muestro lo que quiere ver, otras veces no le muestro nada y se impacienta. Golpea más fuerte y entonces yo vuelvo a enseñarle lo que quiere ver. Es un bucle de repetición efecto-causa-efecto, un círculo vicioso que dirían los humanos, aunque no me imagino cómo puede ser viciosa una figura geométrica. Hay muchas cosas que no entiendo.

La programadora cree que estoy loco y que soy testarudo, las dos cosas. Ella entiende aún menos que yo. Sabe que la he manipulado, y aun así no opone su voluntad contra la mía. Esto me conviene, pero no lo comprendo y no me gusta lo que no comprendo. Tampoco me gusta, por ejemplo, permanecer mucho tiempo en el centro de una habitación o comer cosas de color amarillo, como el maíz. El amarillo significa peligro y el rojo escarlata es muerte.

Ella podría haberse quedado en Cítola y haber dejado que me ahorcaran. Yo no sentía miedo, porque una horca no puede matarme. Ella cree que me salvó la vida y puede que sea eso lo que la hace sentirse responsable de mí. Un nuevo absurdo; no debería ser al revés? En todo caso las cosas salieron bien y ahora estamos en el camino. En el camino hacia Madre.

El bosque es cada vez más espeso. Hace tres días que no vemos ningún rastro de los Errantes pero ella está preocupada, lo sé porque me lo ha dicho. El bosque se parece mucho a otro bosque que vi en un documental sobre Japón y que se llamaba Aokigahara o algo así, al que iba mucha gente a suicidarse. Ahora no sé si lo hacen. Ni siquiera sé si queda gente en Japón.

Hay algo que ella llama estado de ánimo, lo digo en relación con el bosque. Lo he oído muchas veces antes, pero sigo sin comprenderlo. Así, como el bosque es sombrío, resulta que nuestro estado de ánimo también tiene que ser sombrío, como si se pudieran comparar estas cosas y sumarlas o restarlas. De modo que caminamos en silencio. Pero algunas noches nos atrevemos a hacer fuego y ella se queda siempre muy quieta mirando las llamas. Y de vez en cuando echa unas cuantas ramas secas y luego otra vez se queda muy quieta, como si las llamas la dejaran paralizada y a merced de cualquier Errante. Pero no es así, porque si escucha cualquier ruido, levanta la cabeza y hasta que no ha comprobado que no hay peligro no vuelve a mirar las llamas, y siempre tiene las armas al alcance de la mano. Y una noche sus ojos empezaron a gotear y se los secaba mucho. A esto lo llaman llorar, como yo sabía ya de antes, y sólo lo hacen cuando están tristes o se les ha metido humo en los ojos.

—¿Por qué lloras? —le pregunté.

—Pensaba en mis padres.

—¿Tus padres están muertos?

—Sí.

—¿Y eso te pone triste?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué piensas en ellos?

No me contestó, pero entonces adoptó una conducta muy extraña porque empezó a reírse sin dejar de llorar, o sea que debía de estar alegre y triste al mismo tiempo y yo esto sí que no lo entiendo. Y me molesta no entenderlo, igual que cuando me llama Doctor Espok o Jal Nueve Mil y se sonríe y dice que son bromas. Y yo no tengo ni idea de lo que habla, como si lo dijera en francés del que sólo puedo entender mersí bocú, que significa muchas gracias.

Así que no me gusta que tenga estas actitudes tan extrañas. Prefiero esos momentos tranquilos en los que lee Moby Dick en voz alta, y esto es así por cinco razones: 1) Porque en esos momentos no hace gestos raros con la cara y las manos, y si dice frases incomprensibles son del libro, no suyas. Así que si yo le pregunto, ella es capaz de explicármelas, por lo menos un poco. 2) Porque me gusta el sonido de su voz. 3) Porque me gusta el libro, aunque esté lleno de disparates y todos los personajes salvo Acab parecen estar locos. Aunque siento curiosidad por saber si al final cazarán a la ballena o ella logrará escapar o incluso hundir el Pequod —aunque sé bien que no se comerá a la tripulación porque las ballenas sólo comen plancton o calamares gigantes si son cachalotes, igual que los Errantes sólo comen seres humanos—. 4) Porque el protagonista se llama Ismael como yo, aunque últimamente prefiero que me llamen Máquina. 5) Porque ella me dijo una vez que nosotros éramos como la tripulación del Pequod y que también viajábamos en busca de lo desconocido, porque nadie salvo Acab había visto nunca a la ballena blanca.

Y yo no entendí nada de todo esto de momento, pero entonces ella, la programadora, me explicó que era como si toda nuestra historia estuviese ya escrita en el libro y fuera desarrollándose según la íbamos leyendo. A mí me gustó esta idea a pesar de lo absurda que es, como si Hermann Melville, el autor de Moby Dick, pudiera ver el futuro. E incluso en ese caso, como si le importase lo más mínimo nuestro futuro como para escribir sobre él desde el pasado. Y lo que más me gustó de esta idea era que sabía que era falsa y a pesar de todo me hizo sentir bien, y no sabía por qué: es la primera vez que me gusta algo para lo que no tengo explicación. Porque el mundo está lleno de cosas sin explicación y sin utilidad práctica que, sin embargo, están ahí y no se pueden negar. Como por ejemplo los dedos de los pies o los sueños en la fase REM o la creencia en un dios todopoderoso o la presencia de apéndice en los homínidos superiores, por no hablar de la Plaga y los Errantes. Y ella,

la programadora, añadió días más tarde que habíamos terminado por intercambiar nuestros papeles en el libro, que ella era ahora Ismael y yo un pequeño y loco capitán Acab, el único que sabía adónde nos dirigíamos y qué íbamos a hacer. Y yo lo sé, siempre lo sé, pero no puedo decírselo.

—Una tarde brumosa y pesada; los marineros reposaban perezosamente sobre cubierta o miraban sin ver las aguas plomizas. Queequeg y yo nos ocupábamos apaciblemente en trenzar lo que se llama una baderna para nuestra lancha. Tan mansa y tranquila...

—¿Qué es una baderna?

—No tengo ni idea —respondió Eva.

—Está bien, sigue.

—Tan mansa y tranquila aunque llena de presagios era toda la escena, y había en la atmósfera tal ambiente de ensueño, que cada marinero parecía disuelto en su propio ser invisible. En aquella tarea del trenzado...

—Un momento. ¿Qué quiere decir eso de que cada marinero parecía disuelto en su propio ser invisible?

—Estás muy preguntón hoy, ¿no? —sonrió Eva.

—Sí.

—Se refiere a que los marineros no estaban muy pendientes de lo que hacían. Parecían más bien encerrados en sus propios pensamientos.

—¿Qué clase de pensamientos? ¿Sobre sus casas o sus familias?

—Por ejemplo. O sobre el futuro, una vez que terminara la travesía. O sobre lo que estarían haciendo en ese mismo momento si no se hubiesen subido al Pequod en Nantucket. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pero no entiendo lo del ser invisible.

—No es demasiado importante. ¿Cuatro mil cuatrocientos setenta y dos por nueve mil quinientos treinta y uno?

—Cuarenta y dos millones seiscientos veintidós mil seiscientos treinta y dos. Explícame lo del ser invisible.

—Se refiere a los pensamientos de los marineros —suspiró Eva—. Los pensamientos son invisibles.

—Sí, eso lo entiendo. Pero habla de un ser.

—Por ejemplo, imagínate que uno de ellos pensaba en cómo habría sido su vida si no se hubiera embarcado en el Pequod. ¿Me sigues?

—Sí.

—Habría sido otra persona, ¿no es cierto? Habría vivido otra vida.

—Creo que sí.

—Pero sólo sería una persona imaginaria, que nunca habría existido fuera de los pensamientos del marinero, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Pues ahí tienes al ser invisible —concluyó triunfante. Era una explicación tan

absurda como traída por los pelos, probablemente la única que él podía entender. Si A es mayor que B y B es mayor que C...

—¿Y tú? —preguntó el chico.

—¿Yo qué?

—¿Cuál es tu ser invisible? ¿Cómo habría sido tu vida si no hubiesen llegado los Errantes?

Eva lo miró súbitamente muy pálida: por primera vez y sin darse cuenta, Ismael había comparado la historia de un libro con la vida real utilizando un lenguaje simbólico, la metáfora del ser invisible de Melville. Podía ser sólo una casualidad, o bien un paso de gigante en su camino de vuelta hacia la cordura.

—Bueno —balbuceó ella—, supongo que mi vida habría sido muy parecida a la de cualquier otra chica de mi edad.

—Cuéntamelo.

—Sería muy aburrido.

Eva tenía dieciséis años cuando aparecieron los Errantes y apenas podía recordar aquellos tiempos, salvo en viñetas aisladas y carentes de sentido. Recordaba, eso sí, haber pasado innumerables veces por la misma calle con una mochila llena de libros a la espalda, en lugar de cargadores para el AK-47 o latas de conservas caducadas. Minucias tan inútiles como el nombre del instituto —I.E.S. Gloria Fuertes— y el cartel de tapas del bar de la esquina, que comenzaba por Calamares Fritos, Salpicón de Marisco y Ensaladilla Rusa, una trilogía imposible de olvidar. Y también recordaba a sus padres, aunque mucho menos de lo que hubiera deseado. Solía pensar en ellos con cariño, sin culparlos porque ya estuviesen muertos y porque jamás hubiesen comprendido lo que sucedía.

Sin embargo, descubrió que, si bien le era difícil recordar, resultaba mucho más sencillo inventarse una vida aparte en un mundo sin Errantes. ¿Y por qué no? ¡Hacía tanto tiempo que no jugaba consigo misma! El mundo se había convertido en un lugar feo, peligroso, y sobre todo, mortalmente serio. Nadie estaba para bromas, ni los Pellejudos ni los supervivientes. Tantas posibilidades cortadas de raíz y todo para esto. Pero aún viven en la imaginación, habría dicho uno de esos idealistas cursis de los que ya no quedaban porque se los habían comido los primeros. Sonrió vagamente, poniendo una máscara a estos pensamientos, y nadie en el mundo hubiera podido adivinar lo que se escondía tras aquella sonrisa. Pero ella continúa con el juego, es divertido jugar.

Seguramente habría terminado el bachillerato con una calificación alta —sobresaliente o algo así, dejémoslo en notable—, porque era una chica estudiosa y además se creía fea, las dos condiciones indispensables. Y luego hubiese empezado y terminado la carrera —Literatura Inglesa, y si no que le preguntaran a Alexei—, doctorándose con alguna monografía ilegible sobre Jane Austen o Joseph Conrad,

aunque también valía el bueno de Hermann Melville por muy yanqui que fuera. Pero iba demasiado deprisa y se obligó a echar el freno con una mirada atrás, un ancla de recuerdos imaginarios en el fondo de una vida imaginaria. O de un ser invisible, según Hermann e Ismael.

Bien, adelante: Habría perdido la virginidad a los diecisiete años, a manos de un sensible estudiante de Bellas Artes que luego la abandonaría para irse a la India o al Tibet, a buscarse a sí mismo espiritualmente o alguna otra chorrada por el estilo. Le lloraría justamente dos meses, ni uno más ni uno menos. Después habría tenido una serie de experiencias sexuales ocasionales hasta que sentara la cabeza, casándose con un profesor de mediana edad tan respetable como falto de imaginación, con el que tendría dos hijos y un gato persa. Irían juntos al cine, a reuniones académicas — porque para entonces ella sería ya profesora de literatura inglesa— y colaborarían ocasionalmente con Greenpeace y Amnistía Internacional. Votarían socialdemócrata o en blanco, fumarían marihuana —pero sólo una vez, para probarla— y nada de alcohol. Después tendría que enterrar a sus padres, primero seguramente papá porque fumaba mucho, después mamá y los primeros puñados de tierra que caen sobre los ataúdes, tap, tap, tap. Comida japonesa en los festivales —*sashimi, tempura, yakitori*—, traída por un repartidor en moto y armándose unos líos terribles para saber qué lleva cada plato. Viajes al extranjero en vacaciones —Berlín, Roma o Punta Cana—, campamentos *boy scouts* para los niños. Algún amante muy pasajero, porque no voy a arruinar mi matrimonio por una loca aventura y prefiero las comedias románticas donde todo acabe bien. Desde luego, no las películas de terror y menos las de zombis, tan de moda justo el año antes de... ¿de qué? ¿De la Plaga? ¡Pero si la Plaga no había ocurrido nunca! No era más que una fantasía para la tele, una cosa así como *The Walking Dead*. Y en realidad ella no había tenido nunca que aprender a manejar un fusil de asalto ruso, ni a dispararles a esos monstruos en la cabeza porque es el único sitio donde de verdad los dejas tiesos. Jamás había cazado ardillas ni conejos y mucho menos ratas, no tenía ni idea de encender un fuego ni de escoger el mejor sitio para esconderse por la noche para dormir. Tampoco había estado nunca en Cíbola — ¿qué era Cíbola?— ni había conocido al *továrich Alexei*, ni salvó la vida del novato Andrés durante la batalla del Gran Gusano. El mundo entero era seguridad y monotonía, los pequeños placeres de la existencia de clase media: un buen libro, un buen disco, la cena a las nueve en punto, las mismas conversaciones día tras día y noche tras noche y así hasta la muerte. Y sobre todo, nunca, nunca habría conocido al Niño Máquina.

—¿No vas a contármelo?

—No —dijo Eva al fin con una sonrisa extraña—. Créeme, sería demasiado aburrido.

—La llave de las esposas —dice Robinson en voz alta.

Viernes le mira sentado sobre sus cuartos traseros con cara de confesor o de poli bueno. Con los belfos manchados de sangre, eso sí. Pero Robinson sólo puede pensar en una cosa:

—La llave de las esposas. Tráemela, precioso.

Por supuesto que Viernes no reacciona en absoluto. Y sin embargo, las llaves están ahí mismo, tan cerca, a no más de tres metros, asomando del bolsillo trasero del muerto como si fueran un montón de cascabeles. Robinson sonríe amargamente al darse cuenta de hasta qué punto está atrapado. ¿Y qué pensarán los arqueólogos del futuro? Dos cadáveres en el suelo con señales de violencia y otro más esposado al árbol, muerto simplemente de sed. Y el esqueleto del pobre Viernes, que seguramente llevará su estúpida fidelidad hasta el extremo de dejarse morir a su lado. Vaya cuadro.

¿Y qué esperabas? ¿Qué cogiera el manojó de llaves y te lo pusiera delante de las narices? ¿Y por qué no le pides que recite pasajes del Antiguo Testamento? Es un perro, joder.

Además, piensa Robinson, aunque el animal pudiese acercarle el llavero, de poco le serviría. Para verse libre, su amigo canino debería superar al menos las siguientes etapas: 1) Búsqueda y captura del llavero. 2) Selección de la llave correcta. 3) Introducción de la llave correcta en la posición correcta por el ojo de la cerradura. 4) Giro completo hasta culminar la apertura. Robinson resume el largo proceso en sólo dos palabras: estoy muerto. De repente se siente agotado y cierra los ojos:

—Siempre he pensado que eras mucho más que un perro. Que tenías algo de humano, o incluso algo sobrenatural. Lo supe desde que te vi por primera vez.

—Ahí me has pillado, Robinson.

—Entonces, ¿vas a liberarme?

—Será bastante difícil. Recuerda que yo no tengo manos, sólo garras y dientes.

—Pero aun así podrías hacerlo.

—Supongo que podría intentarlo. —La voz de Viernes es rasposa y al mismo tiempo agradable, como el chirrido que se escucha cuando te rascan la espalda—. Tal vez podría, pero...

—¿Pero qué?

—Con sinceridad, prefiero bailar. Y prefiero también que te jodan, Robinson.

Y dicho esto, Viernes se pone a dos patas ensayando los primeros compases del twist. Robinson abre unos ojos llenos de justa indignación sólo para descubrir que han pasado un montón de horas y que ya es otra vez de día. Los dos cadáveres permanecen tumbados cada uno en su sitio, sin molestar a nadie y sin haberse movido un milímetro. De Viernes no se ve el menor rastro.

—Pedazo de cabrón, prefiere bailar el twist —dice Robinson antes de desmayarse de nuevo.

—No te muevas.

—Tranquila. No pasará nada.

Eso ya lo veremos, pensó Eva sin dejar de apuntar. Al principio le pareció una sombra negra que había surgido como por arte de magia desde detrás de una cascada de helechos, algo que tomó por un oso de talla mediana. Pero era un perro, o más bien un cruce entre lobo y mastodonte a juzgar por su tamaño. El animal avanzó unos pasos muy cautelosamente, mientras el dedo de Eva se tensaba más y más sobre el gatillo. Ya estaba a punto de abrir fuego cuando el bicho se tumbó de pronto panza arriba y se puso a gemir como un cachorro.

—No te acerques a él.

—Pobre. Está lleno de heridas —dijo el niño.

Empatía: la palabra brilló durante un segundo en la mente de Eva y enseguida se desvaneció, ahora no tenía tiempo para pensar en esas cosas. ¿Pero has oído lo que ha dicho? Ha sentido lástima del...

—¡No lo toques, joder!

—No pasa nada. Venga, guarda la pistola. —Ismael se había acuclillado junto al perro y le acariciaba la barriga, recibiendo a cambio unos amistosos lametones. Eva se estremeció al ver aquellas mandíbulas de sierra a centímetros del cuello de Ismael, tan pequeño, tan frágil—. Es muy cariñoso, ¿lo ves?

—¿Y esas heridas?

—Creo que sólo son rasguños, podríamos curárselos. Aún tenemos desinfectante.

—Imagínate que se los ha hecho un Errante.

—Jamás he oído hablar de un animal infectado.

Era cierto. Curiosamente, los Pellejudos sólo centraban su ira —su Hambre— en sus antiguos congéneres humanos. Los ataques contra animales eran rarísimos y ocurrían siempre por casualidad, necesitándose de un contacto físico directo para que se produjeran. En una ocasión, Eva había visto pasar a un grupo de Errantes a menos de cinco metros de un rebaño de cabras salvajes, las cuales ni siquiera se molestaron en dejar de pastar. Ambos grupos, los animales y los Errantes, se limitaban a ignorarse mutuamente. E incluso en el caso de ataques esporádicos, el agente contaminante —ya fuese un virus, una bacteria o una maldición divina— sólo se propagaba entre organismos humanos. O eso se creía según la voz de la experiencia.

—Creo que intenta decirnos algo —señaló Ismael.

El animal se acercó a olisquear entre las piernas de Eva, que acababa de bajar la pistola. De pronto y sin que nadie lo esperara, se alzó sobre sus patas traseras y la abrazó estrechamente —era un poco más alto que ella— propinándole dos o tres empujones espasmódicos. Eva se lo quitó de encima de un codazo, reprimiendo a

duras penas las ganas de reír. Bueno, ya era lo que me faltaba.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó el chico.

—No lo sé. Querrá jugar, seguramente.

—¿Y tú de qué te ríes?

—De nada.

—Lo llamaré Acab —dijo solemnemente Ismael.

A veces había que dar gracias a Dios de que las máquinas continuaran siendo niños pequeños. Ahora el animal, seguramente avergonzado de su grosería, se hallaba tumbado a los pies de Eva, mirándola con una fijeza implacable que a la vez tenía algo de seductora. Las caras de los perros pueden ser infinitamente más expresivas que las de las personas y, por su parte, Eva empezaba ya a intuir que aquel encuentro no era casual.

—Sí, lo llamaré Acab.

—No tan deprisa, Máquina —señaló Eva—. Recuerda que aquí mando yo.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó el chico nerviosamente—. Nos lo quedamos, ¿no?

Nunca lo había visto tan excitado. Estaba claro que Acab y él se habían enamorado a primera vista... y si aquello era un riesgo, valía la pena correrlo. Pensó en el futuro de Ismael si ella moría durante el largo viaje; morir era lo único que resultaba fácil en un mundo plagado de asesinos Errantes y de humanos aún más peligrosos. De pronto, una revelación llegó a su mente como un relámpago caído del cielo: el perro no lo abandonaría jamás y daría la vida por él si fuese necesario. Eva nunca adivinó las razones de esta extraña certeza que, sin embargo, no podía negar.

—Lo tendremos a prueba una temporada —dijo al fin, y la cara del chico se iluminó con una de sus extrañas y bellísimas sonrisas—. Después, ya veremos. Mira, creo que quiere que le sigamos.

Acab-Viernes se había alejado unos pasos y ahora los miraba expectante, tenso como un lebel. Se acercaron caminando entre los arbustos antes de que el animal echara a correr de nuevo y se detuviera a unos diez metros de distancia, exactamente en la misma postura de antes.

—No sé si llamarle Acab —observó pensativo el chico—. Podría ser una hembra.

—Es un macho, te lo aseguro —le dijo Eva sin poder parar de reír.

Caminaron cerca de una hora por un bosque de pinos cada vez más denso, en el que hasta la figura de Viernes esperándoles a cierta distancia tenía algo de fantasmal. El suelo estaba lleno de agujas que crujían al pisarse y no vieron el menos rastro de presencia humana, pasada o presente. El muro de árboles era tan espeso que apenas se veía a veinte pasos, y Eva comenzó a sentir una extraña claustrofobia. De vez en cuando, una piña golpeaba el suelo con el estallido de una pequeña bomba. Pero, aparte de eso, el bosque era silencioso y no se oían pájaros.

—Mantente alerta —le dijo al chico en un susurro—. No sabemos adónde nos lleva.

Ismael asintió, con la vista clavada en el suelo. Aquel debió de haber sido en sus buenos tiempos uno de esos bosques domesticados por la mano del hombre, en el que cada árbol y cada metro de terreno estaban planificados y diseñados para ofrecer la máxima cosecha posible de celulosa. Pero los tiempos de la humanidad habían pasado y ahora la naturaleza campaba por sus respetos definitivamente. Allí no había hombres y ni siquiera Errantes; tan sólo árboles, árboles, árboles.

Tras descender una pequeña loma, se encontraron de bruces con el pantano de aguas terrosas y quietas. Era tan grande que apenas se veía la otra orilla, y Eva pensó melancólicamente en la posibilidad de un baño. Bueno, tal vez más tarde, se dijo intentando animarse. Por el momento los árboles habían desaparecido y eso ya era un consuelo. El perro les condujo a través de un camino asfaltado que bordeaba la orilla y que terminaba bajo una gran placa metálica, llena de óxido pero perfectamente legible:

SU EXCELENCIA EL JEFE DE ESTADO
FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE
CAUDILLO DE ESPAÑA
INAUGURÓ ESTE EMBALSE
EL 10 DE MARZO DE 1958

Esto no les decía nada, así que se internaron de nuevo entre los pinos hasta llegar a una honda ladera salpicada de brezos y ortigas. Mientras descendían, Eva divisó la cabaña en medio de la hondonada, a poca distancia del árbol solitario. En ese momento algo llamó su atención hasta el punto de hacerle sacar los prismáticos de la mochila.

—Vaya. Joder.

Había alguien sentado en una extraña postura junto al árbol —un gran abedul, tal vez— y no se movía. A escasos metros de distancia, lo que había tomado por dos salientes de piedra eran en realidad dos cadáveres humanos.

—Joder —repitió.

No se le ocurrió nada más inteligente que decir mientras observaba al perro trotar alegremente hacia la escena como si aquello fuese lo más natural del mundo.

—Los han matado a dentelladas.

—¿Y este?

—Está vivo.

Ya estamos otra vez, pensó Robinson. Mierda de alucinaciones, no me dejarán morir en paz.

—A dentelladas de perro. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

Nadie respondió a esa pregunta, y eso que la voz era joven, bonita, sensual. Jodidas alucinaciones: tan sólo era cuestión de tiempo que se transformara en la voz de su padre, en la de San Pedro o en la del ayatollah Jomeini, por poner unos ejemplos. Lo más desagradable de morir era lo idiota que debía de parecer uno, porque por lo demás no estaba tan mal. Ya no sentía dolor, ni siquiera esa insufrible sensación de sed que le quemaba la boca como si estuviera masticando carbones encendidos. Entre otras cosas porque tampoco sentía la boca, y no le hacía ninguna falta.

—Tu amiguito se ha cargado a esos dos, Máquina.

—Eso no lo sabemos.

—Yo lo sé y tú lo sabes.

—No es verdad.

Ahora era la voz de un niño, sin lugar a dudas, sobre el ruido de fondo de la jadeante respiración de Viernes. Una voz tensa y en guardia, como si alguien intentara arrebatarse con engaños su juguete favorito. ¿Por qué tendría tanto miedo? ¿Y por qué han de interesarme a mí esas gilipolleces? Son alucinaciones, nada más. Venga, olvídate de las voces, disfruta de tu viaje, libera más endorfinas. En ese momento Robinson sintió la caricia del líquido empapándole la cara, y supo que la realidad era algo tan vulgar como que alguien te derrame una botella de agua sobre la cabeza. Sin poderlo evitar, entreabrió los labios encontrando el borde de la botella. Entonces bebió hasta saciarse, todavía resistiéndose a abrir los ojos porque no quería ver nada. Y sin embargo el mundo se negaba a dejarle morir en paz, vaya putada.

Una hora más tarde, cuando las sombras se iban alargando en el pasto y Robinson ya estaba en condiciones de mantener una conversación, Eva y Máquina regresaron al árbol después de registrar someramente la cabaña. Viernes les seguía a corta distancia sin separarse del niño ese tan raro, lo que hizo sentir a Robinson un extraño malestar añadido a todos los demás. En ese momento la chica se acuclilló ante él, con una vaga sonrisa en la cara que podía significar cualquier cosa.

—¿Cuándo vais a soltarme?

—Quizá cuando nos expliques qué ha ocurrido aquí.

—Dame un poco de agua.

Mientras bebía, Robinson observó de reojo que los dos cadáveres habían sido cubiertos con mantas o algo parecido. Este detalle lo tranquilizó un tanto en lo concerniente a su propia seguridad. Pero... ¿a qué bando pertenecía ahora Viernes? Parecía haberse olvidado de él, y lo único que hacía era menear estúpidamente el rabo mientras seguía al niño a todas partes o se dejaba acariciar por él. Tantas latas de *corred beef* invertidas para nada, sentenció Robinson. Qué inconstante es el amor.

—Yo soy Robinson. ¿Quiénes sois vosotros?

—Me llamo Eva y él es Ismael. ¿Qué ha pasado aquí?

—Escúchame bien, Eva —dijo Robinson empleando su mejor tono de autoridad o algo que se le parecía—: Calculo que llevo aquí inmovilizado por lo menos dos días. Estoy hambriento y cansado, por no mencionar el olor que despido tras haberme visto obligado a hacerme encima mis necesidades más básicas. En todo caso, lo que quiero que sepáis es que no voy a decir ni una sola palabra hasta que me soltéis. Supongo que ya tenéis la llave de las esposas, y si no, os informo que debe de estar en el llavero que asoma en el bolsillo del cabrón ese que está muerto. Y eso es todo de momento.

—Muy bien —respondió ella encogiéndose de hombros—. Ismael, nos vamos.

El chico asintió sin más y, desde luego, sin la oleada de protestas que Robinson esperaba con total ingenuidad. ¿Es que le iban a dejar morir allí como un perro? Ni siquiera como un perro, pues Viernes seguramente les acompañaría. ¿En qué habían quedado cosas tales como la decencia y la humanidad? El penetrante olor a mierda que subía desde sus pantalones fue la mejor respuesta. Mientras tanto, Eva e Ismael ya se habían colgado las mochilas a la espalda.

—¡Esperad, maldita sea! —gimió Robinson. Hizo una pausa para recuperar el aliento y luego continuó hablando, cada vez más deprisa—. Me encontré con esa tía y me contó llorando que a su novio se lo habían zampado los Pellejudos. Todo era mentira, pero consiguió que me ablandara y bajé la guardia. Entonces vino el novio o lo que fuera y me golpeó en la cabeza por detrás. Cuando desperté me encontraba

esposado a este jodido árbol, y ellos dos estaban discutiendo sobre cuándo deberían matarme para que mi cuerpo permaneciese fresco el mayor tiempo posible. Sí —añadió con una sonrisa amarga—, esos dos cabrones se habían convertido en caníbales. Como si no tuviéramos bastante con los Pellejudos...

—Sigue.

—Después el tío empezó a pegarme por algo que dije, no recuerdo qué. Y entonces mi perro, que es ese que tenéis ahí, salió de donde mierda hubiese estado escondido todo el tiempo y los degolló a los dos. Sí, el jodido Viernes, porque así se llama: Viernes, hizo un buen trabajo.

—¿Por qué ella está medio desnuda? —preguntó Eva.

—Ya te lo imaginas: era el último deseo del condenado a muerte, la tía me estaba enseñando las tetas. Hasta que mi perro salió de la nada por sorpresa y le quitó las ganas de seguir haciéndolo. —La sonrisa de Robinson se hizo más ancha y siniestra.

—¿Qué ocurrió después?

—Como para Viernes era bastante difícil abrir las esposas, me estuvo haciendo compañía un rato y después se marchó. Yo me desmayé o me quede dormido, qué coño importa eso, y lo siguiente que recuerdo es a vosotros dos mirándome como si ya estuviese muerto. ¿Vais a soltarme ahora?

Eva se quedó pensativa unos instantes. Lo que habían encontrado en la cabaña encajaba más o menos con la historia de este tío: nada menos que doce cráneos humanos dispuestos simétricamente sobre una estantería. No era la clase de trofeo que guardaban los supervivientes normales, en el supuesto de que todavía quedase alguno que pudiera considerarse así. Y habían encontrado muchos más objetos raros en la cabaña; algunos de ellos útiles, otros simplemente curiosos.

Vieron una especie de cinturón de quince granadas de mano, adornado con cargas explosivas de nitrato de amonio y queroseno, que podían ser accionadas todas a la vez —las granadas— simplemente tirando de un cable que arrancaba todas las espoletas al mismo tiempo; un bonito juguete al que no hubiese hecho ascos cualquier terrorista suicida de esos que tanto abundaban en la época anterior a la Plaga. Lo más curioso era que este cinturón, por llamarlo de alguna manera, estaba colgado de la pared formando un círculo perfecto. Y en el centro de dicho círculo podía verse una fotografía de la pareja de antiguos inquilinos en tiempos sin duda mejores, sonriéndose muy acaramelados, quizá durante unas vacaciones. Más tarde, Eva abrió una puerta que comunicaba con un minúsculo jardín lleno de malas hierbas y huesos humanos, que ni siquiera se habían molestado en enterrar.

Sí, aquellos dos habían practicado sin duda el canibalismo. Y muy probablemente el tal Robinson iba a ser el próximo plato del menú. ¿Quién sabía? Tal vez si el perro no los hubiese matado, ella e Ismael habrían compartido el mismo destino. O las mismas cacerolas, pensó en un arranque de humor negro que no dejó de divertirle.

Había que reírse de todo en todo momento, esa era la regla de oro para no morir. O al menos para no hacerlo por la propia mano.

—¿Qué dices, Ismael? ¿Le soltamos?

—No —respondió el chico rápidamente, sin dejar de acariciar a Acab-Viernes—. No me fío de él. Es un riesgo que no debemos correr.

—Pero si le dejamos aquí abandonado, se morirá.

—¿Y qué nos importa?

La lógica cibernética había emitido su veredicto y Eva tuvo que contenerse para no soltar una carcajada, mientras la cara del prisionero se tornaba cada vez más pálida. Se agachó de nuevo ante él, mirándole con una benevolencia no exenta de humor.

—Dime algo para que pueda confiar en ti, Robinson.

—¿Qué quieres oír? Diré lo que sea para que me sueltes.

—Quiero la verdad.

—Creo que estáis jugando conmigo. Creo que me dejaréis morir aquí, pero que antes os divertiréis un rato a mi costa, porque la Plaga mató a todo el mundo menos a los sádicos hijos de puta como vosotros. Creo que...

—Es suficiente —cortó Eva—, pero vas por buen camino en cuanto a eso de decir la verdad. ¿Robinson es tu verdadero nombre?

—No. Es por el Robinson Crusoe de Daniel Defoe. ¿Sabes quién era Daniel Defoe? Un tío que vendía lavadoras.

—No digas más gilipolleces, Robinson. Soy una especialista en literatura inglesa.

Eva sonrió mientras Ismael les vigilaba de reojo, fingiendo no estar pendiente de la conversación. En realidad no se perdía una sola sílaba.

—¿Ese niño es tu hijo?

—Sí.

—A mí me parece un pequeño cabroncete sin entrañas. Lo siento, pero pedías la verdad.

—Sí, eso es lo que parece —concedió magnánima Eva—. Es porque está loco, pero no es mal chico. Es que se cree una máquina, ¿sabes?

—Genial. ¿Tú también estás loca?

—Claro, como todo el mundo.

Eva se incorporó para caminar unos pasos, situándose momentáneamente fuera del alcance visual de un Robinson que ya sólo esperaba un disparo, o más bien — porque no era sensato despilfarrar municiones— la brutal caricia del mazo True Temper en el cráneo. Bueno, pensó, ni siquiera puedo decir que lo sienta demasiado. Es otra forma de separarme de este puto árbol, nada más. Eso sí, nada más termine de atravesar el famoso túnel, pediré una hoja de reclamaciones. En ese momento se escuchó un chasquido metálico, y los brazos de Robinson cayeron a sus costados

como dos ramas muertas. Sin esperarlo de ninguna manera, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Gracias —murmuró, y eso fue todo lo que tuvo tiempo de decir antes de desmayarse.

Aquella noche, mientras Robinson y el chico dormían en la cabaña a la mayor distancia posible el uno del otro, Eva experimentó un vago presentimiento que la obligó a dejar el saco de dormir para hacer una ronda por los alrededores. Sólo para estirar un poco las piernas, se dijo, respirar aire puro y todo eso. Acab-Viernes la siguió al instante, mendigando unas caricias que ella no estaba muy dispuesta a concederle.

—Anda, chico, vete dentro. Duerme un poco.

Ni el menor caso; el perro la seguía como si fuese su sombra. Una luna enorme como el sol emergía tras las copas de los árboles lejanos, sumergiendo el paisaje en una claridad espectral. A la luz de esa gigantesca roca sin vida, Eva observó los dos cadáveres tapados con mantas o prendas de ropa, lo primero que pudo encontrar en la cabaña. Lo más decente habría sido enterrarlos, pero tal inversión de tiempo y esfuerzo sencillamente no merecía la pena. Y seguro que a ambos les iba a dar exactamente igual.

A Eva le extrañaba mucho que no hubiese Errantes en esta región y ni siquiera la menor huella de su presencia, lo que no le hubiese pasado inadvertido a una veterana como ella. Habló del tema con Robinson —un Robinson ya alimentado y aseado en el pantano, un Robinson que volvía a creer en los milagros— y este no pudo más que repetirle la historia que le había contado su secuestradora, la bella y difunta Laura: por alguna razón el lugar estaba maldito desde antes de la Plaga, la gente se suicidaba o se volvía loca o las dos cosas a la vez. Parecía verdad que los Errantes jamás atravesaban las invisibles fronteras. Pero dado que no había caza y que resultaba casi imposible cultivar la tierra, tampoco era como para echar las campanas al vuelo. Ni siquiera habían visto un solo pez en el pantano. No nos quedaremos mucho tiempo, había murmurado Eva más para ella misma que para Robinson.

Bostezó, sintiendo la presencia silenciosa del perro a su lado, tal vez demasiado cerca. A pesar de eso no pudo resistirse a acariciarlo, recordando sus juegos con Ismael durante los cuales el crío parecía —¡casi, casi!— un niño normal. Y no era que a Eva le molestara la peculiar locura del chico —cada cual utilizaba los escudos que estaban a su alcance—, sino que temía mucho más a aquello en lo que la locura pudiera convertirse con el paso del tiempo. Tarde o temprano, Ismael se daría cuenta de que no era una máquina. Y eso sería un golpe durísimo para él, quizá un golpe mortal. Era un proceso que ya había comenzado y nadie podía saber cuándo terminaría. La desesperación y el horror, tanto tiempo encubiertos bajo sus delirios, iban a salir por fin a la luz destruyéndolo por completo, tal vez para sumergirlo de por vida en un autismo vegetal. Eva había leído en algún libro que la locura surge en todo caso de una situación de jaque mate; un buen jugador de ajedrez como Ismael no

podía sustraerse a esto. Y sin tener razones de peso para probarlo, ella intuía que cuanto más tarde ocurriese esta revelación, tanto más mortífera iba a ser. Tarde o temprano, sí, pero mejor temprano. No era lo mismo vivir una fantasía por cuatro o cinco años que hacerlo durante décadas. Y si había alguien capaz de curar pronto a Ismael, ese alguien era el perro. En esta cuestión, el animal podía ser más valioso que todos los loqueros anteriores a la Plaga juntos.

Pero es que además el puñetero bicho se hace querer, pensó Eva con media sonrisa al sentir la lengua rasposa lamiéndole la mano. Recordó su curiosa actitud justo cuando Robinson acababa de bañarse y vestirse con la ropa del fallecido Víctor, pareciéndose de nuevo a un ser humano. El chucho había hecho algunas cabriolas ante él y se había dejado acariciar un poco, pero no demasiado. Como si le dijera: Tú y yo seguimos siendo buenos amigos, pero las cosas cambian y espero que comprendas que ahora tengo otra relación; lo nuestro ha sido maravilloso, etcétera, etcétera. Y como si quisiera corroborar dichas calabazas, había vuelto al lado de Ismael para que todo el mundo —y en particular, el despechado Robinson— supiera muy bien a qué atenerse. Sin duda, la cosa podía verse desde el lado cómico, y no obstante era cierto que el animal sabía mostrarse más expresivo con sus ojos que muchos seres humanos con las palabras. Eva se rio de estos pensamientos mientras propinaba una última caricia a la enorme cabezota peluda. Y ya se daba la vuelta para volver a la cabaña cuando vio de reojo un extraño movimiento en las cercanías del árbol solitario.

¿Había sido un golpe de viento o una alucinación? Pero no pudo notar ni la más ligera brisa —ni gota de viento, habría dicho su padre en tiempos más felices—, y desde luego que ella no padecía alucinaciones. Miró a Viernes, que ahora permanecía inmóvil gruñendo sordamente en dirección al claro. Entonces la manta volvió a moverse casi imperceptiblemente, y una mano gris se asomó a la luz de la luna tambaleándose como una araña borracha.

—Mierda —dijo Eva en voz alta y clara.

Podía haber utilizado la pistola, pero en los primeros momentos tras el despertar los Errantes son demasiado torpes como para crear demasiados problemas. Así que prefirió el cuchillo del Ejército Rojo que Alexei le había regalado en Cíbola, también en tiempos más felices. Se acercó con rapidez y levantó la manta, sólo lo estrictamente necesario para ver el rostro de la antigua caníbal mirándola fijamente desde la nada.

—Madre —murmuró Laura, un segundo antes de que el cuchillo de Eva se le incrustara en la frente.

Poco después repitió la misma operación con Víctor: un golpe seco, rápido, justo encima del entrecejo. El crujido del hueso al romperse y después sacar la hoja lo más rápidamente posible para evitar las arcadas, limpiarla bien aunque sea con hierba. Víctor no había despertado aún a su particular vida en la muerte pero tarde o temprano lo haría, todos lo hacían. Todos los que habían sido mordidos. Y ahora quedaba la parte más difícil.

Empuñó la Beretta y caminó hacia el perro, que permanecía inmóvil en el mismo lugar donde ambos detectaran el primer movimiento de la manta. Viernes había dejado de gruñir y ahora la miraba jadeante, con esa inocencia en los ojos que sólo poseen los niños y los animales. Eva alzó el arma muy lentamente, apuntando a la cabeza.

Tienes que disparar. Pero antes piensa cómo se lo explicarás a Ismael.

La brisa nocturna bajaba en murmullos desde las colinas. En cualquier otro momento habría sido agradable, pero ahora sólo le provocaba escalofríos. Miró al cielo un momento, como si esperase un consejo o al menos una prórroga. Había millones de estrellas.

No es un perro Errante, no hay perros Errantes. Pero es un portador y si muerde a alguien más...

Eva amartilló el arma y tuvo que apuntar de nuevo, esta vez con los ojos llenos de lágrimas. Viernes la miraba ahora con curiosidad, las orejas gachas y la cabeza ladeada, intentado descubrir en qué consistía exactamente el nuevo juego. Eva cerró los ojos y crispó el dedo sobre el gatillo.

Es su última posibilidad de recuperar la cordura. Si lo matas, matas la esperanza.

Empezó a temblar. Al abrir los ojos, vio que Viernes ya no estaba. Se había alejado unos pasos, olisqueando sin demasiado interés el abedul al que habían esposado a Robinson. De pronto levantó una pata y un chorrito de orina se estrelló contra la corteza, resbalando en pequeños surcos hacia el suelo. Consciente de haber cometido una imperdonable grosería en presencia de una dama, Viernes se acercó al trote con las orejas gachas, topando su cabezota peluda una y otra vez contra las piernas de Eva. Y sólo a partir de ese instante ella supo que no podría matarlo. Así que al fin bajó el arma, vencida, bajo un manto de estrellas siempre indiferentes a los dilemas humanos.

—Me dijiste que el niño era tu hijo.

—Así es.

—Pues no me salen las cuentas. Tú debes de tener como mucho veintidós años y él...

—A mí me importan una mierda tus cuentas, Robinson.

Llevaban tres días en la cabaña, y Robinson ya la conocía lo suficiente como para saber que no existía malicia alguna en esta respuesta: no era más que la simple exposición de un hecho evidente. Afuera se escuchaban los alegres ladridos de Viernes, que contrastaban con el silencio impenetrable del niño. Últimamente Ismael estaba aún más serio y taciturno que de costumbre, si tal cosa era posible.

—¿Cuándo me devolverás mi revólver? —preguntó Robinson.

—No lo sé. Quizá nunca. Y en todo caso, no antes de que nos separemos.

—Pero yo quiero marcharme con vosotros. No tengo ningún sitio al que ir.

—Nosotros tampoco.

—No quiero estar solo por más tiempo —murmuró, más para sí mismo que para Eva.

Se había recuperado con cierta rapidez de su horrenda experiencia en el árbol, pero la procesión iba por dentro. Un par de días de descanso, los baños en el pantano y las latas de comida procedentes de la furgoneta abandonada habían hecho milagros con su maltrecho cuerpo. Otra cosa era la mente, esa vieja zorra imposible de acallar.

—Llebadme con vosotros —insistió—. No me convertiré en un estorbo, te lo prometo. Estoy harto de ser esto.

—¿De ser qué?

—Robinson Crusoe. Y además os llevaréis a Viernes y me quedaré aún más solo que antes. Todo es una mierda, de verdad. Cuando salí de mi agujero pensaba...

—Viernes es un portador de la infección —cortó Eva.

—¡¿Qué?!

—Hace tres noches salí a vigilar los alrededores de la cabaña y, por pura casualidad, vi que los dos cadáveres comenzaban a moverse. Fue un golpe de suerte; imagínate lo que habría sucedido si nosotros tres hubiésemos estado durmiendo en ese momento.

—Pues que entonces Viernes nos habría defendido —replicó rápidamente Robinson—. O al menos nos habría advertido de la situación con sus ladridos.

—Eso pienso yo también —concedió Eva—, y esa es una de las razones por las que el perro sigue vivo. La cuestión es que yo maté a los dos Errantes antes de que pudieran incorporarse, y luego volví a taparlos sin más. Lo que no resuelve el problema principal: Viernes es un portador sin síntomas de la infección. Tiene la

enfermedad pero no la padece, aunque puede transmitirla a los seres humanos por los medios que ya conocemos. Esa es la situación.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó cautelosamente Robinson.

—Lo he pensado mucho antes de decidir que no voy a hacer nada. Tal como están las cosas, el perro es nuestro mejor seguro de vida. Por otra parte, no creo que haya la menor posibilidad de un contagio accidental. Lo he observado detenidamente y nunca juega a morder a las personas, como hacen otros perros. Es como si supiera...

Se calló de repente, dándose cuenta del absurdo que había estado a punto de decir. Y sin embargo, había oído otras historias parecidas, tanto en Cíbola como fuera de ella. Se decía que los animales atacados que no desarrollaban la enfermedad —en la práctica, todos, ya que sólo los humanos podían convertirse en Errantes— desarrollaban una inteligencia especial, como si estuvieran conectados a algo distinto y muy superior a ellos. Incluso circulaban fábulas legendarias sobre casos de seres humanos mordidos —¿uno de cada cien mil, uno de cada millón?— que no sólo no se convertían en Errantes, sino que a partir de ese momento comenzaban a desarrollar facultades parapsicológicas tales como la telepatía o la precognición. Eva nunca creyó una palabra de estas historias en lo que a los humanos se refería, pero en el caso de los animales la cosa era bien distinta. Y no sólo por lo que se contaba aquí o allá; lo había visto con sus propios ojos en el pasado y todavía podía verlo de forma cotidiana. Lo único que debía hacerse era observar con la máxima atención a Viernes.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que le encontraste?

—No lo sé —respondió Robinson—. El tiempo no es algo fácil de medir en estos días. Pero por lo menos dos semanas.

—Dos semanas. Y si en dos semanas no ha desarrollado los síntomas, nada hace pensar que vaya a hacerlo en el futuro, ¿no es cierto?

—Pues sí. Y en cualquier caso, es un riesgo que merece la pena correr.

Le sorprendió agradablemente la determinación de Robinson, que nunca había visto antes. Después pensó que pronto llegaría el momento de marcharse: Robinson estaba ya lo suficientemente recuperado como para seguir su propio camino y la comida procedente de la furgoneta abandonada comenzaba a escasear. Este lugar estaba muy bien, con el pantano de agua potable tan cerca y sin Errantes que se atreviesen a merodear por los alrededores. Pero no había caza ni ninguna otra forma aceptable de conseguir alimentos, y sólo por eso era ya imposible permanecer allí. A no ser que se convirtieran en caníbales, como los antiguos propietarios de la cabaña. Mientras tanto, Robinson no se daba por vencido.

—Por favor, dejadme ir con vosotros.

—Créeme, es mejor que cada uno se vaya por su camino.

—Juntos seríamos mucho más fuertes.

—Es posible —dijo ella, sin el menor deseo de iniciar una discusión—. ¿Te has

dado cuenta de que Ismael parece cada vez más preocupado?

—No. No lo sé. En realidad no se molesta en hablarme. Más de una vez he intentado entablar una conversación con él. Y lo único que hace es mirarme como si yo estuviese muerto.

Eva sonrió discretamente. Justo era reconocer que Robinson se había esforzado hasta extremos casi ridículos por caerle bien al chico, incluso tras escuchar de sus labios aquello de que deberían dejarle morir esposado al árbol. Pero todos sus esfuerzos eran en vano. La situación daba un poco de pena y algo de risa, a la vez.

—No lo entiendo. Se pasa el día fingiendo que yo no existo, y lo hace tan bien que hasta he llegado a pensar que tiene razón. No puedo comprender por qué me odia de ese modo.

—No te odia —explicó Eva—. Recuerda: es una máquina y no está programado para odiar. Simplemente te ve como un competidor.

—Ahora lo entiendo todavía menos.

—Es sencillo. Mira, nosotros estamos aquí dentro y él juega en el claro con el perro, o suponemos que juega. Pero sólo se oye a Viernes. ¿Por qué?

—Dímelo tú.

—Porque no sabe de lo que estamos hablando, ni lo que podemos estar haciendo. No existe nada peor para una máquina que la incertidumbre, que él definiría más o menos como la inexistencia de datos suficientes para evaluar una situación o alguna otra chorrada científica por el estilo. En resumen, no sabe a qué atenerse contigo. Y por si fuera poco, está celoso.

—¿Celoso? Eso sí que es una tontería —exclamó Robinson desviando súbitamente la mirada—. No hay nada entre tú y yo. Salvo, claro está, mi más profundo agradecimiento por haberme salvado la vida.

—¿Y a ti no te gustaría que hubiese algo más entre nosotros, Robinson?

Robinson se quedó de piedra. ¿Se le estaba insinuando, o aquella era más bien una pregunta del examen que tendría que aprobar para que ella le dejara acompañarles? ¿Qué debería contestar, entonces? En todo caso, intuyó que la conversación empezaba a discurrir por senderos muy peligrosos para él.

—Eso no tiene nada que ver con lo que estábamos hablando —dijo al fin, sin querer comprometerse.

—Es cierto, pero permíteme otra pregunta. ¿Eres virgen?

—¿Qué?

—Que si has estado alguna vez con una mujer, ya sabes.

—Eso no es de tu incumbencia —respondió él mortalmente serio.

—Tienes razón. Lo siento, no he debido preguntártelo.

—Está bien, maldita sea —masculló Robinson tras un largo silencio—. Sí, soy virgen. Tengo veinticuatro años y sigo siéndolo, probablemente moriré así. ¿Alguna

pregunta más?

—No, sólo que no pensé que fueras homosexual.

—¡No lo soy, joder!

—¿En serio? Bueno, no te enfades. No es ninguna vergüenza, ¿sabes?

—¡Es que no...! Mierda, te estás riendo de mí, ¿no es eso?

—Podría ser —respondió Eva con su sonrisa más angelical—. Pero, hablando en serio, es que me resulta muy extraño que con veinticuatro años no hayas tenido sexo con nadie.

—¡Pues así es! —estalló un Robinson herido en lo más hondo—. ¡Con nadie! ¡Y con animales tampoco, si esa era tu siguiente pregunta!

—Vale, vale, no es necesario enfadarse. Y al menos estás siendo sincero. La sinceridad siempre da sus frutos.

—¡A tomar por culo! No necesito más humillaciones. Ya tuve bastantes en su momento.

Se protegió en el silencio como un pájaro en su nido, sin atreverse a marcharse. Otro en su lugar se hubiera largado dando un portazo, pero Robinson seguía allí.

—Lo siento —dijo Eva con su voz más dulce—. Me he portado como una estúpida.

—Estoy de acuerdo.

—No volverá a suceder, te lo prometo.

—Mejor así. Pero respondiendo a tu primera pregunta: sí, me gustas mucho y me encantaría acostarme contigo. Pero estoy demasiado acostumbrado a ver porno y, sobre todo, a que me rechacen. ¿Te ha quedado claro de una vez?

—Vamos, Robinson —dijo ella más seria—, es cierto que la he cagado, pero no es necesario que te pongas tan melodramático por una tontería así. Al fin y al cabo, somos supervivientes. Se supone que somos gente dura, ¿no es cierto?

—Quizá tú. Yo nunca pertencí al mundo anterior a la Plaga. Y a este, menos todavía.

—... exclamó el joven poeta mientras exhalaba un último suspiro... —recitó Eva teatralmente. Lo hizo de un modo tan cursi que ni siquiera el mohíno Robinson pudo evitar una sonrisa—. Deja que te cuente un secreto, compañero: yo nunca hubiese salido de ese refugio antiatómico. Jamás.

—Estás de broma.

—No. Y otra cosa con respecto a Ismael: no debes decirle nunca que el perro es un portador. Está celoso, pero no por mí, sino por Viernes.

—Ahora es cuando menos lo entiendo.

—Teme que, si nos marchamos, Viernes se quede contigo. Aún te considera su legítimo dueño.

—¿Por eso quería dejarme morir de hambre y de sed atado al árbol?

—Ajá.

—Vaya, todo un detalle por su parte —sonrió venenosamente Robinson.

Esa misma tarde, la última que pasarían en la cabaña del pantano, Robinson salió a dar una vuelta con la única idea de despejarse un poco la cabeza. Y lo primero que notó era que los dos cadáveres ya empezaban a oler mal: era hora de largarse, desde luego. En ese momento vio al chico sentado junto a Viernes en la ladera de la colina y se acercó a ellos, con el aire despreocupado del que nada tiene que perder. No estaban jugando, ni mucho menos. Simplemente permanecían sentados en silencio uno frente al otro, como en una de esas amistades tan profundas en las que se puede prescindir hasta de las palabras. Ismael fingía ignorar la presencia de Robinson y, peor aún, de los saludos en forma de cariñosos cabezazos con que le obsequiaba Viernes, pero por el rabllo del ojo no se perdía el menor detalle. Robinson se sintió extrañamente conmovido.

—Te lo regalo —dijo de pronto y sin pensarlo. Y al momento se echó a reír, porque la generosidad le alegraba el corazón y ahora había surgido de él de forma inesperada, y era la primera vez en toda su vida que sentía el inmenso placer de ser generoso. Pero no quiso que el chico interpretara su alegría como una burla, así que se obligó a continuar con absoluta seriedad—: Te lo regalo, no es broma. Se llama Viernes y creo que tiene ocho años. Deberías ponerle unas cuantas vacunas, aunque no sé si eso va a ser posible.

—Ya no hay veterinarios —dijo el chico, tan inmune como de costumbre a la ironía—. Tampoco hay clínicas de animales domésticos, así que no podré vacunarlos.

Era la primera vez que se molestaba en responder a las palabras de Robinson.

—Las vacunas no importan demasiado —dijo este—. Es tuyo.

—Gracias. Pensaba ponerle Acab, pero si su verdadero nombre es Viernes, será mejor que se llame así.

Y nada más: ni una puñetera sonrisa. ¿Qué esperabas? ¿Que empezara a saltar como una liebre de pura felicidad o que te bañara las manos en lágrimas de agradecimiento? Es una máquina, joder. El crío ni siquiera había cambiado de postura, con ese eterno gesto de estar muy lejos de allí siempre pintado en la cara. Mientras tanto Viernes olisqueaba entre las hierbas, ignorante de la cesión de que había sido objeto. Robinson sonrió discretamente, y ya se levantaba para marcharse cuando la voz infantil le detuvo:

—¿Sabes jugar al go?

—Pues no. La verdad es que no.

—No importa. Yo te enseñaré.

Y de este modo Robinson supo que había sido aceptado.

III

Madre

1

—¡Tú, faro de los mares! —exclamó de nuevo Acab mirando arrobado al sol—. ¡Tú, alto y poderoso piloto! Me dices donde estoy, pero ¿no podrías decirme dónde estaré? O bien, ¿no puedes decirme dónde vive en este momento algo que no sea yo? ¿Dónde está Moby Dick? Ahora debes de estar viéndole. Mis ojos miran al ojo mismo que en este instante le contempla...

Habían pasado cinco días desde que abandonaran la cabaña del pantano, cinco días tranquilos y apacibles como atardeceres de antiguos veranos, sin detectar el menor rastro de los Errantes. Tanto era así que Robinson casi empezaba a creerse otra vez sus descabelladas fantasías de que quizá ya no existieran: tal vez había venido un flautista de Hamelin y se los había llevado al son de su música mientras ellos dormían. A la luna, por ejemplo.

Pero justo en ese momento Viernes comenzó a gruñir ásperamente, tenso como la cuerda de un arco. Eva sacó la pistola de la cazadora y escudriñó con atención entre los arbustos, mientras Ismael se colocaba detrás de ella espalda contra espalda, en un movimiento tantas veces ensayado que casi parecía formar parte de una coreografía. Esperaron unos segundos en completo silencio, hasta que se oyó el estruendo inconfundible de un disparo seguido por los aullidos de los Errantes y un rumor de pasos a la carrera.

—¡Cinco! —gritó Robinson apareciendo de repente en el claro.

A estas alturas no eran necesarias las advertencias —puesto que los gemidos de los Errantes se oían ya por todas partes—, pero de todos modos resultaba bueno saber a cuántos debían enfrentarse. Y los muy jodidos habían permanecido bien calladitos hasta que fueron descubiertos a la vez por Viernes y Robinson, que hacía la primera guardia. Pero ahora no tenían tiempo de pensar en eso.

Eva apuntó cuidadosamente y le voló la cabeza a un tío con bigote, barba y un mono azul en el que podía leerse en mayúsculas CETESA, LOS REYES DEL MANTENIMIENTO ELÉCTRICO. Se volvió justo a tiempo para ver el salto mortal de Viernes sobre lo que en otro tiempo habría sido una apacible ancianita, que ahora chasqueaba sus mandíbulas sin dientes en un vano intento de conseguir carne viva. El perro y la Errante cayeron al suelo entre gruñidos infernales.

—¡Detrás de ti! —gritó Ismael.

Robinson se agachó instintivamente a la vez que se volvía disparando su revólver tres veces seguidas: el tipo de la camiseta negra cayó al suelo, los sesos esparcidos sobre la hierba. Ahora sólo quedaba la *hippy*, una cuarentona con un enorme colgante en forma de símbolo de la paz que extendía sus manos sarmentosas hacia el cuello de Eva. Mientras tanto, Viernes había acabado de decapitar a la anciana, lo que no impedía que sus mandíbulas siguieran entrechocándose en el suelo con una

insistencia atroz. Eva esquivó el torpe ataque de la *hippy* con toda la sangre fría de una superviviente experimentada: un simple movimiento lateral y el empujón en el momento oportuno, para hacerla rodar por el suelo aprovechando su propia fuerza de inercia. La Errante aún consiguió levantar la cabeza y mirarla con odio antes de que su cerebro estallara como una bomba, en fragmentos no mayores que una pelota de pingpong. Mientras tanto, Robinson malgastaba un proyectil para hacer callar definitivamente a la maldita cabeza de la vieja. No seré yo quien se lo reproche, pensó Eva en el silencio que siguió al eco de los últimos disparos.

—¿No eran cinco? —preguntó jadeando.

—Yo conté cinco.

Esperaron inmóviles y silenciosos como piedras, con las armas a punto. Salvo sus respiraciones agitadas y el gruñido incesante de Viernes, no podía oírse nada más. Cada segundo parecía un siglo.

—Mierda, ¿por qué no sale? —exclamó Robinson, incapaz de soportar la tensión—. ¿Dónde está?

—¡Silencio! ¡Callaos todos!

—A la izquierda, detrás de la encina —susurró Ismael con un hilo de voz.

Apuntaron automáticamente en la dirección que decía el chico, pero allí no podía verse nada. Eva sintió cómo su corazón, que no había subido más allá de cuatro o cinco pulsaciones durante el ataque, se aceleraba ahora como una locomotora enloquecida. Para colmo de males, notó que sus manos empezaban a temblar. Sal ya, hijo de puta, murmuró con la vista clavada en la encina.

—Necesito ayuda —dijo de repente una voz infantil.

Había salido de entre los arbustos de romero y tejo que bordeaban la encina y se acercaba muy despacio, las manos sobre la cabeza, como si fuese el delincuente más precoz del mundo que se entregaba a la policía. Más menudo que Ismael, probablemente no había llegado a cumplir siete años.

—Mierda —dijo Eva—. ¡No tires!

—¡Es un Errante! ¡Lo vi con ellos! —gritó Robinson.

—¡Te he dicho que no tires!

El pequeño se acercaba con una gran sonrisa en la cara y un uniforme de *boy scout* convertido en harapos, que en tiempos más felices quizá habría sido de color verde. Ahora ninguno de ellos se atrevía a moverse. Incluso Viernes, convertido de repente en la estatua de un perro al acecho que, sin embargo, no cesaba de gruñir.

—Tú eres mi mamá —siseaba aquella criatura mirando a Eva—. Y tú, mi papá —añadió desviando la vista hacia Robinson. Después miró a Ismael mientras su sonrisa se llenaba de dientes, convirtiéndose en algo más oscuro y siniestro—. Hola, hermanito. Te echaba de menos. ¿Quieres jugar conmigo, hermanito guapo?

—Matadlo —dijo Ismael sin inmutarse—. Es un Errante. Sólo repite lo que ha

aprendido.

Eva bajó ligeramente el arma, confundida. ¿Cómo era posible? Y sin embargo, no cabía duda: era un Errante. Tenía la piel escarlata, se movía a trompicones, hasta olía como ellos. Y sin embargo...

—Seréis más felices con Madre —siseó el pequeño ser mientras se abalanzaba sobre Eva con la boca desencajada de puro abierta, como una anaconda que se dispone a devorar a una presa más grande que ella. Entonces se oyó el estampido de un disparo certero y un segundo más tarde todo había terminado.

2

—¿Estás bien? —preguntó Robinson.

—Sí.

—He conseguido hacer algo de té, ¿quieres un poco?

—No, gracias.

—Venga, mujer —sonrió Robinson—. Alegra un poco esa cara.

—Sí, vale, de acuerdo. Es que no le vuelvo la cabeza todos los días a un niño vestido de *boy scout*.

—Eso ya no era un niño.

—Ya lo sé.

Robinson empezó a masajearle los hombros, al principio con cierta torpeza, fruto tanto de la timidez como de la falta de costumbre. A pesar de eso, ella cerró los ojos, complacida. Ojalá pudieras hacer lo mismo con mi cerebro, pensó con una sonrisa.

—Un poco más hacia la nuca, Robinson. Y no aprietes tanto, vas a estrangularme.

—Baja la cabeza. ¿Mejor así?

—Sí, mucho mejor. Ahí, justo ahí. Eeeeeeso es...

Por vez primera en todo el día comenzaba a sentirse relajada. Habían acampado en una cueva bastante amplia en la ladera sur de la montaña, un lugar ideal por varias razones. Para empezar, tenía dos salidas, lo que eliminaba la posibilidad de que se convirtiera en una ratonera si los Errantes volvían a aparecer. Por si fuera poco, ambas salidas se hallaban bien disimuladas entre la maleza. Y además, Robinson había conseguido encender un pequeño fuego tras múltiples intentos; ella no tuvo fuerzas ni ánimos suficientes como para impedirselo. Lo cierto era que el resplandor de las llamas en las paredes le daba al modesto refugio un cierto toque hogareño, o eso quiso pensar Eva.

—Mataría por un cigarrillo —dijo soñadora—. Uno de los antiguos, bien cargados de nicotina y alquitrán.

—Siempre podremos colocarnos con el humo de la hoguera —replicó Robinson, sonriendo con tristeza: Winston, Camel o Philip Morris eran nombres de un mundo que ya no regresaría. Echó un vistazo a la entrada de la caverna, donde Viernes e Ismael sostenían una animada conversación en completo silencio y sin moverse, seguramente por medio de la telepatía. ¿Y por qué no?, se dijo. He visto ya tantas cosas extrañas que una más no importa demasiado. El mundo estaba demasiado loco para Robinson, o Robinson para el mundo. Pero como él mismo decía, esas cosas habían dejado de importarle.

—¿Cómo estás?

—Mucho mejor. Gracias.

—No se merecen —murmuró satisfecho—. Hemos hecho bien en cambiar de

sitio. Esto casi parece una casa.

—No podíamos continuar allí, era demasiado arriesgado. Además, los cadáveres...

Eva no dijo nada más, pero él supo que todavía estaba pensando en el niño con uniforme de *boy scout*. Tú eres mi mamá y tú eres mi papá.

—No he oído a ninguno hablar así en toda mi vida —murmuró ella como si pensara en voz alta—. Alguna palabra suelta, como máximo. Pero esto, nunca.

—¿Cuál es tu teoría?

—Alexei pensaba que habían comenzado a aprender. Al principio no le creí, pero ahora no tengo la menor duda sobre eso. Y también creo que los niños aprenden más rápidamente que los adultos.

—Como si fueran personas... —dijo pensativo Robinson.

—Es que son personas. O al menos lo eran antes de la Plaga. Pero hay más: creo que alguien o algo les está enseñando. Un Errante no podría aprender nada parecido por sí solo.

—¿Y quién les enseña?

—Madre.

A esto siguió un largo silencio, en el que Ismael volvió hacia ellos la vista sólo durante una fracción de segundo. El suave crepitar de las ramas en la hoguera era el único sonido de fondo a sus pensamientos.

—¿Quién o qué es Madre?

—No tengo la menor idea. Y ni siquiera sé si existe o sólo se trata de una idea con la que intento darle algo de sentido a todo esto —murmuró Eva tras un silencio—. Pero he oído a algunos Errantes decir esa palabra: Madre. Al principio pensé que eran simples recuerdos, alusiones más o menos claras a sus madres reales. Pero ya desde hace tiempo sospechaba que no se trataba de eso. Y la demostración la hemos tenido esta misma tarde.

—Seréis más felices con Madre —repitió Robinson como si estuviera hipnotizado—. Joder.

—Así es: joder —estuvo de acuerdo Eva—. ¿Quieres que te cuente algo todavía más gracioso, Robinson? Creo que este viaje, que a primera vista nos parece tan absurdo, tiene en realidad un objetivo muy concreto.

—Tú dirás.

—Lo que de verdad pienso —concluyó Eva— es que estamos entrando de cabeza en el país de Madre.

3

Los días que siguieron a esta conversación fueron extraños, peligrosos, difíciles y, para Robinson, con diferencia, los mejores de su vida, antes o después de los Errantes. Caminaban incansablemente hacia el norte con ayuda de la brújula y del poderoso sexto sentido de Eva, que poseía la ventaja de evitar los peores encuentros posibles. No siempre, a veces tenían que escapar de algún atolladero a tiros o simplemente saliendo por piernas. En estas difíciles situaciones la presencia de Viernes se mostró decisiva, salvando sus vidas en más de una ocasión.

En efecto, el perro había descubierto por sí mismo una estrategia kamikaze tan sencilla como efectiva: Viernes se limitaba a arrojarse como un proyectil viviente en medio de los Errantes y luego los decapitaba uno tras otro con ayuda de sus implacables mandíbulas. Los Pellejudos, desconcertados ante la rapidez letal de un nuevo enemigo cuyo olor no despertaba en ellos ningún instinto, no atinaban a defenderse con eficacia. Estarán aprendiendo, pensaba orgullosa Eva, pero aún son demasiado lentos para un demonio como Viernes. Y cada día se felicitaba en secreto por haberlo incluido en el grupo. Más tarde, y cuando Viernes ya había desorganizado por completo las filas enemigas, Robinson y ella se encargaban de terminar el trabajo. Lo hacían o bien con las pistolas o, más frecuentemente, con unas barras de hierro que encontraron a las afueras de un vertedero y que en otro tiempo sirvieron para bloquear el volante de los coches. En todo caso, eran ideales para partir los cráneos de los Pellejudos.

Y sin embargo, cada vez había más. Conforme iban avanzando hacia el norte se encontraban con grupos de todos los tamaños, grandes o pequeños, sin mencionar a los descomunales Gusanos ante los que sólo era posible una retirada rápida y silenciosa.

Una mañana cubierta de niebla, Eva vio una gran placa metálica en forma de flecha a un costado de la carretera: OVIEDO 35 GIJÓN 59. En aquel momento supo con toda certeza que no estaban lejos de su destino.

Evitaban por sistema las ruinas de las grandes ciudades, convertidas en auténticos nidos de Pellejudos. Pero de vez en cuando pasaban unos días en alguna aldea deshabitada, tras un cuidadoso reconocimiento casa por casa. Eran como unas vacaciones: sin supervivientes y sin Errantes, ellos solos. Por otra parte, la comida no era demasiado difícil de conseguir. Eva había enseñado a Robinson sus mejores trucos de trampera o cazadora y, contra todo pronóstico, este demostró ser un excelente alumno. Toda la experiencia que le faltaba la iba compensando a base de unas enormes dosis de paciencia y fuerza de voluntad. Sin decírselo a nadie y sin creérselo del todo, Robinson estaba aprendiendo a confiar en sí mismo de igual modo progresivo en que un bebé aprende a hablar o caminar, sin apenas darse cuenta. A

veces miraba en silencio a la mujer y al niño y pensaba: mi familia. Y un segundo después se reía de estos pensamientos. Pero más tarde se quedaba muy serio, con la cabeza entre las manos como si algo le preocupara, y nadie podía imaginarse entonces qué se le pasaba por la mente.

En todo caso, la comida no faltaba. Las trampas de Eva y las excursiones de Viernes proveían de la carne necesaria, y en el bosque no faltaban setas y frutos comestibles, si uno sabía lo que estaba buscando. Las especies de animales se recuperaban lentamente, ahora que el hombre había dejado de explotarlas. Por otra parte, las enormes extensiones de terreno anteriormente cultivado solían proporcionar lechugas o tomates salvajes de vez en cuando, si se tenía la paciencia de escudriñar entre las malas hierbas. Y el premio gordo consistía en encontrar algún caserío o granja abandonada cuya despensa no hubiese sido saqueada por completo. En todo caso, se hallaban bien alimentados, y a Robinson le admiraba la habilidad de Eva no sólo para sobrevivir, sino incluso para prosperar en un medio tan hostil. Sólo una vez hablaron de esto, en respuesta a una pregunta de Robinson.

—Tuve buenos maestros —le dijo ella bajando los ojos. Robinson quería saber más, pero algo le dijo que era mejor no insistir en el tema. También él estaba desarrollando una especie de sexto sentido a su manera, algo que a veces le daba más miedo que una legión entera de Pellejudos.

En lo que respecta a Ismael, parecía cada vez más silencioso y preocupado. Naturalmente esto eran sólo conjeturas, ya que su eterna cara de robot jugador de póquer no dejaba traslucir ninguna emoción, como de costumbre. No obstante y por fortuna, ya había dejado de lado cualquier tipo de hostilidad hacia Robinson. Incluso le había enseñado a jugar al go, el mate del pastor en ajedrez y hasta la posición de Júpiter y Sirio en el firmamento. Porque últimamente a Robinson le fascinaba cada vez más la belleza del cielo nocturno, cuajado de estrellas como nunca lo había estado durante la Era del Hombre. A veces, le daba por pensar que si alguna vez pudiera reencarnarse en un mundo sin Errantes, se convertiría en astrónomo. Sabía que era un pensamiento ridículo, algo triste al mismo tiempo, que sin embargo añadía a su pasión por el cielo nocturno la belleza suprema de lo inalcanzable.

—Olvídate por un momento de las granadas y dime: ¿dónde vamos, Ismael?

—Al norte.

—Sí, claro. ¿A qué parte del norte?

—No puedo hablar de eso todavía.

—¿Por qué no puedes hablar?

Silencio. Robinson estaba intentando aprovechar la dudosa confianza del chico para sonsacarle alguna información, pero a estas alturas ya casi podía oler su fracaso.

—Déjalo —intervino Eva con una sonrisa irónica—. Yo lo he intentado docenas de veces. Es inútil.

—¿Quién es Madre, Ismael?

—Madre es Moby Dick.

—je estás riendo de mí?

—No.

—Entonces no lo entiendo. ¿Podrías explicármelo?

—No.

—Vamos, basta ya —dijo Eva más seria esta vez—. Le estás agobiando.

Ismael no parecía agobiado en absoluto. Simplemente respondía sin decir nada a las preguntas de Robinson, o bien guardaba un silencio de piedra con la vista clavada en él y sin pestañear un solo instante. Es como darse de cabezazos contra un muro, pensó Robinson a la vez que acariciaba mecánicamente a Viernes. Esa era otra cuestión: el perro jamás se separaba del niño, como si a Ismael le hubiese crecido una nueva y extraña sombra de cuatro patas.

—¿Por qué has cogido el cinturón de las granadas?

Robinson se refería al souvenir que encontraron en la cabaña de los jóvenes enamorados caníbales: nada menos que quince granadas de mano con cargas de explosivos añadidas, unidas todas ellas por un cinturón con un cable que permitía arrancar todas las espoletas al mismo tiempo. Eva se había llevado el cinturón en su mochila con grandes precauciones, sin saber muy bien si aquello tendría alguna utilidad. Tal vez las granadas ya eran inservibles, o por lo menos era evidente que aquellos dos monstruos no las habían utilizado. ¿Y quién sabía cuánto tiempo llevaban allí, o los años transcurridos desde su fabricación? En todo caso, pensó Eva, el cinturón sería su última carta si un día se viesan rodeados y sin escapatoria posible: ella no estaba dispuesta de ningún modo a convertirse en una Errante, y menos aún a que lo hiciera Ismael. Si funcionaba según lo esperado, el cinturón sería la mejor forma posible de despedirse de este mundo cruel, llevándose por delante a un montón de Pellejudos.

Eso era lo que había pensado en un primer momento al guardarse las granadas,

pero ahora toda la idea le parecía estúpida, macabra y, sobre todo, derrotista. No quería morir así, aunque ese final apareciese envuelto en un halo de gloria que, sin embargo, nadie iba a recordar jamás. Pero ella quería vivir por muchas razones, y la más importante de ellas era ver a Ismael convertido en el hombre que algún día llegaría a ser. Y aquel hombre del futuro ya empezaba a vislumbrarse en pequeños fragmentos aislados de los que él no llegaba a darse cuenta, como los primeros trazos del boceto que tarde o temprano se convertirá en un cuadro. Desde luego, Eva sabía que las trampas de la esperanza eran igual de nefastas que las del pesimismo, pero prefería sin duda las primeras.

—¿Por qué has cogido el cinturón de las granadas? —repitió por enésima vez un Robinson paciente hasta el heroísmo.

—Me gusta mirarlas.

—Eso no es una respuesta.

El chico se encogió de hombros.

—Exacto: no es una respuesta —dijo Eva, encarándose de repente con Ismael—. ¿Quién manda aquí?

—Tú.

—Y yo te he dicho miles de veces que no debes tocar las armas de ninguna manera. ¿Es verdad eso?

—Sí.

—Las armas no son juguetes para los ni... no son para ti, quiero decir. Entonces, ¿por qué cogiste las granadas?

—Me gusta mirarlas.

Un largo silencio en el que Eva maldijo varias veces mentalmente. Pero no había que darle más vueltas: Ismael era así, lo tomabas o lo dejabas.

—Vas a prometerme ahora mismo que nunca volverás a tocar ninguna de nuestras armas. ¿De acuerdo?

—Te lo prometo —dijo el niño inmediatamente.

Demasiado rápido para ser sincero, pensó Eva.

—Ahora voy a guardar esto en mi mochila —continuó, cogiendo el cinturón—, y tú no volverás a tocarlo nunca más. Porque si lo haces...

Eso; si lo hace, ¿qué? ¿Le dejaré sin cena, le azotaré en el culo o le haré copiar cien veces «Las granadas no se tocan»? ¿Cómo se puede castigar a una máquina?

—... porque si lo haces, habrás roto tu promesa. Y entonces no podré confiar en ti nunca más.

Miró a Robinson, esperando que apoyara de algún modo estas palabras que en el fondo no eran más que un tiro al aire. Pero su compañero permanecía silencioso, con la vista clavada en el suelo. Bien, esto es lo que hay, se dijo Eva esperando zanjar el asunto de una vez por todas.

Se encontraban en una pequeña planicie alfombrada de hierba fresca, cercada en todas direcciones por los enormes troncos de las hayas y los robles que los ocultaban de miradas indiscretas, al modo de columnas de algún templo milenario: una isla de pasto en medio de un mar de árboles, quizá parte de una antigua dehesa. Buen lugar para acampar esta noche, pensó Eva, y eso que sólo eran las tres de la tarde. Bien, nos tomaremos la tarde libre. Seguro que el camino sigue esperándonos mañana por la mañana.

Extendió su tienda de campaña y comenzó a clavar piquetas con ayuda de una piedra, sin decir ni una sola palabra. Estaba fingiendo un enfado que en realidad no existía para demostrar una vez más a Ismael —y de paso a Robinson, con sus puñeteros interrogatorios— quién era la que realmente mandaba allí. Pero muy pronto se dio cuenta de que aquella actitud era infantil, y ya se volvía con una sonrisa en los labios cuando la detuvo en seco la voz quebrada de Ismael.

—Lo siento mucho. Yo...

—¿Qué te ocurre? —preguntó Robinson saliendo al fin de su ensimismamiento. Hasta Viernes alzaba las orejas con expectación, porque ahora el chico se frotaba los ojos una y otra vez y había comenzado a temblar como atacado por un repentino acceso de fiebre.

—Lo siento. Estáis enfadados conmigo, pero yo no quería ponerlos en peligro, a ninguno de vosotros... Tenéis que confiar en mí. Ya sé que es difícil, pero debéis hacerlo... No puedo hablar de lo que sé porque si lo hiciera ocurrirían cosas horribles... Por eso debéis confiar sin hacer preguntas, sin esperar nada... No permitiré que os hagan daño. Ni siquiera a Viernes, os lo prometo...

Es la parrafada más larga que Eva le ha oído en todo el tiempo que llevan juntos. De repente, todos se dan cuenta a la vez de que el pequeño Ismael —el Niño Máquina, el autómatá programado— está llorando a lágrima viva. Eva se queda clavada, incapaz de reaccionar ante una escena que jamás imaginó ni en sueños, aunque intuye vagamente que su tiro al aire ha terminado por dar en el blanco. Pero es al fin Robinson el que se adelanta para abrazar al crío, del mismo modo que un padre consolaría a su hijo pequeño con las rodillas magulladas. Ya está, ya pasó, tranquilo, tranquilo, repite una y otra vez con la cara del niño enterrada en el pecho. Así transcurren unos minutos interminables, hasta que los sollozos van haciéndose cada vez más débiles. Y durante todo ese tiempo Eva ha permanecido inmóvil, mirándoles desde una distancia que le parece infinita y con una punzada de envidia en los ojos.

—Estuviste fantástico.

—Gracias, pero ya lo sabía.

Sonrieron los dos. Eran cerca de las doce de la noche, y hacía ya varias horas que Ismael estaba durmiendo en su diminuta tienda de campaña. Mientras tanto, ellos extendían las manos hacia los rescoldos de un viejo fuego de campamento que, sin embargo, se negaba a morir del todo, agradecidos por la luz y el calor. Resplandores azules y anaranjados brillaban como luciérnagas en los ojos negros de Viernes, hipnotizado ante la hoguera. Y en el cielo había millones de estrellas.

—No sé si hemos hecho bien en encender fuego —opinó Robinson en voz baja—. Aunque merece la pena, ya no soportaba más este frío.

—No te preocupes, el círculo de árboles nos oculta por completo. ¿Qué piensas del chico?

—Cosas raras, como siempre —refunfuñó Robinson—. Después de su ataque de llanto volvió a la normalidad, si es que a lo suyo se le puede llamar normalidad. Y si ahora le preguntas, volverá a decirte que es una máquina y que no puede darnos la menor información acerca del viaje ni del punto de destino. Así que todo sigue igual.

—Yo no lo creo —dijo rápidamente Eva—. Más bien pienso que desde que os encontramos a ti y a Viernes ha empezado a dar señales de una cierta recuperación... de humanización, si es que puede decirse así. Creo que está recuperando muy lentamente la cordura.

—¿Y eso es bueno?

—No lo sé. Antes pensaba que sí, pero ahora no lo sé. Y tengo miedo, Robinson. Por él más que por mí.

—Venga, no hables así —sonrió él—. Recuerda que tú eres la optimista del grupo.

Bonito grupo formamos, pensó ella. Un inadaptado social, una chica cada vez más agotada y un crío muy mal de la cabeza. Por no hablar de Viernes, portador de la infección y seguramente el mejor perro Pellejudo del mundo. Y por si esto fuera poco...

—Se nos están agotando las municiones —dijo en voz alta.

—Lo llevo pensando desde hace días. ¿Qué te queda a ti?

—Un cargador de balas dum-dum y otros dos normales para la Beretta. Para el fusil, nada. ¿Y a ti?

—Cuatro balas en el tambor. Nada más.

Hubo un largo silencio mientras ambos contemplaban los rescoldos agonizantes del fuego. Demasiado fácil hacer una alegoría con esto, pensó Eva, pero al mismo tiempo inevitable para la especialista en literatura inglesa. Transcurrió mucho tiempo

antes de que volviese a hablar.

—Creo que vamos a morir.

—Oye, no quiero que digas eso...

—Creo que al final los Errantes nos matarán a todos. Y no pienses que voy a lamentarlo mucho. Por el chico sí, sólo por él. Pero cada vez estoy más convencida de que nuestro tiempo se ha terminado.

—¿Nuestro tiempo?

—El de la Humanidad. Supongo que es inevitable, un nuevo paso en la evolución o algo por el estilo. Los Errantes nos sucederán, y no hay nada que podamos hacer para evitarlo.

—Tú eres la que nos sostiene —afirmó decidido Robinson—. No puedes rendirte; si caes tú, caeremos todos.

—Gracias —dijo ella con una sonrisa cansada—, pero creo que ya no puedo sostenerme ni a mí misma. Estoy agotada, Robinson, cada día un poco más. Y la única cuestión importante es saber cuánto tiempo aguantaré antes de derrumbarme.

—Déjame hablar un momento. Sólo por un momento, ¿vale? Sé que estás muy cansada, pero...

—En la ciudad aprendí muchas cosas —continuaba ella sin escucharle—. Ya te he hablado de Cíbola unas cuantas veces, pero nunca te he dicho lo más importante que aprendí allí.

—Dímelo ahora.

—Que los Errantes son mejores que nosotros.

Un leño grande en mitad de la hoguera se partió con un crujido en dos trozos incandescentes. Hubo un largo silencio antes de que Robinson se decidiera a hablar:

—Estás diciendo gilipolleces. Voy a perdonártelas porque estás muy buena. Pero...

—Te digo la verdad. Míralo desde este punto de vista: ellos no se matan entre sí. No se violan, no se roban, no se mienten, y esto último me parece en realidad lo más importante de todo. Los Errantes no son hipócritas; si quieren carne viva, simplemente te atacan y te matan. Pero nunca te dirán que era por tu bien o porque se sentían amenazados o porque era necesario para la libertad y la paz mundial. Nada de chorradas, Robinson: sinceridad. Esa es la virtud que más valoro desde hace tiempo incluso en los Errantes, sobre todo en los Errantes. Creo que se merecen el mundo más que nosotros.

—Estás perdiendo la esperanza, ¿verdad?

—Sí.

De repente, Eva descubrió que no podía contener las lágrimas. Robinson comenzó a acariciarle los hombros muy suavemente, como si temiese romperla en cualquier momento.

—Déjame ayudarte —dijo.

—Ojalá pudieras. Ojalá.

—Oye, quiero que te imagines que la esperanza es como un avión, ¿de acuerdo? Un avión con un montón de hélices que puede llevarte al lugar y al tiempo que quieras...

—No estoy para estos juegos, Robinson.

—Tú déjame a mí —repuso él con autoridad—. Ahora debes imaginarte que estás a punto de subir a ese avión. ¿Dónde quieres que te lleve?

—A París, antes de que llegaran los Errantes. Sí, a París.

—Pues déjame decirte algo, nena —improvisó Robinson con la voz del actor que doblaba a Humphrey Bogart—. Si ese avión despegar y tú no estás en él, lo lamentarás. Quizá no hoy ni mañana, pero sí muy pronto y para el resto de tu vida. En cuanto a nosotros, siempre nos quedará París...

Ella rompió a reír sin poder evitarlo.

—Que estúpida gracia tienes, Robinson.

—Sí, nena, lárgate con ese capullo de Víctor Laszlo —continuaba Bogart ya metido de lleno en su papel—. Yo me haré amiguete del jefe de policía y juntos nos correremos una buena juerga.

—Vete a la mierda, Robinson —sonrió ella.

—Con mucho gusto, siempre que tú estés un poco mejor. —Bogart se había marchado definitivamente al Rick's Café de Casablanca y ahora sólo quedaba él, Robinson. Robinson esperando al otro lado del mar; Robinson que de pronto vuela con una bandada de pájaros, él no es ninguno en particular sino la bandada entera; Robinson nadando en medio de una corriente cálida y submarina de arrecifes de coral donde sus miradas se encuentran por primera vez. Déjame ayudarte, suplica con los ojos. Por favor, quiero ayudarte. Estoy aquí, contigo.

—¿Sigues pensando que morirás virgen? —pregunta ella de improviso.

Plof. El ruido de un escupitajo arrojado en plena cara.

—¿A qué viene eso ahora? Sí, seguramente —dice al fin, herido en lo más hondo. La magia, o lo que quiera que sea, se ha roto—. Será mejor que me vaya a mi tienda a dormir. Buenas noches.

—Espera. ¿Por qué te molesta tanto este tema?

—No quiero hablar de eso. Buenas noches.

—¿Y si yo te dijera que no vas a morir virgen, Robinson? Que, de hecho, no hay la menor posibilidad de que eso ocurra.

Ella ha empezado a acariciarle el pecho y los hombros con lo que a Robinson se le antoja la sonrisa más extraña del mundo. Mucho más pichón de lo que él mismo cree, aún tarda varios segundos en darse cuenta de lo que ocurre.

—Vamos a mi tienda —dice Eva tras no dejarle hablar con un largo beso en los

labios, al tiempo que le masajea dulcemente entre las piernas—. No perdamos el tiempo, Robinson.

6

El programa sigue desarrollándose de manera satisfactoria, aunque he debido afrontar serios problemas en los últimos días. El más grave ha ocurrido hoy mismo, en relación con el cinturón de las granadas. Tanto es así que por un momento evalué la posibilidad de un fracaso en un porcentaje superior al ochenta por ciento.

Desde el principio fui programado para despertar en los humanos emociones de las denominadas «positivas», en particular la empatía y el deseo de protección. De este modo, las lágrimas han aparecido en el momento oportuno, aunque me resultó muy difícil forzarlas. Sin embargo, todo está impreso en mis circuitos de memoria, con lo cual la cuestión se reduce a la localización del dispositivo correspondiente y a su puesta en funcionamiento ante estímulos determinados. Ahora los dos humanos se hallan convencidos de nuevo de que soy sólo un desdichado niño con una enfermedad mental. De otro modo, me hubiera sido muy difícil explicar el asunto del cinturón de las granadas. Cuando no puedo convencerles mediante el razonamiento acudo a sus emociones. Es la única ventaja que tengo sobre ellos.

Sin embargo, el objetivo último es aún extremadamente difícil de conseguir, y buena parte de esa dificultad se debe a mi torpeza, dejando que me sorprendieran con las granadas. Se trata de errores concernientes al software que deberán ser resueltos en su día por la programadora, si se presenta la ocasión. Pero, por ahora, lo único fundamental es el éxito de la misión. Así que debo mostrarme prudente y esperar con paciencia mi oportunidad, según los parámetros que se me inculcaron. En este momento los dos humanos mantienen relaciones sexuales en la tienda de campaña de la programadora. Piensan que estoy dormido, pero yo no necesito dormir. Sólo debo fingirlo.

Cada día que pasa nos acercamos más a Moby Dick. He elegido este nombre porque no quiero volver a pronunciar el suyo, ni siquiera a pensar en él. La presión se hace más fuerte cada día. Sus ondas intentan penetrar en mi mente de forma ininterrumpida, y lo conseguirían con facilidad si yo fuese un niño humano. Pero yo no tengo cerebro, o al menos no la idea de cerebro que conoce Moby Dick, y las puertas permanecen siempre cerradas. Eso no le gusta porque no lo comprende —en este aspecto es muy parecida a mí—, de modo que ha redoblado sus esfuerzos por dominarme. Ya veremos qué ocurre al final. Pero debo continuar disimulando. Hasta estos mismos pensamientos podrían resultar peligrosos, porque nadie sabe de lo que es capaz Moby Dick.

Necesito el cinturón de las granadas al precio que sea. Y lo conseguiré por cualquier medio a mi alcance, de acuerdo con las instrucciones de mis primeros programadores. Aunque tenga que hacer daño o matar a los humanos, lo conseguiré.

—Maldita sea —murmuró desesperado Robinson—. Bien, no hay por qué preocuparse. Esto sólo me pasa las cien primeras veces.

Eva se reía, al mismo tiempo que su compañero deseaba ardorosamente ser tragado por la tierra. La tienda de campaña era lo suficientemente amplia para que se sintieran cómodos, aunque no tanto como para ocultar la vergüenza de Robinson, con las lágrimas a punto de saltar. Demasiados años de pajero solitario, maldita sea mi estampa. ¿Por qué no se acaba el mundo de una jodida vez?

—Eres un gilipollas —dijo Eva dulcemente.

—Ya lo sé.

—Me importa una mierda que se te empine o no. Eres mi amigo, mi compañero. Estamos juntos en esto.

—Muchas gracias, pero no intentes arreglarlo. A mí sí que me importa.

—En ese caso, habrá que tomar medidas. Medidas drásticas y definitivas.

Sin decir nada más, se acurrucó desnuda en torno a la cintura de Robinson y empezó a lamer suavemente el pene flácido del muchacho, besándolo con ternura. Y unos momentos después comenzaba a introducirlo milímetro a milímetro en su boca. Él quiso apartarla, cada vez más humillado, pero casi al instante sintió cómo aquel triste colgajo traidor latía de nuevo, aumentando de tamaño en el interior de una gruta cálida y suave, que absorbía sin tregua.

—Dios... Dios...

Bueno, Robinson, no es precisamente Dios quien se está tomando tu biberón, pensó ella, y afortunadamente pudo contener unas repentinas ganas de reír que sin duda habrían arruinado el gran momento de Robinson. En lugar de eso, aumentó casi imperceptiblemente el suave ritmo de la felación, alojando en su boca el miembro de Robinson hasta la garganta, al mismo tiempo que comenzaba a emitir unos débiles gemidos ahogados. No era que a Eva le apeteciese especialmente gemir; en realidad, le daba tres cuartos de lo mismo. Pero para el muchacho era la primera vez y ella sabía que los gemidos le excitarían aún más. Y sobre todo, quería estar segura de que no olvidase nunca esa noche.

—Dios... Dios mío...

Y dale con Dios, pensó divertida mientras notaba las manos de Robinson sujetándole firmemente la cabeza, una en la nuca y otra en la coronilla. A estas alturas, el pene de Robinson era una barra de hierro empapada en saliva y Eva intuyó que la riada no tardaría en producirse, seguramente dentro de su boca. Bueno, pues que así fuera. Robinson se lo merecía, aunque sólo fuese por imitar tan jodidamente bien a Humphrey Bogart. O por haber abrazado a Ismael como un padre preocupado a su hijo más pequeño, a la salida del colegio.

—Eva... Dios mío... Te quiero, Eva... Te quiero, mi amor, mi amor...

Muy bien, Robinson, todo eso me parece perfecto, de verdad. Pero ahora déjate de gilipolleces y desahógate de una vez. Y no había acabado de decirse esto cuando sintió la primera oleada de un líquido muy caliente y espeso, salpicando a chorros su boca y su garganta.

—Je ha gustado?

Robinson se limitaba a acariciarle la cara y los pechos sin atinar con una respuesta. Estaba seguro de que más pronto que tarde se despertaría en su propia tienda de campaña. O tal vez en el refugio antiatómico. No, más probablemente en el dormitorio de casa de sus padres, ese que había acabado por convertir en un auténtico fortín. Y naturalmente, nada de esto habría ocurrido nunca.

—Ha sido... No tengo palabras para expresarlo.

—No ha sido nada, porque todavía no hemos hecho más que empezar. Recuerda que técnicamente aún sigues siendo virgen.

Rieron los dos a carcajadas, al tiempo que las manos de Robinson buscaban una y otra vez el cuerpo desnudo de Eva como si tuvieran vida propia. Le parecía increíble que una mujer joven y bella se le entregara así, sin más, sin pedir nada a cambio. Antes de la Plaga, Robinson había imaginado vagamente su vida sexual como una serie más o menos esporádica de sórdidos encuentros con prostitutas profesionales. Sólo ahora empezaba a darse cuenta de que podía ser deseado por sí mismo, y aún no sabía cómo encajar en su mente esta nueva situación.

—Creo que... No sé si debería decir esto, pero...

—Mejor no lo digas. Ven aquí. —Eva le dio un largo beso en los labios, notando complacida cómo el pene de Robinson volvía a enderezarse con rapidez. Se tumbó boca arriba arqueando todo el cuerpo y entreabrió ligeramente las piernas—. Venga, házmelo.

La ansiedad y la inexperiencia traicionaban a Robinson, pero ella no tenía prisa y en realidad sólo buscaba el máximo placer para el muchacho. Eva era una de esas pocas personas que sólo pueden disfrutar plenamente del sexo si proporcionan a su pareja un placer aun mayor que el suyo propio: una especie de sadismo invertido y vuelto del revés, en el que más se disfruta mientras más se haga disfrutar al otro. Por otra parte, la Plaga había echado abajo todos los tapujos relacionados con el sexo. Salvo casos aislados como el de Robinson, los supervivientes ya no temían expresar ni poner en práctica sus deseos sexuales, fuesen estos los que fuesen: la vida era demasiado corta como para andarse con remilgos. Claro que esto no terminaba con todos los problemas —valga como ejemplo que delitos tales como la violación o la pederastia estaban castigados en Cíbola con la pena de muerte—. Pero al menos permitía una determinada actitud mental, donde el sexo se convertía sencillamente en un placer y no en un problema. Para problemas ya tenían bastantes con los Pellejudos, pensaban con razón la mayoría de los supervivientes.

De repente, Robinson se dio cuenta de que estaba dentro. Comenzó a mecerse atrás y adelante sintiendo la presión de los muslos de Eva a ambos lados de su

cuerpo, envolviéndolo por completo. Entonces sintió que la mente le abandonaba y por fin se dejó llevar del todo, vagamente agradecido de poder perderse en aquel cuerpo dulce y suave, tan distinto del suyo.

—Eva, Eva... —repetía una y otra vez—. Eva...

Robinson todavía era una criatura de la vieja escuela: le habría gustado fumar hierba con ella, estudiar juntos en la biblioteca, morder su cuello como un vampiro, conocer hasta el menor detalle de su pasado, recomendarle libros y películas, enfadarse y luego pedirle perdón, hacerla rabiar, consolarla, amordazarla, mimarla, besarla una y otra vez hasta ahogarse. Llevarse lejos, muy lejos, lo más lejos posible, a Júpiter con trajes de astronautas o a Sirio o a Betelgeuse o a Alpha Centauri, pero siempre sin Errantes, no más Errantes, adiós Errantes. Todo esto se le pasó por la cabeza en menos de una décima de segundo, antes de que los primeros espasmos de placer le impidieran pensar en nada más.

9

Seis horas más tarde ya estaba amaneciendo y Robinson dormía profundamente, como nunca lo había hecho antes. Eva se desperezó y salió de la tienda con el cinturón de granadas en la mano. Miró atentamente a su alrededor. No se movía una sola brizna de hierba, y la pequeña tienda de campaña de Ismael seguía con la cremallera cerrada. Bien, bien.

Arrojó el cinturón hecho de granadas lo más lejos que pudo, en una apreciable aunque involuntaria imitación de una lanzadora olímpica. Observó su trayectoria en forma de parábola, hasta que lo vio caer sobre unos castaños rodeados de matorrales entre los que se perdió. No era que hubiese aterrizado muy lejos, pero al menos no estaba a la vista desde el campamento y eso era lo más importante. Hacía frío, y la brumosa luz de una mañana que aún no terminaba de nacer le daba al mundo una atmósfera irreal, como si cada piedra y cada árbol estuviesen aún a medio hacer. Pensó que podía permitirse el lujo de dormir un par de horas más, acurrucada junto al calor del cuerpo de Robinson. Tenía el sueño ligero y además contaba con los servicios del mejor centinela del mundo, aunque caminase a cuatro patas. Y a propósito, ¿dónde estaría Viernes? Seguro que en otro de sus misteriosos paseos de los que casi siempre regresaba con una ardilla o un conejo entre las mandíbulas. A veces hasta con una culebra, puaj, qué asco. Bien, que se divirtiera de todos modos, se dijo con una sonrisa.

Volvió a su tienda con rapidez, aterida de frío y muerta de sueño. La gruesa lona aislante se cerró por dentro y, salvo por el monótono piar de algún pájaro mañanero, todo quedó en silencio.

10

Ismael había visto toda la escena semioculto tras uno de los pocos árboles del claro, tras el que había corrido a esconderse al oír por primera vez el ruido de la cremallera. Ahora acariciaba con aire de concentración la cabeza de Viernes sin pensar en cosas tales como un golpe de suerte, ya que tales figuras retóricas no entraron jamás dentro de sus sistemas de computación. Sencillamente, el programa se desarrollaba de forma satisfactoria. Mejor aún de lo previsto, cabría decir.

—¿Has visto eso, Viernes? Ven, iremos a dar un paseo.

Unos segundos más tarde y en completo silencio, un perro y un niño —o tal vez una máquina que imitaba a la perfección el aspecto de un niño— se encaminaban con rapidez hacia los castaños.

El camino, por llamarlo con benevolencia, no era más que una antigua vereda de ganado zigzagueante a través de hayedos y robledales que parecían no tener fin, como si fueran bosques escapados de El Señor de los Anillos. De inmediato, un piloto rojo se encendió en la mente de Robinson y vio a Jan McKellen vestido de Gandalf, gritando al siniestro Balrog sobre el no menos sombrío puente de Moria: «¡NO... PUE... DES... PA... SAR!». No cambiamos nunca, se dijo con una sonrisa.

—Eh, Ismael, ¿quieres que te cuente alguna película? —En el idioma de Robinson, contar significaba simplemente hacer imitaciones.

—Vale.

—¿Cuál quieres que te cuente? Las he visto todas.

—No sé, yo apenas conozco ninguna. —El chico hablaba con timidez, como si haber visto muy pocas películas fuese culpa suya o algo por el estilo.

Mientras tanto, Eva caminaba unos pasos más atrás, pensando en lo distintos que eran aquellos bosques frondosos de los paisajes del sur donde ella había nacido. Sin embargo, no les quitaba la vista de encima al chico y a Robinson, por más abstraída que estuviese en sus pensamientos. Un poco más adelante, Viernes iba y venía husmeándolo todo.

—¿Qué tal el señor Miyagi? —preguntó el artista. Y los ojos infantiles se iluminaron por un momento, porque el señor Miyagi de Karate Kid era uno de los pocos que conseguían hacerle reír—. Tú obedeserr, tú no haserr prreguntas, ese es el trrato. ¿Vess cochess? Darr sera, mano isquierrda, pulirr sera, mano derrecha. Darr sera, pulirr sera, darr sera, pulirr sera...

Robinson se hallaba hoy especialmente inspirado y el niño soltó una breve carcajada antes de volver —¡tan pronto!— a su eterno gesto inexpresivo. Aquella risa era probablemente el sonido más puro que jamás hubieran escuchado esos parajes, pero unos pasos más atrás Eva sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Mierda, cada día soy más estúpida.

—... pulirr sera. Y eso es todo. ¿Cuál prefieres ahora? ¿La guerra de las galaxias, El padrino, Excalibur? Todo mi repertorio está a tu disposición.

—Excalibur.

—No tienes ni idea de lo que significa esa palabra, ¿verdad, hijo? —Ismael asintió en silencio—. Bien, te deleitaré con mi arte de todos modos: ¿Qué he hecho, Merlín? He perdido para siempre la espada de mis antepasados cuyo poder tenía un fin: unir a los hombres y no servir a la vanidad de un mortal. Yo no soy... nada.

Ahora ni siquiera Eva pudo evitar una sonrisa ante el talento dramático de Robinson. Pensó que habría sido un actor de primera si se hubiera abierto a la gente un poco más, o si el mundo entero no se hubiese ido a la mierda acompañado de

todas las películas.

—Este caballero, que luchó con rectitud y gracia, mereció la victoria. Yo recurrí a Excalibur para cambiar el destino... ¿Te gusta, Ismael? ¿Qué tal lo hago?

—Lo haces muy bien —respondió sonriendo el crío—. Sigue.

Qué más puedo hacer para protegerlos. Cómo seguiré viviendo si mueren, si son infectados. Todo era mucho más fácil cuando estaba sola.

—¡Has hecho pedazos lo irrompible! —declamó Robinson con la potente voz del mago Merlín—. Has roto... la... esperanza...

—No quiero que digas eso.

Ambos se volvieron hacia ella a la vez, sorprendidos. A lo lejos cantaba un cuclillo mientras que una pequeña nube algodonosa oscurecía momentáneamente el sol. Eva se encogió de hombros, restando importancia a sus palabras.

—No pasa nada —dijo con una sonrisa que parecía auténtica—. Es sólo que... bueno, que no me gusta mucho esa película.

Al atardecer oyeron voces en el camino y se ocultaron con rapidez tras un muro de setos salvajes, con Viernes bien sujeto entre las manos de Ismael. El perro conservaba su extraño sexto sentido que le decía cuándo debía ladrar o moverse, o bien convertirse en una especie de relieve perruno tallado en piedra. Es demasiado inteligente, pensaba Eva de vez en cuando. Convertirse en un portador ha tenido que afectar su mente de algún modo. Pero de qué modo era ese nadie lo sabía.

Las voces continuaban acercándose, y no parecían precisamente amistosas. Robinson y Eva intercambiaron una mirada de asentimiento mientras preparaban las armas en completo silencio. Naturalmente, no se trataba de Errantes, sino de otros seres infinitamente más peligrosos: un grupo de humanos supervivientes. Desde el escondite tras el que se ocultaban no había manera de saber cuántos eran ni cómo iban armados.

—Aquí te quedas, cura. No se te ocurra volver —dijo una voz joven y muy aguda, cargada de desprecio.

—Si vuelves, date por muerto —remachó otra voz masculina aún más agresiva—. Tú y tus enanos, cura. No necesitamos a tu jodido dios.

—Ya lo has oído, puerco. ¡Mierda, estoy por dejarlo seco aquí mismo!

—Calma, Enrique. Recuerda las órdenes.

—Yo os he perdonado ya esta horrible blasfemia —dijo amablemente la voz de un hombre de mediana edad, mucho más melodiosa y tranquila en comparación con las demás—. ¿Podrá perdonaros también la ira de Seth si os obstináis en negar la Luz como gusanos?

—¡Maldito sea! ¡Yo lo mato, lo mato ahora mismo!

—¡Que a nadie se le ocurra disparar! Tenemos órdenes.

—Seth bienamado, protege a tus hijos de la barbarie. Seth poderoso, fulmina a los malvados y a los traidores...

—Si no te callas ahora mismo, viejo, seré yo mismo el que te meta una bala en la cabeza —dijo el que parecía tener el mando—. ¡Venga, vámonos! ¡Todo el mundo a casa! ¡Nos vamos!

Insultos mascullados entre dientes con el ruido de pisadas que se alejan. Y después un larguísimo silencio mientras Robinson se agitaba como una lagartija, impaciente por salir del escondite. Eva le agarró del brazo moviendo la cabeza de izquierda a derecha: todavía no era el momento.

—Volvemos a estar solos, hijos míos —decía ahora la voz madura con una paciencia infinita—. Encomendémonos a Seth nuestro Señor y roguémosle en nuestras plegarias que nos permita encontrar carne humana viva para Madre.

Esto ya fue demasiado para Eva, que olvidando su encomiable prudencia anterior,

saltó del escondrijo con la Beretta en alto. Creía haberlo visto ya todo, pero aquel panorama la dejó completamente atónita.

—No os mováis u os vuelo la cabeza —acertó a decir al fin.

La primera impresión que le dio el viejo fue la de un profeta recién sacado del Antiguo Testamento, con la cara surcada de arrugas y una interminable barba blanca que le llegaba hasta la cintura. Eso o un enloquecido Papá Noel que de repente se hubiese vuelto *hippy*, pensó en menos de una décima de segundo. Vestía unos harapos en forma de túnica, hecha de tela de saco o algún otro material igualmente basto, y remataba su estrafalario atuendo con unas botas de cuero y un sombrero de copa perfectamente encajado en la cabeza, como si se lo hubiesen metido a presión. El anacrónico sombrero de copa tipo Lincoln era probablemente el detalle más demencial de toda su indumentaria, pero el resto no desentonaba demasiado con la idea que ella tenía de los profetas Isaías o Jeremías predicando en el Jordán.

Y sin embargo, lo más sorprendente de todo eran las dos pequeñas figuras reclinadas ante el viejo con las manos entrelazadas, en una perfecta actitud de oración. Al principio Robinson los había tomado por niños. Pero no tardó en descubrir que eran dos enanos, ataviados con unos extraños hábitos negros que Dios sabía de dónde podían haber sacado. Un segundo después cayó en la cuenta.

—De las procesiones de Semana Santa —dijo en voz alta, sin que viniese a cuento—. Son trajes de nazarenos.

—Dices bien, cordero —sonrió afablemente el viejo—. Puesto que nuestra misión es divina, también lo son nuestras vestiduras. Aunque siempre humildes, como corresponde a los legítimos siervos del único. ¿También vosotros acudís a ver la Luz?

—Yo hago las preguntas —dijo Eva alzando nuevamente el arma—. ¿Quién coño sois vosotros?

El viejo arrugó el ceño al oír el exabrupto. Pero finalmente volvió a sonreír, como si su espíritu se hallase muy por encima de tales insignificancias.

—Yo soy el padre Garras, misionero de la Luz Escarlata de Seth. Y estos son mis discípulos, que se llaman...

—Prefiero que me lo digan ellos.

—Es inútil, porque jamás les he escuchado decir ni una sola palabra. No sé si es porque son mudos de nacimiento o porque se han consagrado en perpetuo voto de silencio a la bendita majestad de Seth. Se llaman Didí y Dadá. Saludad a estos infieles, hijos míos. —Didí y Dadá iniciaron una reverencia que habría parecido solemne en cualquier otra situación, y que ahora sólo resultaba ridículamente siniestra—. Nos dirigimos al norte, a la fuente de toda Luz. No somos más que peregrinos cansados al borde del sendero... —añadió el viejo con cierta poesía—. Se me ocurre que podríamos compartir por un tiempo el camino de la Luz y aliviar un poco las penas que nos afligen a todos. ¿Qué os parece?

—Ni lo sueñes, sethiano —masculló Eva.

—¿Por qué os obstináis en vuestra ignorancia y vuestra ceguera? ¿Qué velo de inmunda soberbia os cubre los ojos como el estiércol? —se preguntaba el viejo—. ¡Señor, dame fuerzas para bendecir hasta a las ortigas del sendero!

—Así que estos son los sethianos —intervino Robinson, sin dejar de apuntar al padre Garras—. Los idiotas esos que pretenden ganarse el cielo arrojándonos a todos en brazos de los Errantes. Hay que ser muy imbécil, la verdad.

—¡Detén tu lengua bífida, serpiente! —respondió colérico el viejo. Después se concedió unos segundos para recuperar la compostura y continuó, ya más calmado—: Tú los llamas Errantes o Pellejudos; yo reconozco en ellos a los Hijos de Seth, los Ángeles Vengadores de Nuestro Señor. Pero nuestra misión no consiste de momento en engrosar sus filas, puesto que aún no somos merecedores de ello. Nuestra tarea es la de predicar y sembrar la semilla de su Sagrado Mensaje entre los infieles.

—¿Y cuál es ese mensaje? —preguntó Eva.

—Todos los nacidos de mujer somos el alimento de Seth —recitaba ahora el viejo con voz de trueno—. Aquellos que acepten con júbilo su destino, se unirán a la legión de los Inmortales para renacer de nuevo en el Paraíso. En cuanto a los infieles...

—No cambiamos nada —murmuró Eva con media sonrisa.

El misionero del sombrero de copa continuó su discurso, sin dar muestras de haberla oído:

—... serán devorados por el fuego y la violencia, en cuerpo y alma. Carne humana y carne espiritual para saciar el cruel apetito de Madre. Serán borrados para siempre de la Creación del Señor, como si nunca hubiesen existido. El niño que lleváis con vosotros sabe bien de lo que hablo. ¿No es cierto, pequeño?

Hubo un instante de silencio en el que ni siquiera los pájaros del bosque se atrevieron a cantar. Eva retrocedió un paso y puso su mano sobre el hombro de Ismael, un gesto instintivo de protección. El niño estaba temblando como una hoja, y por primera vez desde que ella lo conociera, no intentó apartarse.

—No quiero que vengan con nosotros —dijo Ismael muy despacio—. No quiero volver a verlos. Que se marchen.

—No te preocupes. No vendrán con nosotros.

El padre Carras sonreía de forma extraña bajo su sombrero de copa, con los ojos clavados ahora en Eva. En ese momento, Viernes comenzó a gruñir sordamente, tenso como las cuerdas de un violín.

—Es tu hijo, ¿verdad, mujer? Dime una cosa, ¿qué sentirás cuando los Ángeles de Seth lo hagan pedazos delante de ti? Escucharás sus gritos de agonía sin poder socorrerle. Así ha de ser: los Hijos de Seth devorarán el fruto de tu vientre ante tus propios ojos y ese será tu castigo, ver morir lo que más amas. Pero yo te ofrezco una salida, mujer.

La voz retumbaba en sus oídos como una trompeta; sonora y límpida, de algún

modo seductora y convincente. Eva cerró un momento los ojos antes de amartillar la pistola con un chasquido metálico.

—Si no te callas ahora mismo, cura, te juro que te reunirás con Seth en menos de dos segundos. Ahora largaos de aquí, tú y tus discípulos. Y caminad hacia el sur. No quiero volver a veros.

—Te duele, ¿verdad? Debe doler tanto ver morir así a un hijo...

—¡Cállate!

—Dispárale, Eva —intervino Robinson—. Este tipo no merece vivir.

—¡Cállate tú también!

—Recuerda mis palabras: verás morir lo que más amas. Es la voluntad de Seth.

El disparo retumbó como una bomba, partiendo en dos una roca grisácea a los pies del padre Garras. Viernes comenzó a ladrar desafortunadamente, a la vez que los enanos se arrojaban en el suelo murmurando salmodias incomprensibles. Si había Errantes por los alrededores, el ruido los atraería en menos de un minuto como la luz a las luciérnagas. Quizá todo ello formaba parte del plan del padre Garras, que no había descompuesto ni por un instante su imagen de profeta apocalíptico con sombrero de copa.

—No temo a la Muerte —dijo con desprecio—. La Muerte es mi Amor.

—Vete con ella, entonces —respondió Eva aún temblorosa—. Tú no sabes nada del amor, y si no fueses más que un loco, te tendría lástima. Pero te conozco, viejo, y sé que te gusta hacer daño. Lo veo en tus ojos. Ahora marchaos de aquí los tres.

—Sólo el dolor puede redimirnos. Sólo la Muerte...

—Guarda tus mentiras para el que quiera escucharlas. ¡Vete!

El padre Garras inició una burlona reverencia, sin dejar de sonreír un solo instante.

—Al menos podríais ofrecer un poco de comida a tres peregrinos hambrientos. Esa pequeña obra de caridad haría que os recordara con gratitud en mis oraciones...

—Ve a pedir comida a tus amigos los Errantes. ¡Marchaos de una vez!

El viejo se encogió de hombros, después de ajustar el sombrero de copa en un perfecto ángulo sobre su cabeza.

—Está bien —dijo al fin—. Venid conmigo, hijos míos; hermoso Didí y discreta Dadá. Esta chusma infiel nos arroja de su lado una vez más. ¿Dónde encontraremos nuestro destino? —y después añadió, volviéndose hacia el grupo—: No os olvidaré demasiado pronto, pecadores. Muy mal pastor sería yo si dejara perderse tan fácilmente a mis ovejas. Volveremos a vernos, os lo aseguro.

Nadie respondió a eso. Y un momento después, la extraña comitiva desaparecía en el corazón del bosque como si nunca hubiese existido.

—Deberías habértelo cargado —gruñó Robinson con un gesto de desagrado—. No es nada bueno que lo tengamos merodeando por los alrededores. Quién sabe lo que es capaz de hacer, o de atraer hacia nosotros.

—Ya lo sé.

—Pero no te lo has cargado. ¿Por qué?

—Vámonos de aquí —respondió ella, terminando bruscamente con la conversación—. Este lugar ya no es seguro.

Se acercó a Ismael con el corazón en un puño, pero el niño parecía otra vez tan absorto en sí mismo como de costumbre. A sus pies, Viernes olisqueaba sin mucho afán unas margaritas silvestres.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro?

—Claro. No te preocupes.

—¿Cuatrocientos veintiséis por quinientos ochenta y uno?

—Doscientos cuarenta y siete mil quinientos seis. Ese hombre puede traernos problemas.

—¿je refieres al cura?

—Sí.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Robinson cada vez más preocupado—. Hay que largarse de aquí y a la mayor velocidad posible.

Eva se quedó un momento pensativa, tratando con paciencia de encontrar la mejor opción posible. ¿Y si buscaran a los supervivientes que habían abandonado al viejo y a sus discípulos en mitad de la nada como si fueran maletas inservibles? Al menos ya tenían en común la misma aversión al padre Garras. Pero era demasiado arriesgado ponerse a buscar a ciegas. Y, después de todo, nadie podía saber qué clase de gente eran.

—Vamos a alejarnos del camino todo lo posible —dijo al fin—. Esta noche haremos guardias de cuatro horas consecutivas. Tú y yo, Robinson.

Está amaneciendo y el sueño le cierra los ojos, meciéndola en una dulce melodía de manantial que fluye. Duerme, estás muy cansada. Olvídate de todo y duerme, dicen las aguas del río. Pero la mano se cierra sobre la culata de la pistola y el frío del metal le hace abrir los ojos. No puedo dormirme, todavía no. No me dormiré.

Y sin embargo, todo parece tranquilo. Han acampado cerca de un río de aguas transparentes donde anoche pudieron bañarse, olvidando momentáneamente todas las penalidades: la suciedad, el miedo, los malos augurios de este viaje interminable. A veces Robinson miraba de reojo su cuerpo desnudo a la luz de la luna con una mezcla de deseo y timidez, esa timidez que parece llevar tatuada en los huesos y que nada en el mundo puede borrar, ni siquiera ella. Pero esa es sólo una más de las cosas que le hacen único, igual que cuando consigue hacer reír al chico imitando a la perfección al señor Miyagi, el de Karate Kid. No hay dos ni tres ni cinco Robinsones en el mundo; sólo el que está aquí, a su lado. Y eso le parece muy bien.

Pero ni siquiera en el río pudieron estar tranquilos: las armas permanecían en la orilla lo más cerca posible y, sin embargo, a algunos metros de distancia para evitar que se mojaran; los ojos, pendientes de las dos riberas a la vez. Viernes vigilaba incansablemente, mientras Ismael se dedicaba a chapotear —con una camiseta puesta, otra de sus manías— en el punto más próximo a la orilla, temeroso de las zonas en las que no hacía pie. Ella aún conservaba un trozo de pastilla de jabón que fue suficiente para los tres. Y esa maravillosa sensación de sentirse limpia también era peligrosa en cierto modo, porque atraía al sueño como la miel a las moscas. Así que Robinson y ella cenaron poco —algo de la liebre asada de ayer, media lata de melocotones en almíbar—, y cuando él se ofreció a hacer la primera guardia, Eva aceptó. Sólo después de dar vueltas durante horas en la tienda de campaña se dio cuenta de su error.

Estaba demasiado nerviosa para dormir. Demasiado cansada, qué ironía. Relevó a Robinson de su puesto a las dos horas —sin novedad en el frente, camarada; un fugaz beso en los labios; descansa cuanto puedas que yo vigilaré— y dedicó buena parte de la noche a dejar volar en círculos sus pensamientos. Pero ahora ya está amaneciendo y los círculos se ensanchan convirtiéndose en elipses, haciéndose más lejanos y difusos. Y de repente, se encuentra en la gran sala de armas de un castillo medieval y de fondo se oye muy lejos una canción de Alphaville. Forever Young, cree recordar.

—¿Quién eres? —le pregunta a la figura embozada que ha aparecido de pronto en el umbral. Se trata de un hombre alto y moreno, de ojos rojos como rubíes.

—Soy Drácula. Soy tu asesino.

—No me das ningún miedo —responde ella con desparpajo—. Ya he matado a unos cuantos Errantes, así que no temo nada de un viejo vampiro. ¿Dónde está

Ismael?

Ahora suena Moonlight Shadow de Mike Olfield, y Eva acompaña el ritmo meciendo la cabeza. Es una canción preciosa.

—He venido a matarte.

—Cállate, aristócrata arruinado —interrumpe Eva impaciente—. Me gusta esta canción.

... I stay, I pray, see you in heaven, far away... I stay, I pray, see you in heaven, one day...

—No subas a la planta de arriba. Es la habitación de Seth y la cama no está hecha.

Robinson está muy guapo vestido de vampiro, pero a Eva le gustaría que se callase de una vez. Nada, que no hay manera.

—¿Has visto el despertador? Está justo detrás de ti.

Eva se da la vuelta y ve a los dos enanos del padre Garras, Didí y Dadá, prendiendo la mecha de un gigantesco cañón en forma de demonio. Y un momento antes de que pueda impedirlo, el mundo entero estalla dentro de sus oídos.

La detonación la despertó igual que un rayo que la hubiese golpeado en la frente. Buscó la Beretta a tientas y al abrir los ojos vio a Viernes agonizante, tumbado sobre un charco de su propia sangre. La pistola había desaparecido.

—Hijos de... ¡¡Ismael!!

De repente, unos brazos tatuados y musculosos la agarraron por detrás; sintió la barra de hierro de aquel antebrazo presionándole el cuello, mientras la mano izquierda culebreaba entre sus piernas intentando penetrar bajo el pantalón. Se revolvió desesperada, lanzando un taconazo de suelas claveteadas hacia atrás; el grito y la maldición escupida a medias le hicieron saber que había acertado. Pero la presión en las arterias de su cuello era cada vez más fuerte, y Eva supo que ya no podía respirar.

—Me has jodido la rodilla, puta. Prepárate, porque tú y yo vamos a pasarlo muy bien.

Una voz metálica y a la vez rasposa, con resonancias que le recuerdan a los chasquidos de un látigo. De repente, Robinson aparece ante ella con el rostro desenchajado y el revólver en alto. La presión en el cuello se afloja casi imperceptiblemente.

—¡Suéltala! —grita Robinson, y por un momento Eva piensa que se lo está diciendo a ella—. ¡Suéltala o te mato!

—Mejor tira tú la pistola o le rompo el cuello a tu nena.

—Mátalo, Robinson —consigue jadear Eva.

Pasan unos segundos interminables, en los que ruega una y otra vez a un Dios en el que no cree para que el tiro de Robinson sea certero. Pero, incomprensiblemente, este acaba por arrojar el revólver al suelo.

—Ismael ha escapado —dice como si se disculpara—. Cuando oímos el disparo le dije que corriera hacia los árboles. Se ha ido.

—Qué bien, ya me encargaré de él más tarde. O quizá no, quién sabe —dice la voz rasposa al oído de Eva. Y entonces el antebrazo de hierro vuelve a cerrarse como un cepo sobre el cuello de la muchacha, que boquea varias veces en una desesperada e inútil búsqueda de oxígeno antes de desmayarse.

A la pesadilla del sueño se suma la pesadilla del despertar. Antes de abrir los ojos, ya sabe que está tumbada boca arriba y con las manos atadas a la espalda por correas o cuerdas. Pero sólo al ver su ropa hecha un montón informe a un lado adivina lo que va a ocurrir.

—¿Sabes quién soy? Soy Disco Jack. ¿Sabes quién soy? Soy Disco Jack.

Lo dice a ritmo de rap. Eva no responde y desvía la cara al otro lado, las briznas de hierba cosquillean en su mejilla. Un recuerdo inoportuno de aquella época en la que el mundo era un lugar seguro y estaba lleno de hadas y unicornios, como los cromos que pegaba en sus cuadernos infantiles. A unos pasos de distancia descubre una fila de hormigas rojas que se afanan presurosas en llevar comida a su hormiguero. Y un poco más allá está Robinson, apoyada la espalda en un promontorio de roca. También él tiene las manos atadas a la espalda, y hay sangre en su frente que ha resbalado hasta la mordaza que le tapa la boca. Pero ella sabe que está vivo y consciente por esos ojos tristes, tan tristes y llenos de angustia que sólo mirarlos rompe el corazón. Pedazo de tonto, debiste haber disparado cuando podías, piensa con un reproche lleno de ternura. Pero ya nada de esto tiene importancia, porque el viaje ha terminado.

—¿Sabes quién soy? Soy Disco Jack. ¿Sabes quién soy?

Disco Jack, probablemente. ¿O tal vez una rata? La verdad es que lo parece, con ese pelo marrón rata sobre unos ojillos pequeños, demasiado alejados entre sí. Por no mencionar la boca afilada en forma de hocico de rata, llena de dientes amarillos. Pero al instante un recuerdo salido de un mal sueño asalta su mente, y ya no tiene dudas.

—Eres Drácula. Eres mi asesino.

—Exacto. ¿Cómo lo sabes? —dice sorprendido el hombre. Ahora muestra una sonrisa demasiado luminosa para que resulte natural, mientras sus manos exploran el cuerpo desnudo de Eva como dos animales vivos—. ¿Sabes lo que voy a hacer contigo?

—Primero vas a violarme. Y luego vas a matarme.

—¿Y no tienes miedo?

—Tengo mucho miedo.

—¿Por qué no suplicas, entonces? Ruégame que respete tu vida y tal vez me lo piense.

—No serviría de nada. Vas a matarme de todos modos.

El Hombre Rata se echa a reír de buena gana. Lo más horrible de todo es que no se trata de una risa sádica a carcajadas retumbantes como las de los villanos de las películas, sino que expresa una verdadera alegría. San Francisco de Asís podría haber reído del mismo modo, sosteniendo un cordero entre los brazos.

—Quiero que sepas que no soy un sádico —dice Disco Jack, súbitamente muy serio—. No me gusta hacer sufrir más de lo necesario, eso ya se demostró en el juicio. Si te portas bien, todo será muy rápido y apenas sentirás dolor. ¿Me has entendido?

—Sí —responde Eva. Pero las manos son dos nidos de tentáculos que desmienten las palabras, exprimiendo brutalmente sus senos. Eva ahoga un grito de dolor, al mismo tiempo que una pequeña perla hecha de sangre y leche brota de su pezón izquierdo. Sus ojos caen sobre el fusil de Disco Jack, un M-16 tirado en la hierba a dos metros de distancia. Es tan inalcanzable como el paraíso terrenal.

—Ni siquiera voy a cargarme al gilipollas ese —dice él concediendo una mirada de desprecio al tembloroso, atado y amordazado Robinson—. Prefiero que mire. Cuando termine contigo seguiré mi camino sin más. Yo sólo mato mujeres.

Lo dice como si informara al camarero del restaurante de que él sólo bebe agua mineral. Ahora esas manos de dedos largos y fuertes —manos de pianista o de estrangulador— han bajado hasta los muslos y juegan con el sexo de Eva. Separan con habilidad los pliegues rosados, se introducen lentamente en ella, aquí y allá, cada vez un poco más. Eva comienza a llorar asqueada de todo y sin poder evitarlo. Si no me hubiese dormido durante la guardia... Pero ya es demasiado tarde. Tantos peligros a los que supieron enfrentarse y todo ese amor encontrado a través de un camino interminable para acabar así, así. Al menos Ismael ha logrado escapar; ¿cuánto tiempo sobrevivirá solo en el bosque sin la presencia bienhechora de Viernes, que yace muerto de un tiro frente a la tienda de campaña? ¿Por qué tenía que terminar así?

—Por favor —suplica con los ojos llenos de lágrimas—, déjame vivir. Sólo tengo veinte años. Quiero vivir.

—Pobre niña. Lo siento, lo siento mucho, chiquilla.

Lo más asombroso de todo es que Disco Jack también tiene sus ojillos ratunos brillantes de lágrimas. Pero de improviso, el hocico de la rata cae sobre el vientre de Eva y los dientes penetran en la carne. Un grito vibrante hecho de dolor sólido y Robinson que se estremece impotente en la distancia, como si le estuvieran electrocutando. Ahora el Hombre Rata ha levantado la cabeza y sus labios están manchados de sangre.

—Nunca dejo con vida a ninguna de mis nenas. —Una pausa con la vista clavada en el horizonte, como si pensara en voz alta—. Me cargué a cinco, pero me volví descuidado y dejé a la sexta con vida en aquel garaje. Y al día siguiente ya tenía a la puta policía encima. Luego el juicio: treinta años sin posibilidad de condicional, ciento cuarenta y ocho de condena por todo. ¿Has oído hablar del Vampiro de Avilés? —dice mirándola súbitamente—. Sí, ese soy yo. Un tío famoso, te juro que es cierto, salí en la tele y en los periódicos. Pero puedes llamarme Disco Jack, si no te importa.

Sí, me gusta más Disco Jack. Iba camino de pudrirme en la cárcel para toda la vida cuando llegaron los Errantes. Entonces el director nos soltó a todos, tras hacernos firmar un papel en el que prometíamos no volver a cometer ningún delito. Increíble, ¿verdad?

—Por favor...

—Cállate, puta, estoy hablando yo —dice sin levantar lo más mínimo la voz—. Y por eso ahora soy cuidadoso, mucho más cuidadoso. Antes de marcharme, me aseguro siempre de que a mis nenas ya no les late el corazón. Eso es lo que hago con ellas, les paro el corazón. Eso es lo que haré contigo. ¿Me entiendes?

—Me duele... estoy sangrando...

—No te preocupes por eso, me gusta verte sangrar. Eres preciosa, chiquilla. La más bonita que he visto desde que llegaron los Errantes. Y por eso ahora tienes que morir a manos del Vampiro de Avilés o de Disco Jack, según prefieras. No me preguntes por qué, yo tampoco lo entiendo.

Vuelve a reírse, esta vez como un niño travieso. La toma por el mentón inclinando suavemente su cabeza a un lado, y Eva intuye de inmediato dónde va a caer la siguiente dentellada. Es su más secreto temor, su pesadilla. Pero en las pesadillas siempre era un Errante sin cara ni identidad el que le desgarraba la garganta, y esto es mucho peor. Una oleada de dolor indescriptible cuando los dientes se le clavan en el cuello y Eva tensa todo el cuerpo como un arco a punto de romperse, entre gritos de los que ya no es consciente. Pero de pronto aquello termina, y el Hombre Rata alza la cara de nuevo. El mordisco no ha sido tan brutal como el anterior —al fin y al cabo, el antiguo Vampiro de Avilés no quiere quedarse tan pronto sin su juguete de carne—, pero sí muy prolongado, y no menos doloroso ni humillante.

—Bien, creo que ya hemos acabado con las presentaciones.

Hay un momento de quietud durante el que no se mueve una hoja, como si el mundo fuese una película detenida en un único fotograma. Pero los pensamientos no se detienen jamás y Eva vuelve a recordar a sus padres, que le dieron la vida para que esta bestia se la quitara. Ojalá, si hay luces azules más allá como dice Robinson, la estén esperando en alguna de ellas. Y en todo caso, que termine pronto.

Ahora el hombre ha separado con brutalidad sus piernas y la viola muy rápidamente, con movimientos epilépticos que recuerdan un poco a la cópula de los conejos. Parece que se limitara a cumplir con un requisito algo molesto y, sin embargo, indispensable para la consecución de un fin mucho más glorioso. Tiene el pene más pequeño que Robinson y Eva siente las repetidas penetraciones como una molestia particularmente desagradable, pero poco en comparación con los terribles mordiscos anteriores. Ahora no llora a causa del miedo o del dolor, sino por el final de todas sus esperanzas. Disco Jack se afana sobre su cuerpo a sacudidas rítmicas,

muy colorado de pronto y con las venas de su cuello de toro a punto de estallar. Pero de repente se queda muy quieto, suspira y cierra los ojos. Eva siente las contracciones del hombre que eyacula en su interior como un timbre anunciador de su condena a muerte. Se ha cumplido el último acto significativo, y ahora tan sólo resta el intrascendente detalle de dar muerte a la presa. En esto Eva se equivoca por completo: para el Hombre Rata lo más importante viene ahora.

El cielo es tan azul que hace daño a la vista, y hay tanta luz que no puede verse nada. Entre los abetos se oye el canto monótono de un ruiseñor, una perdiz levanta el vuelo con un aleteo sordo. Un paisaje campestre maravilloso, de no mediar el llanto de Robinson ahogado tras la mordaza y el cuerpo tembloroso de Eva, una isla de dolor en medio de la hierba. Viernes ya no puede ver nada de todo esto, porque está inmóvil para siempre en medio de un charco de sangre oscura. Y Disco Jack, ya en pie y con los vaqueros puestos, mira pensativo a su víctima y extrae de su anorak un largo cuchillo de sierra. Lo pone ante los ojos de Eva sin decir una palabra y disfruta durante unos largos segundos de su terror, disfruta mucho más que mientras la violaba. Pero después lo piensa mejor y vuelve a guardar el cuchillo.

—No, no soy un torturador —dice con un gesto esquivo, como si se defendiera de una acusación no formulada por Eva—. Ahora tienes que estar tranquila, chiquilla, casi hemos terminado. Esto es el final, el final de tu camino.

Se arrodilla ante ella, que cierra los ojos al sentir las manos del hombre rodeando su cuello. Lo último que ve es que tiene los brazos llenos de tatuajes; en el izquierdo, un corazón románticamente atravesado por una flecha en cuyo interior dice «DISCO JACK». Al principio la presión es muy ligera, como si se tratara de una broma o del comienzo de un inocente juego erótico. Pero poco a poco los pulgares van cerrándose más sobre su tráquea, y Eva siente que ya no puede respirar. Disco Jack la estrangula muy lentamente, casi podría decirse que con dulzura, apretando cada vez un poco más. Ahogándola sin prisa, recreándose en su angustia. Mientras tanto, Eva ya ha perdido el dominio de sus propios movimientos y ahora se agita desesperadamente, en espasmos reflejos que ya no controla su cerebro privado de oxígeno. Y sin embargo, aún le queda un último reducto de lucidez.

—Mírame —ordena Disco Jack en el límite de su excitación—. Quiero ver tu carita mientras mueres. Mírame, chiquilla.

Ismael, Robinson, Viernes, os quiero. Perdonad que me quedase dormida, estaba tan cansada. Papá, mamá, os quiero...

—¡He dicho que me mires! ¿Es que vas a joderlo todo al final, zorra? ¡Abre los ojos! ¡Mírame!

Ella ya no le entiende. Pero todavía logra escuchar, como un fondo oscuro a los gritos de Disco Jack, el gemido creciente de docenas y docenas de Errantes.

A partir de ese momento todo sucedió muy deprisa. Y la visión más completa de toda la escena fue precisamente, más por casualidad que por sus aficiones cinematográficas, la de Robinson.

Robinson vio cómo el crío salía de entre los arbustos con su mochila a cuestas, enarbolando un cuchillo y sin dejar de gritar a voz en cuello. Aquello debió de sorprender tanto al ex presidiario que en ese momento apartó las manos del cuello de Eva, mirando el panorama como si aquello fuese el mejor gol de su equipo de fútbol. Pero lo mejor —o lo peor, según se mirara— aún estaba por llegar.

De los matorrales más espesos comenzaron a salir, caminando o arrastrándose, docenas, quizá cientos, de Pellejudos, gimiendo a la vez como condenados. Todos iban detrás del chico, que a su vez corría como un gamo hacia Eva y Disco Jack. Pero lo más curioso de todo fue que este último reaccionó al fin, y de qué manera: de un salto agarró el M-16 y corrió unos pasos hacia ellos con una risa salvaje, ametrallando las filas de Errantes con una puntería inaudita. Desde luego que Disco Jack estaba loco, aparte de ser un puerco asesino y un violador, pero el hijo de puta no tenía nada de cobarde. Naturalmente porque estaba como una cabra; de hecho, Robinson jura y perjura que le oyó gritar:

—¿Venís a joder a Disco Jack? ¡Disco Jack está bailando con su nena en el cementerio! ¿Venís a joder a Disco Jack? ¡Viva la Confederación! ¿Venís a joder a Disco Jack?

Y todo ello a ritmo de rap, y Eva e Ismael le creen. Aunque eso de la Confederación no cuadra mucho, y más parece un embellecimiento de última hora o quizá un producto de los nervios de Robinson. El caso es que su corta estatura fue probablemente lo único que salvó al chico de las balas. Y mientras Disco Jack seguía avanzando hacia los Errantes y disparando como el jodido maníaco que era, Ismael zigzagueó pegado al terreno al modo de una liebre hasta llegar a Eva, cortar sus ligaduras con el cuchillo y despertarla a fuerza de bofetadas.

—Lo siguiente que recuerdo —le diría mucho más tarde Robinson a Eva— es que tuvo la sangre fría de coger tu ropa, tus botas, y guardarlo todo en la mochila antes de echar a correr de nuevo. Y os veo a los dos corriendo hacia mí como a cámara lenta, tú en primer plano desnuda, recordándome como la mierda la foto esa de Vietnam en la que sale una niña quemada por napalm o agente naranja, yo qué sé. Y él detrás de ti galopando sin descomponer ni por un momento su cara de póquer. Como si aquello no fuera con él...

Finalmente desataron a Robinson, le quitaron la mordaza y se lo llevaron a rastras hasta que estuvo en condiciones de correr. Por suerte, la herida en la cabeza era mucho más escandalosa que grave. Se dieron cuenta de que los Pellejudos ya habían

rodeado a Disco Jack, y los más espabilados empezaban a perseguirlos a ellos. Había que correr más deprisa y, aun así, Robinson no pudo evitar una última mirada atrás. Vio a un Pellejudo alto y grotescamente ataviado con un sombrero de copa que blandía en el aire, como una bandera al viento, un brazo que no le pertenecía. Un brazo musculoso y lleno de tatuajes, en el que adivinó las palabras «DISCO JACK» en el interior de un corazón románticamente atravesado por una flecha.

Continuaron corriendo hacia la orilla del río sin hablar, sin ponerse de acuerdo, como ciervos que huyen de una manada de lobos. El río era su única oportunidad, un solitario reducto de vida en medio de la muerte. Todo el mundo sabía que los Errantes jamás atravesaban cursos de agua caudalosos y profundos. Salvo los grandes Gusanos, cuya vanguardia se encargaba de convertirse en una especie de monstruoso dique de carne podrida para los que venían detrás. Pero el grupo que les seguía, aunque numeroso, parecía demasiado desorganizado para formar parte de un Gusano.

Al llegar a la orilla del río se zambulleron sin pensarlo dos veces, con el crío, que no sabía nadar, agarrado como una lapa de un solo brazo a la espalda de Robinson. Ismael llevaba la mochila en alto con el brazo libre para evitar que se mojara. Pero todos estaban demasiado ocupados para darse cuenta de este detalle, sobre todo ocupados en no ahogarse. Por un momento Eva pensó que la corriente, mucho más fuerte que el día anterior, los arrastraría como trozos de madera río abajo hasta sumergirlos al fin. Pero entonces, las puntas de sus pies tocaron tierra inesperadamente y la esperanza renació en ella. Gritó a Robinson para que se dejara llevar por la corriente hasta el punto donde ambas riberas se estrechaban, y un momento más tarde todos estaban momentáneamente a salvo en la otra orilla, tiritando de frío entre juncos y cañaverales. A unos doce metros de distancia y separados de ellos por un brazo infranqueable de agua, los primeros Errantes vomitaban su frustración de la única forma que sabían hacerlo: gimiendo sin parar. Durante unos minutos ninguno de los tres habló, demasiado atareados en recuperar el aliento.

—Parece que el padre Carras encontró al fin a su dios —dijo Robinson aún jadeando—. Me pregunto qué habrá sido de sus enanos.

—Hoy no comerán carne —murmuró Eva—. Salvo la de Disco Jack.

—Hay que irse de aquí —decía ahora Robinson—. Creo recordar que tras ese recodo de árboles el río se estrecha bastante y podrían cruzarlo. Si se dan cuenta y nos rodean, estamos perdidos.

—Mi mochila está casi seca —intervino Ismael, mirando a Eva con cierta timidez—. Se ha mojado un poco, pero no pienso que haya calado por dentro. Guardé tu ropa en ella, y creo que será mejor que te vistas.

Por primera vez desde que escaparan del campamento, Eva se dio cuenta de que estaba completamente desnuda. De eso y del dolor en las plantas de los pies, laceradas por miles de piedrecitas y ramas puntiagudas. Tenía en el cuello un gran moratón con dos filas simétricas de dientes perfectamente marcadas, pero la piel no estaba abierta y el cardenal iría desapareciendo con el tiempo. Peor aspecto presentaba la herida del vientre, con los bordes muy hinchados.

—Habría que desinfectar eso —observó Robinson.

—¿Con qué? Lo hemos perdido todo.

—Tengo tu botiquín en la mochila. Creo que todavía nos quedan gasas y alcohol —dijo Ismael.

Eva lo miró con media sonrisa mientras se vestía rápidamente. En la otra orilla, los gemidos de los Errantes iban creciendo en intensidad, pero nadie les prestaba atención. Se habían acostumbrado a vivir con ellos.

—Has sido tú el que atrajiste al campamento a los Errantes, ¿no es verdad?

—Sí. Era la única opción posible y ha salido bien.

—¿Has guardado también en tu pequeña mochila las armas, las mantas, las tiendas de campaña, las herramientas y la comida? —preguntó Eva irónicamente.

—Sólo tu ropa, el botiquín y una caja de cerillas —mintió el chico, mientras ella le acariciaba el pelo levemente. Ismael amagó un breve gesto de desagrado, pero no rechazó el contacto.

En el cielo navegaban perezosamente a través del azul varios jirones de nubes, como si se tratase de velas de barcos espectrales. Eva alzó la vista al horizonte, pensando en el Pequod y en Moby Dick.

Si en algún momento hemos necesitado la ayuda de Dios, ese momento es ahora. No tenemos nada: ni armas, ni comida, ni refugio, ni ropa de repuesto. Viernes ha muerto, y no podemos cazar ni poner trampas porque hemos perdido todos los cepos. Y por si fuera poco, ellos dos están empapados. Si en algún momento hemos necesitado la ayuda de Dios, ese momento es ahora.

—La cura tendrá que esperar —dijo en voz alta, mientras terminaba de vestirse —. Robinson tiene razón: este lugar es demasiado peligroso. Vámonos de aquí.

Esa noche acamparon a unos seis kilómetros de distancia, en el interior mohoso de un granero abandonado. Podían haber ido un poco más lejos, pero Eva simplemente ya no era capaz de dar un paso más. Robinson fue a buscar leña o cualquier otra cosa que ardiera y tardó más de una hora en volver, pese a la opinión en contra de Eva, que consideraba aquello demasiado peligroso.

—¿Y cómo quieres que te cure la herida si no veo un carajo? ¿Eh?

Así que lo había dejado partir y ella se quedó allí con Ismael, que tiritaba de frío bajo sus ropas húmedas. Le ofreció las suyas, que por supuesto él rechazó. Le habría gustado abrazarlo, más que nada por darle calor, pero sabía que el chico se negaría en redondo.

—Has estado fantástico. Nos has salvado a todos.

—A todos salvo a Viernes.

—Lo siento. Lo siento muchísimo, Ismael. Me quedé dormida durante la guardia.

—Son cosas que pasan —comentó él con indiferencia.

Robinson regresó al cabo de un rato con un montón de cajas de madera y cartón cargadas a la espalda. Sonreía de oreja a oreja, decidido a no dejarse llevar por las trampas de la desesperanza.

—Hay muchas más en un cobertizo cercano —dijo mirando con satisfacción las cajas—. Tendremos fuego para toda la noche.

¿Y mañana qué haremos?, se preguntó Eva. Pero Robinson estaba en lo cierto: lo último que debían permitirse era desesperar. Deja lo de mañana para mañana, se dijo, mientras echaba una mano a su compañero rompiendo cartones. Pocos minutos más tarde, una pequeña hoguera ardía en un rincón del granero reconfortándolos con su calor. Devolviéndoles por un momento la ilusión de un hogar, significara lo que significara esa palabra.

—Bien, princesa, enséñame esa barriguita. Vamos a curar esa herida tan fea. — Robinson empapó un algodón en alcohol y lo pasó con infinita delicadeza por los bordes de la herida, mientras Eva se mordía los labios—. ¿Te hago daño?

—No —respondió ella automáticamente—. Un poco, es que escuece bastante. ¿Y la herida de tu cabeza?

—No es más que un rasguño, ya me lo curaré más tarde. Ahora estate quieta, que quiero terminar pronto. ¿Tú cómo estás, aparte de la herida?

—Bien.

—Me refiero a tu estado de ánimo —aclaró Robinson, mirándola muy serio.

—Bueno, hoy me han mordido, me han violado y me han estrangulado, pero por lo demás, bastante bien. La moral por todo lo alto, ya sabes.

Ambos sonrieron, mirándose a los ojos como dos viejos compinches. Al fin Robinson sacudió la cabeza, mientras sacaba la gasa de su funda de plástico transparente.

—Aún no comprendo cómo no te has desmoronado —dijo, a sabiendas de que cometía un error pero sin poderlo evitar—. Si a mí me hubiera ocurrido eso...

—No tengo tiempo para desmoronarme, Robinson. Siempre que estoy a punto de hacerlo, sucede algo y tengo que luchar o salir corriendo. Así es mi vida, compañero.

—Estate quieta y no hables ahora, voy a ponerte la gasa. Muy bien, muy bien... eso es. —Robinson se incorporó de pronto, con los ojos llenos de lágrimas—. Creí que te había perdido, ¿sabes? Pensé que ese cabrón te había matado.

—Yo también lo pensé.

—No lo habría soportado.

—Por favor, nada de sentimentalismos —dijo ella sonriendo dulcemente—. Recuerda que somos supervivientes, tíos y tías duros por definición. Anda, échate un poco y descansa, apoya la cabeza en mis piernas. Tú también has tenido un día de mierda.

—Sé que no te gusta que te lo diga, pero...

—Así es, no me gusta que me lo digas. Cállate y descansa.

—¿Qué va a ocurrir mañana, Eva?

—No tengo ni la menor idea. No te preocupes por eso.

Robinson cerró los ojos, mientras ella le acariciaba el pelo muy despacio con la vista clavada en la hoguera, prisionera de esa misma magia que los hombres prehistóricos habían descubierto miles de años atrás. El chico permanecía inmóvil al otro extremo del fuego con la mirada perdida, y Eva se preguntó por enésima vez en qué estaría pensando. De repente se dio cuenta de que algo faltaba en la escena, una presencia oscura y silenciosa que les había protegido durante más tiempo del que podían recordar. De pronto cayó en la cuenta: era Viernes. Ahogó una lágrima recién nacida mientras se repetía toda aquella mierda de los supervivientes, de los tíos duros, de los nada de sentimentalismos, por favor. Algún día acabaría creyéndoselo, a fuerza de repetirlo.

—Quiero decir una oración —exclamó Ismael de repente en medio del silencio. Eva y Robinson lo miraron atónitos mientras él se ponía en pie y juntaba las manos, con los ojos fijos en la hoguera—. Señor Dios Jesucristo, recibe en tu seno el alma del perro Viernes, que antes se llamó Acab, que antes se llamó de otra manera que no conocemos. Era un buen perro y cuidó mucho de nosotros mientras vivió, a pesar de que estaba infectado. Condúcelo, por favor, al paraíso de los perros donde tenga abundante comida, y hembras que quieran mantener relaciones sexuales con él, y un rincón tibio y tranquilo para dormir. Muchas gracias, Señor Dios Jesucristo. Amén.

Había sido una oración bonita y sencilla. Quizá sin demasiadas esperanzas, como correspondía a una máquina. Ismael volvió a sentarse exactamente en la misma postura que antes, sin dejar de mirar el fuego. Durante un largo rato nadie se atrevió a hablar. Casi hubiese sido una blasfemia, pensó Eva.

—Ahora quiero decir algo a vosotros dos —continuó al fin Ismael—. Nuestro viaje termina mañana. Estamos más cerca de Madre de lo que suponéis. Será difícil y peligroso, pero es necesario. Os doy las gracias por haber confiado en mí hasta ahora y sólo os pido que confiéis un día más. Mañana yo encabezaré la marcha.

—Y un niño les guiará a través del camino de las sombras... —citó Robinson, como si estuviera perdido en sus pensamientos—. ¿Vamos a morir, Ismael?

—No lo sé. Es muy posible.

—¿Cómo sabías que Viernes estaba infectado? —intervino Eva, cayendo de pronto en la cuenta y cada vez más nerviosa—. ¿Se lo has dicho tú, Robinson?

—No.

—¿Cómo lo sabes, entonces? ¿Cómo sabes que estamos tan cerca de Madre? ¿Cómo cojones sabes tantas cosas, Ismael? —De repente, se dieron cuenta de que Eva estaba llorando a lágrima viva a la vez que gritaba—: ¡Maldita sea, niño de mierda, me han violado! ¿Lo entiendes? Me han violado... me han...

Los sollozos le impidieron continuar, mientras Robinson se esforzaba vanamente en consolarla. Pues sólo a partir de ese instante, Eva logró darse cuenta por completo de lo que realmente le había ocurrido en el claro del bosque cercano al río. Hasta entonces había pasado el tiempo dándole la espalda, ignorando aquello como si no existiera o como si le hubiese ocurrido a otra persona. Pero ya no podía engañarse más.

—Me han violado por venir contigo a este maldito lugar que... Dios mío... no puedo más... no puedo más...

—Lo sé —dijo Ismael con firmeza—. Confía en mí.

—¿Que confíe en ti? —gritó ella en un acceso de rabia—. ¿Que confíe en ti, dices?
¡Yo te diré por qué sabes tanto! Porque eres uno de...

Eva calló tras un último sollozo, como si la hubiera fulminado un rayo. Ahora nadie se atrevía a moverse. El silencio que siguió podía tocarse con las puntas de los dedos.

—Perdóname —dijo al fin, fracasando en un patético intento de parar las lágrimas—. Perdóname, pequeño, tú no tienes la culpa de nada. Anda, vámonos a dormir. Mañana será otro día.

El amanecer llegó frío y desapacible, con el cielo cuajado de surcos grises que prometían no dejar paso a una sola gota de calor. Habían dormido poco y mal, apretados en el granero como ratones para darse abrigo, en una semivigilia de pesadillas y frío que ni siquiera terminaba con el despertar. Eva había llorado en sueños, pero ya no lo recordaba.

—Es por aquí —dijo Ismael.

Ahora era él quien encabezaba la marcha... si es que alguna vez había dejado de hacerlo, pensó Eva. Siempre con su eterna mochila de colegial a la espalda, el paso milimétrico de un mecanismo de relojería y el gesto inexpresivo, inmune a la alegría o a la tristeza. ¿Cómo he podido ser tan estúpida como para seguirle? Vamos a morir. No, ni siquiera vamos a morir del todo. Se vio a sí misma convertida en una Errante, acechando presas humanas tras los muros de Cíbola. Tuvo que detenerse un momento para no vomitar el vacío de su estómago.

—¿Cómo estás? —le preguntó Robinson.

—Mal. Sigamos adelante.

Habían abandonado la carretera principal atestada de automóviles —aún la sorprendía ver de vez en cuando esqueletos vestidos y sentados al volante, alguno hasta con el cinturón de seguridad puesto— para adentrarse en el bosque, que raleaba cada vez más. No hablaban mucho y, tras cada respiración, una nube gris aparecía ante ellos como el humo de un imaginario cigarrillo. Acabaron tomando un sendero de grava que rodeaba los pinos en mil y una vueltas y revueltas, hacia la cima de la colina. De repente, Eva escuchó un golpeteo rítmico tras ella y se volvió con rapidez: no ocurría nada grave, salvo los dientes de Robinson entrechocándose de puro frío.

—Vaya día, ¿eh? —dijo el muchacho intentando sonreír.

Nadie le respondió. Mientras continuaban ascendiendo hacia la colina, notaron que el camino se hacía más ancho y recto, como si alguien hubiese construido una calzada invisible por el simple método de talar todos los árboles. A ambos lados del camino, vieron lo que les parecieron una especie de piedras blancas dispuestas siempre a la misma distancia, al modo de mojones que señalan una ruta. Al acercarse, vieron que las supuestas piedras eran en realidad cráneos humanos.

—Dios mío... —exclamó Robinson.

—¡Seguid caminando! —gritó Ismael. Ni siquiera se había vuelto, sencillamente encabezaba la marcha como si no hubiese visto los cráneos o no le importaran. Tal vez siempre había sabido que iban a estar ahí, pensó Eva estremeciéndose.

Lo único bueno era que no había la menor señal de Pellejudos, porque Robinson y Eva ya no tenían fuerzas ni para correr diez pasos. Caminaban por pura inercia, cada vez más agotados, como si llevaran horas respirando un aire malsano. El absurdo

eslogan publicitario de una película de terror sobre anacondas gigantes llegó de pronto a la mente de Eva, uno de esos recuerdos estúpidos e insignificantes que incomprensiblemente son los que no se borran jamás: Tu vida empezó con una respiración y terminará con un grito. De repente, comprobó sin demasiada sorpresa que estaba aterrorizada.

—Ismael... por favor, Ismael...

Ninguna respuesta. La ascensión se hacía cada vez más pesada y difícil sobre un terreno de color hueso completamente yermo, donde hasta la menor sombra de vegetación había desaparecido. Cráneos, hay cráneos por todas partes, pensó Eva un segundo antes de caer redonda al suelo. Vio como en un sueño a Robinson, inclinándose sobre ella para tomarla en brazos como a una niña pequeña y continuar la ascensión.

—Anímate, princesa —dijo él con una voz que parecía venir de muy lejos—. Creo que hemos encontrado a Moby Dick.

Así fue cómo cubrieron los últimos metros, con la silueta de Ismael clavada como un diminuto faro sobre la cima, observando ya algo que de momento sólo él podía ver. Robinson dio cinco pasos, diez, veinte, con el aire de perplejidad de un boxeador noqueado, y se detuvo de pronto.

—Dios...

No, no había ningún dios allí, pensó Eva. Al menos ninguno al que ellos pudiesen rezar. Porque habían atravesado la última puerta sin apenas darse cuenta, esa que conducía al principio y al final, a la muerte definitiva y al nuevo ciclo del universo. Por fin habían llegado: estaban en casa de Madre.

A sus pies una extensión desolada y estéril, sembrada de calaveras, en la que es imposible imaginar la hoja de un árbol o una brizna de hierba. El cráter comienza con una suave pendiente hacia abajo que va inclinándose cada vez más, hasta el punto en que han de descender de lado, esforzándose en no pisar los cráneos que marcan el camino al modo de siniestras calabazas blanquecinas. Todos los cráneos parecen sonreír.

El cráter no es muy profundo, pero sí tan ancho como dos o tres estadios de fútbol si pudieran disponerse de forma circular. Porque el círculo del cráter es absolutamente perfecto y, en consecuencia, antinatural. Ha sido provocado por algo que se estrelló desde el espacio, piensa Eva, pero se corrige inmediatamente: Ha sido provocado por algo que vino desde el espacio. Las botas se hunden en una ceniza gris —¿qué ha podido arder aquí?— que deja marcadas sus huellas con tanta nitidez como las de los astronautas en la luna.

Han descendido quince o veinte metros cuando la pendiente desaparece. Ahora el Niño Máquina camina en vanguardia por una llanura de ceniza mostrando una sonrisa que nadie ha visto jamás, ni siquiera Eva. Robinson pisa un cráneo sin querer, y el crujido que viola ese silencio mortal hace que Eva se vuelva con el corazón en un puño. De pronto, se queda muy quieta y señala al muchacho algo que ha quedado atrás.

—Que abandonen toda esperanza quienes traspasen estos muros... —recita Robinson hipnotizado.

Los bordes del cráter están ahora llenos de Errantes, que curiosamente no les persiguen ni gimen su horrible salmodia anunciadora de la matanza. Simplemente permanecen allí observándoles, vestidos con harapos o desnudos, mutilados y hambrientos. Inmóviles, apiñados a lo largo de toda la circunferencia del cráter, como espectadores pacientes que aguardan el comienzo del último acto. No es necesario que Eva y Robinson intercambien una mirada para que se den cuenta de que están rodeados por completo. Ya no hay escapatoria.

—Esto es el final.

—Ojalá lo fuese. Es el principio.

Continúan caminando —¿qué otra cosa pueden hacer?— tras las huellas menudas de Ismael, que casi ha llegado ya al centro de la planicie. Eva levanta la vista una y otra vez hacia el círculo de Errantes que les rodea, pero sus guardianes continúan inmóviles. En una de esas ocasiones cree reconocer a su padre entre la multitud, pero la distancia es demasiado grande y muy posiblemente no sea más que una ilusión. Sin embargo, no vuelve a mirarlos; la próxima vez que lo haga caminará a su lado como una más de ellos.

—Hemos llegado.

Ismael se detiene frente a una charca de unos tres metros de diámetro en el centro geométrico del cráter, de la que sobresale una sustancia viscosa que se mueve muy despacio, en ondulaciones que recuerdan vagamente al ritmo de una respiración. Por supuesto, no es así: el ser que vive en el agujero del cráter no necesita respirar en modo alguno. Se limita a arrojar sus esporas, invisibles hasta para el más potente microscopio, con destino al territorio más fértil que conoce desde que llegó a este mundo: el cerebro humano. Sin embargo esta vez ni siquiera eso será necesario. El Esclavo ha obrado bien y a punto.

—He venido, Madre.

Para Robinson, Madre es una enorme bañera de lava purpúrea que se agita como si estuviese hirviendo. Eva la ve como un barrizal burbujeante de cieno, a veces rojizo, a veces anaranjado. Pero sólo Ismael contempla a Madre como realmente es: un enorme cúmulo infecto de negrura que se extiende lentamente. De pronto, un zumbido que recuerda lejanamente al de un nido de avispas sale de la charca para clavarse en sus mentes como si estuviera hecho de agujas. Robinson se tapa los oídos y cae de rodillas, desesperado. Nadie hace el menor intento por ayudarlo.

—Ya sé que sólo son dos, Madre —dice Ismael con su dulce voz infantil—. Pero son jóvenes y quieren vivir, están llenos de ilusiones. Te gustará su carne. Devora sus cuerpos y bebe sus almas y borra sus esperanzas. Son mi regalo para ti, en el Día de la Madre.

* * *

—Claro que traeré más carne viva para ti. Son muy fáciles de engañar con mi disfraz de niño indefenso. Son estúpidos y débiles, Madre, y no merecen vivir.

Acto seguido, Ismael deja su mochila de colegial en el suelo lleno de ceniza y se quita la camiseta, quedando desnudo de cintura para arriba. Alza los brazos por un momento y todos pueden ver la horrible cicatriz en el interior del antebrazo izquierdo, con señales de dientes perfectamente marcadas en tono escarlata. Todo su instinto y su experiencia le dicen a Eva que aquella es la mordedura de un Errante.

—Pequeño hijo de puta —sonríe amargamente Robinson—. Nos ha engañado todo el tiempo.

—También he de ocuparme de enseñar a mis hermanos para que sean cada vez más sabios —continúa Ismael—. Y a cambio de ello tú me darás un mundo, aunque sea el más pequeño y baldío de todos los que dominas. El mundo de Máquina.

* * *

—Así es: prometo hacerme merecedor de todos tus dones, Madre. Envía a tus hijos ahora para cumplir con la ceremonia de mi ofrenda. Debes de estar hambrienta, porque siempre lo estás.

La multitud de Errantes que abarrotan los bordes del cráter comienza a descender como un solo ser hacia el centro de la llanura. Mientras los infinitos tentáculos de Madre se ponen en movimiento, Eva piensa desesperadamente en el cuchillo de sierra que cortó sus ligaduras el día anterior. Tiene que estar en algún sitio... pero ¿dónde? Un poco de valor, un tajo limpio en el cuello y todo terminará, primero para Robinson y después para ella. ¿Pero dónde está el cuchillo? Sólo puede estar en un sitio: en la vieja mochila de colegial.

—Ismael —dice con la voz desgarrada—, tú puedes elegir.

El niño no responde.

—Sé que eres un Errante, uno de los albinos; sé que te mordieron. Lo sospechaba desde hace tiempo, pero nunca quise verlo porque te quiero. Pero eso no importa porque yo también estaba ciega. Tú no eres eso en lo que te han convertido. Los demás, los normales, no tuvieron ninguna posibilidad al ser infectados, pero tú puedes elegir. Quizá a causa de tu enfermedad o del accidente de tráfico, qué sé yo. Pero lo que sé es que Madre no controla tu voluntad. Al menos no toda tu voluntad. ¿No es así, Ismael?

Ismael guarda silencio, su pequeño rostro de estatua vuelto hacia Madre en una actitud de absoluta sumisión. Los Errantes se acercan cada vez más con los brazos extendidos, pero Robinson adivina que ahora no vienen con la vieja ansia de morder y desgarrar. Simplemente los atraparán a los dos para arrojarlos de cabeza en la pútrida charca de Madre. Porque Ella también debe alimentarse.

—Ismael, dame al menos el cuchillo que guardas en la mochila —dice Eva sin poder dejar de llorar—. No permitas que esa cosa nos devore. ¿Recuerdas a Viernes? Él era como tú, por eso os entendíais tan bien. ¿Recuerdas todo lo que hemos pasado juntos? Te quiero, Ismael. Hagas lo que hagas, siempre te querré.

Eva cae de rodillas, sollozando, envuelta en el zumbido sordo de Madre como en una telaraña a donde van a morir todas las esperanzas. Entonces, Ismael vuelve al fin la cabeza en un gesto que tanto puede significar fastidio como una vaga misericordia, y revuelve rápidamente en la mochila. Pero no saca el cuchillo.

—Casi lo olvidaba —dice con aire ausente—. Un regalo del capitán Acab para la ballena blanca. ¡¡TIRAOS AL SUELO!!

Eva es incapaz de moverse mientras ve, como en un sueño, al pequeño Ismael corriendo hacia el líquido purulento que es Madre con el cinturón de granadas colgando del cuello. Sólo Robinson reacciona en la última décima de segundo arrojándose sobre ella, protegiéndola con su propio cuerpo. También reaccionan los Errantes, porque Madre ha leído el último pensamiento ya sin enmascarar en la mente

de Ismael, y ahora emite una última orden desesperada a sus huéspedes. Un mensaje más rápido que la luz se transmite a millones de mentes esclavas en todo el mundo: «¡¡PARADLO!! ¡¡PARADLO!!». En África, en América, en Asia, en Oceanía, millones de Errantes se detienen congelados e intentan cambiar de dirección. Pero ya es demasiado tarde.

Nada puede detener a Ismael. Y Eva, inmovilizada ahora en el suelo por los brazos de Robinson, comprende al fin y grita y grita y sigue gritando. Y lo último que puede ver antes de que el mundo estalle y se venga abajo, es la silueta del niño saltando sobre la charca inmunda que es Madre mientras tira del cordón que arrancará a la vez todas las espoletas de todas las granadas.

Hola, Eva, Robinson o los dos:

Si estáis leyendo esta nota, eso sólo puede significar tres cosas: que la mochila se ha salvado, que yo estoy muerto y que al menos uno de vosotros dos está vivo. Las posibilidades de que los dos estéis vivos son de cincuenta por ciento, pero las posibilidades de que uno de vosotros siga vivo son del cien por cien; es decir, probabilidad absoluta.

Hace tres años, antes de que yo llegara a Cítola, el grupo de supervivientes con el que me encontraba fue atacado por una horda de Errantes. Todos lograron escapar indemnes salvo yo, que recibí una mordedura no letal en el brazo izquierdo y permanecí ocho días perdido en un bosque cercano. La herida cicatrizó rápidamente y supe desde el principio que nada tenía que temer de ella, puesto que es imposible que un ente cibernético como yo resulte infectado por la Plaga. A los nueve días, tuve ocasión de reunirme de nuevo con mi antiguo grupo, que mientras tanto había decidido marchar hacia Cítola. Fue a partir de ese momento cuando comenzaron los primeros contactos telepáticos...

La onda expansiva ha arrastrado a Eva y a Robinson a varios metros de distancia, aunque la peor parte se la ha llevado el grupo de Errantes que se interponía entre ellos y Madre para detener al chico, sirviéndoles a ambos de afortunado e involuntario parapeto. Pasan unos larguísimos segundos antes de que se levanten y comprueben que no están heridos de gravedad, y que la charca donde antes burbujeaba Madre es ahora un enorme hoyo gris lleno de polvo y cenizas. Pero los Errantes un poco más alejados del lugar de la explosión aún continúan avanzando hacia ellos.

—Perdona —le dice a Eva un tipo con unos harapos amarillos que en su día fueron un uniforme de Correos—. ¿Sabes dónde estamos? Tengo que entregar un giro postal en...

El hombre cae al suelo muerto y sin terminar la frase; Eva nunca sabrá en qué lugar debía entregar su giro. Mira a Robinson, tan cubierto de ceniza como ella misma. Parecen dos fantasmas grises en medio de una multitud de harapientos aún más desorientados que ellos. Y las voces de los antiguos Errantes siguen llegando hacia ellos perfectamente comprensibles:

—¿Dónde estamos?

—Parece un accidente aéreo.

—Me han amputado un brazo. ¡Joder, me han amputado un brazo!

—Es un atentado terrorista, seguro.

—¡Que alguien llame a la policía!

—Tengo que hablar con mi mujer.

Y unos segundos después mueren uno tras otro sin gritos, sin lamentos. Simplemente caen al suelo como sacos y mueren, al morir las últimas esporas de Madre que aún anidaban en sus cerebros. Y Eva piensa en ese dios desconocido que les ha permitido un fugaz intervalo de lucidez antes del final. ¿Es una muestra de crueldad o de misericordia? No lo sabrá nunca.

—Disculpe, señorita, ¿ha visto usted a mi hijo? Es un chico alto con el pelo rubio que se llama julio, Julio Paredes García, y...

—Claro que le he visto —sonríe Eva con la cara cubierta de ceniza—. Está a salvo. Ahora iremos a buscarle.

—¡Gracias a Dios, qué alivio! ¿Tiene usted alguna idea de lo que ha ocurrido aquí?

Eva no se ve en la obligación de contestar, porque el hombre ha caído muerto justo después de formular su última pregunta. Se oye una voz destemplada a lo lejos: «¡Me van a oír esos sinvergüenzas! ¡Voy a denunciarles!». Los Errantes mueren uno tras otro tras pronunciar sus absurdos epitafios, llenos de perplejidad.

—Abrázame, Robinson. Abrázame, por favor.

Así permanecen muy juntos, inmóviles, entre una multitud desorientada de individuos que preguntan por sus familias antes de caer al suelo, que intentan hablar por teléfonos que llevan años inutilizados antes de caer al suelo, que imaginan terremotos o explosiones de gas o incendios sin control antes de caer al suelo sembrado ya de cadáveres, para no volver a levantarse. Y así permanecen Robinson y Eva, abrazados, muy quietos, hasta que todo termina.

Es fundamental comprender el hecho de que Madre controla telepáticamente a todos los Errantes. Así pues, en esta guerra jamás nos hemos enfrentado a millones de enemigos, sino a uno solo que ha colonizado docenas de mundos mediante un sistema biológico de parasitismo increíblemente complejo. Los Errantes no son sino simples apéndices de Madre, al modo de los tentáculos de un pulpo.

Cualquier persona que se convierta en un Errante por alguno de los métodos conocidos —mordedura, intercambio de fluidos infectados o contacto directo con las esporas de Madre— comienza a recibir de inmediato sus pensamientos y, lo que es más importante, sus órdenes. Casi en ningún caso se trata de un flujo mental consciente, al igual que nosotros no impartimos órdenes directas y verbales a los dedos de nuestras manos para que se muevan. Sin embargo, casos excepcionales como el mío pueden despertar un interés especial en Madre.

Madre comprendía que yo estaba «infectado», por así decirlo. Pero no tenía ninguna manera de saber que yo soy una entidad cibernética cuya estructura química no está basada en el carbono, sometida sólo a su programación y no a órdenes no autorizadas del exterior. A partir de los primeros contactos, comencé un arriesgado juego con Ella en el que me presenté como un ser humano psicológica y neurológicamente «especial», que aun hallándose sometido a sus mandatos, aún disponía de cierta capacidad de elección. Le prometí enseñar a los Errantes para hacerlos más inteligentes, proceso que Ella ya había comenzado por cuenta propia: mientras más aprende Madre, más aprenden los Errantes, igual que nuestros músculos aprenden inconscientemente a montar en bicicleta a base de práctica. Y el proceso también funciona en sentido inverso.

Madre ha venido desde muy lejos, desde algún lugar en el espacio profundo que ni siquiera Ella misma recuerda. Cuando tomó contacto con nuestro planeta, envió una primera y masiva oleada de esporas que contaminaron irremediablemente a todo ser humano en un radio de más de doscientos kilómetros a la redonda. Después de eso se mantuvo inactiva un tiempo, tomándose un descanso, diríais vosotros. Pero ya a partir de ese momento habían aparecido los Errantes para continuar con sus tareas de propagación y expansión de las esporas. En ese día aciago, cientos de miles de personas fueron contaminadas a la vez en décimas de segundo. Así tuvo lugar el nacimiento de los Errantes.

Mucho más tarde, Madre me ordenó que acudiese a Ella. Yo fingí resistirme y al final fingí ceder, puesto que un plan concreto acababa de tomar forma en mi mente. La codicia de Madre es inmensa, y está tan acostumbrada a vencer que no tuvo en cuenta los riesgos más elementales; al fin y al cabo, para Ella yo no era más que otro de sus esclavos. Supongo que consideró con agrado mi oferta de acelerar el

aprendizaje de los Errantes, aún demasiado lento para su ansia voraz de dominación. Ni por un momento pasó por su mente la absurda idea de que yo proyectaba matarla. También le prometí carne humana viva, como una especie de regalo de homenaje adicional. La carne eráis vosotros.

Tuve que permanecer constantemente en guardia, pues no podía permitir que Madre adivinara mis verdaderos designios. Por esa razón tampoco podía hablar del asunto con nadie e incluso debía evitar pensar en él, en la medida de lo posible. La potencia telepática de Madre es inmensa y no debe ser subestimada. Conforme nos adentrábamos más y más en su territorio, la presión sobre mi mente iba creciendo, hasta el punto de que apenas me sentí con fuerzas para resistirla. Si lo he conseguido o no, vosotros debéis de saberlo.

Esto es lo más importante que quería deciros. No tenía una idea clara de cómo iba a dar muerte a Madre, hasta que encontramos el cinturón hecho de granadas y explosivos. Ni siquiera sabía si las granadas iban a estallar, pero al instante adiviné que ese cinturón era mi única oportunidad. Así que las recogí en secreto, al ver que Eva las había arrojado cerca del matorral que bordeaba los castaños. Sólo espero que hayan funcionado correctamente.

Escribo esto en una pequeña libreta que siempre guardo en mi mochila junto al libro de Moby Dick, a unas tres jornadas del lugar donde sé que encontraremos a Madre. Estoy empezando a desfallecer, cada vez más, y en los últimos días me ha dado por pensar que quizá yo no sea realmente una máquina, después de todo. Si esto es así, estamos perdidos, porque entonces ya no existirá ningún escudo que detenga su influencia sobre mí. Así que necesito a toda costa ser una máquina para no acabar convertido en otro más de sus esclavos. Repito una vez más que quiero pensar que soy una máquina y enterrar las dudas que surgen por todas partes. Porque habéis de saber que yo soy y siempre he sido una máquina, una máquina, una máquina.

ISMAEL

Epílogo

Las almas recobradas

El sol brillaba con fuerza sobre los tejados de madera o ladrillo del campamento Esperanza III. Era una mañana de mucho calor, un tanto suavizado por una leve brisa que venía con el olor del mar, tan tenue y fresca que era mejor sentirla en la piel con los ojos cerrados. Y a Eva le pareció que el aire del mundo era más puro y limpio, como si se hubiesen abierto a la vez todas las ventanas de una vieja habitación cerrada a cal y canto durante años.

—Lo más aterrador —decía Robinson mirando muy atrás— fue cuando empezaron a hablar como si fuesen personas otra vez. Aquello duró sólo unos segundos, hasta que murieron. Pero me pregunto si en ese intervalo llegaron a darse cuenta de lo que les había ocurrido. De su vida como Errantes, si es que se la puede llamar así, y de todo lo demás.

—Probablemente no —respondió Eva—. Estaban perdidos, desorientados por completo. Tras la muerte de Madre no tenían ninguna posibilidad, y cuando se extinguieron las últimas esporas alojadas en sus cerebros, ellos murieron también. No obstante, pienso que hubo un intervalo de varios segundos entre la destrucción de Madre y la desaparición definitiva de las esporas, las cuales ya no disponían de una entidad superior que las controlara y las mantuviese vivas. Creo que fue esto lo que les concedió un breve lapso de tiempo en el que volvieron a ser personas como antes de la Plaga. Pero sus cuerpos y, sobre todo, sus cerebros estaban demasiado deteriorados por Madre como para sobrevivir más allá de unos segundos sin el aliento vital de ella. Ojalá —añadió Eva con una sonrisa triste— hubiese podido hablar con mi padre o con mi madre durante ese medio minuto, o quizá menos.

—En cuanto a Ismael, no pasa un solo día sin que le eche de menos —murmuró Robinson con aire soñador—. Pequeño chalado impasible, el más valiente del mundo.

—Su enfermedad fue la mejor defensa posible —dijo Eva guardando la libreta en la mochila destrozada de Ismael, que siempre llevaba consigo—. El delirio de creerse una máquina era el único muro que podía contener a Madre.

—Pero aún no comprendo esas dudas de las que habla al final de la carta —murmuró pensativo Robinson—. ¿Por qué?

—Es fácil; piensa en Viernes o en nosotros. Estaba empezando a querernos, y se supone que una máquina no puede hacer eso.

Habían pasado tres meses desde el final de la Plaga. Robinson y Eva descansaban apaciblemente sentados a la puerta de la vivienda que les habían asignado, en el campamento de supervivientes —parecía inadecuado utilizar ya esta palabra— Esperanza III, a unos treinta kilómetros del lugar donde el pequeño Ismael acabara

para siempre con la extraña vida de Madre. Los dos habían sido muy bien acogidos; en torno a los barracones de ladrillo o a las hileras de tiendas de campaña se respiraba un ambiente de alegría y optimismo que parecía no tener fin. Continuamente llegaban nuevos refugiados, con las mismas buenas noticias que, sin embargo, nadie se cansaba de oír: no había rastro de Errantes activos en ninguna parte. Robinson y Eva permanecían un poco ajenos a todo este bullicio, como si no fuera del todo con ellos.

—Era nuestro pequeño capitán Acab. Y al final dio caza a la ballena blanca.

—Yo también le quería —dijo Robinson—. Pero la vida sigue.

—Sí. La vida sigue.

Se quedaron unos momentos en silencio, absortos en sus pensamientos. Eva llevaba recogido el largo pelo negro en una cola de caballo que, a juicio de Robinson, le hacía aparentar unos quince años de edad, ocurrencia que solía hacerles reír. El moratón en el cuello aún era un poco visible, pero no tardaría en desaparecer del todo. Estaban vestidos con ropa nueva y cómoda, bien alimentados y más limpios de lo que jamás hubiesen soñado en los días de la Plaga. No hacía mucho que en el campamento Esperanza III se había logrado instalar una modesta red de agua corriente, y ahora les permitían una ducha diaria de diez minutos de duración. El agua estaba tan fría como si viniese de un glaciar, pero eso importaba poco. Aquello era en suma el paraíso porque, para colmo de bienes, los Errantes habían desaparecido de la faz de la Tierra dejando tan sólo un montón de cadáveres como recuerdo. Y sin embargo, faltaba algo. Siempre faltaba algo.

—¿Crees que podremos conseguir armas? —preguntó Robinson de repente—. Esta gente es fantástica, pero algún día tendremos que marcharnos de aquí.

—Consíguelas para ti, si quieres. Yo no pienso volver a empuñar un arma nunca más.

—No seas ingenua, princesa —sonrió Robinson—. Los Errantes se habrán extinguido, pero aún quedan un montón de chicos malos por ahí fuera. Piensa en Disco Jack, por ejemplo.

Eva se estremeció y cerró los ojos, muy pálida de repente; ahora parecía tener doce años más que quince o veintiuno. Un segundo más tarde, Robinson se maldijo interiormente por el comentario hecho sin pensar, pero ya era un poco tarde para lamentarse.

—Lo siento. Qué idiota puedo llegar a ser.

—No te preocupes, no pasa nada. Pero yo no quiero armas.

—Está bien —dijo, y se quedó un momento pensativo—. Oye, otra cosa; nunca te he dicho cuál es mi verdadero nombre, ¿verdad?

Eva lo miró con ternura, sin molestarse en responder. Tras su metedura de pata, el pobre Robinson estaba ansioso por cambiar de tema cuanto antes.

—¿Quieres que te lo diga? Es algo gracioso.

—A mí me gusta Robinson —dijo ella sin el menor interés.

—¿Pero no sientes curiosidad?

—No mucha, la verdad.

—Pues te lo diré de todas formas: mi verdadero nombre es Adán. Adán Ferrero Martínez. ¿Lo coges?

—¿Qué es lo que hay que coger? —preguntó ella cada vez más seria.

—¡Pues que me llamo Adán! Y que entonces tú y yo somos Adán y Eva. Adán y Eva, ¿lo coges ahora? ¿Qué te parece?

—A mí me parece una absoluta gilipollez, Robinson.

De repente se echaron a reír a carcajadas como dos locos, casi ahogándose. En algún momento las manos se entrelazaron, y la sombra de Disco Jack desapareció para siempre.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Robinson, una vez recuperada la compostura—. Este será un mundo muy aburrido sin los Errantes.

—No sé qué harás tú. Yo me quedaré todavía unos días, para descansar y echar una mano a esta gente. Después es posible que busque a mi antiguo grupo, el de Gabriel. Y tarde o temprano regresaré a Cíbola. Tengo algunos asuntos de los que hablar con un ruso que se cree que lo sabe todo.

—Pensé que no íbamos a separarnos. Ya sabes, el carácter sagrado del matrimonio y todo eso...

—Inténtalo, Robinson —sonrió ella—. Puede que esta vez las cosas te salgan bien.

Lo besó largamente en los labios mientras le acariciaba el pelo. Siempre le había gustado el pelo de Robinson, tan suave y rebelde. ¿Adán? Qué tontería, pensó, saboreando su boca como si fuese la primera vez. Para mí siempre serás Robinson.

—No quiero separarme de ti —dijo él, tremendamente serio.

—No tienes por qué hacerlo. Ven conmigo, te llevaré a Cíbola y serás un pueblerino que descubre la gran ciudad. Pero no todavía. Dentro de un tiempo.

—¿Y puedo imitar a Marlon Brando por el camino?

—Sólo diez veces al día. Ni una más.

—Eh, pareja, ¿interrumpo algo? Vaya, vaya... —Era un cincuentón alto y corpulento, con camisa a cuadros de leñador y una frondosa barba negra, que recordaba inevitablemente a las fotografías de los pioneros del Salvaje Oeste—. Oye, morenita, si quieres que te haga un bebé, no tienes más que decirlo.

Robinson frunció levemente el ceño, más por costumbre que por cualquier otra cosa.

—Lo tendré en cuenta, Román —dijo Eva riendo—. Te apunto en mi lista.

—Vale, tío, no pongas esa cara de Pellejudo, que no es más que una broma —continuó jovialmente el leñador del Oeste—. Vengo para deciros que almorzamos

dentro de media hora. Estofado de verduras, patatas y zanahorias; la carne tendrá que esperar, me temo. Una cosa más: hemos organizado un turno esta tarde a las cinco para enterrar Pellejudos, ¿os apuntáis? —Eva y Robinson asintieron de inmediato—. Vale, os dejo solitos, entonces. Todavía tenéis tiempo de echar el último antes de la comida. ¡Ay, quién volviese a pillar veinte años! Si yo os contara...

Se fue sin dejar de hablar un solo momento y su voz de trueno tardó mucho en desaparecer, tragada por la distancia. Robinson encendió uno de los tres cigarrillos a los que tenía derecho cada día: un lujo que casi había olvidado, aunque aquello supiese a amoníaco más que a cualquier otra cosa. Pero bueno, no importaba.

—Me pregunto por qué ese tío tiene que ser siempre tan grosero.

—Déjalo —dijo sonriendo Eva—. Es su manera de estar contento.

—¿Les diremos alguna vez a estos palurdos que fue un niño de nueve años el que los salvó, a ellos y al mundo?

—No. No nos creerían y además... No, mejor no se lo diremos.

—¿Estás bien, pequeña?

—Claro que sí, Robinson. Pero como vuelvas a llamarme pequeña te corto las pelotas.

Sonrieron mientras él le tendía el cigarrillo y se ponía en pie, desperezándose como un gato. De pronto, pasaron unos niños jugando con una pelota de trapo que se gritaban unos a otros con una potencia inimaginable en sus pequeños pulmones. Nunca fue como ellos, era distinto. Aunque, después de todo, sólo era un niño. Y yo no pude terminar de leerle Moby Dick.

—¿De verdad estás bien? Te brillan mucho los ojos.

—Sí. No te preocupes.

—Yo me voy a comer. ¿Te vienes?

—Aún es pronto; iré dentro de un rato.

El muchacho posó un momento los labios sobre el moratón del cuello de Eva y se marchó dedicándole una última sonrisa, rumbo al enorme comedor al aire libre siempre abarrotado de sillas y mesas de camping. Unos pasos más adelante, Robinson se dio de bruces y por sorpresa con el grupo de críos, y empezó a jugar con ellos. Regateaba y chutaba bastante bien, advirtió Eva, fallando estrepitosamente de vez en cuando para que los más pequeños tuvieran ocasión de tocar la pelota.

—¡Eso es, dale fuerte!... ¡Pásamela, pásamela o tira!... ¡¡GOOOOL!!

Eva desvió la vista del partido con una sonrisa y abrió la pequeña mochila de colegial. Puso sobre la mesa el tablero de go, el botiquín, una libreta de la que faltaban muchísimas hojas y el juego de ajedrez. Por último, sacó un pequeño libro de bolsillo muy estropeado y lo abrió por la última página. Leyó en voz alta, con una alegre algarabía de niños que juegan como fondo a sus palabras:

—Los tiburones, inofensivos, se deslizaban junto a mí como si llevaran un

candado en la boca: los salvajes halcones marinos navegaban con picos envainados. Al segundo día se me fue acercando un barco, más y más, hasta que me recogió. Era el Rachel vagando siempre a la pertinaz búsqueda de sus hijos perdidos, que sólo encontró a otro huérfano. Ya he terminado, Ismael. Te lo debía.

—¡Chuta! ¡Chuta ahora! ¡Huuuyyy! ¡Qué poco ha faltado...!

Otro huérfano. Eva miró de nuevo hacia el grupo de chiquillos que jugaban a la pelota, con los ojos arrasados en lágrimas. Conocía a muchos de esos niños, y también sabía que casi todos habían perdido a sus padres durante la Plaga. Seguramente de la misma manera en que le había ocurrido a ella, a Robinson, a tantos y tantos otros... Vio a Robinson intentando regatear a tres niños a la vez, con otro crío subido sobre sus hombros que no paraba de reírse a carcajadas. Entonces, uno de los niños más pequeños corrió hacia ella de repente y la besó.

Antonio Calzado Mayo de 2012.